Michael Heinrich

Crítica de la economía política.

Una introducción a *El Capital* de Marx

Prólogo de César Ruiz Sanjuán

escolar y mayo

Michael Heinrich

Crítica de la economía política.
Una introducción a *El Capital* de Marx.

Traducción y prólogo de César Ruiz Sanjuán

escolar y mayo
editores

1ª Edición, 2008.

Diseño de cubierta y maquetación:
Escolar y Mayo Editores S.L.

ISBN: 978-84-936111-5-6
Depósito legal: M. 38.661-2008

Impreso en España / Printed in Spain
Lerko Print S.A.
Paseo de la Castellana 121
28046 Madrid

Prólogo

La nueva lectura de Marx

I

«Crítica de la economía política» es la expresión que utiliza Marx para designar su proyecto teórico de investigación y exposición del modo de producción capitalista. Michael Heinrich se sirve de ella para darle título a su introducción a *El Capital*, en la que expone con gran rigor, pero sin renunciar en ningún momento a la claridad en la argumentación –incluso cuando comenta los pasajes que presentan una mayor dificultad–, el proyecto teórico de Marx.

En su lectura de *El Capital*, Heinrich se aparta en igual medida de las interpretaciones generalistas –en las que Marx es utilizado por el intérprete como pantalla de proyección para exponer sus propios planteamientos, con escaso apoyo textual– y de las interpretaciones que, si bien abordan de manera rigurosa la obra de Marx, resultan en muchas ocasiones tan complejas o más que los textos que tratan de interpretar. Ahora bien, el hecho de que el libro consista en un comentario expositivo de *El Capital* no significa que el autor se dedique simplemente a citar y a explicar textos, organizando una exposición más o menos didáctica, sino que los somete a un comentario *crítico* en el que destaca las ambigüedades y contradicciones que en ellos se puedan presentar. La exposición de Heinrich pone de manifiesto la magnitud intelectual de la obra de Marx y su singularidad como una nueva forma de teoría en la historia del pensamiento, pero constata asimismo que Marx no siempre fue coherente en la articulación de su nueva concepción teórica y en ocasiones desarrolló sus planteamientos sobre la base de sistemas conceptuales anteriores, lo que tiene como resultado que determinadas partes de *El Capital* presenten un carácter ambivalente.

La interpretación de Heinrich separa ambos niveles de la argumentación de Marx, lo que le permite resolver gran parte de las ambivalencias con las que se han encontrado los intérpretes y que por lo general no han

sido resueltas de manera satisfactoria. Esto le permite asimismo poner de manifiesto la potencia teórica del análisis de Marx y mostrar cómo en él se encuentran los elementos teóricos fundamentales para explicar la actual configuración del modo de producción capitalista y para la crítica del mismo. La utilización que hace Heinrich de los conceptos fundamentales de Marx para analizar el funcionamiento del capitalismo actual hace patente su vigencia.

Es evidente que ciertas estructuras del capitalismo están hoy mucho más desarrolladas que en tiempos de Marx, por lo que resulta legítimo preguntarse antes de abordar la lectura de *El Capital* –o de un texto que pretenda introducir a su lectura, como es el caso del presente libro– si esta obra, escrita hace ya más de un siglo, todavía es válida para comprender el funcionamiento del sistema capitalista. Pero para poder responder a esta pregunta es preciso separarla de dos tipos de consideraciones con que se suele mezclar, y que impiden darle una respuesta adecuada en tanto que no permiten plantearla propiamente como tal pregunta.

En primer lugar, se afirma a menudo que el derrumbamiento de los sistemas del «socialismo real», que se han «basado» en la teoría de Marx, es la prueba definitiva de que dicha teoría ha «fracasado» y que, por tanto, ya no tiene validez. Ahora bien, para que una teoría fracase tiene al menos que existir primero como tal teoría; y en la lectura de *El Capital*, esto es, de la obra teórica de Marx propiamente dicha, se puede constatar que no hay un solo capítulo en el que se proyecte una teoría sobre una nueva sociedad socialista o comunista. Lo que nos encontramos en esta obra es un análisis teórico del modo de producción capitalista.

En segundo lugar, también es frecuente la afirmación de que el determinismo histórico de la teoría de Marx se basa una concepción especulativa de la historia que carece de base científica y simplifica la complejidad de los procesos históricos, y que la explicación de todos los fenómenos sociales a partir de causas económicas resulta asimismo demasiado simple para dar cuenta de la complejidad de la estructura social. En este caso se confunde el análisis teórico de Marx con la doctrina ideológica que ha recibido el nombre de «marxismo», una concepción simplificada de la sociedad y de la historia que presuntamente se basa en la teoría de Marx, pero que en muchos casos no tiene demasiado que ver con ella y que ha estado al servicio de otros fines muy distintos al de la explicación teórica del modo de producción capitalista. La teoría de Marx es rechazada basándose en estas afirmaciones con un énfasis que, al igual que en el caso anterior, suele ser directamente proporcional al desconocimiento que se tiene de *El Capital*.

Si la pregunta se centra propiamente en la vigencia de *El Capital* para comprender el capitalismo tal y como se presenta en la actualidad, entonces puede plantearse con cierto fundamento la objeción de que

Marx analiza en esta obra el capitalismo del siglo XIX, y que el capitalismo actual es tan distinto de aquél que el análisis teórico de Marx ya no puede servir para explicarlo. Ciertamente, dicha objeción tiene su justificación en el hecho de que los modos de producción han ido cambiando a lo largo de la historia. El modo de producción de la Antigüedad estaba basado en el trabajo de los esclavos, el de la Edad Media en el trabajo de los siervos de la gleba, y en la Modernidad ha surgido el capitalismo como nuevo modo de producción constituido sobre la base del trabajo asalariado. A su vez, ninguno de ellos ha sido estático, sino que su configuración ha sufrido modificaciones con el paso del tiempo. Pero asimismo resulta evidente que, a pesar de estas modificaciones, han tenido que mantenerse una serie de *estructuras fundamentales* dentro de cada uno de estos modos de producción para que siguiesen funcionando como tales. Esto es así también por lo que respecta al capitalismo. A pesar de los cambios históricos, se han tenido que mantener una serie de elementos comunes que hacen que este modo de producción siga siendo capitalismo y no ya otra cosa distinta. La pregunta relevante es, entonces, si el objeto del análisis de Marx en *El Capital* es la forma histórica del capitalismo que se presenta en su tiempo o si su investigación se centra, por el contrario, en las estructuras fundamentales que constituyen el capitalismo y lo distinguen de los otros modos de producción.

En este sentido, Marx nos indica en el Prólogo a *El Capital* cuál es el propósito que persigue en su investigación: «El objetivo último de esta obra es descubrir la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna». Esto significa que el objeto de su exposición no son las relaciones capitalistas tal y como se presentan en su momento histórico, sino las determinaciones esenciales que definen al capitalismo y que, por cosiguiente, tienen que ser comunes a toda forma histórica de capitalismo en tanto que se defina como tal. La exposición de Marx se desarrolla, pues, a un altísimo nivel de abstracción. El material empírico le sirve para «ilustrar» su exposición teórica, como señala expresamente en el Prólogo a *El Capital*, pero no se trata en ningún caso de analizar una determinada forma de capitalismo presente empíricamente, sino de investigar las estructuras fundamentales que están a la base de toda forma de capitalismo. En efecto, esto es lo que Marx declara como su propósito, lo que no quiere decir que de hecho consiga realizarlo plenamente. La lectura de *El Capital* podría poner de manifiesto que no ha alcanzado su objetivo en determinados puntos de su análisis, y que ha considerado determinadas configuraciones históricas transitorias como pertenecientes a la esencia del modo de producción capitalista. Pero de donde hay que partir, en cualquier caso, es de la comprensión explícita de Marx respecto a su objeto de investigación. La carga de la prueba recae sobre quien sostenga que la exposición de Marx no

alcanza su propósito, para lo cual hay que confrontarse pormenorizadamente con su obra.

El Capital tiene como subtítulo la designación que le da Marx al conjunto de su proyecto teórico: *Crítica de la economía política*. Lo que nos indica esta denominación es que el análisis del modo de producción capitalista tiene lugar a través de la crítica del sistema teórico de la economía política. Ahora bien, es preciso determinar el significado que tiene para Marx esta «crítica», pues sólo así es posible hacerse cargo de la amplitud y el alcance de su proyecto teórico. Se puede entender, tal y como ha sido usual en el marxismo tradicional, que se trata de la crítica de las *distintas teorías* existentes hasta ese momento, a partir de la cual se presenta una nueva teoría que supera a las anteriores en rigor científico y sistematicidad. A pesar de esta superioridad, en última instancia la teoría de Marx estaría situada en la misma dimensión teórica que las demás teorías de la economía política clásica.

Frente a esta comprensión restringida del significado de la «crítica», cabe entenderla a un nivel más esencial como una crítica de los *fundamentos teóricos* sobre los que se levanta la *totalidad* de la economía política, una crítica de los presupuestos sobre los que se establece como ciencia. Y en tanto que esta ciencia es la instancia central a partir de la cual la moderna sociedad burguesa se comprende a sí misma, se está criticando al mismo tiempo tal autocomprensión. Esta crítica constituye el camino a través del cual se lleva a cabo el análisis de las estructuras y de los procesos económicos de la sociedad moderna.

Si se entiende la crítica de Marx en este sentido, las categorías que vertebran su exposición ya no pueden ser entendidas al mismo nivel que las de la economía política. La investigación de Marx no tiene como objetivo simplemente explicar las relaciones cuantitativas de intercambio en la sociedad capitalista; lo que en ella se presenta es el análisis de la forma en la que se constituye el *proceso social* en el modo de producción capitalista. Este proceso social, mediado por el intercambio generalizado de mercancías, tiene como consecuencia que a las personas se les aparezcan sus relaciones sociales como relaciones entre cosas, de forma que se les presentan como un *poder independiente* de ellas, al que se encuentran sometidas y sobre el que no pueden ejercer ningún control. La mediación material de las relaciones sociales no sólo engendra una determinada forma de dominio de clase, sino que también produce el «fetichismo» que se adhiere a las mercancías, y al que están sometidos todos los individuos de la sociedad, independientemente de la clase a la que pertenezcan. Se trata de una percepción espontánea que se deriva inmediatamente de la praxis social de los individuos en la sociedad capitalista.

Dado que las personas se refieren a las cosas como mercancías, son las mismas personas las que, de este modo, generan una determinada

lógica de actuación que está mediada materialmente. Pero las personas quedan sometidas así a una forma de racionalidad *objetiva*, independiente de ellas mismas. Por consiguiente, el proceso social se les aparece invertido, las relaciones sociales se les presentan «mistificadas». Y la economía política parte en sus teorías de estas relaciones invertidas y las toma como si fuesen naturales. Tales formas de pensamiento «objetivas», que son aceptadas como algo evidente por la economía política, constituyen el punto de partida de la crítica de Marx, a través de la cual lleva a cabo la exposición del modo de producción capitalista.

Este concepto de *crítica* es el que está a la base de la interpretación de la teoría de Marx que elabora Michael Heinrich. Para caracterizar los elementos fundamentales que constituyen su interpretación es preciso ubicarla en el contexto de la recepción de la obra de Marx: por un lado, en contraposición a las interpretaciones simplificadas que se han presentado con frecuencia en el «marxismo tradicional»; por otro lado, en continuidad con el «marxismo occidental», como desarrollo del cual surge la «nueva lectura de Marx» de la que es exponente la obra de Heinrich.

II

La comprensión de la teoría de Marx que ha dominado en el «marxismo tradicional» no se ha hecho cargo de la verdadera dimensión de su crítica. Al obviar esta dimensión, la «crítica de la economía política» quedó reducida a una «economía política marxista», en la que, a diferencia de la visión armoniosa de la sociedad capitalista que presentan los economistas burgueses, se hace patente la explotación de los trabajadores y el carácter estructural de las crisis en el modo de producción capitalista. Pero además, esta comprensión reducida de la obra teórica de Marx se insertó como un elemento adicional en una teoría general de la naturaleza, de la sociedad y de la historia, a partir de la cual se pretendía dar respuesta a todas las preguntas posibles. Así quedó constituida una ideología que es lo que comúnmente se comprende bajo el rótulo de «marxismo», y que ciertamente tiene muy poco que ver con la teoría de Marx.

El proceso de gestación de esta ideología tiene su origen en los últimos escritos de Engels, que fueron la base de sucesivas simplificaciones por parte de los principales dirigentes del movimiento obrero, a partir de las cuales se acabó configurando el corpus doctrinal del «marxismo». En estos escritos, Engels intentó suministrar al movimiento obrero una visión *global y unitaria* de la sociedad y de la historia que se distinguiera claramente de la visión burguesa dominante. La tarea que llevó a cabo en este sentido era de una gran importancia práctica, pues estaban sur-

giendo distintas concepciones del socialismo que ganaban cada vez más adeptos dentro del movimiento obrero. El grado de abstracción y la dificultad del análisis teórico de Marx hacían que su obra no fuese inmediatamente accesible para la mayor parte de la clase obrera, de modo que Engels asumió la tarea de proporcionarle a ésta una concepción global de la sociedad y del mundo que, a diferencia de las otras concepciones del socialismo, tuviese a su base una visión «científica»[1].

Estos planteamientos de Engels, que no pretendían suplantar los análisis teóricos de Marx, sino que tenían un objetivo distinto, se redujeron a sus elementos más simples y fueron asumidos en la II Internacional como la versión oficial del «marxismo»[2]. La obra de Lenin se desarrolló en gran parte en esta dirección, con el propósito de hacer del marxismo una doctrina cerrada y unitaria que sirviese de guía a la actividad política del movimiento obrero. A la muerte de Lenin, su interpretación del marxismo se instituyó como la doctrina oficial del Partido Comunista soviético en la forma del denominado «marxismo-leninismo». Esta codificación simplificada del marxismo estuvo al servicio de la generación de una conciencia de clase entre los trabajadores dentro del proceso de constitución del Estado «socialista» que tuvo lugar en la Unión Soviética. En este proceso se fue desarrollando una tendencia creciente a forjar formulaciones lo más breves y condensadas que fuera posible para llevar a cabo las tareas de propaganda. La regresión teórica se consumó con Stalin, que canonizó el «materialismo dialéctico e histórico» como el fundamento ideológico del socialismo de Estado, el cual fue exportado desde la Unión Soviética al resto del mundo como la doctrina oficial del marxismo.

Los elementos fundamentales de este «marxismo ideológico» son: una visión *economicista* de la sociedad, que reduce la explicación de todos los procesos sociales a causas económicas; una concepción *determinista* de la historia, según la cual el modo de producción capitalista colapsará inexorablemente como resultado de sus contradicciones internas; y una concepción *mecánica* de la dialéctica, entendida como un

[1] Engels fue víctima en este sentido del «cientificismo» que dominó el siglo XIX. El «marxismo» que se constituyó a partir de una interpretación reduccionista de los planteamientos contenidos en los escritos tardíos de Engels se autoproclamó incesantemente como «científico». La historia se ha encargado de demostrar –y no sólo por lo que al marxismo se refiere– que este afán desmedido de «cientificidad» puede ser, de hecho, una de las formas más insidiosas en que se presenta la ideología.

[2] Fue especialmente Kautsky –que como cabeza dirigente de la socialdemocracia alemana tuvo una influencia decisiva en la II Internacional– quien se encargó de codificar en un sistema autosuficiente esta concepción, elevándola al rango de «marxismo oficial». Otro nombre importante al que se puede asociar este proceso es el de Plejanov, cuyos esfuerzos se encaminaron asimismo a convertir el marxismo en un esquema onmicomprensivo en el que encontrasen respuesta todas las cuestiones teóricas y que suministrase una orientación para todas las cuestiones prácticas. La sistematización doctrinaria de Plejanov determinó en gran medida la concepción del marxismo de Lenin.

conjunto de leyes que determinan el curso de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento. Quedó así constituido definitivamente el «marxismo» como mera ideología que permitía explicar todos los procesos posibles e instituía una cosmovisión vinculante para el conjunto de la clase obrera.

III

En la década de 1920 comenzó una crítica a este marxismo ideológico, cuyas distintas corrientes se suelen integrar bajo la denominación de «marxismo occidental»[3]. Estas nuevas interpretaciones comenzaron a surgir en el contexto de la disolución de la II Internacional –que tuvo lugar en la Primera Guerra Mundial– y de la derrota de los movimientos revolucionarios en los distintos países europeos fuera de Rusia, que supusieron la polarización de los partidos del movimiento obrero: por un lado, los partidos socialdemócratas abandonaron las posiciones revolucionarias en favor de posiciones puramente reformistas, y en este proceso se fueron desvinculando progresivamente del marxismo; por otro lado, los partidos comunistas se limitaron por lo general a aceptar acríticamente la concepción del marxismo ideológico impuesto por la Unión Soviética. Esto tuvo como consecuencia una separación creciente entre el movimiento obrero y las interpretaciones teóricas de la obra de Marx que se desarrollaron en el mundo occidental, cada vez menos vinculadas a las confrontaciones políticas del momento y progresivamente desplazadas a un ámbito más académico. Estas nuevas corrientes de interpretación no fueron unitarias, sino que adoptaron una configuración particular en los diversos países. Pero a grandes rasgos pueden establecerse una serie de características generales que en mayor o menor medida fueron comunes a casi todas ellas, si bien resulta preciso hacer matizaciones importantes en muchos casos.

Lo que caracteriza en primer lugar al marxismo occidental es su *orientación predominantemente filosófica*. La obra de Marx se puso en relación con la de otros pensadores de la filosofía occidental, tratando de buscar predecesores teóricos de su pensamiento y de reconstruir los planteamientos metodológicos implícitos que operaban en su exposición teórica. El pensador al que estas interpretaciones se remitieron con mayor frecuencia fue Hegel, en cuya filosofía se quisieron encontrar las categorías fundamentales con las que Marx operó en su obra de crítica de la economía política. Esta relación se entendió por lo general en el sentido de que Marx había extraído las categorías lógicas del contexto especulativo de la filosofía hegeliana y las había aplicado, una vez libera-

3 Esta denominación se ha hecho usual a partir de la obra de Perry Anderson *Considerations on Western Marxism* (1976) [*Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México, Siglo XXI, 1979].

das del sistema idealista en el que estaban insertas, a su concepción materialista de la sociedad y de la historia.

Un hito importante en el desarrollo del marxismo occidental lo constituyó la publicación de los escritos de juventud de Marx denominados *Manuscritos de París* o *Manuscritos económico-filosóficos*[4]. En estos textos, que tuvieron una enorme resonancia en el mundo occidental, aparecen los conceptos de «esencia humana genérica» (definida en los términos de la filosofía antropológica de Feuerbach) y de «enajenación». Se descubrió un Marx humanista, que se reivindicó frente al Marx economicista del marxismo tradicional. Por otra parte, se quiso ver una continuidad entre el concepto de «enajenación» que se presenta en estos manuscritos y el de «fetichismo» que aparece posteriormente en *El Capital*, y en general se tendió a interpretar la obra de madurez a la luz de estos escritos de juventud. De este modo, los *Manuscritos de París* acentuaron la orientación filosófica de la nueva recepción de Marx que se venía desarrollando desde años atrás en el mundo occidental.

Esta recepción tuvo su comienzo en los escritos de Lukács y de Korsch. En la obra del primero, *Historia y conciencia de clase* (1923), que se puede considerar como el documento fundacional del «marxismo occidental», se cuestionó por primera vez la identidad de los planteamientos de Engels y Marx. En esta obra, Lukács criticó la concepción objetivista de la dialéctica de Engels, señalando que en dicha concepción estaba ausente la relación entre sujeto y objeto como elemento constitutivo de la dialéctica. Desaparece así la mediación subjetiva del objeto, de modo que la dialéctica queda reducida a un puro mecanicismo objetivo, frente al que el sujeto asume una posición puramente contemplativa. Lukács puso de manifiesto que esta falsa objetividad supone el desconocimiento del planteamiento fundamental de Marx, que consiste en remitir los fenómenos económicos a las *relaciones sociales* de los hombres, y mostró cómo solamente desde esta posición resulta posible la crítica de la conciencia cosificada.

La obra de Lukács influyó de manera decisiva en los pensadores de la Escuela de Frankfurt, cuya orientación filosófica fue aún mayor que la de los demás representantes del marxismo occidental. Esta corriente de interpretación se originó en el «Instituto de Investigación Social» de Frankfurt, fundado en 1924 como un instituto de investigación «marxista», que no dependía de ningún partido y que desarrolló una labor cuya orientación fue ya desde el principio más académica que política. Esta

---

[4] Estos manuscritos, inéditos en vida de Marx, se publicaron por primera en 1932 en la edición en curso de la MEGA (*Marx-Engels Gesamtausgabe*). Esta edición histórico-crítica de los escritos de Marx y Engels, cuyo primer volumen apareció en 1927, fue un proyecto conjunto de Alemania y la Unión Soviética, y se desarrolló bajo la dirección de Riazanov. Es la denominada primera MEGA, que quedó detenida en 1935 por el ascenso del nazismo y del stalinismo. La continuación de esta edición (segunda MEGA) no tuvo lugar hasta 1975.

tendencia se consumó en los años 30, con la elaboración de la «Teoría crítica», cuyos principales autores fueron M. Horkheimer, T. W. Adorno y H. Marcuse, que desarrollaron una teoría social que iba más allá del marco originariamente «marxista» en el que había surgido el Instituto. Se centraron en el análisis crítico de diversos fenómenos culturales de la sociedad capitalista, para lo cual no sólo se basaron en la teoría de Marx, sino también en la obra de otros pensadores de la filosofía occidental.

El desarrollo del marxismo occidental hasta comienzos de los años 60 estuvo centrado sobre todo en cuestiones metodológicas de carácter general, dirigiendo su crítica básicamente al economicismo y al objetivismo del marxismo dogmático[5]. Durante mucho tiempo no se cuestionó la transformación de la «crítica de la economía política» en una «economía política marxista». No fue hasta mediados de los años 60 cuando se comenzó a abordar con rigor el contenido de la obra de crítica de la economía política[6]. Estos debates, que se desarrollaron sobre todo en medios académicos, estaban influidos por los planteamientos filosóficos y sociológicos que se habían desarrollado en la etapa anterior, y criticaron igualmente la lectura economicista de la obra de Marx. Pero las interpretaciones de índole metodológica que se comenzaron a desarrollar en este momento tuvieron un carácter menos general, y se centraron en aspectos más concretos, como la estructura de la exposición de *El Capital*, los diversos niveles de abstracción de las categorías con las que Marx operaba en su análisis del sistema capitalista o la conexión interna que existía entre las distintas categorías.

En este contexto, la interpretación de Althusser tuvo una influencia determinante[7]. Su crítica se dirigió fundamentalmente contra la comprensión de la obra de Marx que se había hecho dominante en el mundo occidental: señaló la existencia de una «ruptura epistemológica» entre la obra científica de madurez y los primeros escritos de orientación filosó-

---

[5] Una exposición general de los planteamientos y discusiones que dominaron hasta este momento la ofrece Habermas en *Theorie und Praxis. Sozialphilosophische Studien* (1963) [*Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*, Madrid, Tecnos, 1987].

[6] La obra de P. Sweezy *Theory of capitalist development* (1942) [*Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1958] constituye una excepción en este sentido. En esta obra, Sweezy realizó un amplio estudio de *El Capital* que fue más allá de las cuestiones epistemológicas que habían dominado las interpretaciones del marxismo occidental. El estudio de Sweezy analizaba la teoría del valor, el proceso de la acumulación capitalista, y abordaba un planteamiento general de la teoría de las crisis. Pero su análisis partía de una teoría del valor entendida en términos cuantitativos, y no llegó a considerarla al nivel del análisis de las determinaciones económicas formales. Tampoco se hizo cargo del alcance del significado de la «crítica» para Marx, situando su obra en la misma dimensión teórica de la economía política.

[7] En el año 1965 aparecen las dos obras más influyentes de Althusser en los debates marxistas posteriores: *Pour Marx* [*La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1968] y *Lire le Capital* [*Para leer El capital*, México, Siglo XXI, 1969], esta última escrita en colaboración con otros autores (en la edición española sólo están recogidas las contribuciones de Althusser y Balibar).

fica y humanista. Althusser consideró que esta ruptura suponía también el abandono definitivo de la filosofía de Hegel, y que las declaraciones de Marx que apuntaban a una relación con la dialéctica hegeliana se debían a una *reflexión insuficiente* sobre la «revolución teórica» que había llevado a cabo. Si bien esta interpretación ha sido objeto de fuertes polémicas[8], lo cierto es que con ella se introdujo una perspectiva nueva en la recepción de la obra de Marx; pues si la autocompresión de Marx resulta insuficiente en relación al desarrollo efectivo de su labor teórica, ya no bastaba simplemente con remitir a aquélla, sino que era preciso un estudio exhaustivo de su exposición teórica a los distintos niveles en que se presenta en los textos.

A finales de los años 60 tuvo una gran importancia la obra de R. Rosdolsky sobre los *Grundrisse*[9], que puso de manifiesto la relevancia de estos manuscritos no publicados por Marx para la comprensión del proceso de gestación de *El Capital*. En muchos casos se vieron como un nexo entre los primeros escritos filosóficos de Marx y *El Capital*. Pero lo realmente significativo de la recepción de los *Grundrisse* fue que su estudio hizo cada vez más patente que la teoría de Marx no es algo acabado, y que resultaba necesario el recurso a los diversos manuscritos preparatorios de *El Capital* para tener una idea precisa sobre la *estructura del proyecto global* diseñado por Marx[10].

En este momento comenzaron a desarrollarse, sobre todo en Alemania Occidental, nuevas investigaciones sobre la obra de Marx, en las que se llevó a cabo un estudio riguroso de los distintos niveles a los que tiene lugar la exposición teórica en los diferentes textos de crítica de la economía política. Las cuestiones sobre el método de Marx se plantearon sobre la base del análisis de los textos y de los intentos de solucionar los problemas que de aquí se derivaban. En este contexto se discutió nuevamente sobre la influencia de la dialéctica hegeliana en la estructura sistemática de la obra de Marx, pero dichas discusiones se desarrollaron igualmente partiendo del análisis de los textos de crítica de la economía política, y no de una manera abstracta y general como había sido usual en el marxismo anterior. En estos debates resultaron fundamenta-

---

[8] Muchos autores se han esforzado en mostrar la continuidad del pensamiento de Marx, y otros, aun aceptando la existencia de una ruptura teórica entre la obra de juventud y la obra de madurez, no han asociado esta ruptura a una separación radical de Marx con respecto a Hegel, sino a un tipo de aproximación distinto al que había tenido lugar en su obra anterior.

[9] *Zur Entstehungsgeschichte des Marxschen «Kapital». Der Rohentwurf des «Kapital»* (1968) [*Génesis y estructura de El capital de Marx* (*Estudios sobre los Grundrisse*), México, Siglo XXI, 1978]. Los *Grundrisse* habían sido publicados por primera vez en 1939-41, pero hasta la aparición de la obra de Rosdolsky no se situaron en el centro de las investigaciones sobre la teoría de Marx.

[10] Para el desarrollo de estos debates también tuvo una gran importancia la publicación de un volumen conjunto con ocasión del centenario de la primera edición de *El Capital*. Este volumen llevaba por título *Kritik der politischen Ökonomie heute. 100 Jahre «Kapital»* (1968), y fue editado por Alfred Schmidt y Walter Euchner.

les las obras de Helmut Reichelt y Hans-Georg Backaus de principios de los años 70[11]. Fue precisamente Backhaus quien, en el Prólogo a la edición compilatoria de sus escritos publicada en 1997[12], acuñó el término «nueva lectura de Marx» para referirse a estas interpretaciones que surgieron en Alemania a partir de los años 70 y que continúan hasta hoy.

En esta recepción de la obra de Marx, la teoría del valor ya no se interpreta simplemente como una teoría que analiza las relaciones de intercambio de las mercancías, a partir de la cual se debe explicar un sistema de precios relativos, ni la teoría del plusvalor se reduce a la explicación del proceso de explotación del trabajador en las condiciones capitalistas. La teoría marxiana es interpretada con mayor amplitud como la explicación y la crítica de la forma general que adopta el *proceso social* en el modo de producción capitalista y de las distintas *formas de pensamiento invertidas* que se desprenden de él, que determinan tanto la conciencia espontánea de las personas sometidas a las relaciones capitalistas como la perspectiva teórica de la economía política que trata de explicar estas relaciones.

En esta «nueva lectura de Marx», la investigación ya no se ha circunscrito sólo a *El Capital*, sino que también han desempeñado un papel importante los *Grundrisse* y otros manuscritos, como los *Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses* o el *Urtext zur Kritik der politischen Ökonomie*. En estos debates se comenzó a plantear la necesidad de una «reconstrucción» de la crítica de la economía política[13], partiendo de la consideración de que adolece de problemas en su constitución interna, y que son estos problemas internos los que han favorecido las interpretaciones simplificadas de las que ha sido objeto[14]. Para solucionarlos, se puso de manifiesto la necesidad de recurrir a los manuscritos de Marx en los que se encuentra planteada la estructura global de su proyecto teórico, dado que el desarrollo efectivo del mismo ha quedado en un estado fragmentario. Por otro lado, se recurrió a los manuscritos para analizar la forma en que se presenta en ellos la exposición teórica de Marx y comprender a partir de aquí la estructura metodológica de *El*

[11] H. Reichelt, *Zur logischen Struktur des Kapitalbegriffs bei Karl Marx*, Frankfurt/M., 1970; H.-G. Backhaus, *Materialien zur Rekonstruktion der Marxschen Werttheorie 1-2*, en *Gesellschaft. Beiträge zur Marxschen Theorie*, Frankfurt/M, 1974, 1975.

[12] H.-G. Backhaus, *Dialektik der Wertform*, Freiburg, 1997.

[13] Muy diferente a estos intentos de reconstrucción es el de J. Habermas en su obra *Zur Rekonstruktion des historischen Materialimus* (1976) [*La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus, 1981]. Habermas, sin llevar a cabo una confrontación rigurosa con los textos de crítica de la economía política de Marx, considera que es posible realizar esta reconstrucción redefiniendo los conceptos del marxismo tradicional sobre una nueva base.

[14] Para llevar a cabo esta reconstrucción, Backhaus considera que la obra fundamental de la que hay que partir son los *Grundrisse*, pues en las obras posteriores el método de Marx va quedando progresivamente más oculto debido al grado cada vez mayor de «popularización» que pretende alcanzar.

Capital, pues sus escasas reflexiones explícitas sobre la cuestión del método no permiten dar cuenta de la complejidad de la arquitectónica de *El Capital*[15].

Un impulso importante para el desarrollo de estas investigaciones fue la continuación del proyecto de edición histórico-crítica de los escritos de Marx y Engels (segunda MEGA) a partir de 1975[16]. Aquí comenzaron a aparecer textos hasta ese momento inéditos, pero también textos anteriormente publicados se presentaban ahora en una edición crítica, acompañados de un enorme aparato documental, lo que permitió una investigación mucho más rigurosa de las fuentes. Tras el derrumbamiento de la Unión Soviética, a principios de los años 90 la edición de la MEGA pasó a la Internationale Marx-Engels Stiftung (IMES) en Amsterdam, con lo que quedó liberada de condicionamientos políticos y se propició la internacionalización del proyecto.

IV

La interpretación de la obra de Marx que lleva a cabo Michael Heinrich se encuentra en continuidad con la «nueva lectura de Marx» brevemente caracterizada en los párrafos anteriores. Su posición teórica se halla ampliamente fundamentada en su obra principal *Die Wissenschaft vom Wert*[17]. Por su parte, *Crítica de la economía política* es un texto de caracter introductorio, en el que Heinrich realiza una exposición general de los elementos teóricos fundamentales de *El Capital*. Por ello aquí no se encuentra una confrontación detallada con las distintas interpretaciones de la obra de Marx, ni una fundamentación de la posición teórica del autor. Esta exposición presupone, pues, la interpretación que desarrolla exhaustivamente en su obra *Die Wissenschaft vom Wert*, a la que remite en repetidas ocasiones a lo largo del libro.

La *tesis* que está a la base de la interpretación de Heinrich[18] es que en la crítica marxiana de la economía política se cruzan dos discursos distin-

---

[15] Una contribución interesante con respecto al método de Marx, que está en la línea de interpretación señalada, puede verse en Helmut Brentel, *Soziale Form und ökonomisches Objekt. Studien zum Gegenstands- und Methodenverständnis der Kritik der politischen Ökonomie*, Opladen, 1989.

[16] En este año emprendieron la Unión Soviética y la República Democrática Alemana la publicación de la nueva MEGA (*Marx-Engels Gesamtausgabe*), cuya primera fase de edición se interrumpió en 1935. La otra edición clásica de referencia es la MEW (*Marx-Engels Werke*), que constituye la edición más popular de las obras de Marx y Engels: es la más frecuentemente citada en la bibliografía sobre Marx, y a partir de ella se han venido realizando la mayor parte de las traducciones a otros idiomas.

[17] M. Heinrich, *Die Wissenschaft vom Wert. Die Marxsche Kritik der politischen Ökonomie zwischen wissenschaftlicher Revolution und klassischer Tradition*, Hamburg, 1991. Una versión sustancialmente ampliada de esta obra apareció en la segunda edición de la misma, en el año 1999. Las siguientes ediciones ya no presentan cambios significativos.

[18] Cf. *Die Wissenschaft vom Wert*, Westfällisches Dampfboot, Münster, 1999, p. 13 y ss.

tos, lo que genera toda una serie de ambivalencias fundamentales en sus desarrollos teóricos. Por un lado, Marx lleva a cabo una ruptura con el campo teórico de la economía política; no sólo critica determinadas teorías, sino que critica el campo teórico sobre el que se levantan las distintas teorías de la economía política clásica. Por otro lado, debido a la enorme complejidad de esta ruptura, el discurso de los clásicos sigue ocupando un lugar central en muchos momentos de su exposición, con lo que Marx vuelve a situarse en el campo teórico que acaba de superar. Lo que Michael Heinrich cuestiona a partir de aquí no es sólo la autocomprensión que tiene Marx de su objeto y de su método, como ya han hecho anteriormente otros autores, sino la coherencia teórica de su discurso.

Las ambivalencias presentes en la argumentación de Marx tienen importantes consecuencias en la estructura teórica de su obra, pues afectan incluso a las categorías fundamentales. Los elementos del discurso de la economía política clásica son integrados en el nuevo campo teórico abierto por Marx, por lo que ambos discursos interfieren entre sí. Esto supone que interpretaciones opuestas puedan encontrar con igual derecho una base textual en la obra de Marx. La investigación que lleva a cabo Heinrich separa el nuevo nivel de análisis alcanzado por Marx de los restos del discurso de los clásicos que interfieren con él.

Esta investigación parte de una *concepción de la ciencia* que Heinrich hace explícita para poner de manifiesto el sentido de la ruptura de Marx con el campo teórico de la economía política clásica[19]. A partir de la crítica a la insuficiencia de la concepción empirista de la ciencia, Heinrich sostiene que la ciencia no consiste sólo en observaciones y teorías, sino que es la estructura de un discurso, que genera un determinado tipo de preguntas y excluye otras, lo que constituye la condición de posibilidad para la observación de los fenómenos en el ámbito de la ciencia y para la formulación de las teorías que puedan explicarlos. Por consiguiente, los objetos de la ciencia no están dados inmediatamente, sino que son construidos en el proceso de conocimiento, lo que implica que no se pueden separar sin más del campo teórico en el que se constituyen como tales objetos. La «objetividad» sólo es posible, por tanto, dentro de un determinado campo teórico. Estos campos teóricos, en los cuales se constituye la correspondiente representación de lo empírico, se deben a lo que Marx denomina «formas de pensamiento objetivas». Son las formas de percepción y de estructuración de los objetos que corresponden a una determinada formación social, y que se toman por algo tan evidente que parecen pertenecer al objeto en sí mismo. La crítica de Marx a la economía política se presenta en el contexto de esta concepción de la ciencia no sólo como una nueva teoría en la historia del pensamiento económico, sino como una crítica de las formas de pensamiento objeti-

[19] *Ibid.*, p. 20 y ss. Cf. también p. 144 y ss.; p. 153 y ss.

vas a partir de las cuales se constituye la economía política como ciencia, por lo que su crítica está dirigida al campo teórico mismo que genera las distintas teorías de la economía política.

A partir de aquí, Heinrich plantea una lectura de la obra de Marx que no sólo se opone a la interpretación burguesa, sino que también se distancia del marxismo tradicional en muchos puntos. En este sentido, un aspecto significativo de la posición teórica de Heinrich es la *crítica de las interpretaciones historicistas* que han dominado en esta corriente del marxismo, y que entienden la exposición que se realiza en *El Capital* como la reproducción abstracta del desarrollo histórico efectivo[20]. La lectura de Heinrich comprende la obra, por el contrario, como una construcción conceptual que reproduce teóricamente la conexión objetiva de las relaciones económicas que se presentan en la sociedad capitalista desarrollada. Esta construcción teórica no se deriva en ningún caso del análisis del desarrollo histórico de las sociedades, por lo que no puede existir una correspondencia determinada entre el orden de sucesión histórico de las relaciones económicas y el orden lógico de deducción de las categorías. Éste está referido a la relación que tienen las categorías en la sociedad capitalista, no al orden en que han aparecido históricamente las relaciones que se expresan en ellas[21].

Por lo que respecta al orden en que se presentan categorías en la exposición teórica de Marx, Heinrich destaca que se trata de un *desarrollo conceptual* que viene determinado por la conexión interna de las categorías, de tal modo que cada una de ellas se desarrolla necesariamente a partir de la anterior. Dicho orden de desarrollo conceptual expresa las relaciones económicas de la sociedad moderna precisamente a través del progreso de la exposición: ésta comienza con las categorías más simples, que debido al grado de abstracción de sus determinaciones resultan insuficientes a cierto nivel de la exposición, lo que obliga a abandonar el nivel al que se ha argumentado hasta ese momento para presentar categorías progresivamente más concretas, que serán a su vez insuficientes mientras no esté expuesta todavía la totalidad del modo de producción capitalista. Pero la expresión conceptual de las relaciones económicas de la sociedad moderna no está dada con el último

---

[20] Las interpretaciones historicistas consideran que en *El Capital* tiene lugar la exposición del desarrollo histórico de la producción desde una sociedad precapitalista de productores de mercancías hasta la sociedad capitalista. Esta interpretación se remonta a Engels, que introdujo el término «producción mercantil simple» (que no aparece en ningún momento en la exposición de Marx) para designar esta sociedad precapitalista en la cual habría estado vigente la determinación del valor por el tiempo de trabajo como algo visible para los sujetos del intercambio, lo que habría permitido que las mercancías se intercambiasen a sus valores. Esta interpretación de Engels, que supone la historización de la ley del valor en una construcción lógico-histórica, ha influido de manera decisiva en la recepción de *El Capital*.

[21] Cf. en la presente obra p. 45 y ss. Un planteamiento más amplio puede verse en *Die Wissenschaft vom Wert*, ed. cit., p. 164 y ss.

nivel concreto de la exposición, sino que sólo es completa a través de la sucesión global del desarrollo conceptual.

Esta *exposición dialéctica* de las categorías no es el resultado de una transferencia o aplicación de las categorías de la lógica hegeliana a la materia de la economía política, se trata más bien de que sólo a partir del sistema de Hegel se puede alcanzar la estructura lógica de la exposición que desarrolla Marx en *El Capital*. Es precisamente a través de la exposición dialéctica de las categorías como Marx lleva a cabo la *crítica* de las categorías que están a la base de la economía burguesa, de modo que la crítica no se realiza desde fuera –no hay un patrón externo de medida–, sino que es una crítica inmanente, una crítica que resulta de la exposición misma de las categorías. Para Marx se trata, al igual que para Hegel, de disolver la apariencia de autonomía de algo que se presenta como inmediato, y demostrar de este modo que lo aparentemente inmediato es en realidad algo mediado. Se puede criticar así el modo de operar con categorías que tienen la apariencia de independencia y de inmediatez[22].

Hasta aquí se han señalado los elementos más importantes de la interpretación de Michael Heinrich a nivel metodológico. En cuanto a los conceptos fundamentales que articulan el análisis marxiano a los distintos niveles de su exposición, uno de los elementos centrales de la interpretación de Heinrich es su comprensión de la teoría del valor de Marx como una *teoría no sustancialista del valor*[23]. La concepción sustancialista del valor, que ha sido la que ha dominado la recepción de la teoría del valor de Marx (tanto entre los marxistas como entre sus críticos), considera que el valor está determinado de manera definitiva por el «tiempo de trabajo socialmente necesario» para la producción de la mercancía individual; se lo comprende como una «sustancia» que entra en el producto del trabajo a través del proceso de producción, por lo que es algo que le corresponde a cada mercancía aisladamente de las demás. Por el contrario, la concepción no sustancialista entiende el valor como algo que sólo se presenta en la *relación* entre las mercancías en el proceso de *intercambio*, ya que está determinado por la relación entre el «trabajo individual» y el «trabajo social global» (y no sólo por la relación entre el trabajo individual y el producto, tal y como sostiene la interpretación sustancialista), de modo que el valor no es algo que pueda existir en la mercancía aislada.

De esta manera se hace patente la importancia fundamental que tiene el análisis de la forma de valor para la comprensión de la teoría del

[22] Cf. *Die Wissenschaft vom Wert*, ed. cit., p. 171 y ss.

[23] Cf. el capítulo III de esta obra. Un tratamiento más extenso se encuentra en *Die Wissenschaft vom Wert*, ed. cit., p. 198 y ss. Una exposición de estos planteamientos en base al comentario de textos seleccionados de *El Capital* y de los manuscritos puede verse en la última obra del autor, dedicada al análisis de la teoría del valor: M. Heinrich, *Wie das Marxsche «Kapital» lesen*, Stuttgart, Schmetterling Verlag, 2008.

valor de Marx. El valor no se puede aprehender en la cosa aislada, sino que sólo se presenta en la relación entre cosas, en la que una de ellas actúa como forma del valor. Los productos del trabajo fuera del intercambio no poseen valor, ni son, por tanto, mercancías; sólo lo son en el proceso en el cual se igualan. El valor es, pues, la expresión de una relación social (que aparece como una relación entre cosas), no una sustancia que exista en una cosa aislada, por lo que no puede estar determinado sólo por el proceso de producción de la cosa. Lo que se expresa en el valor es la forma específica del proceso social capitalista, que está constituido por la producción privada de mercancías, y en el que el carácter específicamente social del trabajo que se gasta privadamente sólo se hace valer con posterioridad: el trabajo individual, concreto, no es inmediatamente social, sino que sólo adquiere carácter social y vale como trabajo abstracto, generador de valor, en el proceso de intercambio. Pero el hecho que el valor sólo se presente en el intercambio no significa que sea éste el que genera el valor, sino que el intercambio hace de mediación entre los trabajos de los productores individuales de mercancías. No se trata de sustituir la primacía de la esfera de la producción por la de la circulación, sino de poner de manifiesto que el valor se genera en la *unidad* de las dos esferas[24].

Otro aspecto relevante de la interpretación de Heinrich es su posición crítica frente a la existencia de una concepción determinista de la historia en la obra de crítica de la economía política. El *determinismo histórico* ha constituido una de las piezas fundamentales de la interpretación de la teoría de Marx por parte del marxismo tradicional, el cual ha sostenido por lo general que, según el análisis de Marx, la evolución histórica conducirá ineludiblemente al colapso del capitalismo a causa de sus propias contradicciones internas. Aunque en *El Capital* se encuentran algunas afirmaciones que apuntan en este sentido, Heinrich sostiene que no son constitutivas del desarrollo teórico de Marx, sino que pertenecen a las partes «declamatorias» de la obra, y que de su análisis del modo de producción capitalista no puede deducirse ninguna conclusión fundada teóricamente que permita realizar tales afirmaciones, así como dicho análisis no se basa en ningún punto en estas afirmaciones[25].

En conexión con estos planteamientos se encuentra la crítica que realiza Heinrich de la denominada «ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio» formulada por Marx en el libro tercero de *El Capital*. La vali-

---

[24] A partir de esta concepción no sustancialista, Heinrich entiende la teoría del valor de Marx como una «teoría monetaria del valor», según la cual el dinero es el medio necesario a través del que se constituye la forma social de los productos del trabajo individual, y no un mero medio técnico auxiliar para facilitar el intercambio a nivel práctico, como se considera desde el punto de vista de la concepción sustancialista del valor.

[25] Cf. p. 192 y ss. de la presente obra. Para una exposición más detallada de esta interpretación, véase *Die Wissenschaft vom Wert*, ed. cit., p. 148 y ss.; p. 371 y ss.

dez de esta ley ha sido insistentemente defendida por la corriente tradicional del marxismo, sobre todo porque ha fundamentado en ella la *teoría de las crisis* en el capitalismo. Basándose en esta «ley», que afirma que la tendencia a la disminución progresiva de la tasa general de beneficio es consustancial al desarrollo de la producción capitalista, muchos marxistas han defendido que como consecuencia de ello se irá reduciendo gradualmente la acumulación de capital, y las sucesivas crisis que esto provocará tendrán como resultado el colapso del modo de producción capitalista. Michael Heinrich niega la validez de esta ley, pero sostiene que Marx no funda en ella la necesidad de las crisis en el capitalismo, sino que la determinación del carácter estructural de las crisis se sitúa a un nivel muy anterior de su exposición. Por otra parte, si bien es cierto que el análisis de Marx pone de manifiesto que el desarrollo del capitalismo va necesariamente acompañado de crisis, que un capitalismo sin crisis es imposible debido al propio modo de funcionamiento del sistema, lo que no se deriva del análisis de Marx es que el carácter estructural de las crisis en el capitalismo signifique necesariamente un colapso definitivo del sistema. Los planteamientos deterministas suponen la absolutización de ciertas tendencias, sin tener en cuenta en ningún momento la gran flexibilidad y la extraordinaria capacidad de adaptación de la que dispone el sistema capitalista. Heinrich señala una función esencial de las crisis a la que se refiere Marx en distintos lugares de su obra y a la que el marxismo no ha solido prestar atención: la destructividad de las crisis es precisamente el modo en que el capitalismo restablece su equilibrio, de forma que las crisis constituyen un mecanismo necesario para el funcionamiento del sistema capitalista y tienen una dimensión positiva para el sistema en su conjunto[26].

El análisis de Marx muestra, por tanto, que las crisis son parte constitutiva del capitalismo, pero no que lleven inexorablemente a su colapso, de donde se desprende que si el capitalismo ha de desaparecer no será a causa de su propia evolución interna, sino porque las personas que están sometidas a su potencial destructivo decidan ponerle fin. Pero reducir esta discusión a la contraposición entre determinismo y voluntarismo en el modo en que se ha hecho tradicionalmente supone simplificarla de manera considerable. Pues la posición de la clase trabajadora dentro de la sociedad capitalista no implica necesariamente una conciencia de clase y una acción de clase común, y menos aún en una dirección «revolucionaria». Lo que ha mostrado la evolución del capitalismo ha sido más bien que la clase trabajadora puede no tener ningún interés en abolir el sistema capitalista, y que su único interés puede dirigirse simplemente a conseguir una posición mejor dentro de él.

[26] Para la crítica de la «ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio», cf. en esta obra p. 152 y ss.; sobre la teoría de las crisis, cf. p. 171 y ss. En *Die Wissenschaft vom Wert* p. 327 y ss. y p. 341 y ss. respectivamente.

Esto es algo que resulta perfectamente explicable a partir del análisis del modo de producción capitalista que desarrolla Marx en *El Capital*, pues pone de manifiesto que la conciencia espontánea de todos los individuos de la sociedad capitalista, independientemente de la clase a la que pertenezcan, sucumbe al «fetichismo» de la mercancía y del dinero, a la «mistificación» de la forma de salario y, en general, a la cosificación de las relaciones sociales. Esto implica que la percepción que tienen los individuos de sus «intereses» está mediada por estas formas invertidas de pensamiento, que surgen espontáneamente de la propia actuación social de las personas dentro de la sociedad capitalista[27]. Esto no significa que sea imposible sustraerse a esta representación invertida de las relaciones sociales, pero ello no depende de la posición de clase, sino de la reflexión y de la comprensión del funcionamiento del sistema. En este sentido, el análisis que realiza Marx en *El Capital*, al mostrar que es la propia praxis social de los individuos en la sociedad capitalista la que genera las estructuras de coerción material que se les presentan como un poder autónomo al que se encuentran sometidos, muestra al mismo tiempo la posibilidad de eliminar este poder que se vuelve independiente frente a las personas, pero que es producido por ellas mismas. De este modo proporciona los elementos para llevar a cabo la crítica de las relaciones cosificadas y abre la perspectiva de una verdadera emancipación social.

La crítica de Marx se desarrolla sobre la base del análisis del modo de funcionamiento del proceso de producción capitalista. Lo que constata en su análisis es que el único fin de la producción capitalista es la valorización del valor, el incremento incesante de la ganancia. La satisfacción de necesidades es sólo un elemento secundario, que se lleva a cabo en tanto que es necesario para el movimiento continuo de la ganancia. En este sentido, el proceso carece de medida alguna –al contrario de lo que ocurriría si su fin fuese la satisfacción de necesidades, pues éstas constituirían su medida y su límite–, es un proceso ilimitado por definición. Y el hombre y la naturaleza no son más que meros medios para la consecución del único fin que tiene este proceso carente de medida. Como señala Heinrich: «Ya que este proceso no conoce otro fin que la valorización y el constante perfeccionamiento de la valorización, ya que el hombre y la naturaleza son simplemente medios para la

[27] La interpretación de Heinrich, que pone en primer plano estos planteamientos fundamentales de *El Capital*, muestra cómo a partir de la teoría de Marx se pueden comprender los diferentes aspectos de este proceso. Véanse para ello las importantes secciones sobre el fetichismo (capítulo III.VIII) y sobre la fórmula trinitaria (capítulo X.I) en este libro. En cambio, el marxismo tradicional generalmente no se ha hecho cargo de la dimensión central de esta parte de la teoría de Marx, como hace patente su recurrente afirmación sobre el carácter privilegiado del punto de vista de la clase trabajadora para comprender las relaciones capitalistas.

valorización, este proceso tiene un potencial destructivo inmanente frente al hombre y la naturaleza, y sigue reproduciendo siempre en formas nuevas las condiciones de vida miserables, incluso con un nivel de vida creciente»[28].

La teoría de Marx es una de las herramientas más potentes de que disponemos para comprender la dinámica interna del sistema capitalista, y a ella tiene que remitirse cualquier análisis profundo del capitalismo y cualquier crítica que aspire a la emancipación social de las personas sometidas a su potencial destructivo. El libro de Michael Heinrich constituye una excelente introducción a los elementos fundamentales de esta teoría, y en él se pone de manifiesto la plena vigencia de la obra de Marx para la comprensión del funcionamiento del sistema capitalista y para la crítica del mismo. Una crítica que, como indica el autor, no se debe confundir con una crítica moral al capitalismo; Marx no parte de ningún tipo de recriminación de carácter moral, sino que muestra la forma en que funciona efectivamente el modo de producción capitalista: «Frente a las exigencias desmesuradas del capitalismo, Marx no trae a colación un "derecho" moral a una vida íntegra o algo parecido. En lugar de eso, tiene la esperanza de que con la comprensión creciente de la naturaleza destructiva del sistema capitalista (que se puede constatar sin invocar ninguna moral), la clase trabajadora emprenda la lucha contra este sistema, no a causa de consideraciones *morales*, sino de su propio *interés*; pero no de un interés que busca una posición mejor dentro del capitalismo, sino del interés en una vida buena y segura, que sólo se puede realizar más allá del capitalismo»[29].

César Ruiz Sanjuán

[28] Cf. p. 136 de la presente obra.
[29] *Ibid.*, p. 50.

Prólogo a la edición alemana

La protesta vuelve a tener lugar. En los últimos años han surgido múltiples movimientos contestatarios, sobre todo movimientos de crítica a la «globalización». Los enfrentamientos en la reunión de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle (1999) o en la reunión del G 8 en Génova (2001) se han convertido ya en el símbolo de una nueva resistencia frente a las exigencias desmesuradas del capitalismo. Al mismo tiempo, las discusiones sobre las consecuencias destructivas de un capitalismo «desenfrenado» han ido más allá de los tradicionales círculos de izquierda.

Una breve mirada retrospectiva nos muestra que esto no era algo evidente. A comienzos de los años 90, tras el colapso de la Unión Soviética, parecía que el capitalismo se había impuesto definitivamente a escala mundial como modelo económico y social sin alternativa posible. Aunque siempre ha habido muchas posiciones de izquierdas que no veían en el «socialismo real» soviético la alternativa deseable al capitalismo, en ese momento tales diferencias ya no parecían importar. Casi todo el mundo consideraba que una sociedad más allá de la economía de mercado capitalista era sólo una utopía completamente ajena a la realidad. En lugar de la protesta, se impusieron el conformismo y la resignación.

Sin embargo, precisamente en los años 90 se puso de manifiesto que el capitalismo, también después de su aparente «victoria final», seguía acompañado de procesos de crisis y depauperación; y Kósovo, Afganistán e Irak han demostrado que las guerras en las que los países capitalistas desarrollados están involucrados –no sólo indirectamente, sino también de manera directa– no son en modo alguno cosa del pasado. Los nuevos movimientos se han hecho cargo de todo esto en formas diversas y lo han convertido en punto de partida de la crítica. A menudo se ha tratado solamente de protestas puntuales y de mejoras inmanentes al sistema, y no pocas veces la crítica se ha basado en una representación moral simplista en la que todo es blanco o negro. Pero en el transcurso de las discusiones también se han planteado una y otra vez pre-

guntas fundamentales: preguntas sobre el modo de funcionamiento del capitalismo actual, sobre la conexión entre capitalismo, Estado y guerra, y sobre los cambios que son posibles dentro del capitalismo.

La teoría de izquierdas ha vuelto a ser importante. Cualquier acción que tenga como objetivo el cambio parte de una determinada comprensión de lo existente. Si se exige, por ejemplo, la implantación de una tasa Tobin (el gravamen de las transacciones de divisas) como un medio decisivo para «domar» al capitalismo «desbocado», con ello se están presuponiendo determinados conceptos teóricos sobre el significado de los mercados financieros y sobre el capitalismo refrenado o desenfrenado, se formulen expresamente o no. La pregunta acerca de cómo funciona el capitalismo actual no es, por tanto, una cuestión abstracta y académica, sino que la respuesta que se le dé tiene una relevancia práctica inmediata para todo movimiento de crítica al capitalismo.

Por eso no es sorprendente que en los últimos años hayan vuelto a tener actualidad grandes proyectos teóricos, como ha ocurrido recientemente con *Imperio* de Antonio Negri y Michael Hardt, *La era de la información* de Manuel Castells o, particularmente en Alemania, *Schwarzbuch des Kapitalismus* de Robert Kurz. En estos tres libros, orientados de manera muy distinta tanto políticamente como por lo que respecta a su contenido, se recurre en mayor o menor medida a las categorías de Marx: en parte se las utiliza para analizar el desarrollo presente y en parte se las critica como obsoletas. Por lo visto, hoy en día tampoco se puede eludir *El Capital* si se quiere analizar en profundidad el capitalismo. Sin embargo, los tres libros mencionados tienen en común, si bien de modo diferente, una utilización muy superficial de las categorías marxianas, que aparecen a menudo como meros ornamentos retóricos. Una confrontación con el original es conveniente no sólo para criticar tales superficialidades, sino también porque *El Capital*, escrito hace más de cien años, es más actual en muchos sentidos que algunas obras escritas recientemente y presentadas con gran ostentación.

Cuando comienza a leer *El Capital*, uno choca con algunas dificultades. Precisamente al comienzo, el texto no siempre resulta fácil de entender. También la extensión de sus tres libros puede tener un efecto disuasorio. Sin embargo, no hay que conformarse solamente con la lectura del libro primero. Puesto que Marx expone su objeto a distintos niveles de abstracción, que se presuponen y complementan unos a otros, sólo al final del libro tercero se puede entender plenamente la teoría del valor y del plusvalor tratada en el libro primero. Lo que uno cree saber tras la lectura aislada del libro primero no sólo es incompleto, sino también equívoco.

Tampoco se entiende sin más la pretensión de *El Capital*, que se encuentra expresada en su subtítulo y que Marx utiliza también como

caracterización de la totalidad de su proyecto científico: «Crítica de la economía política». En el siglo XIX se designaba temáticamente como *economía política* más o menos aquello que hoy llamamos ciencia económica. Lo que Marx indica con la denominación «crítica de la economía política» es que no se trata sólo de una nueva exposición de la economía política, sino de una *crítica* fundamental a la totalidad de la ciencia económica anterior: para Marx se trata de una «revolución científica», y claro está que con una intención política y social. A pesar de todas estas dificultades, se ha de abordar la lectura de *El Capital*. La siguiente Introducción no puede reemplazar esta lectura; únicamente pretende ofrecer una primera orientación[1].

Además, los lectores y lectoras deberían ser conscientes de que ya poseen una determinada *precomprensión* acerca de lo que es el capital, de lo que son las crisis, y también acerca de lo que trata la teoría de Marx. Dicha precomprensión, que se forma automáticamente a través de la escuela y de los medios de comunicación, a través de las conversaciones y las discusiones, tiene que ser cuestionada críticamente. No se trata sólo de confrontarse con algo nuevo, sino también de examinar lo supuestamente conocido y evidente.

Este examen debería empezar ya en el primer capítulo. Aquí se desarrolla, por un lado, un primer concepto provisional del capitalismo, que se diferencia de muchas ideas «espontáneas» acerca del mismo. Por otro lado, se trata del papel del marxismo en el movimiento obrero. A este respecto debería quedar claro que no existe en absoluto algo así como «el» marxismo. Siempre se ha discutido acerca de qué es lo que constituye la verdadera esencia de la teoría de Marx, y ciertamente no sólo entre «marxistas» y «críticos de Marx», sino también entre los propios «marxistas».

En el segundo capítulo, que es asimismo preparatorio, se da una caracterización provisional del objeto de *El Capital*. Los capítulos posteriores siguen de manera muy general el curso de la argumentación de los tres libros de *El Capital*: del capítulo III al V se aborda la materia del libro primero, en el capítulo VI la del segundo y del capítulo VII al X la del tercero.

Marx tenía proyectada una investigación del Estado que debía desarrollarse sistemáticamente de manera similar a su análisis de la economía, pero nunca llegó a realizarla. En *El Capital* se encuentran solamente observaciones ocasionales acerca del Estado. Sin embargo, la crítica del capital no sólo queda incompleta sin la crítica del Estado, sino que indu-

[1] Un comentario detallado del libro primero de *El Capital*, que toma en consideración cada uno de los capítulos, se encuentra en Altvater *et al.* (1999). A diferencia de dicho comentario, aquí se trata sólo del contexto general de la argumentación de Marx, si bien tomando en consideración los tres libros de *El Capital*. Una introducción en base a textos seleccionados puede verse en Berger (2003).

ce a malentendidos. Por este motivo, en el capítulo XI se abordará, siquiera brevemente, una crítica del Estado. En el capítulo XII, con el que concluye este libro, se plantea una breve discusión acerca de lo que Marx entiende o deja de entender por socialismo y comunismo.

Muchas simplificaciones del marxismo tradicional, «ideológico» (cf. para este concepto el capítulo I.III), han sido criticadas especialmente en las últimas décadas. A raíz de ello ya no se siguió interpretando a Marx simplemente como el mejor economista, según se había hecho en la perspectiva tradicional, sino fundamentalmente como crítico del proceso social mediado por el valor y por ello «fetichizado». Esta nueva lectura de los textos de crítica económica de Marx constituye la base de la presente Introducción. Por lo tanto, en mi exposición entronco con determinadas interpretaciones de la teoría de Marx, mientras que otras son desechadas. Ahora bien, para no desbordar los límites de esta Introducción, he tenido que renunciar en gran parte a la confrontación con otras interpretaciones. He fundamentado detalladamente mi punto de vista sobre la crítica de la economía política en Heinrich (1999); una reseña de la bibliografía más importante se encuentra en Heinrich (1999a).

En el capítulo III se aborda la teoría del valor de Marx. Recomiendo una lectura particularmente detenida de este capítulo, también a aquéllos que creen conocer ya la teoría del valor y sólo quieren informarse sobre temas específicos como, por ejemplo, el crédito o las crisis. Este capítulo no sólo es el presupuesto de todo lo que sigue; en él también se pone de manifiesto con especial claridad la «nueva lectura de Marx» mencionada anteriormente.

Una observación sobre la forma de escribir en lo relativo al género: soy consciente de que la lengua alemana ignora a las mujeres, siendo utilizadas indistintamente las formas masculinas para referirse a ambos sexos. Como reacción a ello se han introducido determinadas grafías para hacer referencia a los dos sexos. Pero su uso consecuente en el presente contexto conduciría a una nueva ignorancia, pues mientras que dicho uso está justificado en el caso de «trabajadores/as», ocultaría en otros casos el hecho de que las mujeres raramente han formado parte, por ejemplo, del mundo político o empresarial. Por eso he renunciado a dichas grafías, pero hablo a menudo de «trabajadores y trabajadoras», etc.

Sobre la forma de citar: *El Capital* y otros textos de Marx se citan por la edición *Marx-Engels Werke* (MEW), Berlín, 1956 y ss.; los tres libros de *El Capital* se encuentran en MEW 23, 24 y 25. Los textos que no están contenidos en MEW se citan por la edición *Marx-Engels Gesamtausgabe* (MEGA), Berlín, 1975 y ss*.

* Con respecto a las citas, la coherencia terminológica con el resto del texto ha hecho preferible la traducción directa del alemán. Pero dado que el libro pretende introducir a la

En la elaboración de esta Introducción he recibido la ayuda de diversas personas. Por la reiterada lectura crítica de distintas partes del manuscrito, por las intensas discusiones y por las importantes sugerencias que me han hecho, quiero dar las gracias de manera especial a Marcus Bröskamp, Alex Gallas, Jan Hoff, Martin Krzywdzinski, Ines Langemeyer, Henrik Lebuhn, Kolja Lindner, Urs Lindner, Arno Netzbandt, Bodo Niendl, Sabine Nuss, Alexis Petrioli, Thomas Sablowski, Dorothea Schmidt, Anne Steckner e Ingo Stützle.

---

lectura de *El Capital*, se indica también la referencia de página de la traducción española en el caso de las citas de los tres libros de *El Capital*, por si el lector quisiera consultar el contexto en el que aparecen en la obra. La indicación de página se da por la edición de Siglo XXI, a continuación del número de página de la edición alemana, y separando ambos números por una barra (*N. del T.*).

Capítulo I

Capitalismo y «marxismo»

I ¿Qué es el capitalismo?

Las sociedades actuales están atravesadas por multitud de relaciones de poder y de opresión que se manifiestan de distintas formas. Encontramos relaciones de género asimétricas, discriminación racial, enormes diferencias de posesión con las correspondientes diferencias de influencia social, estereotipos antisemitas, discriminación de determinadas orientaciones sexuales. Se ha debatido mucho sobre la conexión entre estas relaciones de poder y, en particular, sobre si una de ellas es más fundamental que las otras. Si en lo que sigue se ponen en primer plano las relaciones de poder y de explotación fundadas económicamente, no es porque sean las únicas relaciones de poder relevantes. Pero no se puede hablar de todo al mismo tiempo. En la crítica de la economía política de Marx se trata fundamentalmente de las estructuras económicas de la sociedad capitalista, y por eso se sitúan en el centro de esta Introducción. Sin embargo, uno no debería entregarse a la ilusión de que con el análisis de los fundamentos del *modo de producción capitalista* ya estuviera dicho todo lo decisivo sobre las *sociedades capitalistas*.

El hecho de que vivamos en una «sociedad de clases» parece ser, sobre todo en Alemania, algo controvertido. Aquí, ya el simple uso del concepto de «clase» está mal visto. Mientras la ultrareaccionaria Primera Ministra de Inglaterra Margaret Thatcher no tenía ningún problema en hablar de la «working class», en Alemania raramente se oye esta palabra, ni siquiera por boca de los socialdemócratas. En este país solamente hay empleados, empresarios, funcionarios y, sobre todo, «clase media». Y eso que hablar de clases no supone en modo alguno plantear un discurso especialmente crítico en sí mismo. Esto vale no sólo para ideas de «justicia social» que buscan una equiparación entre las clases, sino también para algunas ideas presuntamente de «izquierdas» que consideran la política burguesa como una especie de conjuración de las clases «dominantes» contra el resto de la sociedad.

El hecho de que una «clase dominante» esté situada frente a una clase «dominada» y «explotada» puede ser quizás una sorpresa para un profesor de ciencias sociales conservador que sólo conoce «ciudadanos», pero con ello todavía no se dice gran cosa. Todas las sociedades que conocemos son «sociedades de clases». «Explotación» significa, en primer lugar, que la clase dominada produce no sólo su propio sustento, sino también el de la clase dominante. Pero las clases aparecen históricamente en formas muy distintas: esclavos y esclavas estaban situados frente a los poseedores de esclavos en la antigua Grecia, los siervos de la gleba frente a los señores feudales en la Edad Media, y en el capitalismo se oponen la burguesía (los ciudadanos propietarios) y el proletariado (los trabajadores y trabajadoras asalariados). Lo decisivo es *cómo* funcionan el dominio de clase y la explotación en una sociedad. Y aquí el capitalismo se distingue de manera absolutamente fundamental de las sociedades precapitalistas en un doble respecto:

(1) En las sociedades precapitalistas, la explotación se basaba en una *relación personal de dependencia y de poder*: el esclavo era propiedad de su amo, el siervo de la gleba estaba sujeto al correspondiente señor feudal. El «señor» tenía un poder directo sobre el «siervo». Apoyado en este poder, se apropiaba de una parte de lo que producía el «siervo». En las relaciones capitalistas, el trabajador asalariado establece un contrato de trabajo con el capitalista. Los trabajadores asalariados son *formalmente libres* (no hay ningún poder exterior que les obligue a firmar el contrato, los contratos establecidos pueden rescindirse) y están situados como *formalmente iguales* frente a los capitalistas (es cierto que existe la ventaja fáctica de la propiedad, pero no hay privilegios jurídicos «de nacimiento» como en una sociedad aristocrática). En los países capitalistas desarrollados no existe una relación de poder *personal*, por lo menos no como regla. Por eso la sociedad burguesa, con sus ciudadanos libres e iguales, fue considerada por muchos teóricos sociales como lo contrario de la sociedad feudal medieval, con sus privilegios estamentales y sus relaciones de dependencia personal. Y muchos economistas niegan que exista algo así como la explotación en el capitalismo, e incluso prefieren hablar, en lugar de capitalismo, de «economía de mercado». Aquí concurren, según se afirma, distintos «factores de producción» (trabajo, capital y suelo) y reciben la parte correspondiente del producto (salario, beneficio y renta de la tierra). Se discutirá más adelante cómo se llevan a cabo la dominación y la explotación en el capitalismo precisamente *por medio* de la libertad y la igualdad formales de los «individuos que intercambian».

(2) En las sociedades precapitalistas, la explotación de la clase dominada sirve de manera predominante para el consumo de la clase domi-

nante: sus miembros llevan una vida de lujo, utilizan la riqueza de la que se apropian para su propia satisfacción, o bien para la satisfacción pública (representaciones teatrales en la antigua Grecia, juegos en la antigua Roma), o también para hacer la guerra. La producción sirve de manera *inmediata* para *cubrir necesidades*: para cubrir las necesidades (forzosamente) simples de la clase dominada y las extensas necesidades suntuarias y bélicas de la clase dominante. Sólo en casos excepcionales se usa la riqueza de la que se apropia la clase dominante para aumentar la base de la explotación (por ejemplo, renunciando al consumo para poder comprar más esclavos, de modo que éstos puedan producir una mayor riqueza). En las condiciones capitalistas, sin embargo, éste es el caso típico. La ganancia de una empresa capitalista no sirve de manera predominante para posibilitarle una vida agradable al capitalista; la ganancia debe invertirse de nuevo para generar aún más ganancia en el futuro. El fin *inmediato* de la producción no es la satisfacción de necesidades, sino la *valorización del capital*, y en este sentido también el disfrute del capitalista es sólo un producto secundario de este proceso, pero no su fin: si las ganancias son suficientemente grandes, entonces basta una pequeña parte de ellas para financiar la vida opulenta del capitalista, mientras que la mayor parte de las ganancias pueden ser utilizadas para la «acumulación» (el incremento del capital).

Posiblemente parezca absurdo que la ganancia no esté destinada de manera predominante al consumo del capitalista, sino a la continua valorización del capital, es decir, al movimiento incesante de una ganancia cada vez mayor. Sin embargo, aquí no se trata de un absurdo individual. Cada uno de los capitalistas se ve *forzado* por la competencia de los otros a este movimiento incesante de la ganancia (permanente acumulación, aumento de la producción, introducción de nuevas técnicas, etc.): si no se acumula, si el aparato de producción no se moderniza continuamente, la empresa corre el riesgo de ser arrollada por competidores que producen más barato o fabrican mejores productos. Si un determinado capitalista quiere sustraerse a la continua acumulación e innovación, le amenaza la quiebra. Por lo tanto, está forzado a participar en el proceso, lo quiera o no. En el capitalismo, el «afán desmesurado de lucro» no es una deficiencia moral del individuo, sino que resulta necesario para sobrevivir como capitalista. Como se pondrá de manifiesto en los próximos capítulos, el capitalismo se basa en una relación de poder *sistémica*, que supone una coacción para todos los individuos que están sujetos a dicha relación, tanto para los trabajadores y trabajadoras como para los capitalistas. Por eso se queda muy corta una crítica que se dirija al «afán de lucro desmesurado» de los capitalistas individuales, pero no al sistema capitalista en su conjunto.

Por *capital* entendemos (provisionalmente, después se precisará más) una determinada suma de valor cuyo fin es «valorizarse», es decir, arrojar una ganancia. Además, esta ganancia puede obtenerse de distintos modos. En el caso del *capital que devenga interés*, se presta dinero a un interés determinado. El interés constituye aquí la ganancia. En el caso del *capital comercial*, los productos se compran más baratos en un lugar y se venden más caros en otro lugar (o en otro momento del tiempo). La diferencia entre el precio de compra y el precio de venta constituye (previa deducción de los gastos que se hayan presentado) la ganancia. En el caso del *capital industrial* se organiza de forma capitalista el proceso de producción mismo: se anticipa capital para la compra de medios de producción (máquinas, materias primas) y para el empleo de fuerza de trabajo, de modo que se lleva a cabo un proceso de producción bajo la dirección del capitalista (o de sus encargados). El producto fabricado se vende; si el ingreso es superior a los costes que suponen los medios de producción y los salarios, entonces el capital adelantado al principio no sólo se ha reproducido, sino que también ha arrojado una ganancia.

En casi todas las sociedades que han conocido el intercambio y el dinero ha habido capital en el sentido que hemos esbozado (sobre todo como capital que devenga interés y como capital comercial, en menor medida como capital industrial), pero generalmente tenía un papel subordinado, y lo que dominaba era la producción para cubrir necesidades. Se puede hablar de *capitalismo* sólo si el comercio y sobre todo la producción funcionan predominantemente de forma capitalista. El capitalismo *en este sentido* es un fenómeno que se da por primera vez en la Europa moderna.

Las raíces de este desarrollo capitalista moderno se remontan en Europa hasta la Alta Edad Media. Primero se organizó el comercio a distancia sobre bases capitalistas, teniendo aquí las «cruzadas» medievales –guerras de saqueo a gran escala– un importante papel en la extensión del comercio. Poco a poco comenzaron a controlar la producción los comerciantes, que al principio se habían limitado a comprar productos previamente elaborados y a venderlos en otro lugar: ahora comienzan a encargar determinados productos, a anticipar los costes de las materias primas y a dictar el precio al que se compra el producto elaborado.

El desarrollo del capital en Europa experimentó su verdadero auge en los siglos XVI y XVII. Marx resumió de la siguiente manera lo que en los libros de texto se suele designar como «la época de los descubrimientos»:

> «El descubrimiento de los yacimientos de oro y de plata en América, el exterminio, la esclavización y el sepultamiento en las minas de la población indígena, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto de caza comercial de pieles negras marcan la aurora de la era de producción capitalista. (...) Los tesoros usurpados fuera de Europa directamente por medio del saqueo, la esclavización y la matanza refluían a la metrópoli y se transformaban allí en capital» (MEW 23, pp. 779, 781 / 939, 942).

Dentro de Europa, la producción capitalista abarcó cada vez más ámbitos, surgieron manufacturas y fábricas, y junto a los capitalistas comerciales se establecieron finalmente los capitalistas industriales, que empleaban cantidades crecientes de fuerza de trabajo asalariada en instalaciones productivas cada vez mayores. A finales del siglo XVIII y principios del XIX comenzó a desarrollarse este capitalismo industrial en Inglaterra, a la que siguieron en el siglo XIX Francia, Alemania y los Estados Unidos. En el siglo XX, el capitalismo se estableció en casi todo el mundo, si bien algunos países como Rusia o China intentaron sustraerse a este desarrollo a través de la construcción de un «sistema socialista» (cf. capítulo XII). Con el colapso de la Unión Soviética y la orientación de China hacia estructuras capitalistas de economía de mercado, el capitalismo a comienzos del siglo XXI ya no conoce fronteras, al menos geográficamente. Es cierto que no se ha establecido aún en todo el mundo (como muestra una ojeada a la mayor parte de África), pero no porque se haya encontrado con una resistencia, sino porque las condiciones de valorización no son igualmente favorables en todas partes, y el capital busca siempre las mejores oportunidades de ganancia y pasa de largo ante las menos favorables (cf. Conert 1988 para una introducción a la evolución histórica del capitalismo).

II El surgimiento del movimiento obrero

La condición previa para el desarrollo del *capitalismo industrial* no fue sólo la formación de grandes fortunas, una condición igualmente esencial fue la «liberación» de la fuerza de trabajo: personas que, por una parte, ya no estaban sujetas a relaciones feudales de dependencia, sino que eran formalmente libres y por ello tenían la posibilidad, por primera vez, de vender su fuerza de trabajo, y que, por otra parte, también estaban «libres» de toda fuente de ingresos –no poseían ninguna tierra de cuyo cultivo pudieran subsistir–, de modo que *tenían que vender* su fuerza de trabajo para sobrevivir.

Pequeños campesinos empobrecidos o expulsados de sus tierras (los señores feudales transformaban a menudo las tierras de cultivo en pastos porque les era más lucrativo), artesanos arruinados y jornaleros constituían el grueso de este «proletariado», que era forzado al trabajo

asalariado permanente a través de la más brutal violencia estatal (persecución de «vagabundos» y «mendigos», fundación de «casas de trabajadores»). El surgimiento del capitalismo moderno no fue un proceso pacífico, sino extremadamente violento, sobre el que Marx escribió en *El Capital*:

> «Si el dinero, según Augier [periodista francés, M. H.], "viene al mundo con manchas de sangre en la mejilla", el capital nace chorreando sangre y lodo por todos los poros, de la cabeza a los pies» (MEW 23, p. 788 / 950).

El capitalismo se desarrolló en Europa (en primer lugar en Inglaterra) a comienzos del siglo XIX con un inmenso sacrificio humano: las jornadas de trabajo de hasta 15 y 16 horas diarias y el trabajo infantil, al que eran forzados los niños ya con seis o siete años, eran tan comunes como las condiciones extremadamente insalubres y peligrosas en las que se trabajaba. Y los salarios que se percibían por ello apenas alcanzaban para sobrevivir.

Frente a estas condiciones surgieron distintas formas de resistencia. Los trabajadores y trabajadoras intentaron alcanzar salarios más altos y mejores condiciones de trabajo. Los medios para ello fueron muy diversos, desde escritos de súplica, pasando por huelgas, hasta enfrentamientos violentos. Las huelgas fueron sofocadas frecuentemente por medio de la acción de la policía y el ejército, los primeros sindicatos y asociaciones de trabajadores fueron perseguidos como organizaciones «insurrectas» y sus portavoces resultaron a menudo condenados. A lo largo de todo el siglo XIX se llevaron a cabo luchas por el reconocimiento de los sindicatos y de las huelgas como medios legítimos de confrontación.

Con el tiempo hubo también ciudadanos instruidos e incluso algunos capitalistas que criticaron las condiciones miserables en las que malvivía una gran parte del proletariado, que aumentaba constantemente con el curso de la industrialización.

Y finalmente también el Estado tuvo que reconocer que los hombres jóvenes, que desde niños habían estado expuestos a jornadas de trabajo excesivamente largas en las fábricas, apenas valían ya para el servicio militar. En parte bajo la presión de una clase obrera que se hacía cada vez más fuerte, en parte por la comprensión de que el capital y el Estado necesitan, como fuerza de trabajo y como soldados, hombres sanos, comenzó a establecerse en el siglo XIX la «legislación fabril»: aparecieron una serie de leyes (de nuevo por primera vez en Inglaterra) en las que se prescribió un mínimo de protección sanitaria para los empleados, se aumentó la edad mínima para el trabajo infantil y se redujo el tiempo máximo de trabajo diario para los niños. Finalmente, se limitó también la jornada de trabajo para los adultos. En la mayoría de los sectores se estableció una jornada laboral de 12 horas, más adelante de 10.

El movimiento obrero se fue haciendo cada vez más fuerte a lo largo del siglo XIX, se formaron sindicatos, asociaciones de trabajadores y, por último, también partidos obreros. Con la ampliación del derecho al voto, que al principio estaba reducido a quienes tenían propiedades (más exactamente: a los varones que tenían propiedades), se fueron haciendo cada vez mayores los grupos parlamentarios de estos partidos. Pero la meta de la lucha del movimiento obrero siempre fue controvertida: ¿se pretendía alcanzar sólo un capitalismo reformado o se aspiraba a su abolición? Era igualmente controvertido si el Estado y el gobierno eran adversarios que debían ser combatidos del mismo modo que el capital o si se trataba de posibles aliados a los que simplemente se debía convencer de lo que es justo.

Desde la primera década del siglo XIX aparecieron multitud de análisis del capitalismo, conceptos del socialismo, propuestas de reforma y proyectos estratégicos acerca de la mejor manera de alcanzar las metas correspondientes. Marx y Engels adquirieron en estos debates una influencia creciente desde mediados de siglo. A finales del XIX –ambos habían muerto ya– el «marxismo» dominaba dentro del movimiento obrero internacional. No obstante, se podía preguntar ya entonces cuánto de este «marxismo» tenía que ver aún con la teoría de Marx.

III Marx y el «marxismo»

Karl Marx (1818-1883) nació en Tréveris. De padre abogado, provenía de una familia culta de la pequeña burguesía. En Bonn y en Berlín, Marx estudió «formalmente» derecho, pero se ocupó sobre todo de la filosofía de Hegel (1770-1831), que era todavía la filosofía dominante, y de la de los jóvenes hegelianos (un grupo radical de discípulos de Hegel).

Fue redactor entre 1842 y 1843 de la *Rheinischen Zeitung*, que como órgano de la burguesía liberal renana se oponía a la autoritaria monarquía prusiana (que entonces dominaba también Renania). Criticó en sus artículos la política prusiana, utilizando como modelo en su crítica la concepción hegeliana de la «esencia» del Estado, concretamente la realización de una «libertad racional» situada por encima de los intereses de clase. En su actividad periodística, fue entrando progresivamente en contacto con cuestiones económicas, con respecto a las cuales comenzó a parecerle dudosa la filosofía hegeliana del Estado.

Marx intentó entonces, bajo la influencia del crítico radical de Hegel Ludwig Feuerbach (1804-1872), partir de los «hombres reales» en vez de basarse en las abstracciones hegelianas. De aquí surgieron en 1844

los *Manuscritos económico-filosóficos*, que no fueron publicados en vida de Marx. En ellos desarrolló su «teoría de la enajenación», que llegó a ser enormemente popular en el siglo XX. Marx intentó mostrar que los hombres reales, en las condiciones capitalistas, están «enajenados» de su «esencia genérica», por tanto, de aquello que los distingue de los animales, y que consiste básicamente en que desarrollan en su trabajo sus capacidades y sus fuerzas. Como trabajadores asalariados, ni disponen de los productos de su trabajo, ni controlan el proceso de trabajo; ambos están sujetos al dominio del capitalista. El *comunismo*, con el que quedará abolido el capitalismo, es concebido por Marx como la supresión de la enajenación, como la reapropiación de la esencia humana genérica por los hombres reales.

Durante su trabajo en la *Rheinische Zeitung*, Marx conoció a Friedrich Engels (1820-1895), hijo de un fabricante de Barmen (hoy una parte de Wuppertal). En 1842 Engels fue enviado por sus padres a Inglaterra para completar su formación comercial, y allí vio la miseria del proletariado industrial inglés. Desde finales de 1844, Marx y Engels permanecieron en estrecho y amistoso contacto, que no se interrumpiría hasta el final de sus vidas.

En 1845 redactaron conjuntamente la *Ideología alemana*, un escrito (publicado de manera póstuma) que pretendía romper no sólo con la «radical» filosofía neohegeliana, sino también, como Marx escribió después, «con nuestra anterior conciencia filosófica» (MEW 13, p. 10). Aquí se criticaba especialmente, del mismo modo que en las *Tesis sobre Feuerbach* escritas por Marx poco tiempo antes, la concepción filosófica de una «esencia humana» y la teoría de la «enajenación». En vez de esto, se deben investigar las relaciones sociales reales en las que viven y trabajan los hombres. Posteriormente no vuelve a aparecer nunca más en Marx el concepto de una esencia humana (genérica), y de enajenación habla muy raramente y de manera imprecisa. Sin embargo, se ha discutido con frecuencia acerca de si Marx ha abandonado de hecho la teoría de la enajenación o simplemente ya no la coloca en primer plano. Ésta es la cuestión de la que se trata fundamentalmente en la disputa sobre la existencia de una ruptura conceptual entre los escritos del «joven» Marx y los del Marx «maduro».

Marx y Engels se hicieron ampliamente conocidos por el *Manifiesto del Partido Comunista*, publicado en 1848 (poco antes del estallido de la revolución). Se trata de un escrito programático que redactaron por encargo de la «Liga de los Comunistas», un pequeño grupo de revolucionarios que sólo existió por poco tiempo. En el *Manifiesto Comunista* esbozaron de forma muy concisa y en un lenguaje sumamente pregnante el ascenso del capitalismo, la oposición de clase entre la burguesía y el proletariado, que se destacaba cada vez con mayor nitidez, y lo ineludi-

ble de una revolución proletaria. Esta revolución debía conducir a una sociedad en la que quedase abolida la propiedad privada de los medios de producción.

Tras el aplastamiento de la revolución de 1848, Marx tuvo que huir de Alemania. Se trasladó a Londres, que era por aquel entonces el centro capitalista por antonomasia, y por ello el mejor lugar para estudiar el desarrollo del capitalismo. Además, en Londres también podía recurrir a la enorme biblioteca del Museo Británico.

El *Manifiesto Comunista* había surgido más bien de una intuición genial que de un conocimiento científico profundo (algunas afirmaciones, como la tendencia a una depauperación absoluta de los trabajadores, fueron revisadas posteriormente). Es cierto que Marx ya se había ocupado de la literatura económica en los años 40, pero fue en Londres donde realizó por primera vez un análisis científico amplio y profundo de la economía política. Esto le llevó a finales de los años 50 al proyecto de una «crítica de la economía política», que debía desarrollarse en varios libros y para la que fue elaborando a partir de 1857 una serie de manuscritos muy extensos, pero que quedaron inconclusos y no fueron publicados por él (entre otros la *Introducción* de 1857, los *Grundrisse* de 1857/58 y las *Teorías sobre la plusvalía* de 1861-63).

Marx trabajó hasta el final de su vida en este proyecto, pero sólo pudo publicar una parte del mismo: en 1859 apareció como comienzo la *Contribución a la crítica de la economía política. Primer cuaderno*, un pequeño escrito sobre la mercancía y el dinero que no tuvo continuación. En lugar de ello se publicó en 1867 el libro primero de *El Capital*, y en 1872 apareció la segunda edición corregida del mismo. Los libros segundo y tercero fueron publicados por Friedrich Engels tras la muerte de Marx, en los años 1885 y 1894 respectivamente (para la historia de la edición, véase Hecker 1999).

Pero Marx no se limitó al trabajo científico. En 1864 participó de manera decisiva en la fundación de la «Asociación Internacional de Trabajadores», que tuvo lugar en Londres, y redactó tanto el «Discurso inaugural», que contenía las ideas programáticas, como los estatutos.

Como miembro del Consejo General de la Internacional, en los años siguientes ejerció una influencia decisiva sobre su política. La Internacional, a través de sus distintas secciones nacionales, fomentó la fundación de partidos obreros socialdemócratas en muchos países europeos. Se disolvió en la década de 1870, en parte por disensiones internas, en parte porque como organización central se había hecho superflua al lado de los distintos partidos.

Marx y Engels constituyeron para los partidos socialdemócratas una especie de «think tank»: mantuvieron intercambio epistolar con muchos líderes de partido y escribieron artículos para la prensa socialdemócra-

ta. Se solicitaba su opinión sobre las más diversas cuestiones políticas y científicas. Donde mayor influencia tuvieron fue en el partido socialdemócrata alemán, fundado en 1869, que se desarrolló de manera especialmente rápida y pronto se convirtió en el punto de referencia de los demás partidos.

Engels redactó un buen número de escritos popularizantes para los partidos socialdemócratas, en particular el denominado *Anti-Dühring*. Esta obra, y sobre todo el resumen de la misma que apareció bajo el título *El desarrollo del socialismo desde la utopía hasta la ciencia*, traducido a muchas otras lenguas, forman parte de los escritos más leídos en el movimiento obrero antes de la Primera Guerra Mundial. En cambio, *El Capital* sólo fue conocido por una pequeña minoría. En el *Anti-Dühring*, Engels se confronta críticamente con las concepciones de Eugen Dühring, un profesor de Berlín que pretendía haber creado un nuevo sistema completo de filosofía, economía política y socialismo, lo que le valió un número creciente de seguidores en las filas de la socialdemocracia alemana.

El éxito de Dühring se basaba en la creciente necesidad que tenía el movimiento obrero de una «Weltanschauung», de una orientación que ofreciera una explicación completa del mundo y que suministrara una respuesta a todas las preguntas. Después de que se eliminaran las peores aberraciones del capitalismo naciente y la supervivencia cotidiana de los asalariados estuviera asegurada en cierta medida, se desarrolló una cultura obrera socialdemócrata específica: en los barrios obreros surgieron diversos tipos de asociaciones culturales y deportivas de trabajadores. La clase obrera, ampliamente excluida de la sociedad y la cultura burguesa, desarrolló una cultura paralela, que ciertamente quería apartarse de manera consciente de la cultura burguesa, pero que a menudo la copiaba inconscientemente (como ocurrió a finales del siglo XIX con August Bebel, presidente durante muchos años del SPD, que fue venerado con un fervor parecido al que la pequeña burguesía expresaba por el Kaiser Guillermo II). En este clima surgió la necesidad de una orientación espiritual completa, que pudiera oponerse a la visión burguesa del mundo y a los valores burgueses imperantes, en los cuales no figuraba la clase trabajadora o lo hacía de una manera completamente subordinada.

En tanto que Engels no sólo criticó a Dühring, sino que le opuso en diversos ámbitos las posiciones «correctas» de un «socialismo científico», sentó las bases de un marxismo ideológico que fue acogido satisfactoriamente por la propaganda socialdemócrata y que se fue simplificando cada vez más. Este «marxismo» encontró su más destacado representante en Karl Kautsky (1854-1938), que tras la muerte de Engels fue considerado como el teórico marxista más importante hasta la Primera Guerra Mundial. Lo que hasta finales del siglo XIX dominó en la social-

democracia como «marxismo» consistía en un repertorio de planteamientos bastante esquemáticos: un materialismo hecho a medida y extremadamente simple, esquemas del pensamiento progresista burgués, un par de elementos muy simplificados de la filosofía hegeliana y algunos conceptos extraídos de manera parcial del pensamiento de Marx, todo lo cual se combinó para dar lugar a una serie de formulaciones ideológicas bastante simples. Los rasgos más destacables de este marxismo popular eran un burdo *economicismo* (es decir, la ideología y la política se reducen a una traducción directa y consciente de intereses económicos), así como un marcado *determinismo* histórico (el fin del capitalismo y la revolución proletaria se consideran como acontecimientos que van a suceder por necesidad natural). Lo que se propagó en el movimiento obrero no fue la crítica de la economía política de Marx, sino este «marxismo ideológico», que actuó básicamente como generador de identidad: mostraba a dónde se pertenecía como trabajador y socialista, y explicaba todos los problemas del modo más simplificado posible.

Una continuación y una simplificación ulterior de este marxismo ideológico tuvieron lugar en el marco del «marxismo-leninismo». Lenin (1870-1924), el representante más influyente de la socialdemocracia rusa a comienzos del siglo XX, desarrolló un pensamiento profundamente enraizado en el marxismo ideológico que se acaba de esbozar. Lenin expresa sin rodeos la desmedida autocomprensión de este «marxismo»:

> «La doctrina de Marx es todopoderosa porque es verdadera. Está concluida en sí misma y es armoniosa, les da a los hombres una visión del mundo unitaria» (Lenin 1913, p. 3 y ss.).

Antes de 1914, Lenin apoyó políticamente al centro socialdemócrata, agrupado en torno a Karl Kautsky, frente al ala izquierda, representada por Rosa Luxemburg (1871-1919). La ruptura tuvo lugar al comienzo de la Primera Guerra Mundial, cuando el SPD dio su aprobación a los créditos de guerra reclamados por el gobierno. A partir de aquí comenzó la escisión del movimiento obrero: un ala socialdemócrata, que en los años siguientes se alejó cada vez más, tanto práctica como teóricamente, de la teoría de Marx y de la meta de la superación del capitalismo, y frente a ella un ala comunista, que mantenía una fraseología marxista y una retórica revolucionaria, pero que básicamente se limitaba a justificar los giros de la política tanto interior como exterior de la Unión Soviética (como ocurrió después, por ejemplo, con el pacto Hitler-Stalin).

Después de su muerte, Lenin fue convertido por el ala comunista del movimiento obrero en una figura sagrada del marxismo. Sus escritos de lucha, surgidos la mayoría de las veces por motivos de actualidad y que eran de carácter polémico, fueron ensalzados como la más alta expresión

de la «ciencia marxista» y conformaron, junto con el «marxismo» ya existente, un sistema dogmático de filosofía («materialismo dialéctico»), historia («materialismo histórico») y economía política: el «marxismo-leninismo». También esta variante del marxismo dogmático sirvió fundamentalmente para la formación de identidad, y la Unión Soviética lo utilizó para legitimar el poder del partido y asfixiar toda discusión pública.

Las ideas hoy universalmente difundidas sobre el contenido de la teoría de Marx, tanto si es valorado de forma positiva como negativa, se basan fundamentalmente en este marxismo ideológico. También muchos lectores y lectoras de esta Introducción pueden haber sacado de este marxismo ideológico algunas afirmaciones sobre la teoría de Marx que les parecen totalmente evidentes. Para la mayor parte de lo que en el siglo XX firma como «marxismo» o «marxismo-leninismo» sigue siendo válido lo que Marx manifestó ante su yerno Paul Lafargue, cuando éste le informó sobre el «marxismo» francés: «Si eso es marxismo, entonces yo no soy marxista» (MEW 35, p. 388).

Sin embargo, el marxismo no quedó limitado a este marxismo ideológico. Desde el trasfondo de la escisión del movimiento obrero en dos alas, una socialdemócrata y otra comunista, y del desengaño de las esperanzas revolucionarias tras la Primera Guerra Mundial, se desarrollaron en los años 20 y 30 distintas variantes (y de distinta amplitud) de una crítica «marxista» al marxismo ideológico. Estas nuevas corrientes, que están asociadas a los nombres, entre otros, de Karl Korsch, Georg Lukács, Antonio Gramsci (cuyos *Cuadernos de la cárcel* se publicaron por primera vez tras la Segunda Guerra Mundial) o la «Escuela de Frankfurt» fundada por Max Horkheimer, Theodor W. Adorno y Herbert Marcuse, a menudo son agrupadas retrospectivamente bajo el rótulo «marxismo occidental» (cf. Diethard Behrens 2004).

Durante mucho tiempo este marxismo occidental sólo criticó los fundamentos filosóficos y teórico-históricos del marxismo tradicional: el «materialismo dialéctico» y el «materialismo histórico». Fue sólo en las décadas de 1960 y 1970 cuando realmente se alcanzó a ver por primera vez que en el marxismo tradicional la crítica de la economía política había sido reducida a una «economía política marxista», y que de este modo se había perdido el amplio sentido de la «crítica». Como consecuencia del movimiento estudiantil y de las protestas contra la guerra de los Estados Unidos en Vietnam, se produjo a partir de los años 60 un auge a nivel mundial de los movimientos de izquierda, más allá de los partidos socialdemócratas o comunistas del movimiento obrero, y surgieron además nuevos debates sobre la teoría de Marx. En este momento comienza también una profunda discusión sobre su crítica de la economía política, en la que tuvieron mucha influencia los escritos de Louis Althusser y sus colaboradores (Althusser 1965; Althusser/Balibar 1965).

Esta discusión ya no se restringió solamente a *El Capital*, sino que se extendió también a otros escritos de crítica económica como los *Grundrisse*, que se hicieron populares sobre todo a partir del libro de Rosdolsky (1968). En los debates que se desarrollaron en Alemania (occidental) sobre la construcción y la estructura teórica de la crítica de la economía política, tuvieron un papel central los escritos de Backhaus (reunidos en Backhaus 1997), así como el libro de Reichelt (1970), que supusieron un importante impulso para la nueva lectura de los escritos de crítica económica de Marx de la que se habló en el Prólogo. En el contexto de esta «nueva lectura de Marx» se encuentra también la presente Introducción[1]. Las diferencias entre la «crítica de la economía política» y una «economía política marxista», hasta aquí solamente apuntadas, se mostrarán más claramente en lo que sigue.

[1] La denominación «nueva lectura de Marx» la utilizó por primera vez Hans-Georg Backhaus en el Prólogo a su obra anteriormente citada (Backhaus 1997). Una visión de conjunto sobre los distintos niveles de esta nueva lectura de Marx la da Elbe (2003). Nuevas contribuciones a ella son, entre otras, Brentel (1989), Behrens (1993a, 1993b), Heinrich (1999), Backhaus (2000), Rakowitz (2000), Milios/Dimoulis/Economakis (2002), Reichelt (2002). También Postone (2003) forma parte de este contexto.

Capítulo II

El objeto de la crítica de la economía política

Marx investiga en *El Capital* el modo de producción capitalista. La cuestión es, no obstante, *en qué sentido* es aquí objeto el capitalismo, pues en el texto se encuentran tanto investigaciones teóricas abstractas sobre el dinero y el capital, como también pasajes históricos (por ejemplo, los dedicados a la formación de las relaciones capitalistas en Inglaterra). ¿Se trata de analizar los rasgos fundamentales de la *historia del desarrollo* general del capitalismo, de analizar una *fase* determinada del capitalismo, o más bien de una *exposición teórico-abstracta* de su *modo de funcionamiento*? Planteado en términos generales: ¿en qué relación se encuentran la exposición teórica y la historia dentro de la crítica de la economía política?

Una pregunta ulterior concierne a la relación entre la exposición marxiana del modo de producción capitalista y la teoría económica burguesa: ¿presenta Marx simplemente una teoría más sobre el modo de funcionamiento del capitalismo? ¿Consiste la «crítica» que se realiza en la crítica de la economía política en que se prueban los errores que aparecen en uno u otro lugar de las teorías existentes, para presentar entonces una teoría mejor? ¿O tiene aquí la «crítica» una pretensión más amplia? Formulado de nuevo en términos generales: ¿qué significa «crítica» en el marco de la crítica de la economía política?

I Teoría e historia

Engels fue el primero en proponer un modo de lectura «historicista» de la exposición de Marx. En una recensión a la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, escribió que la exposición «lógica» de las categorías presentada por Marx (lógico significa aquí tanto como conceptual, teórico) no es «de hecho, nada más que la exposición histórica, despojada simplemente de la forma histórica y de las contingencias perturbadoras» (MEW 13, p. 474). Y Karl Kautsky, que publicó en 1887 un resu-

men del libro primero de *El Capital* que se hizo muy popular, escribió que *El Capital* es «en lo esencial, una obra histórica» (Kautsky 1887, p. 11).

A comienzos del siglo XX, entre los dirigentes del movimiento obrero era una idea común que el capitalismo había entrado en una nueva fase de desarrollo: el «imperialismo». *El Capital* de Marx se interpretó como un análisis del «capitalismo de la competencia», una fase de desarrollo del capitalismo anterior al imperialismo. La investigación de Marx tenía que actualizarse históricamente y había que analizar ahora el imperialismo, que constituía la siguiente fase del capitalismo. Hilferding (1910), Luxemburg (1913) y Lenin (1917) se dedicaron cada uno a su modo a esta tarea.

También se oye decir con frecuencia a los economistas actuales que el análisis de Marx –siempre y cuando no es rechazado ya de antemano– tiene, en el mejor de los casos, una cierta validez para el siglo XIX, pero que en el siglo XX se han transformado tanto las relaciones económicas que su teoría ya no sirve para nada (por lo que en la mayoría de las facultades de Economía tampoco se dice nada sobre ella).

Tales modos de lectura «historicista», que son típicos también de muchas introducciones a *El Capital*, se oponen en todo caso a la propia autocomprensión de Marx. En el Prólogo al libro primero, dice sobre el objeto de su investigación:

> «Lo que me propongo investigar en esta obra es el modo de producción capitalista y las relaciones de producción y de circulación que le corresponden. Su sede clásica es, hasta ahora, Inglaterra. Esta es la razón por la que sirve de ilustración principal a mi exposición teórica. (...) En sí y para sí no se trata del mayor o menor grado de desarrollo de los antagonismos sociales que surgen de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de estas leyes mismas» (MEW 23, p. 12 / 6-7).

Aquí se expresa claramente que de lo que se trata para Marx no es ni de la historia del capitalismo, ni de una determinada fase histórica del mismo, sino de su análisis «teórico»: el objeto de la investigación son las determinaciones esenciales del capitalismo, lo que debe permanecer igual en todas las transformaciones históricas para que podamos hablar en general de «capitalismo». Por lo tanto, no se trata de presentar un capitalismo determinado (temporal o localmente), sino (así dice Marx al final del libro tercero de *El Capital*)

> «sólo la organización interna del modo de producción capitalista, por así decirlo, en su media ideal» (MEW 25, p. 839 / 1057).

De esta manera queda formulada la exigencia que Marx asocia a su exposición. Cuando nos ocupemos de los detalles de esta exposición, discutiremos si Marx cumple con semejante exigencia, si logra efectivamente exponer el modo de producción capitalista «en su media ideal».

En cualquier caso, las declaraciones citadas ponen de manifiesto el grado de abstracción de la exposición: si el análisis se mueve al nivel de la «media ideal» del modo de producción capitalista, entonces suministra las categorías que tienen que estar a la base de la investigación de una determinada fase del capitalismo, así como también de la historia del mismo.

El hecho de que haya que conocer la historia para comprender el presente tiene una cierta justificación para la pura historia de los acontecimientos, pero no para la historia de la estructura de una sociedad. Aquí vale más bien lo contrario: para poder investigar la *formación* de una determinada estructura económica y social, es preciso conocer antes la estructura *acabada*, y sólo entonces se sabe lo que hay que buscar en la historia en general. Marx formula esta idea con ayuda de una metáfora:

> «La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono. Los indicios de las formas superiores en las especies animales inferiores sólo pueden comprenderse, por el contrario, cuando ya se conoce la forma superior» (MEW 42, p. 39).

De ahí que en *El Capital* todos los pasajes «históricos» se encuentren *después* de la exposición (teórica) de las correspondientes categorías y no antes: así, por ejemplo, el célebre capítulo sobre la «llamada acumulación originaria» –en el que se trata del surgimiento del trabajador asalariado «libre» como presupuesto de la relación capitalista– no está al comienzo, sino al final del libro primero de *El Capital*. Los pasajes históricos *complementan* la exposición teórica, pero no la *fundamentan*.

Así pues, *El Capital* es básicamente una obra teórica (que analiza el capitalismo *ya desarrollado*) y no una obra histórica (en la que se trate de la *formación* del capitalismo); no obstante, la exposición no es ahistórica en el mismo sentido en que lo es una gran parte de la ciencia económica actual. Ésta parte de que hay un problema general «de» la economía que existe en *toda* sociedad (hay que producir, hay que distribuir medios escasos, etc.). Este problema, que en esencia es el mismo en todas las fases históricas, se investiga con categorías que son también esencialmente las mismas (de modo que algunos economistas consideran como «capital» incluso el hacha del hombre de Neandertal). En cambio, Marx entiende que el capitalismo es un particular modo de producción histórico que se distingue de manera fundamental de otros modos de producción (como la sociedad esclavista antigua o el feudalismo medieval), por lo que cada uno de ellos contiene relaciones específicas que hay que exponer con categorías propias, que sólo son válidas para él. *En este sentido*, las categorías que describen el modo de producción capitalista son «históricas», y en ningún caso suprahistóricas; valen sólo para la fase histórica en la que el capitalismo es el modo de producción dominante.

II Teoría y crítica

Dentro del marxismo «ideológico», del que se habló anteriormente, Marx era considerado como el gran economista del movimiento obrero, que había desarrollado una «economía política marxista» que se oponía a la «economía burguesa» (es decir, a las escuelas económicas que se refieren positivamente al capitalismo): Marx habría tomado de Adam Smith (1723-1790) y de David Ricardo (1772-1823) –los mayores representantes de la denominada economía política clásica– la teoría del valor-trabajo (el valor de las mercancías se determina por el tiempo de trabajo necesario para su producción), pero a diferencia de los clásicos habría desarrollado una teoría de la explotación de la fuerza de trabajo y de la necesidad de las crisis en el capitalismo. Desde esta perspectiva, no hay ninguna diferencia fundamental de *categorías* entre la economía política clásica y la marxista, sino solamente una diferencia de *resultados* de la teoría.

Ésta es básicamente la interpretación de la ciencia económica moderna: para ella Marx es, por el contenido de su teoría, un representante de la escuela clásica que simplemente ha sacado otras consecuencias que Smith y Ricardo. Y ya que para la ciencia económica moderna los clásicos se consideran como algo superado (la teoría moderna ha abandonado la determinación del valor a través del trabajo), el economista actual piensa que ya no necesita ocuparse seriamente de la teoría de Marx.

Pero como lo pone de manifiesto el mismo subtítulo de *El Capital*, Marx no quería hacer una «economía política» alternativa, sino una «*crítica* de la economía política», lo que supone que todo nuevo planteamiento científico contiene también la crítica de las teorías anteriores por el solo hecho de tener que probar su propia legitimidad. Pero para Marx se trata de algo más que de una crítica en este sentido, ya que no se limita a criticar ciertas teorías (naturalmente esto también tiene lugar en *El Capital*), sino que se dirige más bien a la economía política *en su totalidad*: es una crítica de los *presupuestos categoriales* de *toda* una ciencia. Este carácter general de la crítica lo pone de manifiesto Marx ya a finales de la década de 1850 en una carta a Ferdinand Lassalle:

> «El trabajo del que se trata, en primer lugar, es la *crítica de las categorías económicas* o, if you like, el sistema de la economía burguesa expuesto críticamente. Es al mismo tiempo la exposición del sistema y a través de la exposición la crítica del mismo» (MEW 29, p. 550, subrayado de Marx).

Esta crítica de las categorías comienza con la categoría más abstracta de la economía política: el valor. Marx le concede a la economía política el haber comprendido el «contenido de la determinación del valor»

y, por tanto, la conexión entre trabajo y valor, pero la economía política «nunca se ha planteado siquiera la pregunta de por qué este contenido adopta esa forma» (MEW 23, p. 95 / 98).

Marx no se limita aquí a criticar los *resultados* de la economía política, sino que critica precisamente el modo en que *plantea las preguntas*, es decir, la diferencia entre lo que la economía política pretende explicar y lo que acepta como algo tan evidente que no tiene que ser explicado en absoluto (por ejemplo, la forma de mercancía de los productos del trabajo). De esta manera, Adam Smith, el padre fundador de la economía política clásica, parte de que los hombres, a diferencia de los animales, poseen una «propensión al intercambio», por lo que sería una de las características del hombre como tal considerar todas las cosas en tanto que mercancías.

Las relaciones sociales como el intercambio y la producción de mercancías son «naturalizadas» y «cosificadas» dentro de la economía política, de modo que se las concibe como relaciones cuasi-naturales, en definitiva, como propiedades de las cosas (las cosas no poseen un valor de cambio a causa de un determinado contexto social, sino que el valor de cambio es algo que les corresponde en sí mismas). A través de esta naturalización de las relaciones sociales parece que las *cosas* tuvieran las propiedades y la autonomía de los *sujetos*.

Marx califica de «absurdas» este tipo de relaciones (MEW 23, p. 90 / 93), habla de «objetividad espectral» (MEW 23, p. 52 / 47) y de «cualidad oculta» (MEW 23, p. 169 / 188). Lo que esto significa concretamente se aclarará en los próximos capítulos. En el marxismo ideológico, así como en la crítica burguesa a Marx, tales consideraciones se han pasado por alto la mayor parte de las veces o se han tomado simplemente como particularidades estilísticas. Sin embargo, Marx se refería con estas denominaciones a un estado de cosas fundamental para la crítica de la economía política. Y es que la *naturalización* y la *cosificación* de las relaciones sociales no se deben a un error de los economistas, sino que son el resultado de una imagen que se desarrolla por sí misma entre los miembros de la sociedad burguesa a partir de su praxis cotidiana. De ahí que al final del libro tercero de *El Capital* Marx pueda constatar que en la sociedad burguesa las personas viven en «un mundo encantado, invertido y puesto de cabeza» (MEW 25, p. 838 / 1056) y que esta «religión de la vida cotidiana» (*ibid.*) no sólo constituye la base de la conciencia espontánea, sino también el trasfondo de las categorías de la economía política.

Más arriba se formuló la pregunta acerca de lo que significa «crítica» dentro de la crítica de la economía política. Se le puede dar provisionalmente la siguiente respuesta: la crítica pretende disolver el *campo teórico* (es decir, las ideas que se consideran evidentes de por sí y las repre-

sentaciones que se producen espontáneamente) al que las categorías de la economía política deben su aparente plausibilidad; el «absurdo» de la economía política tiene que ponerse de manifiesto. Aquí confluyen la crítica del conocimiento (por tanto, la pregunta por cómo es posible el conocimiento) y el análisis de las relaciones de producción capitalistas: ninguna de las dos es posible sin la otra[1].

Pero Marx no sólo se propuso en *El Capital* una crítica de la ciencia burguesa y de la conciencia burguesa, sino también una crítica de las relaciones sociales burguesas. En una carta designa su obra –no precisamente de manera modesta– como «el misil más terrible que se ha lanzado a la cabeza de los burgueses (terratenientes incluidos)» (MEW 31, p. 541).

Para ello va a poner de manifiesto los costes sociales y humanos que acarrea necesariamente el desarrollo capitalista. Intenta demostrar que «dentro del sistema capitalista, todos los métodos para aumentar la fuerza productiva social del trabajo se realizan a costa del trabajador individual; todos los medios para el desarrollo de la producción se transforman en medios de dominio y explotación del productor» (MEW 23, p. 674 / 804). O como lo formula en otro lugar:

> «La producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las fuentes originarias de toda riqueza: la tierra y el trabajador» (MEW 23, p. 530 / 613).

Estas afirmaciones no pretenden ser una crítica *moral*. Marx no le recrimina al capitalismo (ni tampoco al capitalista individual) que infrinja ciertas normas de justicia eternas. *Más bien quiere partir de la constatación de un estado de cosas*: al capitalismo le es *inmanente* un enorme *potencial destructivo* que se activa de manera constante (cf. capítulos V y IX). A causa de su modo de funcionamiento, siempre va a lesionar los más elementales intereses vitales de los trabajadores y trabajadoras. Dentro del capitalismo, estos intereses elementales sólo se pueden proteger de manera limitada y temporal; por tanto, sólo se puede transformar esencialmente la situación si el capitalismo es abolido.

Frente a las exigencias desmesuradas del capitalismo, Marx no trae a colación un «derecho» moral a una vida íntegra o algo parecido. En lugar de eso, tiene la esperanza de que con la comprensión creciente de la naturaleza destructiva del sistema capitalista (que se puede constatar sin invocar ninguna moral), la clase trabajadora emprenda la lucha con-

[1] En la historia del «marxismo ideológico» (al igual que en la crítica burguesa a Marx) se desatendió la mayoría de las veces la dimensión de crítica del conocimiento que conlleva la argumentación de Marx. Sólo con los nuevos debates de las décadas de 1960 y 1970 se colocó en primer plano esta dimensión frente a una recepción de Marx reducida al ámbito de lo económico (que sólo veía en él al «mejor» economista).

tra este sistema, no a causa de consideraciones *morales*, sino de su propio *interés*; pero no de un interés que busca una posición mejor dentro del capitalismo, sino del interés en una vida buena y segura, que sólo se puede realizar más allá del capitalismo.

III La dialéctica: ¿un arma marxista prodigiosa?

Siempre que se habla de la teoría de Marx aparece en algún momento la palabra clave «dialéctica» (o también: desarrollo dialéctico, método dialéctico, exposición dialéctica), y la mayoría de la veces no se explica precisamente con demasiada claridad qué se quiere decir con ella. En los debates del «marxismo de partido» era frecuente que los respectivos adversarios se hicieran el reproche de tener una «concepción no dialéctica» del tema discutido en ese momento. También hoy se habla de buena gana en los círculos marxistas de que una cosa está en «relación dialéctica» con otra, con lo que al parecer ya está todo claro. Y a veces recibe uno, al inquirir críticamente, la amonestación de nivel elemental de que esto o aquello se tiene que «ver dialécticamente». Aquí no hay que dejarse intimidar, sino sacar cada vez más de quicio al respectivo maestro con la pregunta de qué hay que entender exactamente por «dialéctica» y cómo es el punto de vista «dialéctico». No pocas veces se reducirá entonces el altisonante discurso de la dialéctica al simple estado de cosas de que todo está de alguna manera en mutua dependencia y que lo uno está en interacción con lo otro y que el todo es realmente muy complejo, lo que en la mayor parte de los casos ciertamente es así, pero con ello no se dice gran cosa.

Si se habla de la dialéctica en un sentido menos superficial, entonces se pueden distinguir a grandes rasgos dos tipos de uso diferentes de este concepto. En uno se considera la dialéctica, en conexión con el *Anti-Dühring* de Engels ya mencionado anteriormente, como la «ciencia de las leyes generales del movimiento y desarrollo de la naturaleza, la sociedad humana y el pensamiento» (MEW 20, p. 132). El desarrollo dialéctico no transcurre de manera uniforme y lineal, sino que se trata más bien de un «movimiento en contradicciones». Este movimiento está constituido, en particular, por el «cambio de la cantidad en cualidad» y por la «negación de la negación»[2]. Pero mientras que Engels tenía claro que con

[2] *Cambio de la cantidad en cualidad*: una magnitud aumenta cuantitativamente hasta que por fin se transforma la cualidad. Si se calienta agua, en primer lugar aumenta la temperatura, pero permanece en estado líquido, hasta que a 100 grados Celsius finalmente se evapora. *Negación de la negación*: en el desarrollo sigue a la negación del estado originario una negación ulterior. Una semilla crece hasta convertirse en planta; la planta es la «negación» de la semilla; si la planta da frutos y deja más semillas, entonces esto es la negación de la planta, y tenemos, por tanto, una «negación de la negación»; pero ésta no lleva al punto de partida, sino que lo reproduce a un nivel superior: la semilla se ha multiplicado.

tales expresiones generales aún no se conocía absolutamente nada de los procesos concretos[3], en el marco del «marxismo ideológico» esto no estaba ni mucho menos claro, y se consideraba frecuentemente la «dialéctica» (entendida como teoría general del desarrollo) como una especie de arma prodigiosa con la que se podía explicar absolutamente todo.

El segundo modo en el que se habla de la dialéctica se refiere a la forma de la exposición en la crítica de la economía política. Marx habla en diversas ocasiones de su «método dialéctico», destacando aquí la contribución de Hegel, en cuya filosofía la dialéctica ha tenido un papel central. Sin embargo, la dialéctica ha sido «mistificada» por Hegel, por lo que Marx afirma que su dialéctica no coincide con la hegeliana (MEW 23, p. 27 / 20). Este método adquiere su importancia en la «exposición dialéctica» de las categorías, lo que significa que en el curso de la exposición cada una de ellas tiene que *desarrollarse* a partir de las otras: no se presentan simplemente una tras otra, yuxtapuestas, sino que tiene que ponerse de manifiesto su relación interna (en qué medida una categoría hace necesaria a la otra). La *construcción* de la exposición no es para Marx, por tanto, una cuestión de didáctica, sino que tiene en sí misma una importancia decisiva *en cuanto al contenido.*

Pero esta exposición dialéctica no resulta de la «aplicación» de un «método dialéctico» ya elaborado a la materia de la economía política. Ferdinand Lassalle se propuso una «aplicación» semejante, lo que motivó la siguiente observación de Marx en una carta a Engels:

> «Aprenderá para su perjuicio que llevar una ciencia a través de la crítica hasta el punto en que se la pueda exponer dialécticamente es una cosa completamente distinta a aplicar un sistema de lógica abstracto y concluido a las nociones de tal sistema» (MEW 29, p. 275).

El presupuesto de la exposición dialéctica no es la *aplicación* de un método (una idea que también está muy difundida en el marxismo ideológico), sino la *crítica de las categorías*, de la que se habló en la sección anterior. Y esta crítica de las categorías presupone un análisis muy preciso y detallado de la materia correspondiente a la que están referidas.

Una discusión más precisa sobre la «exposición dialéctica» de Marx sólo es posible, pues, cuando ya se sabe algo sobre las categorías expuestas: no se puede hablar del carácter «dialéctico» de la exposición de Marx o de la relación entre la dialéctica hegeliana y la dialéctica marxiana antes de haberse ocupado de la exposición misma. Tampoco la frecuente caracterización de la dialéctica de Marx como «ascenso de lo abs-

---

3 Engels escribe en el *Anti-Dühring* a este respecto: «Es evidente que no digo absolutamente nada del proceso de desarrollo particular, del proceso que recorre, por ejemplo, el grano de cebada desde la germinación hasta la muerte de la planta, si digo que es la negación de la negación» (MEW 20, p. 131).

tracto a lo concreto» dirá demasiado a aquéllos que estén comenzando con la lectura de *El Capital*. Y sobre todo, la estructura efectiva de la exposición es considerablemente más compleja de lo que se puede suponer por esta temprana formulación que proviene de la *Introducción* de 1857.

En *El Capital*, aparte del Prólogo y el Epílogo, Marx habla en muy pocas ocasiones explícitamente de la dialéctica. Practica una exposición dialéctica, pero sin exigir por ello a sus lectores y lectoras que se ocupen de la dialéctica *antes* de la lectura de su libro. Lo que es «dialéctico» en esta exposición sólo se puede decir con posterioridad. Por consiguiente, la presente Introducción no va precedida tampoco de ninguna sección sobre la dialéctica.

Capítulo III

Valor, trabajo y dinero

I Valor de uso, valor de cambio y valor

Marx va a investigar en *El Capital* el modo de producción capitalista, pero no comienza su análisis directamente con el capital. En los tres primeros capítulos se habla sólo de la mercancía y del dinero, y hasta el capítulo cuarto no se trata explícitamente del capital. En el marco del tipo de lectura «historicista» que antes se mencionó, los tres primeros capítulos se interpretaron como una descripción abstracta de una «producción mercantil simple» precapitalista.

Pero ya las dos primeras frases del primer capítulo ponen de manifiesto que no se trata de condiciones precapitalistas:

> «La riqueza de las sociedades en las que impera el modo de producción capitalista aparece como una "inmensa acumulación de mercancías", y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación comienza, por tanto, con el análisis de la mercancía» (MEW 23, p. 49 / 43).

Marx alude aquí a algo específico de la sociedad *capitalista*: en ella –y sólo en ella– es la «mercancía» la forma *típica* de la riqueza. También hay mercancías (esto significa provisionalmente para nosotros: bienes destinados al intercambio) en otras sociedades, pero sólo en las sociedades capitalistas se convierten en mercancías la inmensa mayoría de los bienes. En las sociedades feudales de la Edad Media se intercambiaba sólo una pequeña parte de los bienes; la forma de mercancía era más bien la excepción que la regla. La mayor parte de los bienes eran productos agrícolas y éstos se producían para el consumo propio o bien se entregaban a los terratenientes (los Príncipes, la Iglesia) y, por consiguiente, no se intercambiaban. Sólo en el capitalismo está generalizado el intercambio, y por eso está generalizada también la forma de mercancía de los bienes. Por lo tanto, sólo en el capitalismo adopta la riqueza la forma de una «acumulación de mercancías» y sólo ahora llega a ser la mercancía individual la «forma elemental» de

la riqueza. *Esta* mercancía, la mercancía de las sociedades capitalistas, es la que Marx va a analizar.

Se designa como *mercancía* solamente algo que se intercambia, por tanto, algo que además de su *valor de uso* tiene también un *valor de cambio*. El valor de uso de una cosa no es nada más que su utilidad; el valor de uso de una silla, por ejemplo, consiste en que uno se puede sentar en ella. Como tal, es independiente de que la cosa se intercambie o no.

Si ahora intercambio la silla por dos telas, por ejemplo, el valor de cambio de esta silla son dos telas. Si cambio la silla por 100 huevos, entonces su valor de cambio son 100 huevos. Si no cambio la silla, sino que simplemente la utilizo, entonces no tiene ningún valor de cambio, sino solamente valor de uso; una silla en la que uno puede sentarse más o menos cómodamente.

El que las cosas sean mercancías, es decir, que además del valor de uso tengan también un valor de cambio, no es una propiedad «natural» de las cosas, sino una propiedad «social»: sólo en las sociedades donde las cosas se intercambian poseen éstas valor de cambio, sólo aquí son mercancías. Marx señala al respecto: «Los valores de uso constituyen el contenido material de la riqueza, sea cual sea la forma social de ésta» (MEW 23, p. 50 / 44).

Con ello hemos llegado a una distinción sumamente importante. El «contenido material» de una cosa (su «forma natural») se distingue de su «forma social» (Marx también habla a veces de «determinación económica formal»). La «forma natural» de la silla es simplemente su constitución material (si está hecha, por ejemplo, de madera o de metal); en cambio, con la «forma social» se alude a que la silla es «mercancía», una cosa que se intercambia y que posee por eso un valor de «cambio». El hecho de que la silla sea mercancía no se debe a ella misma como cosa, sino a la sociedad en la que esta cosa existe.

Actos de intercambio ocasionales se dan en todas las sociedades que conocemos. Pero el hecho de que casi todo se cambie es algo específico de las sociedades capitalistas. Esto tiene consecuencias para las relaciones cuantitativas de cambio. En el intercambio como fenómeno aislado se pueden dar las más diversas relaciones cuantitativas de cambio: puedo cambiar la silla una vez por dos telas, otra vez por tres, etc. Pero si el cambio es la forma normal en la que se transfieren los bienes, las relaciones de cambio individuales tienen que «ajustarse» unas a otras. Siguiendo con el ejemplo anterior: se ha intercambiado una silla por dos telas o por 100 huevos; si éste es el caso, entonces tienen que intercambiarse también 2 telas por 100 huevos. ¿Por qué? Si éste no fuera el caso, si se intercambiaran, por ejemplo, 100 huevos por una tela solamente, entonces se podría estar obteniendo ganancia continuamente

por medio de una hábil sucesión de actos de cambio. Cambio una tela por 100 huevos, luego 100 huevos por 1 silla, y luego 1 silla por 2 telas. Por medio del mero intercambio habría duplicado mi provisión de telas, por lo que a través de muchos actos de cambio análogos podría seguir aumentando continuamente mi riqueza. Sin embargo, esto sólo será posible mientras encuentre a alguien que esté dispuesto a realizar los actos de cambio contrarios. En poco tiempo, los otros participantes del mercado querrían seguir mi lucrativa cadena, y no habría nadie más que quisiera cambiar en la dirección opuesta. Sólo pueden ser estables las relaciones de cambio que excluyan que se puedan producir ganancias o pérdidas solamente a través de una determinada *sucesión* de actos de cambio.

Por lo tanto, podemos concluir que para las sociedades *capitalistas* (en las que el intercambio es el caso normal) los distintos valores de cambio de la misma mercancía tienen que constituir también valores de cambio los unos con respecto a los otros. Si una silla se cambia, de un lado, por dos telas y, de otro lado, por 100 huevos, tienen que cambiarse también dos telas por 100 huevos.

Pues bien, si se da tal regularidad en el cambio (y ésta tiene que darse para que el cambio funcione sin dificultades), se impone la pregunta de qué tienen en común una silla, dos telas y 100 huevos. La respuesta que nos sugiere nuestro saber cotidiano es que estas tres cosas tienen «el mismo valor». A través de la experiencia en el cambio podemos hacer una evaluación muy precisa del valor de muchas cosas. Si lo que tenemos que dar por ellas en el cambio difiere de esta evaluación, concluimos que la cosa en cuestión es «barata» o «cara». Pero ahora hay que preguntarse qué constituye este «valor», e inmediatamente después, cómo se determina la correspondiente magnitud del valor.

Mucho antes de Marx, los economistas se habían ocupado ya de esta pregunta y habían llegado a dos respuestas básicamente distintas. Una respuesta dice: el valor de una cosa se determina por su utilidad. Estoy dispuesto a dar mucho por algo que tiene una gran utilidad para mí; en cambio, por algo que me es de poca utilidad sólo estoy dispuesto a dar poco o incluso nada. Pero esta «teoría utilitarista del valor» se encuentra frente a un gran problema que ya señaló Adam Smith: el agua tiene una gran utilidad, sin agua no podríamos vivir, y sin embargo tiene muy poco valor. En comparación con el agua, la utilidad de un diamante es minúscula, pero su valor es enorme. Smith saca de ello la conclusión de que la utilidad de las cosas no puede ser lo que determina su valor; vio como determinante del valor la cantidad de trabajo que se necesita para conseguir una cosa: ésta es la segunda respuesta fundamental a la pregunta acerca de aquello de lo que depende el valor.

Esta «teoría del valor-trabajo» era la concepción usual dentro de la economía política en la época de Marx[1]. Esta teoría, traducida a nuestro ejemplo anterior, diría que una silla, dos telas y 100 huevos tienen el mismo valor porque se requiere el mismo trabajo para su producción.

Son evidentes dos objeciones contra esta teoría del valor-trabajo. Por un lado, también se intercambian productos que no proceden del trabajo (por ejemplo, suelo no trabajado); por otro lado, hay determinados productos del trabajo (como, por ejemplo, obras de arte) cuyo valor de cambio es completamente independiente del tiempo de trabajo gastado para su producción.

Respecto al primer punto hay que señalar que la teoría del valor-trabajo sólo explica el valor de los productos del trabajo. Los productos que no proceden del trabajo no poseen «valor». Si se intercambian, tienen un valor de cambio, y entonces éste tiene que ser explicado aparte.

Respecto al segundo punto: una obra de arte es ciertamente un producto del trabajo, pero a diferencia de las mercancías normales se trata de un ejemplar único, algo que sólo se presenta una vez. El precio que está dispuesto a pagar por ella un comprador es un precio discrecional, que no tiene lo más mínimo que ver con el trabajo gastado por el artista. Pero la mayoría de los productos de una economía no son tales ejemplares únicos, sino productos fabricados en grandes cantidades y cuyo valor debe ser explicado.

Marx también considera que el valor de las mercancías se funda en el trabajo que las produce. Como objetivación de «trabajo humano igual», las mercancías son *valores*. La *magnitud del valor* está determinada por «la cantidad de "sustancia generadora de valor", es decir, de trabajo, contenida en ella» (MEW 23, p. 53 / 48).

Pero lo que genera valor, continúa Marx, no es el tiempo de trabajo gastado por cada uno de los productores *individualmente* (entonces la silla fabricada por un carpintero que trabajase con lentitud tendría un valor mayor que una silla idéntica fabricada por otro carpintero que trabajase más rápido), sino solamente el «tiempo de trabajo socialmente necesario», esto es, el tiempo de trabajo que es necesario «para producir un valor de uso cualquiera en las condiciones normales de producción existentes en la sociedad y con el grado social medio de habilidad e intensidad de trabajo» (MEW 23, p. 53 / 48).

Sin embargo, el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un determinado valor de uso no permanece siempre igual. Si aumenta la fuerza productiva del trabajo, se pueden fabricar más productos en el mismo lapso de tiempo, por lo que disminuye el tiempo de trabajo socialmente necesario para la fabricación del producto y se redu-

[1] Hoy domina de nuevo en la teoría económica una variante de la teoría utilitarista del valor, la «teoría de la utilidad marginal».

ce su magnitud de valor. En cambio, si disminuye la fuerza productiva del trabajo, aumenta el tiempo de trabajo socialmente necesario que se requiere para la producción y se acrecienta la magnitud de valor del producto (esto puede ser consecuencia, por ejemplo, de condiciones naturales: si el granizo echa a perder la cosecha, la misma cantidad de trabajo trae consigo un menor rendimiento, se requiere más trabajo para la producción y el valor del producto aumenta).

Si hay intercambio, entonces se presupone la división del trabajo: sólo intercambio lo que no produzco yo mismo. La división del trabajo es el presupuesto del cambio, pero el cambio no es presupuesto de la división del trabajo, como revela un vistazo a cualquier fábrica: encontramos aquí una producción con una elevada división del trabajo, pero estos productos en ningún caso se intercambian entre sí.

Cuando en todo lo dicho anteriormente se ha hablado de «mercancía», ha podido surgir la impresión de que con ello se está haciendo referencia a cosas materiales, a cosas que se intercambian. Lo relevante es, de hecho, el intercambio, pero no que en éste se trate de cosas. También los «servicios» pueden intercambiarse y convertirse de este modo en mercancías. La diferencia entre un producto material y un servicio «inmaterial» consiste simplemente en una relación temporal diferida entre producción y consumo: el producto material se produce primero y a continuación se consume (una barra de pan se suele consumir en el mismo día, un coche puede estar semanas o incluso meses en la fábrica antes de que el comprador lo utilice); en una prestación de servicios (da igual que se trate de un desplazamiento en taxi, un masaje o una representación teatral) coinciden de manera inmediata el acto de producción y el acto de consumo (mientras el taxista produce el cambio de lugar, yo lo consumo). Entre las cosas materiales y los servicios sólo hay una diferencia *en cuanto a la materia*, pero cuando se trata de mercancías se hace referencia a su *forma social*, y ésta depende de que las cosas y los servicios se intercambien o no. Con ello también queda anulado el argumento frecuentemente esgrimido de que con el «tránsito de la sociedad industrial a la sociedad de servicios» (o en una versión «de izquierdas» como, por ejemplo, la de Hardt/Negri: el tránsito de la producción «material» a la «inmaterial») ha quedado obsoleta la teoría del valor de Marx.

Lo que se ha dicho hasta el momento sobre la teoría del valor es expuesto por Marx en las siete primeras páginas (de un total de cincuenta) del primer capítulo de *El Capital*. Para muchos marxistas (como también para la mayoría de los críticos de Marx) éste es el núcleo de la teoría marxiana del valor (la mercancía es valor de uso y valor, el valor es trabajo humano objetivado, y la magnitud del valor depende del «tiempo de trabajo socialmente necesario» que se requiere para la producción

de la mercancía; esto último es designado frecuentemente como «ley del valor»). Si realmente esto fuera todo, la teoría del valor de Marx no habría ido mucho más allá de la economía política clásica. En el resto de este capítulo se pretende poner de manifiesto que los planteamientos centrales de la teoría del valor de Marx no se limitan simplemente a estas consideraciones, y que lo verdaderamente importante de la teoría marxiana del valor está más allá de lo que se ha esbozado hasta el momento.

II ¿Una demostración de la teoría del valor-trabajo? (Actuación individual y estructura social)

Con la pregunta por la diferencia entre la teoría clásica del valor y la teoría del valor de Marx está conectada también una pregunta ulterior, a saber, la de si Marx ha «demostrado» la teoría del valor-trabajo, es decir, si ha probado de manera incuestionable que es el trabajo y nada más lo que constituye el valor de las mercancías. En la bibliografía sobre Marx se ha discutido a menudo esta cuestión. Como veremos inmediatamente, Marx no tenía ningún interés en tal «demostración».

Adam Smith había «demostrado» la determinación del valor de las mercancías por el trabajo con el argumento de que el trabajo supone esfuerzo y que estimamos el valor de una cosa según cuánto esfuerzo nos cueste procurárnosla. Aquí el valor se atribuye a las *consideraciones racionales* de los individuos. De manera muy similar argumenta también la moderna economía neoclásica cuando parte de los individuos que maximizan su utilidad y fundamenta las relaciones de cambio en los cálculos de utilidad que realizan los individuos. Tanto los clásicos como los neoclásicos parten de manera completamente evidente del individuo particular (y sus estrategias humanas de actuación supuestamente universales) e intentan explicar a partir de ellas el contexto social. Para ello tienen que proyectar en los individuos una buena parte de la estructura social que pretenden explicar: así, por ejemplo, Adam Smith, como ya se ha mencionado anteriormente, hace de la «propensión al cambio» la propiedad que distingue al hombre del animal, y entonces no es difícil deducir a partir de la racionalidad de *este* hombre (el poseedor de mercancías) las estructuras de una economía que se basa en el intercambio de mercancías, y declararlas así como universales para todos los hombres.

Por el contrario, para Marx lo fundamental no son las reflexiones de los individuos, sino las *relaciones sociales* en las que se encuentran en cada caso. Lo formuló con suma precisión en los *Grundrisse*:

> «La sociedad no consiste en individuos, sino que expresa la suma de relaciones y condiciones en las que los individuos se encuentran recíprocamente situados» (MEW 42, p. 189).

Estas relaciones establecen una determinada racionalidad a la que los individuos se tienen que atener si quieren mantenerse dentro de ellas. Y al actuar conforme a esta racionalidad, reproducen por medio de su actuación las relaciones sociales que están a su base.

Esto se manifiesta con total claridad a través de un ejemplo obvio. En una sociedad que se basa en el intercambio de mercancías, todas y cada una de las personas tienen que seguir la lógica del cambio si quieren sobrevivir. No es simplemente resultado de mi comportamiento «maximizador de la utilidad» el que yo quiera vender cara mi propia mercancía y comprar la mercancía ajena barata, es que no me queda más remedio (a no ser que sea tan rico que puedan no interesarme ya las relaciones de cambio). Y puesto que no veo otra alternativa, percibo mi comportamiento incluso como «natural». Si la mayoría se comporta del modo indicado, entonces se reproducen las relaciones sociales que se basan en el intercambio de mercancías, y con ello también la coacción a la que está sometido cada individuo para comportarse reiteradamente de esta manera.

Por consiguiente, Marx *no* fundamenta la teoría del valor en las reflexiones de los individuos que intercambian. En contra de un frecuente malentendido, su tesis *no* es que los valores de las mercancías corresponden al tiempo de trabajo necesario para su producción porque los individuos que intercambian así lo quieren. Por el contrario, Marx sostiene precisamente que las personas, en el intercambio, *no* saben realmente lo que hacen (cf. MEW 23, p. 88 / 90).

Con la teoría del valor, quiere poner al descubierto una determinada estructura social que los individuos *deben seguir independientemente de lo que piensen al respecto* (cf. capítulos III.VI y III.VIII). El planteamiento de Marx es aquí completamente distinto al de los clásicos y los neoclásicos: Adam Smith comenzaba considerando un acto de intercambio *particular*, y se preguntaba cómo se puede determinar aquí la relación de cambio. Marx, por el contrario, ve la relación de cambio particular como parte de un *determinado contexto social global* –un contexto global en el que la reproducción de la sociedad está mediada a través del cambio– y se pregunta qué significa esto para el trabajo gastado por *la sociedad en su conjunto*. Como puso de manifiesto en una carta a su amigo Ludwig Kugelmann, para él no se trata en absoluto de una «demostración» de la teoría del valor-trabajo:

> «La verborrea sobre la necesidad de demostrar el concepto de valor se debe sólo a la más completa ignorancia tanto de la cosa de la que se trata como del método de la ciencia. Hasta un niño sabe que cualquier nación perecería si cesara en ella el trabajo, no digo por un año, sino por unas cuantas semanas. Del mismo modo que sabe que las masas de productos correspondientes a las distintas masas de necesidades requieren masas de trabajo social global distintas y cuantitativamente determinadas. El hecho de que esta necesidad de

la división social del trabajo en determinadas proporciones no puede ser suprimida de ninguna manera por una forma determinada de la producción social, sino que ésta sólo puede transformar su modo de manifestarse, es *self-evident*. (...) Y la forma en la que se realiza esta división proporcional del trabajo en un estado de la sociedad en el que el trabajo social se presenta como cambio privado de los productos del trabajo individual es, precisamente, el valor de cambio de estos productos» (MEW 32, p. 552 y ss.).

Si en las condiciones de la producción de mercancías la división del trabajo privado gastado en cada una de las ramas de la producción está mediada por el valor de las mercancías (pues no existe un control consciente o una división fijada de manera tradicional), entonces la pregunta interesante es cómo, en definitiva, es *posible* esto, o expresado de manera general: *cómo el trabajo privado gastado puede convertirse en parte constitutiva del trabajo social global*. Por lo tanto, la teoría del valor no pretende «demostrar» que la relación de cambio particular está determinada por las cantidades de trabajo necesarias para la producción[2]. Más bien pretende explicar el *carácter específicamente social* del trabajo que produce mercancías; y esto lo hace Marx más allá de las siete primeras páginas de *El Capital* de las que se ha hablado anteriormente, consideradas por el marxismo tradicional, así como por muchos críticos de Marx, como lo más importante de la teoría marxiana del valor.

III Trabajo abstracto: abstracción real y relación de validez

Para entender qué tiene que ver el trabajo que produce mercancías con el carácter específicamente social, tenemos que ocuparnos de la distinción entre trabajo «concreto» y «abstracto». En la mayoría de las exposiciones sobre Marx, esta distinción se nombra sólo de pasada y con frecuencia no se comprende su alcance. El mismo Marx había advertido de su importancia fundamental:

> «He sido el primero en demostrar críticamente esta naturaleza doble del trabajo contenido en la mercancía. Dado que este punto es el eje alrededor del que gira la comprensión de la economía política, tenemos que analizarlo aquí más detalladamente» (MEW 23, p. 56 / 51).

¿De qué se trata? Si la mercancía es algo doble, valor de uso y valor, el *trabajo que produce mercancías* tiene que poseer también un carácter doble: es trabajo que no sólo produce valor de uso, sino también valor de cambio (es importante notar que no cualquier trabajo posee un carácter doble, sino sólo *el trabajo que produce mercancías*).

[2] De hecho, Marx muestra en el libro tercero de *El Capital* que las relaciones de cambio efectivas no corresponden a las cantidades de trabajo empleadas en la producción (cf. el capítulo VII.II).

Los «trabajos concretos» cualitativamente distintos producen valores de uso cualitativamente distintos. El trabajo del carpintero produce una silla, el trabajo del tejedor una tela, etc. Si «aprendemos un trabajo», aprendemos las particularidades de una actividad concreta, si vemos trabajar a una persona, vemos realizar un trabajo concreto.

Pero el valor no se constituye por medio de un determinado trabajo concreto o a través de un determinado aspecto del trabajo concreto. *Cualquier trabajo cuyo producto (que también puede ser un servicio) se intercambia produce valor.* Como valores las mercancías son *cualitativamente iguales*, por lo que también los distintos trabajos que producen valores tienen que *valer como trabajo humano cualitativamente igual.* El trabajo del carpintero no produce valor como trabajo del carpintero (como tal trabajo produce la silla), sino que produce valor como trabajo humano cuyo producto se intercambia por el producto de otro trabajo humano. Por consiguiente, el trabajo del carpintero produce valor precisamente *en la abstracción de su forma concreta* como trabajo del carpintero. De ahí que Marx designe el trabajo que produce valor como «trabajo abstracto».

El trabajo abstracto no es, pues, un *tipo particular* de gasto de trabajo, como puede ser el trabajo en cadena a diferencia del trabajo artesanal del carpintero[3]. Como *trabajo que genera valor*, el monótono trabajo en cadena es un trabajo *concreto* del mismo modo que lo es el trabajo del carpintero. El trabajo en cadena *genera valor* (igual que el trabajo del carpintero) sólo como *trabajo humano igual*, por tanto, haciendo abstracción de su carácter concreto, o dicho brevemente: el trabajo en cadena genera valor, al igual que el trabajo del carpintero, sólo como *trabajo abstracto.* Las mercancías son «valores» como «cristalizaciones» (MEW 23, p. 52 / 47) del trabajo abstracto. Por lo que Marx designa también el trabajo abstracto como «sustancia generadora de valor» o más concisamente como «sustancia del valor».

La expresión «sustancia del valor» se ha entendido a menudo de manera cuasi-material, «sustancialista»: el trabajador ha gastado una determinada cantidad de trabajo abstracto, y esta cantidad se introduce *en la mercancía* como sustancia del valor y hace de la cosa singular un objeto de valor. El hecho de que Marx designara la objetividad del valor como una «objetividad espectral» (MEW 23, p. 52 / 47) debería poner ya de manifiesto que esto no sucede en absoluto de manera tan simple.

3 Tal comprensión del trabajo abstracto es sugerida por Robert Kurz, cuando señala, en referencia al concepto de trabajo abstracto, que los hombres gastan «fuerza de trabajo abstracta» (un concepto que no explica después) y cooperan «en un grado sumo de indiferencia recíproca y enajenación» (Kurz 1991, p. 273). Pero en el trabajo abstracto no se trata en ningún caso del modo en que los hombres cooperan, sino del modo como vale socialmente su trabajo: como constituyente de valor. Una breve introducción al concepto de trabajo abstracto, que se confronta críticamente con las simplificaciones que se encuentran frecuentemente, puede verse en Reitter (2002).

En el manuscrito de revisión a la primera edición de *El Capital* (*Ergänzungen und Veränderungen zum ersten Band des «Kapital»*)* se habla incluso de una «objetividad puramente fantástica» (MEGA II.6, p. 32). Si fuese correcta la concepción «sustancialista», no resulta posible comprender por qué Marx habría calificado la objetividad del valor como «espectral» o «fantástica».

Tenemos que analizar el trabajo abstracto de manera más precisa. El trabajo abstracto no es visible, sólo es visible un determinado trabajo concreto. Del mismo modo que no es visible el «árbol», pues lo que yo puedo ver en cada caso es sólo una planta concreta. En el trabajo abstracto se trata ciertamente de una abstracción, como en el caso del «árbol», pero es un tipo completamente distinto de abstracción. Normalmente las abstracciones se forman en el pensamiento humano. Tomamos los caracteres comunes de los ejemplares individuales y formamos un concepto genérico abstracto (como, por ejemplo, «árbol»). Pero en el trabajo abstracto no se trata de tal «abstracción mental», sino de una «abstracción real», es decir, de una abstracción que se realiza en el comportamiento efectivo de las personas, independientemente de que lo sepan o no.

En el cambio se hace abstracción del valor de uso de las mercancías. Éstas se igualan *como valores* (el comprador individual compra si está interesado en el valor de uso de la mercancía, o bien se abstiene del cambio si no quiere este valor de uso; pero si realiza el cambio, entonces se igualan las mercancías como valores). En tanto que se igualan las mercancías como valores, se abstrae *fácticamente* de la particularidad del trabajo que las produce, y éste tan sólo vale ahora como trabajo «abstracto» que genera valor. Por lo tanto, la abstracción tiene lugar *realmente*, con independencia de lo que piensen al respecto los poseedores de mercancías implicados.

Este punto no siempre fue explicado por Marx con suficiente claridad. De hecho, habla también del trabajo abstracto como «gasto de fuerza de trabajo humana en sentido fisiológico» (MEW 23, p. 61 / 57). La reducción de los distintos trabajos a trabajo en sentido fisiológico es precisamente una abstracción mental, en la que por lo demás se puede subsumir cualquier trabajo, independientemente de que produzca mercancías o no. Además, con esta formulación se sugiere que el trabajo abstracto tiene un fundamento completamente independiente de lo social, un fundamento, por así decir, natural, lo que provoca enton-

* Se trata de un manuscrito en el que Marx estuvo trabajando para preparar la segunda edición de *El Capital*, y que contiene las modificaciones al primer capítulo de la primera edición, que fue reelaborado de manera considerable. En este manuscrito, en el que Marx comenta detalladamente su propia exposición de la teoría del valor, se encuentran importantes reflexiones que no fueron recogidas después en la segunda edición de *El Capital* (*N. del T.*).

ces las correspondientes interpretaciones «naturalistas» del trabajo abstracto[4].

En otros pasajes, sin embargo, Marx se expresó de manera completamente inequívoca sobre el fundamento no-naturalista del trabajo abstracto. En el manuscrito de revisión a la primera edición de *El Capital* se dice:

> «La reducción de los distintos trabajos privados concretos a esta abstracción del trabajo humano igual se realiza sólo a través del intercambio, que iguala, de hecho, los productos de los distintos trabajos» (MEGA II.6, p. 41)[5].

Por consiguiente, es sólo en el cambio donde se realiza la abstracción que está a la base del trabajo abstracto (con independencia de que las personas que intercambian sean o no conscientes de esta abstracción). Pero entonces el trabajo *abstracto* no puede medirse simplemente a través de las horas de trabajo, pues cada una de las horas de trabajo medidas con el reloj es una hora de un trabajo *concreto* determinado gastado por un individuo determinado (e independientemente de que el producto del trabajo se cambie o no). El trabajo abstracto no puede ser «gastado». El trabajo abstracto es una *relación de validez* constituida en el cambio: el trabajo concreto gastado *vale* en el cambio como una determinada cantidad de trabajo abstracto, y por eso vale también como parte integrante del trabajo social global.

Para que el trabajo privado concreto que se ha gastado tenga validez como una determinada cantidad de trabajo abstracto que genera valor se tienen que dar tres «reducciones» distintas:

(1) El tiempo de trabajo gastado individualmente se reduce a tiempo de trabajo socialmente necesario. Sólo cuenta como trabajo generador de valor el trabajo que es necesario para la producción de un valor de uso en condiciones medias. Pero la magnitud de la productividad media no depende de los productores individuales, sino de la totalidad de los productores de un valor de uso. Este promedio se modifica constantemente, y sólo se manifiesta en el cambio, sólo en este momento llega a saber el productor individual en qué medida su tiempo de trabajo gastado individualmente corresponde al tiempo de trabajo socialmente necesario.

---

4 Así, por ejemplo, cuando W. F. Haug establece en sus *Lecciones de introducción a El Capital* que Marx ha reducido el trabajo abstracto a una «base natural» (Haug 1989, p. 121). He intentado mostrar (Heinrich, 1999) que para Marx se trata aquí (y en otros pasajes) de algo más que de una formulación desafortunada: ciertamente encontramos en la crítica de la economía política de Marx, por un lado, una revolución científica, una ruptura con el campo teórico de la economía política clásica, pero, por otro lado, se adhieren una y otra vez a su argumentación residuos de las concepciones ya superadas. En el marco de una introducción sólo podemos referirnos de pasada a tales ambivalencias de la argumentación.

5 Esta frase central fue recogida también en la traducción francesa (MEGA II.7, p. 55), es decir, en la última edición de *El Capital* que Marx controló personalmente.

(2) En el marxismo tradicional se interpretaba por lo general el «tiempo de trabajo socialmente necesario» como el único factor determinante del trabajo que genera valor. El hecho de que los valores de uso producidos encontrasen también una demanda solvente parecía no desempeñar ningún papel para la determinación del valor. Sin embargo, Marx señalaba que para producir mercancías no hay que producir simplemente valor de uso, «sino valor de uso para otros, valor de uso social» (MEW 23, p. 55 / 50). Si de un determinado valor de uso, por ejemplo, de tela, se produjera por encima de la demanda existente (solvente) en la sociedad, esto significa

> «que una parte demasiado grande del tiempo total de trabajo de la sociedad se ha gastado en forma de fabricación de tela. El efecto es el mismo que si cada uno de los tejedores hubiese empleado en su producto individual más tiempo de trabajo del socialmente necesario» (MEW 23, p. 122 / 131).

Únicamente produce valor aquel tiempo de trabajo que *no sólo* se ha gastado en condiciones medias de producción, *sino que también* es necesario para la satisfacción de la demanda social solvente. En qué medida el trabajo privado gastado ha sido realmente necesario para cubrir la demanda depende de la magnitud de esta demanda y del volumen de producción de los otros productores. Ambas cosas sólo se hacen visibles en el cambio.

(3) Los distintos gastos de trabajo no sólo se diferencian en su carácter concreto (como carpintería, sastrería, etc.), se diferencian también en cuanto a la cualificación de la fuerza de trabajo necesaria para realizarlos. El «trabajo medio simple» es el «gasto de fuerza de trabajo simple que posee, por término medio, todo hombre corriente» (MEW 23, p. 59 / 54). Lo que se considera como cualificación de la fuerza de trabajo simple –si se considera, por ejemplo, que leer y escribir o los conocimientos informáticos forman parte de ello– cambia según el país y la época, pero está fijado para un país determinado en un período determinado. El trabajo de elevada cualificación es trabajo «complejo». Vale como trabajo que produce valor en más alta medida que el trabajo medio simple. En qué proporción una determinada cantidad de trabajo complejo produce más valor que la misma cantidad de trabajo simple también es algo que sólo se pondrá de manifiesto en el cambio. No obstante, para la relación cuantitativa no sólo tiene un papel la cualificación de la fuerza de trabajo (cf. MEW 23, pp. 211-212 / 239-240), también los procesos de jerarquización social pueden tener aquí un efecto decisivo; por ejemplo, el hecho de que las «profesiones de mujeres» tengan un status más bajo que las «profesiones de hombres» influye en la determinación de las actividades consideradas como «simples» o como «complejas».

En qué medida el trabajo individual gastado privadamente *vale* como trabajo abstracto que produce valor es el resultado de estas tres reducciones, que tienen lugar *simultáneamente* en el cambio.

IV «Objetividad espectral». ¿Teoría de la producción o de la circulación del valor?

Las mercancías no poseen objetividad de valor como objetivación de trabajo concreto, sino como objetivación de trabajo abstracto. Pero si, como se acaba de indicar, el trabajo abstracto es una relación social de validez que existe sólo en el cambio (el trabajo privado gastado vale como trabajo abstracto que genera valor), entonces también la objetividad de valor de las mercancías existe sólo en el cambio: la objetividad de valor no es una propiedad que pueda tener para sí una cosa aislada. La sustancia del valor, que fundamenta esta objetividad, no les corresponde a las mercancías aisladamente, sino sólo conjuntamente en el intercambio.

Marx lo señala con total claridad en su manuscrito de revisión a la primera edición de *El Capital* (*Ergänzungen und Veränderungen zum ersten Band des «Kapital»*). Aquí se dice que si se cambian una chaqueta y una tela, se «reducen a la objetivación de trabajo humano como tal». Pero además no debe olvidarse

> «*que ninguna es para sí tal objetividad de valor*, sino que sólo lo son en tanto que es una *objetividad común* a ambas. Fuera de su mutua relación –la relación en la que se igualan– ni la chaqueta ni la tela poseen objetividad de valor, esto es, objetividad como gelatina de trabajo humano en cuanto tal» (MEGA II.6, p. 30).

Esto tiene como consecuencia que «un producto del trabajo, considerado para sí aisladamente, no es valor, del mismo modo que no es mercancía. Sólo llega a ser valor en su unidad con otros productos del trabajo» (MEGA II.6, p. 31).

Con esto nos acercamos también al carácter «espectral» de la objetividad del valor, del que habla Marx al comienzo de *El Capital* (MEW 23, p. 52 / 47). La sustancia del valor no es común a dos mercancías del mismo modo en que, por ejemplo, un coche de bomberos y una manzana tienen en común el color rojo (cada uno para sí es rojo, y cuando están uno junto a otro constatamos que tienen efectivamente algo en común). La sustancia del valor, y con ello también la objetividad del valor, les corresponde a las cosas sólo cuando se refieren las unas a las otras en el intercambio. Por lo tanto, algo así como si el coche de bomberos y la manzana sólo fuesen rojos cuando efectivamente se presentan uno al

lado del otro, mientras que en su aislamiento (el coche de bomberos en el parque de bomberos, la manzana en el árbol) no tuvieran ningún color.

Normalmente les corresponden propiedades objetivas a las cosas como tales, con independencia de su referencia a otras cosas. Las propiedades que sólo están presentes dentro de determinada referencia no las consideramos precisamente como propiedades objetivas que le corresponden a la cosa aislada, sino como *relaciones*. Si el soldado A está sometido al mando del sargento B, entonces A es un subordinado y B un superior. Las propiedades de ser subordinado o superior resultan de la relación específica entre A y B dentro de una jerarquía militar, pero estas propiedades no les corresponden como personas fuera de dicha jerarquía.

Sin embargo, en el caso de la objetividad del valor, una propiedad que sólo existe dentro de una relación *parece* ser una propiedad objetiva de las cosas, que también les corresponde fuera de esta relación. Si buscamos fuera de la relación de cambio esta objetividad, no podemos aprehenderla en ningún sitio. La objetividad del valor es, en un sentido totalmente literal, una objetividad «espectral».

Una gran parte del marxismo tradicional se ha dejado engañar también por esta apariencia de que la objetividad del valor es una propiedad de la mercancía considerada aisladamente. La sustancia del valor se entendió de manera «sustancialista» como propiedad de la mercancía *aislada*. Por eso se consideró también la magnitud del valor como una propiedad de la mercancía aislada, que es independiente del cambio y está determinada sólo por la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario gastado en la *producción* de la mercancía. A las interpretaciones que, por el contrario, destacaban la importancia del cambio, se les reprochaba sostener una «teoría de la circulación del valor», por tanto, situarse en el lado supuestamente no esencial[6].

Pero ya la misma pregunta acerca de si el valor y la magnitud del valor se determinan en la esfera de la producción «o» en la esfera de la circulación (es decir, en la esfera de la compra y la venta) se debe a una funesta simplificación. El valor no «surge» en alguna parte y entonces está «ahí». En el caso de una barra de pan se puede al menos plantear la pregunta (si bien la respuesta es inequívoca) de dónde ha surgido, si en el horno del panadero o en el mostrador de la tienda. Pero el valor no es una cosa como la barra de pan, sino una relación social que *aparece*

[6] Este reproche me lo hizo a mí también Norbert Trenkle, uno de los más destacados representantes, junto a Robert Kurz, del grupo «Krisis» (Trenkle 1998, cf. al respecto Heinrich 1999b). Esto es tanto más notable por cuanto que el grupo «Krisis» se presenta como crítico de lo que denomina «el marxismo del movimiento obrero» (con lo que se hace referencia a algo parecido al marxismo ideológico anteriormente esbozado). Sin embargo, no es éste el único lugar en el que permanecen presos del «marxismo del movimiento obrero» que critican (cf. capítulo IX.II).

como una propiedad de la cosa. La relación social que se expresa en el valor y en la magnitud del valor se constituye precisamente en la producción «y» en la circulación, de modo que la pregunta de si se constituye en una esfera «o» en la otra carece de sentido.

Ciertamente, la *magnitud del valor* todavía no está determinada antes del cambio, pero no surge de manera contingente en el cambio. Es la resultante de la triple reducción señalada en la sección anterior, de la reducción de trabajo individual gastado de manera privada a trabajo abstracto. La magnitud del valor de una mercancía no es simplemente una relación entre el trabajo *individual* del productor y el producto (a esto va a parar, en última instancia, la concepción «sustancialista» del valor), sino una relación entre el trabajo *individual* del productor y el *trabajo social global*. El cambio no produce el valor, sino que hace de mediación en esta relación. En una sociedad que se basa en la producción privada, esta mediación *sólo* puede tener lugar *en el cambio* y en ninguna otra parte[7].

Antes del cambio, las magnitudes del valor pueden calcularse mejor o peor. Este cálculo es responsable también de que un productor de mercancías dé comienzo o no a una determinada producción. Pero el cálculo del valor de una mercancía no es ni mucho menos idéntico a la existencia de ese valor, lo que algunos productores tendrán que experimentar dolorosamente.

Tras las consideraciones precedentes debería estar claro que la exposición de Marx sobre la sustancia del valor no tiene que ser entendida de manera «sustancialista», en el sentido de que una sustancia estuviera presente en la cosa *aislada*. La objetividad del valor no se puede aprehender en la mercancía aislada. Sólo en el intercambio recibe el valor una *forma de valor* objetiva, de ahí la importancia del «análisis de la forma de valor»[8] para la teoría del valor de Marx.

En cambio, las interpretaciones sustancialistas de la teoría marxiana del valor no saben muy bien qué hacer con el análisis de la forma de

---

[7] Como prueba de que Marx también considera que el valor queda establecido en la producción y antes del cambio es usual citar su afirmación de «que no es el intercambio lo que regula la magnitud de valor de la mercancía, sino que, al contrario, es la magnitud del valor de la mercancía la que regula sus relaciones de intercambio» (MEW 23, p. 78 / 78). Con ello se pasa por alto que en esta frase se trata de una *relación de regulación* y no de una *relación temporal* (según la cual el valor primero estaría ahí y luego se intercambiaría). Por lo que respecta a la conexión temporal, Marx argumenta de manera inequívoca: «*Sólo en el intercambio* reciben los productos del trabajo una objetividad de valor socialmente igual, separada de su objetividad de uso materialmente diversa» (MEW 23, p. 87 / 89; subrayado M. H.). No obstante, la objetividad del valor tiene un papel determinante para los productores de mercancías, por lo que éstos «*toman en consideración* el carácter de valor de las cosas *ya en la producción misma*» (*ibid.*, subrayado M. H.). Pero que el valor sea tomado «en consideración», que los productores hagan una estimación del futuro valor, es algo completamente distinto de que el valor ya exista.

[8] En *El Capital* este análisis de la forma de valor tiene lugar en la extensa subsección tercera del primer capítulo.

valor: para ellas los problemas de la teoría del valor ya están resueltos con la simple afirmación de que el valor de las mercancías depende del tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de la mercancía.

V Forma de valor y dinero (Determinaciones económicas formales)

Marx reivindica haber realizado con el análisis de la forma de valor algo que no ha hecho nunca la economía burguesa. De manera preliminar escribe:

> «Cualquier persona sabe, aunque no sepa nada más, que las mercancías poseen una forma común de valor que contrasta de manera muy notoria con las variopintas formas naturales de sus valores de uso: la forma de dinero. Aquí se trata, no obstante, de realizar algo que la economía burguesa ni siquiera ha intentado, a saber, mostrar la génesis de esta forma de dinero» (MEW 23, p. 62 / 59).

Estas frases se han entendido a menudo como si Marx quisiera exponer a un elevado nivel de abstracción el surgimiento histórico del dinero, partiendo del intercambio simple de productos. Pero en este caso su delimitación frente a la economía burguesa (realizar algo que la economía burguesa ni siquiera ha intentado) sería totalmente exagerada. Pues ya en la época de Marx tales esbozos histórico-abstractos formaban parte del repertorio estándar de los economistas[9].

Pero recordemos que Marx ha puesto ya de manifiesto con la primera frase de *El Capital* que no pretende analizar una mercancía precapitalista, sino la mercancía en el capitalismo (cf. el comienzo del capítulo III.I). Con ello queda claro que no se refiere aquí con «génesis» a un *surgimiento histórico* del dinero, sino a una *relación de desarrollo conceptual*: para Marx no se trata de la formación histórica del dinero (tampoco en un sentido completamente abstracto), sino de la reconstrucción conceptual de la conexión entre la «forma simple de valor» (una mercancía expresa su valor en otra mercancía) y la «forma de dinero», una conexión dentro del capitalismo *actual*. Expresado en términos generales, se trata de la pregunta acerca de si el dinero es meramente un medio

---

[9] Muchas introducciones a *El Capital* entienden el análisis de la forma de valor en este sentido histórico-abstracto, y por eso no alcanzan el núcleo de la argumentación de Marx. Así, por ejemplo, Haug (1989, p. 151) contrapone al «desarrollo histórico real» el análisis de la forma de valor, que «prepara la ley del desarrollo de la forma de valor en condiciones puras, a modo de laboratorio», y también se refiere de manera aprobatoria a la fórmula de Engels de que lo lógico (el desarrollo conceptual) es sólo lo histórico depurado de contingencias perturbadoras (cf. sobre la problemática del tipo de lectura engelsiana el capítulo II.I). Sobre este punto, entre otros, tuvo lugar una discusión entre Haug y yo mismo en la revista *Argument*, cf. Haug (2003 a, b), Heinrich (2003; 2004).

auxiliar práctico en una sociedad que produce mercancías (al que, en última instancia, también se podría renunciar) o si el dinero es realmente *necesario*.

Esta pregunta no sólo tenía un interés científico en tiempos de Marx. Diversas corrientes socialistas aspiraban, como alternativa al capitalismo, a una sociedad en la que debería seguir habiendo producción privada de mercancías, pero en la que el dinero debería ser suprimido y sustituido por meros certificados o «papeletas horarias» (en las que se anotara el rendimiento laboral de cada uno). La demostración de que la producción de mercancías y el dinero no se pueden separar pretendía servir también como crítica a tales corrientes.

Marx procede en tres pasos en su análisis del dinero:

(1) Primero se desarrolla de modo *analítico-formal* (es decir, se analizan determinaciones formales prescindiendo de los poseedores de mercancías) la *forma de equivalente general* (o sea, la *forma de dinero*) como forma del valor necesaria para el valor. (2) Después se toman en consideración las *acciones de los poseedores de mercancías*: el *dinero* real (que tiene que corresponder a las determinaciones de la forma de equivalente general) surge a causa de estas acciones. (3) Por último, se desarrollan las distintas *funciones* que adopta el dinero dentro de la «circulación simple» (es decir, de la circulación de mercancías y dinero prescindiendo del capital).

La economía burguesa suele comenzar su análisis del dinero con la enumeración de sus distintas funciones. El hecho de que exista el dinero se fundamenta con el argumento de que sin dinero sería muy difícil organizar el intercambio, es decir, la fundamentación tiene lugar al nivel de la acción de los poseedores de mercancías. En la economía burguesa no es posible encontrar en ningún lugar consideraciones analítico-formales sobre la conexión entre el *valor* y la *forma de valor*, y esta conexión es justamente la «génesis» de la que hablaba Marx en el pasaje citado anteriormente.

También muchos marxistas tienen problemas para comprender el análisis de Marx. Las interpretaciones sustancialistas generalmente centran su atención, de manera similar a la economía burguesa, en las *funciones* del dinero, y no saben muy bien qué hacer con el desarrollo conceptual de la forma de dinero. Pero también las interpretaciones no sustancialistas ignoran a menudo la diferencia entre los dos primeros pasos (desarrollo conceptual de la *forma* de dinero y desarrollo conceptual del *dinero*). Nos ocuparemos del primer paso en esta sección, y de los pasos 2 y 3 en las dos próximas secciones.

Marx comienza el análisis de la forma de valor con la investigación de la «forma simple, singular o contingente de valor». Es la expresión de valor de una mercancía en una segunda mercancía:

x de la mercancía A vale *y* de la mercancía B

o con el célebre ejemplo de Marx:

20 varas de tela valen 1 chaqueta

El valor de la tela es lo que debe expresarse y la chaqueta sirve como medio para expresar el valor de la tela. Por lo tanto, las dos mercancías tienen en la expresión de valor papeles completamente distintos, para los que Marx reserva conceptos diferentes. El valor de la primera mercancía (la tela) se expresa como «valor relativo» (es decir, por referencia a otra cosa): se encuentra en *forma relativa de valor*. La segunda mercancía (la chaqueta) sirve como «equivalente» para el valor de la primera: se encuentra en *forma de equivalente*.

En la expresión simple de valor sólo puede expresarse en cada caso el valor de *una* mercancía: sólo se expresa el valor de la tela como una determinada cantidad de chaqueta. En cambio, el valor de la chaqueta no se expresa. Ahora bien, la expresión de valor 20 varas de tela valen 1 chaqueta contiene también la expresión inversa de que 1 chaqueta vale 20 varas de tela. Ahora se encuentra la chaqueta en forma relativa de valor y la tela en forma de equivalente.

En un valor de uso aislado no se puede aprehender el valor. Sólo en la expresión de valor recibe el valor una forma objetiva: la mercancía que se encuentra en la forma de equivalente (mercancía B) actúa como la encarnación del valor de la mercancía que se encuentra en la forma relativa de valor (mercancía A). Pero considerada aisladamente, la segunda mercancía es un valor de uso del mismo modo que lo es la primera mercancía. *Dentro de la expresión de valor*, sin embargo, la segunda mercancía, que se encuentra en la forma de equivalente, representa un papel específico. No sólo es un determinado valor de uso, sino que su valor de uso actúa *al mismo tiempo* como encarnación *inmediata* del valor:

> «En la relación de valor en que la chaqueta constituye el equivalente de la tela, la forma de la chaqueta actúa, por tanto, como forma del valor» (MEW 23, p. 66 / 64).

Sólo porque el valor adopta la forma de una chaqueta, recibe el valor de la tela una forma *objetiva*, su valor se hace aprehensible, perceptible, mensurable: como una determinada cantidad de chaqueta. Marx resume este resultado de la siguiente manera:

> «La oposición interna contenida en la mercancía entre valor de uso y valor se presenta, por consiguiente, a través de una oposición externa, es decir, a través de la relación entre dos mercancías, en la que una mercancía, aquélla *cuyo* valor debe ser expresado, actúa directamente sólo como valor de uso, mientras que la otra, aquélla *en la cual* se expresa el valor, actúa sólo como valor de cambio» (MEW 23, pp. 75-76 / 75).

El valor es algo puramente social, expresa la *validez igual* de dos trabajos completamente diferentes. Por consiguiente, expresa una determinada *relación social*. Esta relación social recibe en la forma de equivalente la figura de una *cosa*; en nuestro ejemplo, el valor parece ser idéntico de manera inmediata a la chaqueta. La chaqueta actúa como encarnación del valor, pero ello sólo tiene lugar dentro de la expresión del valor. El hecho de que la chaqueta tenga dentro de la expresión del valor otras propiedades de las que tiene fuera de ella es todavía evidente con la chaqueta, pero con el dinero no es éste el caso sin más.

La forma simple de valor expresa objetivamente el valor de la mercancía A, lo hace aprehensible y mensurable. No obstante, esta forma es todavía insuficiente, pues relaciona la mercancía A con *una única* mercancía, la mercancía B, pero todavía no la relaciona con todas las demás.

Si consideramos ahora la relación de valor de la mercancía A (la tela) con todas las demás mercancías, obtenemos la «forma total o desplegada de valor»:

20 varas de tela valen 1 chaqueta,

20 varas de tela valen 10 libras de té,

20 varas de tela valen 40 libras de café, etc.

El valor de la tela está referido ahora a todo el mundo de las mercancías (y no a una única mercancía) y al mismo tiempo se hace patente que el valor de la mercancía es indiferente a la forma particular del valor de uso en la que aparece: como encarnación del valor de la tela puede servir la chaqueta, pero también el té, el café, etc. El valor de la tela permanece igual si se representa en la chaqueta o en el café. Con ello queda claro también que la relación cuantitativa de intercambio no es en modo alguno contingente, algo que no se podía apreciar aún en la forma simple de valor.

Sin embargo, también la forma desplegada de valor es insuficiente: la expresión de valor de la mercancía A es incompleta y no concluye nunca. Además, las expresiones de valor son totalmente heterogéneas, tenemos muchas formas particulares de equivalentes que se excluyen mutuamente.

La forma total de valor no es otra cosa que una serie de formas simples de valor. Pero cada una de estas formas simples de valor contiene también su inversión. Si invertimos la serie de formas simples de valor, obtenemos la «forma general de valor»:

1 chaqueta vale	}	20 varas de tela
10 libras de té valen		
40 libras de café valen		

El valor de la mercancía está expresado ahora de manera *simple* y *unitaria*, porque el «equivalente general» sirve como expresión de valor para todas las otras mercancías. Por eso esta forma ofrece algo absolutamente decisivo:

> «Ahora el valor de cada mercancía, en tanto que igual a la tela, no sólo se distingue de su propio valor de uso, sino de todo valor de uso, y precisamente por eso está expresado como lo que es común a ella y a todas las demás mercancías. *Sólo esta forma, por tanto, relaciona efectivamente las mercancías entre sí como valores*» (MEW 23, p. 80 / 81; subrayado M. H.).

La objetividad del valor no es un atributo que les corresponda a las mercancías aisladas, se trata más bien de un carácter social que expresa la relación de la mercancía individual (o del trabajo individual que la produce) con todo el mundo de las mercancías (o con el trabajo social global). Por eso el valor no sólo hace necesaria una forma *social* de valor en general, sino que hace necesaria una forma de valor que exprese este carácter social, y esto sólo se consigue con la *forma general de valor.*

La dimensión específicamente social de la forma general de valor se muestra también en una propiedad ulterior, que la diferencia tanto de la forma simple de valor como de la forma desplegada. En estas dos formas de valor «es, por decirlo así, un asunto privado de la mercancía individual el darse una forma de valor». Ahora, por el contrario:

> «La forma general de valor surge como obra común del mundo de las mercancías. Una mercancía sólo adquiere expresión general de valor porque todas las demás mercancías expresan simultáneamente su valor en el mismo equivalente, y cada nuevo tipo de mercancía que aparece tiene que hacer lo mismo. Con ello se pone de manifiesto que la objetividad del valor de las mercancías, dado que es la mera "existencia social" de estas cosas, *sólo puede expresarse a través de su relación social con todas las demás*» (MEW 23, pp. 80-81 / 81; subrayado M. H.).

Lo que aquí se pone de manifiesto no es evidente para la conciencia espontánea, sino que es el resultado del análisis científico: la *dimensión social del valor* se expresa en una forma de valor específicamente *social.*

El valor y la magnitud del valor –que en realidad no son una propiedad de la mercancía aislada– se pueden expresar ahora, con ayuda del *equivalente general,* como si fueran tales propiedades simples. Cualitativamente: el valor de la chaqueta (té, café, etc.) consiste en su

igualdad con la tela; cuantitativamente: el valor de una chaqueta (20 libras de té, 40 libras de café, etc.) es 20 varas de tela.

Por último, la *forma de dinero* sólo se diferencia de la forma general de valor en que la forma de equivalente, «por la costumbre social» (MEW 23, p. 84 / 86), se ha fundido definitivamente con la forma natural específica de una mercancía determinada (históricamente ha sido el oro y, en menor medida, también la plata). De este modo, dicha mercancía llega a ser la «mercancía dineraria».

La referencia a la «costumbre social» hace patente que con la forma de dinero nos encontramos ya en el nivel de las acciones de los poseedores de mercancías. Hasta este momento no se había hablado de los poseedores de mercancías. Se había considerado la *forma de mercancía* del producto del trabajo y las *relaciones de intercambio de las mercancías*, pero no los *actos de intercambio de los poseedores de mercancías*.

VI Dinero y proceso de intercambio (Actuaciones de los poseedores de mercancías)

Marx comienza a ocuparse explícitamente de los poseedores de mercancías y de sus actuaciones en el capítulo segundo de *El Capital*: como tales, las personas sólo son representantes de la mercancía, por lo que es la mercancía lo que se tiene que investigar en primer lugar.

Si se considera sólo la relación de intercambio de las mercancías, vale como forma de manifestación del valor de una mercancía cualquier otra mercancía con la que se intercambie. Pero el poseedor de mercancías no quiere intercambiar su mercancía por cualquier otra, sino por una determinada: su propia mercancía no es valor de uso para él, y su cambio ha de proporcionarle el valor de uso que necesita. El poseedor de mercancías querría, por tanto, poder tratar su mercancía como equivalente general, querría que fuera *inmediatamente intercambiable* por todas las demás mercancías. Pero dado que esto es lo que quiere cualquier poseedor de mercancías con respecto a la suya propia, ninguna mercancía es equivalente general.

Parece que los poseedores de mercancías se encuentran frente a un problema en el proceso de intercambio. Marx resume la solución *fáctica* a este problema de manera pregnante:

> «En su confusión, nuestros poseedores de mercancías piensan como Fausto. En el principio fue la acción. Por eso ya han actuado antes de haber pensado. Las leyes de la naturaleza propia de las mercancías se cumplen en el instinto natural de los poseedores de mercancías. Sólo pueden referir sus mercancías unas a otras como valores y, por tanto, como mercancías, refirién-

dolas por oposición a alguna otra mercancía que haga de equivalente general. Éste fue el resultado del análisis de la mercancía. [Es decir, el análisis formal realizado por Marx en el primer capítulo, que fue tratado en la sección precedente, M. H.]. Pero *sólo un acto social puede convertir una determinada mercancía en equivalente general*. La acción social de todas las demás mercancías segrega, pues, una determinada mercancía en la que todas ellas representan sus valores. De esta manera, la forma natural de esta mercancía llega a ser la forma de equivalente socialmente válida. El proceso social hace que el ser equivalente general se convierta en función específicamente social de la mercancía segregada. Así es como ésta se convierte en dinero» (MEW 23, p. 101 / 105-106; subrayado M. H.).

El análisis de la mercancía había mostrado la necesidad de la *forma* general de equivalente. Para comportarse hacia las cosas efectivamente como *mercancías*, es decir, para referir las cosas unas a otras como valores, los poseedores de mercancías tienen que referir sus mercancías a un equivalente general. Por lo tanto, su «acción social» tiene que convertir una mercancía en equivalente general y de este modo en «dinero» real.

Las personas que intercambian son libres en sus acciones, pero como *poseedores de mercancías* tienen que seguir las «leyes de la naturaleza propia de las mercancías». Como ya señaló Marx en el Prólogo a *El Capital*, las personas sólo aparecen en tanto que «personificación de categorías económicas» (MEW 23, p. 16 / 8). Si en el análisis se parte de las actuaciones y de la conciencia de los poseedores de mercancías, entonces se está presuponiendo ya el contexto social que hay que explicar. Por eso era necesario que Marx distinguiera en su exposición entre las *determinaciones formales de la mercancía* y las *acciones de los poseedores de mercancías*, y expusiera en primer lugar estas determinaciones formales como tales, ya que constituyen el presupuesto de las acciones y reflexiones de los poseedores de mercancías (y que éstos reproducen de nuevo con sus acciones, cf. capítulo III.II).

El dinero real es ciertamente el resultado de la actuación de los poseedores de mercancías, pero no se basa de ningún modo en un contrato tácito, como sostenía John Locke, uno de los filósofos más importantes de la burguesía naciente. El dinero no se introduce en un momento dado a través de una deliberación consciente, como suponen aquellos economistas que sostienen que el dinero se utiliza para simplificar el intercambio. Los poseedores de mercancías, señala Marx, «ya han actuado antes de haber pensado», sus acciones *deben* dar como resultado el dinero, pues de otro modo no se pueden referir las mercancías unas a otras como valores[10].

[10] Sólo *después* de que el dinero se ha desarrollado como resultado necesario (aunque inconsciente) de la acción de los poseedores de mercancías, se puede comprender el proceso histórico que produjo este resultado: en la exposición de Marx, tras el desarrollo categorial se presenta un breve esbozo de la formación histórica del dinero (MEW 23, pp. 102-104 / 107-110).

Así pues, el dinero no es un simple medio auxiliar de cambio a nivel práctico, ni un mero apéndice de la teoría del valor a nivel teórico. La teoría del valor de Marx es más bien una *teoría monetaria del valor*: sin la forma de valor no pueden referirse las mercancías unas a otras, y sólo la forma de dinero es la forma de valor adecuada para el valor. Las interpretaciones «sustancialistas» del valor (que quieren fijar el valor a la cosa aislada) son, por el contrario, *teorías premonetarias del valor*. Creen poder desarrollar el valor sin referencia al dinero. Tanto la teoría del valor-trabajo de la economía política clásica como la teoría utilitarista del valor de los neoclásicos son premonetarias. También la teoría «marxista» usual del valor, que considera que el valor está ya determinado de manera definitiva con el «tiempo de trabajo socialmente necesario», es premonetaria[11].

VII Funciones del dinero, mercancía dineraria y sistema monetario moderno

Marx distingue tres funciones básicas del dinero, que resultan de la «circulación simple» de la mercancía y el dinero. Si se considera el proceso global de la producción y la reproducción capitalista, se añaden aún otras funciones del dinero (cf. capítulo VIII).

La *primera función* del dinero consiste en ser *medida* universal *del valor* para todas las mercancías. El valor de cualquier mercancía se expresa como una determinada cantidad de dinero.

Las mercancías son valores como «cristalización» de la sustancia común a ellas, el trabajo abstracto. No es el dinero, pues, lo que hace comparables a las mercancías, sino esta referencia común al trabajo abstracto. Por lo que Marx constata:

> «El dinero, como medida del valor, es la forma de manifestación necesaria de la medida inmanente del valor de las mercancías: el tiempo de trabajo» (MEW 23, p. 109 / 115).

Pero con ello se plantea inmediatamente la pregunta de por qué el valor no puede medirse igualmente en tiempo de trabajo, o mejor dicho, por qué el dinero no representa inmediatamente el tiempo de trabajo. Marx aborda brevemente esta pregunta en una nota a pie de página de *El Capital* y remite a su obra *Contribución a la crítica de la economía política*. Allí había escrito:

[11] Fue sobre todo Hans-Georg Backhaus quien puso de relieve el carácter «monetario» de la teoría del valor de Marx, y con ello influyó de manera decisiva en la «nueva lectura de Marx» de la que se habló anteriormente en el capítulo I.III.

> «Las mercancías son, de manera inmediata, productos de trabajos privados aislados e independientes entre sí, que a través de su enajenación en el proceso de intercambio privado se tienen que confirmar como trabajo social general, esto es, *el trabajo, sobre la base de la producción de mercancías, sólo llega a ser trabajo social a través de la enajenación universal de los trabajos individuales*» (MEW 13, p. 67; subrayado M. H.).

Lo que podemos medir con el reloj es solamente el trabajo privado gastado antes del cambio. Como ya se ha constatado en la sección sobre el trabajo abstracto, sólo en el cambio se puede comprobar cuánto de este trabajo privado gastado fue realmente generador de valor (y vale por eso como parte integrante del tiempo social de trabajo). El tiempo de trabajo generador de valor (o la cantidad de trabajo abstracto) no se puede medir *antes*, sino sólo *en* el cambio, y si los valores de *todas* las mercancías deben ser referidos unos a otros, entonces esta medición sólo se puede efectuar por medio del dinero. De ahí que Marx pueda hablar del dinero como la forma de manifestación «necesaria» de la medida inmanente del valor, el tiempo de trabajo: el tiempo de trabajo generador de valor *no* se puede medir *de ningún otro modo* que no sea por medio del dinero[12].

La expresión del valor de una mercancía en dinero es su *precio*. Para indicar el precio de una mercancía, tiene que estar claro *qué* desempeña la función de dinero (oro, plata, billetes, etc.), pero el dinero no tiene que estar presente realmente (junto a la mercancía), el dinero sirve aquí sólo como «dinero figurado o ideal» (MEW 23, p. 111 / 117).

La magnitud del valor de la mercancía se expresa en el precio: ésta es la *única* posibilidad para poder expresar la magnitud del valor. Si se transforma la magnitud de valor de la mercancía (si el trabajo gastado individualmente se encuentra en una nueva relación con el trabajo social global), se transforma también el precio de esta mercancía. Sin embargo, lo contario no es válido: ni cada precio es expresión de una magnitud de valor, ni cada transformación del precio indica una transformación de la magnitud de valor.

También pueden tener un precio cosas «sin valor», es decir, cosas que no son producto del «trabajo abstracto». Puede tratarse de estados de cosas económicamente irrelevantes (por ejemplo, del precio de un título nobiliario) o absolutamente relevantes (por ejemplo, del precio de una opción sobre acciones, que es el precio por el *derecho* a realizar una compra de acciones bajo condiciones garantizadas).

El cambio de precio de una mercancía *individual* puede indicar un cambio de su magnitud de valor, pero también puede indicar simplemente la existencia de circunstancias favorables o desfavorables (desplazamientos momentáneos de la oferta y la demanda) bajo las que puede

[12] Por eso en la *Contribución* también se designa el dinero como la «forma de existencia inmediata» del trabajo abstracto (MEW 13, p. 42).

venderse temporalmente la mercancía. El cambio simultáneo del precio de *todas* las mercancías, es decir, el cambio del *nivel de precios*, no indica en general un cambio de todas las magnitudes de valor, sino un cambio del valor del dinero: la disminución del valor del dinero repercute en una subida general de precios (*inflación*), y el aumento del valor del dinero en una bajada general de los precios (*deflación*).

En lo sucesivo se presupone generalmente que las mercancías «se venden a su valor». Esto significa que los precios de las mercancías son la expresión adecuada de los valores y que prescindimos de fluctuaciones momentáneas. Sin embargo, en el capítulo VII.II veremos que bajo condiciones capitalistas normales las mercancías *no* se intercambian a sus valores, es decir, que los precios normales no son simplemente la expresión de las magnitudes de valor de las mercancías.

La *segunda función* del dinero es la de ser *medio de circulación* que actúa de intermediario en el intercambio efectivo de las mercancías. En el proceso de intercambio, el poseedor de la mercancía A (por ejemplo, un tejedor que produce tela), que no es un valor de uso para él, quiere transformarla en la mercancía B (por ejemplo, una silla), en cuyo valor de uso está interesado. Vende la tela por 20 euros y compra a continuación una silla por otros 20. Marx designa este proceso como «metamorfosis de la mercancía» (para el tejedor, la tela se transforma en silla).

El *contenido material* de esta metamorfosis es la sustitución de un valor de uso por otro. Marx habla aquí también de «cambio social de materia». El *resultado* es el mismo que en el intercambio simple de productos, la tela por la silla. Sin embargo, la *forma* del proceso es completamente distinta, y precisamente esta diferencia de forma es lo que importa aquí.

La metamorfosis de la mercancía está mediada, a diferencia del intercambio de productos, por el dinero. El proceso tiene la forma mercancía – dinero – mercancía (M – D – M), concretamente para el tejedor: tela – dinero – silla.

Pues bien, lo que para el tejedor es el primer acto del proceso, M – D, transformación de la tela en dinero, es para el poseedor de dinero, que compra tela, la conclusión de la metamorfosis de su mercancía inicial. El comprador de la silla representa para el tejedor la conclusión de la metamorfosis de su mercancía; para el carpintero, que vende la silla, este acto es, por el contario, el comienzo de la metamorfosis de la mercancía.

Las metamorfosis de las mercancías están entrelazadas y no acaban nunca: en su totalidad constituyen la *circulación de mercancías*. El intercambio simple de productos –valor de uso por valor de uso– es, por el contrario, sólo un asunto bilateral que se acaba definitivamente con la realización del intercambio. La circulación de mercancías y el intercambio de productos son, por tanto, esencialmente distintos.

El que en la circulación de mercancías (a diferencia del mero intercambio de productos) tenga lugar la conexión de los actos individuales a través del dinero significa que con la intervención del dinero se da también la posibilidad de una interrupción de esta conexión. Si el tejedor vende su tela, pero no compra nada y conserva el dinero, no sólo se interrumpe con ello la metamorfosis de su propia mercancía, la tela, sino también la metamorfosis de las mercancías ajenas (por ejemplo, la silla). En consecuencia, con la mediación del metabolismo social a través del dinero se da también la posibilidad de su interrupción, y con ello de la *crisis*. Pero para que de la mera *posibilidad* de la crisis se pase a una crisis *real* tienen que sobrevenir toda una serie de circunstancias adicionales (cf. capítulo IX).

La metamorfosis de la mercancía, M – D – M, comienza con una mercancía y termina con una mercancía del mismo valor, pero con otro valor de uso. La mercancía parte del poseedor de mercancías y vuelve de nuevo a él con otra forma, y en este sentido describe un *ciclo*. El dinero, que actúa de mediación en este ciclo, no describe él mismo ningún ciclo, sino una *circulación*: en el primer acto M – D, el poseedor de mercancías recibe dinero, pero sólo (en una circulación de mercancías que transcurre con normalidad) para gastarlo de nuevo inmediatamente y realizar el acto final D – M. En su función como medio de circulación, el dinero permanece continuamente en la esfera de la circulación. Pero ya que los poseedores de mercancías sólo han tenido en cuenta las mercancías que pueden comprar con la ayuda del dinero, para la circulación basta simplemente el *dinero simbólico*, y como mero medio de circulación el dinero puede ser sustituido por «signos de valor» que carecen ellos mismos de valor (como trozos de papel).

En su *tercera función*, el dinero actúa como *dinero real*. Como *medida del valor* el dinero no tenía que estar presente realmente, bastaba como dinero ideal. Como *medio de circulación* el dinero tenía que estar presente realmente, pero bastaba como dinero simbólico. Sólo como unidad de medida del valor y medio de circulación el dinero es *dinero* real, es decir, *forma autónoma del valor*, lo que encierra toda una serie de determinaciones nuevas.

Mientras que las mercancías individuales representan en su existencia material un determinado valor de uso y su valor (la «riqueza abstracta») sólo puede estar figurado en ellas, el dinero real es «*la existencia material de la riqueza abstracta*» (MEW 13, p. 102). Lo que hace las veces de dinero actúa en su existencia material inmediata como cosa de valor. Como tal cosa de valor puede cambiarse en todo momento por cualquier mercancía, transformarse en cualquier valor de uso. El dinero real es, por tanto, «*el representante material de la riqueza material*» (MEW 13, p. 103).

El dinero real, es decir, el dinero como forma *autónoma* del valor, tiene funciones totalmente determinadas. Funciona como tesoro, como medio de pago y como dinero mundial.

Como *tesoro* el dinero se retira de la circulación. Ya no hace de mediación en la circulación de mercancías, sino que existe como forma autónoma del valor. Para atesorar se vende sin que tenga lugar a continuación una compra. El fin de la venta es retener el dinero como forma autónoma del valor. Para no tener que esperar a hacer sus compras hasta que esté vendida la mercancía (o también para prevenir el fracaso de la venta), todo productor de mercancías precisa de un mayor o menor atesoramiento.

Asimismo, el dinero como forma autónoma del valor funciona como *medio de pago*. Si en la compra de una mercancía no se paga inmediatamente, sino después, entonces el comprador se convierte en deudor y el vendedor en acreedor. El dinero no actúa en este caso como medio de circulación que *hace de mediación* en una compra, sino como medio de pago que salda la compra que ya ha tenido lugar. (La expresión «medio de pago» sólo es utilizada en este sentido por Marx; en el uso común, así como en la ciencia económica, se designa como medio de pago el dinero que sirve para pagar una compra tanto si se paga en el acto como si se hace con posterioridad). Si se emplea el dinero como medio de circulación, el poseedor de mercancías primero ha vendido, por lo que ha realizado el acto M – D. A continuación compra, realizando D – M. En el empleo de dinero como medio de pago se invierte el orden: el poseedor de mercancías compra primero y luego vende, para obtener dinero y cumplir con su obligación de pago. Conseguir dinero como forma autónoma del valor se convierte ahora en el fin de la venta.

Por último, el dinero actúa como *dinero mundial* en el mercado mundial. Aquí puede ser utilizado de nuevo como medio de circulación para mediar una compra, como medio de pago para saldarla, o como «materialización social absoluta de la riqueza» (MEW 23, p. 158 / 175) si no se trata de compra o de pago, sino de transferencia de riqueza de un país a otro (por ejemplo, después de una guerra).

Marx parte en *El Capital* de que el dinero siempre tiene que estar vinculado a una determinada mercancía. En su época el oro representaba este papel de «mercancía dineraria». En aquella época apenas circulaban ya monedas de oro en la práctica del comercio; los importes pequeños se pagaban en monedas de plata o cobre, los grandes en «billetes de banco». Los billetes de banco al principio eran emitidos por bancos particulares, que se comprometían a canjear el billete por un desembolso en oro. Después los billetes de banco sólo fueron emitidos por un banco emisor estatal, que se comprometía igualmente al reembolso. Por

lo general, los bancos emisores de los distintos países no podían emitir tantos billetes como quisieran. Los billetes tenían que estar cubiertos en un determinado porcentaje por las reservas de oro del banco emisor. Ciertamente, apenas circulaba ya oro, pero el papel moneda circulante era sólo el *representante* del oro.

Al final de la Segunda Guerra Mundial se acordó en Bretton Woods (EE.UU.) un sistema monetario internacional que seguía basándose en el oro como mercancía dineraria. Pero el oro sólo cubría el dólar americano; 35 dólares correspondían a una onza de oro. Las demás monedas debían estar en una relación fija de cambio con el dólar. Sin embargo, la obligación de reembolso del dólar en oro no estaba en vigor para las personas privadas, sino solamente para los bancos centrales estatales; y desde finales de la década de 1960 era evidente que había unas cantidades tan ingentes de dólares en circulación que la obligación de reembolso se había vuelto ficticia. A comienzos de la década de 1970, la obligación de reembolso se suprimió también formalmente, del mismo modo que los tipos fijos de cambio de las monedas.

Desde ese momento ya no hay ninguna mercancía que a nivel nacional o internacional actúe como mercancía dineraria. Ahora funciona como dinero el papel moneda emitido por los bancos centrales estatales, y no hay nada más por lo que se pueda canjear este papel moneda. Naturalmente se puede comprar oro, pero el oro es ahora una mercancía como la plata o el hierro, que no actúa ni jurídica ni fácticamente como mercancía dineraria.

Ciertamente Marx no podía imaginarse un sistema monetario capitalista sin mercancía dineraria. Sin embargo, esto no se deriva en absoluto de su análisis de la mercancía y del dinero. En el marco del análisis de la forma de valor, Marx había desarrollado las *determinaciones formales* del equivalente general, y el análisis del proceso de intercambio dio como resultado que los poseedores de mercancías tenían que referir sus mercancías a un equivalente general. Pero el hecho de que este equivalente general tuviera que ser necesariamente una *mercancía* no es algo que Marx haya demostrado, sino que lo supuso. Lo que sirve como equivalente general (que se trate de una mercancía o meramente de papel moneda) no puede determinarse al nivel de la circulación simple (cf. para un análisis más detallado: Heinrich 1999, p. 233 y ss.). Cuando examinemos el sistema de crédito capitalista se pondrá de manifiesto (cf. capítulo VIII.II) que la existencia de una mercancía dineraria es simplemente una situación histórica transitoria, por lo que no corresponde al «modo de producción capitalista en su media ideal», que es lo que Marx quería analizar (cf. capítulo II.I).

VIII El «secreto» del fetichismo de la mercancía y del dinero

La última sección del primer capítulo de *El Capital* lleva como título: «El carácter fetichista de la mercancía y su secreto». La expresión «fetichismo de la mercancía» ha adquirido desde entonces una cierta difusión, pero no siempre se entiende por ella lo que Marx dice en *El Capital*. Marx no se refiere a que en el capitalismo el consumo sea muy importante para las personas o a que hagan un fetiche de la posesión de determinadas mercancías que sirven como símbolo de posición social. Tampoco se trata de un fetichismo del mercado. Detrás de la posesión de mercancías caras como símbolo de status no se oculta ningún «secreto» que hubiera que desvelar.

A menudo se caracteriza el fetichismo de la mercancía diciendo simplemente que las relaciones sociales de las personas aparecen como relaciones de cosas (las relaciones de los sujetos que intercambian aparecen como relaciones de valor de los productos intercambiados), de modo que las relaciones sociales se convierten aparentemente en propiedades materiales. Si nos quedamos en una caracterización semejante, el fetichismo aparece como un mero error: las personas atribuyen propiedades falsas a los productos de su trabajo, no ven que detrás de las relaciones entre cosas hay «en realidad» relaciones entre personas. El fetichismo sería entonces una forma de «falsa conciencia» que simplemente oculta las «relaciones reales»[13]. Si fuese así, entonces tendría que desaparecer esta falsa conciencia con la explicación de las relaciones reales. En esta interpretación simplificada del fetichismo de la mercancía se pierden importantes aspectos de la investigación de Marx. A continuación, vamos a analizar detalladamente su argumentación. Para tener una mejor visión de conjunto, lo que sigue está dividido en distintos apartados designados con letras[14].

a. En primer lugar, es preciso preguntarse dónde hay que localizar el «secreto» del que habla Marx en el título y que trata de desvelar aquí. De manera preliminar escribe al respecto:

> «A primera vista, una mercancía parece una cosa evidente, trivial. Pero *su análisis demuestra* que es una cosa muy compleja, llena de sutilezas metafísicas y argucias teológicas» (MEW 23, p. 85 / 87; subrayado M. H.).

---

[13] La «ideología» (un concepto que Marx emplea muy raramente en *El Capital*) se interpreta a menudo como una forma de «falsa conciencia», del mismo modo que el fetichismo. Una discusión crítica sobre la relación entre ideología y fetichismo se encuentra en Dimoulis/Milios (1999).

[14] En el capítulo I.III se mencionó que el joven Marx concebía el capitalismo como la «enajenación» de la «esencia humana». El análisis del fetichismo de la mercancía ha sido interpretado por diversos autores como una continuación de esta teoría de la enajenación. Sin embargo, en una lectura rigurosa se constatará que en la sección sobre el fetichismo de la mercancía Marx no se refiere en ningún pasaje a una «esencia humana».

Así pues, la mercancía no es «compleja» para el entendimiento común; la mercancía es compleja y misteriosa sólo como resultado del análisis (realizado hasta ese momento). Por ejemplo, una mesa es

> «una cosa sensible ordinaria. Pero tan pronto como se presenta como mercancía, se transforma en una cosa *sensiblemente suprasensible*» (*ibid.*; subrayado M. H.).

Según la experiencia común, la silla es un determinado valor de uso. Como mercancía tiene además un determinado valor. Ninguna de las dos cosas tiene nada de misterioso para la conciencia espontánea. Y el que la magnitud del valor dependa de la cantidad de tiempo de trabajo gastado se puede aceptar o se puede cuestionar, pero tampoco es algo que tenga nada de misterioso en sí mismo. El carácter «sensiblemente suprasensible» de la mercancía sólo lo pone de manifiesto el análisis: muestra que la objetividad de valor de la mercancía no se puede aprehender de ningún modo en ella misma (en este sentido es una «objetividad suprasensible», una «objetividad espectral»), sino solamente en otra mercancía, que por su parte vale como encarnación inmediata del valor. Igualmente inaprehensible se había mostrado el trabajo abstracto como sustancia del valor. Por consiguiente, el análisis ha sacado a la luz un buen número de resultados insólitos.

b. Marx se pregunta ahora: «¿de dónde surge, pues, el carácter enigmático del producto del trabajo tan pronto como éste adopta la forma de mercancía?», y formula como respuesta:

> «Evidentemente de esta forma misma. La igualdad de los trabajos humanos asume la forma material de la igual objetividad de valor de los productos del trabajo, la medida del gasto de fuerza humana de trabajo por su duración asume la forma de la magnitud del valor de los productos del trabajo y, finalmente, las relaciones entre los productores, en las que se activan esas determinaciones sociales de sus trabajos, asumen la forma de una relación social entre los productos del trabajo. Por tanto, lo misterioso de la forma de mercancía consiste simplemente en que les refleja a las personas los *caracteres sociales de su propio trabajo como caracteres objetivos de los productos del trabajo mismos, como propiedades sociales naturales de estas cosas*» (MEW 23, p. 86 / 88; subrayado M. H.).

En cualquier producción social que se base en la división del trabajo las personas están en determinadas relaciones sociales las unas con las otras. En la producción de mercancías aparece esta *relación* social *entre personas* como una *relación entre cosas*: no son las personas las que están en relación entre sí, sino las mercancías. Sus relaciones sociales se les aparecen, por tanto, como «*propiedades sociales naturales*» de los productos. Lo que esto significa se puede mostrar en el valor: por un lado, está claro que el «valor» no es una propiedad natural de las cosas como

lo es el peso o el color, pero parece (para quienes viven en una sociedad que produce mercancías) como si las cosas en el contexto *social* tuvieran *automáticamente* «valor» y por ello siguiesen automáticamente sus propias leyes objetivas, a las que las personas no tendrían más remedio que someterse. Bajo las condiciones de la producción de mercancías tiene lugar una autonomización para la que Marx sólo encuentra un paralelismo en las «nebulosas regiones del mundo religioso»: en este caso son los productos de la mente humana los que adquieren autonomía, en el mundo de las mercancías son «los productos de la mano humana»:

> «A esto es a lo que llamo fetichismo, que se adhiere a los productos del trabajo tan pronto como son producidos como mercancías y que, por tanto, es inseparable de la producción de mercancías» (MEW 23, p. 87 / 89).

c. Si el fetichismo se «adhiere» de hecho a las mercancías, tiene que tratarse de algo más que de una falsa conciencia, tiene que estar expresando un estado de cosas real. Y efectivamente los productores –bajo las condiciones de la producción de mercancías– no se relacionan entre sí de manera *inmediatamente social*; se relacionan sólo en el intercambio recíproco, o sea, por medio de los productos de su trabajo. Por consiguiente, el que las relaciones sociales aparezcan como propiedades de las cosas no es de ningún modo una ilusión. A los individuos que intercambian, escribe Marx,

> «*se les aparecen las relaciones sociales entre sus trabajos privados como lo que son*, es decir, no como relaciones directamente sociales entre las personas en sus trabajos, sino más bien como relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas» (MEW 23, p. 87 / 88; subrayado M. H.).

El que las cosas tengan propiedades sociales bajo las condiciones de la producción de mercancías no es en modo alguno falso. Lo que es falso es que tengan estas propiedades *automáticamente*, en *cualquier* contexto social. El fetichismo no consiste en que los productos del trabajo sean considerados como objetos de valor –en la sociedad burguesa los productos del trabajo, en tanto que se intercambian, tienen efectivamente objetividad de valor–, sino en que esta objetividad de valor sea considerada como una «necesidad natural evidente» (MEW 23, p. 95 / 99).

d. Ante todo, lo que les interesa a los productores de mercancías, y tiene que interesarles, son los valores de sus mercancías. Son la expresión palmaria de una *sociabilidad que ciertamente producen las personas, pero que no comprenden.*

> «Las personas no relacionan los productos de su trabajo entre sí como valores porque estas cosas sean consideradas por ellas meramente como envolturas materiales de trabajo humano igual. Al contrario. Al equiparar entre sí como valores sus diversos productos en el intercambio, equiparan sus distintos trabajos como trabajo humano. *No lo saben, pero lo hacen*» (MEW 23, p. 88 / 90; subrayado M. H.).

Los productores de mercancías producen su contexto social *no* precisamente a causa de una determinada conciencia sobre la conexión entre valor y trabajo, sino independientemente de tal conciencia. Por lo tanto, sería por completo erróneo comprender la teoría del valor de Marx como si las personas intercambiaran mercancías a sus valores *porque* saben cuánto trabajo se ha invertido en cada uno de los productos. Marx quiere mostrar justamente que las personas actúan *sin* ser conscientes de las condiciones de su acción.

e. El fetichismo producido de modo inconsciente no es simplemente falsa conciencia, posee también una fuerza material. La sociedad no me da ninguna información acerca de si mi trabajo gastado individualmente es reconocido como una parte integrante del trabajo social global y en qué medida ocurre esto; tan sólo me da información del valor de mi mercancía en el intercambio. Y de esta información depende mi bienestar. Pero las magnitudes de valor de las mercancías

> «cambian constantemente, con independencia de la voluntad, la previsión y la acción de los individuos que intercambian. *Su propio movimiento social tiene para ellos la forma de un movimiento de cosas bajo cuyo control se encuentran*, en lugar de controlarlas ellos» (MEW 23, p. 89 / 91; subrayado M. H.).

Los valores de las mercancías son expresión de una estructura social enormemente poderosa, que los individuos no pueden controlar. En una sociedad que produce mercancías, las personas están (y lo están todas), de hecho, bajo el control de las cosas; las relaciones de poder determinantes no son personales, sino «materiales». Pero este poder material, el sometimiento a la «coerción de las cosas», no existe porque las cosas tengan en sí determinadas propiedades que engendren este poder o porque las relaciones sociales exijan forzosamente esta mediación material, sino simplemente porque *las personas se refieren de una determinada manera a las cosas, a saber, como mercancías*.

f. El hecho de que este poder material y la objetivación de las relaciones sociales como propiedades materiales se deban a un determinado comportamiento de las personas no es perceptible para la conciencia espontánea. Para ella, las «formas que les dan a los productos del trabajo el carácter de mercancías» tienen «la solidez de *formas naturales de la vida social*» (MEW 23, pp. 89-90 / 92; subrayado M. H.). Y no sólo la conciencia espontánea, sino también la economía política clásica (y la economía neoclásica moderna) permanecen atrapadas en estas formas. Ahora bien, Marx señala que ello no se debe a un error subjetivo del economista individual, sino que tiene a su base una determinada objetividad:

> «Tales formas constituyen precisamente las categorías de la economía burguesa. Son *formas de pensamiento socialmente válidas* y, por tanto, *objeti-*

> *vas*, para las relaciones de producción de este modo de producción social históricamente determinado que es la producción de mercancías» (MEW 23, p. 90 / 93; subrayado M. H.).

Los economistas toman de un modo totalmente acrítico estas «formas de pensamiento objetivas» como el *objeto dado inmediatamente* de la economía política. En este lugar se pone claramente manifiesto aquello a lo que Marx se refería en la carta a Lasalle, citada en capítulo II.II, con «crítica a través de la exposición»: la *crítica de las categorías burguesas* no es un asunto teórico abstracto, no se puede separar en absoluto de la *exposición de las relaciones de producción*.

En las diversas corrientes de la economía política no se discute sobre las *determinaciones formales* de su objeto, sino solamente sobre el *contenido de estas determinaciones formales*. Frente a esta situación, Marx realiza una crítica fundamental, referida a los *fundamentos* de la economía burguesa: critica las *formas* siempre ya *presupuestas* de antemano por la economía burguesa:

> «La economía política ciertamente ha analizado, si bien de manera incompleta, el valor y la magnitud del valor, y ha descubierto el contenido oculto en estas formas. Pero nunca ha planteado siquiera la pregunta de por qué este contenido adopta esa forma, por qué, pues, el trabajo se representa en el valor y la medida del trabajo según su duración se representa en la magnitud de valor del producto del trabajo» (MEW 23, pp. 94-95 / 97-98).

Ni la conciencia espontánea ni la economía política llegan a comprender que la objetividad del valor es resultado de una actuación humana determinada, que las cosas sólo se convierten en mercancías, y con ello en objetos de valor, porque nos comportamos frente a ellas como mercancías (las producimos privadamente y las intercambiamos). En ambos casos se considera la forma de mercancía como una «propiedad social natural de los productos». En este sentido, no sólo la conciencia espontánea permanece atrapada en el fetichismo, sino también la ciencia económica. En tanto que Marx pone de manifiesto el fetichismo, no sólo suministra las bases para una crítica de la conciencia y de la ciencia, sino que además hace patente que las relaciones sociales no tienen por qué ser como son: el dominio del valor sobre las personas no es ninguna ley social natural, sino el resultado de un determinado comportamiento de las personas, y este comportamiento se puede –al menos en principio– transformar. Es concebible una sociedad sin mercancía y sin dinero.

g. El fetichismo no está limitado a la mercancía. Se adhiere también al dinero. El dinero es la *forma autónoma del valor*, posee una *forma* de valor especial: se encuentra en la forma general de equivalente. Ninguna otra mercancía se encuentra en esa forma. Esta mercancía especial (o en su caso el papel) que funciona como dinero sólo puede funcionar como

tal *porque* todas las demás mercancías se refieren a ella como dinero. Sin embargo, la forma de dinero aparece como «propiedad social natural» de esta mercancía.

> «Una mercancía no parece convertirse en dinero porque todas las demás mercancías representen sus valores en ella, sino que, por el contrario, todas parecen representar sus valores en ella porque es dinero. *El movimiento mediador desaparece en su propio resultado y no deja ninguna huella tras de sí*. Las mercancías, sin intervenir en ello, encuentran ya lista su propia figura de valor como cuerpo de una mercancía que existe al margen de ellas y a su lado» (MEW 23, p. 107 / 113; subrayado M. H.).

Se puede decir del dinero lo mismo que se dijo de la mercancía: sólo a causa de un determinado comportamiento de los poseedores de mercancías tiene el dinero sus propiedades específicas. Pero esta mediación ya no es visible, «desaparece». De ahí la apariencia de que el dinero tuviera estas propiedades en sí mismo. También en él, da igual que se trate de una mercancía dineraria o de papel, aparece una relación social como propiedad objetiva de una cosa[15]. Y del mismo modo que en el caso de la mercancía, las personas que actúan no tienen que conocer las conexiones mediadoras para poder actuar: «Cualquiera puede usar el dinero como dinero sin saber qué es el dinero» (MEW 26.3, p. 163).

h. Pero lo «absurdo» (MEW 23, p. 90 / 93) de esta cosificación de las relaciones sociales es aún mayor en el caso del dinero que en el de la mercancía. Si los productos del trabajo se transforman en mercancías, reciben junto a su objetividad física como valores de uso una objetividad de *valor*. Esta última es, como se mencionó más arriba, una objetividad «espectral», ya que parece ser tan objetiva como el valor de uso y, sin embargo, no se puede aprehender en las cosas aisladas.

El dinero actúa ahora como forma *autónoma* del valor. Mientras que las mercancías son valores de uso que *además* son objetos de valor, el dinero que se presenta frente a las mercancías es *inmediatamente* «cosa de valor». Lo que esto significa lo explica Marx con un buen ejemplo en la primera edición de *El Capital*:

> «Es como si junto con los leones, los tigres, las liebres y todos los demás animales reales que agrupados constituyen los distintos géneros, especies, subespecies, familias, etc. del reino animal, existiera también *el animal*, la encarnación individual de todo el reino animal» (MEGA II.5, p. 37; subrayado en el original).

[15] A este respecto es indiferente que –como en el denominado «metalismo»– se suponga que los metales nobles, el oro y la plata básicamente, tienen propiedades dinerarias por naturaleza o que –como en la teoría monetaria «nominalista»– el portador concreto de las funciones monetarias se conciba como resultado de un acuerdo social o de una disposición estatal. La existencia del dinero parece ser en cualquier caso una necesidad social natural. El hecho de que actualmente exista un sistema monetario sin mercancía dineraria no significa en modo alguno, pues, que el fetichismo del dinero haya desaparecido.

El que junto a los diversos animales concretos también ande por ahí «el animal» no sólo es fácticamente imposible, sino lógicamente absurdo: el género es colocado al mismo nivel que los individuos a partir de los cuales es obtenido por abstracción. Y sin embargo, el dinero es la existencia real de este absurdo.

i. En la sociedad burguesa, la conciencia espontánea de las personas sucumbe al fetichismo de la mercancía y el dinero. La racionalidad de sus acciones es siempre una racionalidad *dentro del marco establecido por la producción de mercancías*. Si se toman las intenciones de los individuos que actúan (por tanto, lo que «saben») como punto de partida del análisis (como, por ejemplo, en la economía neoclásica o también en muchas teorías sociológicas), entonces aquello que los individuos «no saben», es decir, el marco presupuesto de su pensamiento y su acción, queda suprimido del análisis desde el principio. En base a esta consideración no sólo se puede criticar una buena parte de los fundamentos de la economía burguesa y de la sociología, sino también un popular argumento del marxismo ideológico: que hay un sujeto social (la clase trabajadora) que a causa de su particular posición en la sociedad burguesa dispondría de una *especial* capacidad para comprender las relaciones sociales.

Muchos representantes del marxismo tradicional sostuvieron que «había que colocarse en el punto de vista de la clase trabajadora» para comprender el capitalismo. Con ello se pasaba por alto que también los trabajadores y trabajadoras (de la misma manera que los capitalistas) están atrapados en el fetichismo de la mercancía en su conciencia espontánea. En el próximo capítulo veremos que el proceso de producción capitalista engendra todavía más inversiones, a las que sucumben tanto los trabajadores como los capitalistas. Así pues, no se puede hablar de una posición de conocimiento *privilegiada* de la clase trabajadora, si bien tampoco de que el fetichismo sea impenetrable por principio.

Capítulo IV

Capital, plusvalor y explotación

I Economía de mercado y capital: la «transición del dinero al capital»

Marx se ocupa en los tres primeros capítulos de *El Capital* de la mercancía y del dinero, sin hablar en ellos todavía explícitamente del capital. Esto llevó a algunos autores a considerar que en estos tres primeros capítulos se expone a un elevado nivel de abstracción una «producción mercantil simple» precapitalista: un modo de producción en el que dominan relaciones dinerarias y mercantiles, pero que no conoce todavía el capital o lo conoce sólo en una forma muy poco desarrollada. Se supone, además, que las mercancías se intercambian conforme a sus valores (de trabajo), ya que los productores conocerían con exactitud su propio gasto de trabajo y el de los demás. El representante más prominente de esta interpretación fue Friedrich Engels, que la formuló en su Apéndice al libro tercero de *El Capital* –algunos años después de la muerte de Marx–, influyendo con ello en muchos marxistas[1]. Pero esta concepción es problemática en varios sentidos:

- Como afirmación *histórica*: si bien se intercambiaba ya hace miles de años y existe dinero acuñado por lo menos desde el siglo VI a. C., las relaciones dinerarias y mercantiles en las épocas precapitalistas estaban siempre «incrustadas» en otras relaciones de producción, nunca eran completas y la economía no estaba dominada por ellas. Esto tiene lugar por primera vez con la expansión del modo de producción capitalista.

- Como concepto *teórico*: Marx intenta mostrar precisamente que la determinación del cambio por los valores *no* se basa en un cálculo consciente de las cantidades de trabajo gastadas, que las personas que inter-

[1] Esta concepción forma parte también del repertorio estándar del marxismo tradicional. Ha sido difundida, por ejemplo, por Ernest Mandel, junto con una lectura historicista de *El Capital* (cf. capítulo II.I), en muchos textos introductorios (véase, por ejemplo, Mandel 1968; 1975).

cambian no saben lo que hacen, que de hecho el contexto social se impone «a sus espaldas» (cf. capítulo III.VIII d y e).

- Como *interpretación* de los tres primeros capítulos de *El Capital*: la mencionada interpretación no comprende lo que Marx expone aquí, la «circulación simple». Por ella entiende Marx la circulación de mercancías y dinero como formas de circulación que dominan toda la economía, pero, por así decirlo, en una consideración restringida: se hace abstracción de la existencia del capital. No se analizan relaciones *pre*capitalistas que existieron en algún momento del pasado, sino relaciones capitalistas presentes (a esto alude ya la primera frase de la obra, como se subrayó más arriba), pero prescindiendo del capital.

El que se haga abstracción del capital no es una disposición arbitraria del teórico, ni tampoco una decisión didáctica. En esta abstracción se expresa un determinado aspecto de la realidad: la circulación simple aparece «como lo inmediatamente existente en la superficie de la sociedad burguesa» (*Grundrisse*, MEW 42, p. 180), la verdadera economía parece consistir sólo en actos de compra y venta.

A primera vista, la economía parece dividirse en tres grandes ámbitos separados:

- La *esfera de la producción*: con las posibilidades técnicas correspondientes se producen bienes y se prestan servicios.

- La *esfera de la circulación*: los bienes y los servicios se intercambian y, en general, no directamente unos por otros, sino por dinero.

- La *esfera del consumo*: los bienes y los servicios se consumen, o bien por los individuos particulares como medios de vida para su subsistencia inmediata (como, por ejemplo, alimentos, vestido, etc.), o bien dentro de los procesos de producción como medios de producción (por ejemplo, máquinas o materias primas) para fabricar otros productos.

Pero esto genera la impresión de que la esfera del consumo tiene que ver únicamente con las necesidades de los consumidores y la esfera de la producción con condiciones puramente técnicas, de modo que sólo queda la circulación como la esfera propiamente económica.

La reducción de la economía a la circulación tiene importantes consecuencias. La circulación sólo tiene que ver con la compra y la venta, por tanto, con procesos en los que (al menos en principio) se enfrentan personas libres e iguales, y en los que, en tanto que las mercancías intercambiadas tienen igual valor, nadie es engañado, robado o explotado. Si las personas no son todas completamente iguales, porque unas poseen mucho y otras muy poco o absolutamente nada, esto puede ser ciertamente una circunstancia lamentable, pero no dice nada contra «la eco-

nomía de mercado». Las diferencias de posesión no tienen ninguna relevancia teórica en las teorías liberales que cantan himnos de alabanza al mercado. Estas diferencias aparecen para el proceso de compra y venta, y con ello también para la economía de mercado en su conjunto, como algo tan externo como, por ejemplo, los defectos físicos de las personas que intercambian. El «mercado» aparece desde esta perspectiva como una instancia neutral para la distribución de bienes y para la satisfacción de necesidades, como una institución eficiente (y completamente carente de burocracia) para la transmisión de información sobre lo que es necesario, dónde lo es y en qué cantidad. Si esta institución del «mercado» no funciona tan bien, es algo que desde la perspectiva esbozada sólo puede deberse a condiciones periféricas desfavorables o a perturbaciones externas, las cuales tienen que ser eliminadas por el Estado. Tal actitud eufórica hacia el mercado no sólo se encuentra en (casi) todos los libros de texto de economía, no sólo se afirma como una verdad irrefutable en las facultades de ciencias económicas y en la sección de economía de los grandes periódicos. Después de 1989 este entusiasmo por el mercado también fue asumido en distintas versiones por muchos que anteriormente eran de izquierdas; en este caso se suelen contraponer mercado y capital como fuerzas opuestas entre sí, y se sacan de ello las consecuencias correspondientes: ya sea en la forma de reivindicar la restricción del poder de las grandes empresas para ayudar al éxito de los efectos beneficiosos del mercado, o incluso en la forma de un «socialismo de mercado», en el que las empresas capitalistas sean sustituidas por cooperativas de trabajadores, las cuales pueden entonces competir alegremente unas con otras «en el mercado».

Por lo tanto, el que mercado y capital se encuentren simplemente en una relación externa y laxa o que haya una conexión interna y necesaria entre ambos no es meramente una pregunta académica, sino que la respuesta tiene consecuencias políticas inmediatas.

Si la circulación de mercancías y dinero expuesta en los tres primeros capítulos de *El Capital* no es algo autónomo, independiente del capital (como de hecho expresa la designación de Marx de la circulación simple como «superficie»), entonces tiene que hacerse patente su dependencia dentro de este objeto. De modo muy similar a la relación entre mercancía y dinero, tiene que poder mostrarse una conexión interna, necesaria entre dinero y capital.

Recapitulemos brevemente tres pasos esenciales en el curso de la exposición de la mercancía y el dinero:

(1) En primer lugar se analizó la mercancía. Se mostró como algo doble: valor de uso y valor. Pero su objetividad de valor se manifestó como algo peculiar: como una propiedad puramente social que no le correspondía a la mercancía aisladamente, sino sólo a las mercancías

intercambiadas como propiedad *común* a todas ellas (de ahí el carácter «espectral» del valor).

(2) Para que se pueda aprehender efectivamente ese algo espectral que es el valor, necesita una expresión *autónoma*, una forma objetiva. La recibe en el dinero. Por consiguiente, el dinero no es simplemente algo suplementario al mundo de las mercancías o un mero recurso auxiliar. El dinero es necesario para expresar el carácter de valor de las mercancías, para referir universalmente las mercancías entre sí como valores (de ahí la caracterización de la teoría marxiana del valor como «teoría monetaria del valor»). Esto significa también que el dinero y la producción de mercancías son inseparables, que no se puede, como creían algunos socialistas, suprimir el dinero y mantener la producción privada.

(3) El dinero es la forma autónoma del valor, pero como medida de los valores y como medio de circulación no se puede percibir esta autonomía, pues el dinero sirve aquí sólo como medio auxiliar. Solamente como unidad de medida del valor y medio de circulación («el dinero como dinero») llega a ser realmente el dinero la forma autónoma del valor. No es sólo un mediador que desaparece constantemente (como cuando es medio de circulación); no tiene que estar en absoluto presente de manera real (como cuando es medida del valor); sino que el dinero mismo se convierte ahora en el fin: no es simplemente *valor*, sino forma *autónoma* y *permanente* del valor, dinero que tiene que mantenerse y acrecentarse.

Sin embargo, el atesoramiento muestra precisamente lo limitado que es el carácter autónomo y perdurable del valor: si el dinero se atesora y, por tanto, se retira de la circulación, acaba convirtiéndose en un objeto inútil. Pero si se vuelca en la circulación, es decir, si se compran mercancías con él, entonces se pierde la forma autónoma del valor.

Dentro de la circulación simple el dinero es la forma autónoma y permanente del valor, pero esta autonomía y permanencia no se puede aprehender en ninguna parte, no puede existir realmente dentro de la circulación simple. Por lo tanto, si es cierto que, por un lado, dentro de la circulación simple el valor de las mercancías hace necesaria la existencia de una expresión autónoma del valor (el dinero), pero que, por otro lado, esta autonomía del valor no puede existir en absoluto dentro de la circulación simple, se sigue de ello que la circulación simple no puede ser algo autónomo, sino que tiene que ser momento y resultado de un proceso «subyacente», a saber, el proceso capitalista de valorización.

Si el dinero debe ser realmente la forma autónoma y permanente del valor, no puede existir separado de la circulación, sino que tiene que ingresar en ella, pero sin que el valor pierda por ello su autonomía y permanencia, como sería el caso en el acto simple de compra D – M con el consumo subsiguiente de la mercancía M. La autonomía y permanencia

del valor sólo está garantizada si el dinero efectúa el movimiento D – M – D. Sin embargo, este movimiento –comprar una mercancía por una determinada suma de dinero para volver a venderla a continuación por la misma suma de dinero– no conlleva ninguna ventaja. Sólo resulta ventajoso el movimiento D – M – D', en donde D' es mayor que D. En este movimiento (Marx lo designa como «fórmula general del capital») el valor no sólo mantiene su forma autónoma, sino que se acrecienta y con ello llega a ser efectivamente el fin de todo el proceso. Así pues, sólo en el capital encuentra la forma autónoma del valor su expresión adecuada, o formulado de otra manera: el valor sólo adquiere una existencia permanente y abarca toda la economía si realiza el movimiento del capital D – M – D'. Pero con el movimiento D – M – D' abandonamos la circulación simple; ahora hay que examinar el contenido y los supuestos de este movimiento[2].

II La «cualidad oculta» del valor: D – M – D'

En primer lugar, consideremos otra vez la cadena M – D – M, de la que nos hemos ocupado en la sección II.II al discutir las funciones del dinero. El productor de mercancías ha producido una mercancía M que tiene un determinado valor de uso, vende esta mercancía y compra con el dinero obtenido otra mercancía que tiene otro valor de uso. El dinero es *gastado* definitivamente, el fin del proceso es el consumo de la segunda mercancía. La totalidad del proceso encuentra su medida en las necesidades del productor, y con la satisfacción de estas necesidades concluye el proceso.

Consideremos ahora la cadena D – M – D. Se compone de los mismos elementos, D – M y M – D, que M – D – M, pero el orden de sucesión es distinto: ahora se compra para vender a continuación. El dinero es el punto inicial y final del proceso. Una suma de dinero no es distinta de otra cualitativamente; sólo se diferencian cuantitativamente. La figura de la circulación antes mencionada sólo resulta ventajosa si la suma de dinero es mayor al final que al comienzo, si se trata de una cadena D – M – D' en la que D' es mayor que D. El fin del proceso es ahora el incre-

[2] El resumen de la «circulación simple» y el capital que se acaba de esbozar lo expone Marx solamente en los trabajos preparatorios de *El Capital* (en los *Grundrisse*, MEW 42, p. 160 y ss. y en el *Urtext von «Zur Kritik der politischen Ökonomie»**, MEGA II.2, p. 63 y ss.), pero no en *El Capital* mismo, en el que comienza el capítulo cuarto directamente con el análisis de la fórmula D – M – D'. Con esta omisión Marx ha favorecido las interpretaciones anteriormente mencionadas que contraponen la economía de mercado y el capital como algo separado.

* Este manuscrito está constituido por un fragmento del borrador a la *Contribución a la crítica de la economía política* que no fue recogido en la versión definitiva de esta obra, ni tampoco después en *El Capital* (*N. del T.*).

mento cuantitativo de la suma de dinero inicial. El dinero no es gastado (como en M – D – M), sino *adelantado*: sólo se gasta para recuperar más a continuación.

Una suma de dinero que realiza este movimiento es *capital*. Una mera suma de dinero como tal, sea en forma de dinero o en forma de mercancías, no es aún capital. Tampoco un proceso de intercambio aislado convierte una suma de dinero en capital. Sólo la concatenación de procesos de intercambio con el fin de acrecentar la suma de valor inicial nos suministra el *movimiento típico del capital*: el capital no es simplemente valor, sino *valor que se valoriza*, es decir, una suma de valor que realiza el movimiento D – M – D'.

El incremento de valor obtenido con el movimiento del capital –la diferencia entre D' y D– es designado por Marx como *plusvalor**. Este concepto no se encuentra ni en la economía política clásica ni en la ciencia económica moderna. El plusvalor no es simplemente otro nombre para el beneficio o la ganancia. Más adelante veremos que se trata, de hecho, de algo diferente; no obstante, por el momento no debemos ocuparnos todavía de esta diferencia (para el significado preciso del beneficio cf. el capítulo VII, para el significado de ganancia empresarial el capítulo VIII).

El movimiento del capital tiene como único fin el acrecentamiento del valor adelantado. Pero el acrecentamiento puramente cuantitativo no tiene medida (¿por qué no va a ser suficiente un incremento del 10% y, en cambio, va a ser suficiente uno del 20%?) ni término (¿por qué tiene que acabar después de un único movimiento o después de diez?). A diferencia de la circulación simple de mercancías M – D – M, que apunta a un fin fuera de la circulación (apropiación de valores de uso para satisfacer necesidades) y que encuentra su medida en las necesidades y su término en la satisfacción, el movimiento del capital *tiene en sí mismo su propio fin*, es *inconmensurable* e *ilimitado*.

Si se considera la producción de mercancías haciendo abstracción del capital, se puede llegar a la idea de que el fin de la producción de mercancías y del cambio es la satisfacción general de necesidades: cada uno satisface sus propias necesidades en tanto que produce primera-

* El término acuñado en español para traducir el término alemán *Mehrwert* es «plusvalía», pero considero que es más correcto traducirlo por «plusvalor». En este caso queda establecida la relación directa que existe entre los términos alemanes *Wert* (valor) y *Mehrwert* (plusvalor), relación que no queda tan clara cuando se traduce por plusvalía. Además, permite establecer también con mayor claridad el paralelismo con los pares de conceptos correspondientes *Arbeit* (trabajo) y *Mehrarbeit* (plustrabajo), *Produkt* (producto) y *Mehrprodukt* (plusproducto). El hecho de que el término acuñado en español sea plusvalía, en lugar de plusvalor, no me parece razón suficiente para renunciar a la precisión terminológica en el caso de un término técnico tan fundamental en la teoría de Marx. Además, para el término «plusvalor» ya existe un buen precedente en la traducción de *El Capital* de P. Scaron en Siglo XXI (*N. del T.*).

mente una mercancía que satisface las necesidades de otros, intercambia esta mercancía por dinero y con este dinero adquiere después mercancías que satisfacen sus propias necesidades. Expresado concisamente: todos satisfacen sus propias necesidades en la medida en que satisfacen las de los otros. De este modo concibe la economía burguesa (tanto la economía política clásica como la moderna teoría neoclásica) la producción de mercancías.

Pero una *producción capitalista de mercancías* (y la generalización de la producción de mercancías acontece históricamente sólo bajo las condiciones capitalistas) no está dirigida a la satisfacción de necesidades, sino a la valorización del valor. La satisfacción de necesidades tiene lugar sólo como un producto secundario, en tanto que se corresponde con la valorización del capital. El *fin* de la producción capitalista es el plusvalor y no la satisfacción de necesidades.

Hasta el momento se ha hablado sólo del *capital,* pero no de los *capitalistas.* Un capitalista no es simplemente alguien que dispone de una gran suma de valor, sólo es capitalista quien emplea efectivamente esta suma de valor como capital, es decir, quien hace del *movimiento autofinalista* del capital su propio fin subjetivo:

> «(...) sólo en la medida en que la apropiación creciente de riqueza abstracta constituye el único motivo impulsor de sus operaciones, funciona como capitalista, como capital personificado, dotado de voluntad y de conciencia. *El valor de uso no hay que considerarlo nunca, por tanto, como el fin inmediato del capitalista. Tampoco la ganancia aislada, sino el movimiento incesante de la ganancia*» (MEW 23, pp. 167-168 / 186-187; subrayado M. H.).

Así pues, una persona sólo es «capitalista» si es «capital personificado», es decir, si sigue en su actuación la lógica del capital (valorización carente de medida y de término). Este capitalista es entonces «personificación de una categoría económica» o «máscara económica» (MEW 23, p. 100 / 104).

Aquí ocurre algo similar a lo que ya pudimos constatar para las acciones de los poseedores de mercancías (cf. capítulos III.II y III.VI): una persona se comporta como poseedor de mercancías o capitalista en tanto que sigue una determinada racionalidad en su actuación. Esta racionalidad resulta de las determinaciones formales presupuestas del proceso económico (de las determinaciones formales de la mercancía o del capital). En la medida en que las personas siguen esta racionalidad en su actuación, reproducen al mismo tiempo las determinaciones formales presupuestas. En la exposición hay que analizar las determinaciones formales antes de poder ocuparse del comportamiento de las personas.

Es cierto que un determinado poseedor de dinero puede seguir otros fines distintos al de la valorización del capital, pero entonces ya no actúa exclusivamente como «capitalista». El hecho de que el capitalista indivi-

dual intente continuamente incrementar su ganancia no está fundado en ciertos rasgos psíquicos como, por ejemplo, la «codicia», sino que se trata más bien de un comportamiento *forzado* por la lucha competitiva de los capitalistas. El capitalista individual, si quiere seguir siendo capitalista, necesita que aumente la ganancia, no para aumentar su consumo personal (para los grandes capitalistas este consumo constituye una fracción mínima de la ganancia), sino para modernizar sus instalaciones de producción o para producir nuevos productos si ya no hay demanda para los antiguos. Si renuncia a la modernización o a la transformación, pronto se encontrará en quiebra. En el capítulo V.II volveremos sobre esta *ley forzosa de la competencia.*

Con el paso del tiempo se modificó algo el aspecto externo del capitalista. El «libre empresario» del siglo XIX, que dirigía «su» empresa y que no pocas veces fundaba una dinastía familiar, fue sustituido ampliamente en el siglo XX, por lo menos en las grandes empresas, por el «manager», que a menudo solamente posee un pequeño paquete de acciones de la empresa que dirige. Pero ambos son *capitalistas* en el sentido que esto tiene para Marx, son personificación del capital: emplean una suma de valor como capital.

Si el capitalista sólo ejecuta la lógica del capital, entonces el «sujeto» no es el capitalista, sino el capital, el valor que se valoriza. Marx habla en este contexto del capital como «sujeto automático» (MEW 23, p. 169 / 188), lo que hace patente el absurdo: por un lado, el capital es un autómata, algo sin vida, y por otro lado, funciona como «sujeto», es lo que determina todo el proceso.

Como «sujeto supremo» (*ibid.*) del proceso de valorización, el valor necesita de una forma autónoma, y esta forma la encuentra en el dinero. Por lo tanto, el dinero es el punto inicial y final del proceso de valorización.

El dinero era ya dentro de la circulación simple la forma autónoma –aunque insuficiente– del valor. Como capital (para subrayarlo una vez más: el capital no es ni dinero ni mercancía tomados como tales, sino el movimiento sin medida ni término de la ganancia: D – M – D') el valor no sólo posee una forma *autónoma*, ahora es valor *en proceso*, «sustancia que se mueve a sí misma» (*ibid.*); un sujeto sumamente extraño con capacidades realmente asombrosas:

> «De hecho, el valor se convierte aquí en el sujeto de un proceso en el que, bajo el constante cambio de las formas de dinero y mercancía, transforma su propia magnitud. (...) Ha obtenido la *cualidad oculta* de engendrar valor porque es valor» (MEW 23, p. 169 / 188; subrayado M. H.).

Parece como si fuera el valor mismo el que se acrecienta (por lo que algunos bancos hacen publicidad con el lema «Ponga su dinero a trabajar», que designa precisamente esta apariencia). Ahora hay que examinar aquello a lo que se debe esta «cualidad oculta».

III Relaciones de clase: el trabajador «doblemente libre»

Hasta ahora hemos caracterizado el capital sólo de manera formal: una suma de valor que se valoriza, que efectúa el movimiento D – M – D'. Pero subsiste la pregunta de cómo es *posible* en general este movimiento: *¿de dónde viene en realidad el plusvalor?*

Dentro de la circulación sólo sería posible una valorización si la mercancía M fuera comprada por debajo de su valor o vendida por encima de su valor. En este caso ciertamente se puede acrecentar la suma de valor adelantada, pero a la ganancia de un capitalista se le contrapone por otro lado una pérdida de igual magnitud. En el conjunto de la sociedad no se ha modificado la suma de valor, sencillamente se ha repartido de otro modo, exactamente igual que si hubiera tenido lugar un simple robo.

La ganancia capitalista se explicaría en este caso a partir de una *violación* de las leyes de la producción. Si suponemos las condiciones normales de la producción y la circulación de mercancías, entonces forma parte de ellas el «intercambio de equivalentes»: las mercancías intercambiadas tienen el mismo valor, lo que significa que el precio pagado es la expresión adecuada de la magnitud de valor de la mercancía y no expresa una fluctuación coyuntural; las mercancías son «intercambiadas a sus valores». Si el plusvalor es un fenómeno normal de la producción capitalista de mercancías y no meramente una excepción, su existencia tiene que ser explicada bajo el supuesto del «intercambio de equivalentes», y precisamente éste es el problema que se plantea Marx.

Su reflexión es, de forma resumida, la siguiente: si se supone el intercambio de equivalentes, el plusvalor no puede generarse en la circulación, ni en el primer acto de la circulación (D – M) ni en el segundo (M – D'). Así pues, entre ambos actos de la circulación tiene que tener lugar una transformación en la mercancía M. Pero fuera de la circulación simplemente se consume el valor de uso de las mercancías compradas. Por consiguiente, el poseedor de dinero tiene que encontrar en el mercado una mercancía *cuyo valor de uso tenga la propiedad de ser fuente de valor*, de modo que el consumo de esta mercancía genere valor, y de hecho más valor del que ella misma cuesta.

Esta peculiar mercancía existe: es la mercancía *fuerza de trabajo*. Con «fuerza de trabajo» se hace referencia a la *capacidad* del hombre para ejecutar trabajo. En las condiciones de la producción de mercancías este gasto de trabajo puede convertirse en fuente de valor. Si vendo mi fuerza de trabajo, le cedo a otro esta capacidad por un determinado lapso de tiempo. Con la venta de la fuerza de trabajo no se vende todo el hombre (no me convierto en un esclavo), pero tampoco se vende el trabajo, pues el trabajo es sólo la *aplicación* de la fuerza de trabajo. El

hecho de que sólo se vende la *capacidad para trabajar* y no el *trabajo* se pone de manifiesto, por ejemplo, si en un momento dado faltan materias primas y el poseedor de dinero no puede usar la fuerza de trabajo comprada.

Pero que el poseedor de dinero encuentre la fuerza de trabajo *como una mercancía* en el mercado no es algo que vaya de suyo. Tienen que cumplirse dos condiciones para ello. *En primer lugar*, tiene que haber hombres que puedan comportarse como *propietarios libres* de su fuerza de trabajo, por tanto, que estén en la situación de vender su fuerza de trabajo. Un esclavo o un siervo de la gleba no están en dicha situación: los vendedores de fuerza de trabajo tienen que ser *personas jurídicamente libres.*

Sin embargo, si estas personas disponen de medios de producción, y pueden producir y vender mercancías ellos mismos o alimentarse de sus productos, probablemente no venderán su fuerza de trabajo. Sólo si, *en segundo lugar*, no poseen medios de producción, por tanto, si además de ser libres jurídicamente, también están *libres de propiedad material*, se encontrarán *forzados* a vender su fuerza de trabajo, por lo que tratarán efectivamente su fuerza de trabajo como si fuera una mercancía. La existencia de estos trabajadores y trabajadoras «libres» en este doble sentido es el presupuesto social imprescindible de la producción capitalista.

Por lo tanto, el modo capitalista de producción se basa en una *relación de clase* completamente determinada: tiene que haber, por una parte, una *clase de propietarios* (poseedores de medios de producción y de dinero) y, por otra parte, una *clase de trabajadores y trabajadoras en su mayor parte carentes de propiedad, pero jurídicamente libres.* A esta relación de clase es a lo que se refiere generalmente Marx cuando habla, no de capital, sino de la *relación de capital.*

Con el término «clase» alude a la posición social dentro del proceso social de producción, en nuestro caso a los propietarios de los medios de producción o a los hombres que están excluidos de esta propiedad. Pero en las clases, determinadas por su posición social, no se supone que sus miembros individuales también tengan automáticamente una «conciencia de clase» común o que se presente una «acción de clase» común. A este nivel de la exposición, «clase» es una categoría puramente *estructural*; si «clase» significa algo más, tendrá que ser investigado en el contexto concreto correspondiente. Cuando la sociología moderna cree reconocer –contra Marx– el fin de la sociedad de clases ya en el capitalismo, se alega normalmente como prueba la ausencia de una conciencia de clase[3] –a causa de las posibilidades de ascenso o de la «individualización» de la sociedad–, un criterio, pues, que no se aplica en absoluto en

[3] Por ejemplo, Ulrich Beck en su libro *La sociedad del riesgo.*

el concepto estructural de clase que domina en *El Capital*. Sin embargo, con frecuencia el marxismo ideológico tradicional ha deducido erróneamente la existencia de una conciencia similar, o incluso de una actuación tendencialmente similar, a partir de una situación social estructuralmente similar. De modo que en lugar de entender la «dominación de clase» como una relación *estructural*, se la interpretó como una *relación de fuerza* entre clases sociales, en la que una clase impone su voluntad a la otra.

El que exista en general esta relación de clase –por un lado, propietarios de medios de producción y de dinero, por otro, trabajadores y trabajadoras carentes de propiedad, pero jurídicamente libres– no es de ningún modo algo «natural», sino resultado de un determinado desarrollo *histórico*. Este desarrollo histórico forma parte de la *prehistoria* del capitalismo. Para seguir analizando sus estructuras fundamentales basta con presuponer el resultado de esta prehistoria. Por eso el proceso histórico de surgimiento del trabajador «libre» en doble sentido es esbozado al final del libro primero de *El Capital*, bajo el título «La llamada acumulación originaria»: Marx muestra con el ejemplo de Inglaterra que se trató de un proceso extremadamente violento y cruel, que de ningún modo sucedió «por la vía del mercado», sino con la colaboración activa de los Estados (se ha aludido ya a este proceso en los capítulos I.I y I.II). Sin embargo, la «acumulación originaria» no es un proceso que se haya producido una sola vez: en el curso de la expansión mundial del capitalismo se desarrollan constantemente procesos semejantes.

IV El valor de la mercancía fuerza de trabajo, plusvalor y explotación

Para comprender el origen del plusvalor –a pesar del intercambio de equivalentes– tenemos que ocuparnos de manera más precisa de la mercancía fuerza de trabajo. Tiene, como toda mercancía, valor de uso y valor. El *valor de uso* de la fuerza de trabajo consiste en su aplicación, por tanto, en el trabajo mismo. El gasto de trabajo crea nuevo valor, y antes del cambio sólo puede realizarse una estimación del mismo. En qué medida el trabajo ha generado efectivamente valor resulta de las reducciones que tienen lugar en el cambio (cf. capítulo III.III).

Marx considera que el *valor* de la fuerza de trabajo, análogamente al valor de cualquier otra mercancía, está «determinado por el tiempo de trabajo necesario para la producción y, por consiguiente, también para la reproducción de este artículo específico». Todo individuo necesita para su subsistencia una serie de medios de vida (en el sentido más amplio, por tanto, no sólo alimentos, sino también vestido, alojamiento, etc.), por lo que Marx concluye:

entra en la determinación del valor de la mercancía fuerza de trabajo (MEW 23, p. 185 / 208)[4].

Sin embargo, hay todavía una diferencia adicional, de la que Marx no se ocupa, entre el valor de la mercancía fuerza de trabajo y el resto de las mercancías. En el valor de una mercancía normal ingresa, por un lado, el valor de los medios de producción consumidos en su producción, y por otro lado, el nuevo valor que es agregado por el trabajo que fabrica el producto acabado con esos medios de producción. Pero éste no es el caso de la mercancía fuerza de trabajo: su valor está determinado únicamente por el valor de los medios de vida que hay que comprar en el mercado. El trabajo de reproducción realizado en el hogar por las mujeres (trabajo doméstico, educación de los hijos, etc.) no ingresa en el valor de la fuerza de trabajo. Por eso algunas autoras feministas le han reprochado a Marx que la crítica de la economía política tiene aquí un «punto ciego» (así, por ejemplo, el ensayo programático de Claudia von Werlhof de 1978). No obstante, la determinación marxiana del valor de la mercancía no es errónea; el error es que no ha puesto de relieve la particularidad de esta determinación del valor, intentando más bien demostrar su coincidencia con todas las otras mercancías.

La particular determinación del valor de la mercancía fuerza de trabajo es *necesaria* dentro del capitalismo: si los trabajadores y trabajadoras no recibieran solamente el valor de los medios de vida que tienen que comprar en el mercado, no seguirían careciendo de propiedad a largo plazo y podrían liberarse, al menos en parte, de la coacción de vender su fuerza de trabajo. La restricción del valor de la fuerza de trabajo a los costes de reproducción es una necesidad funcional del capitalismo. Pero que siempre se logre tal restricción no está en modo alguno establecido *a priori*. Se puede concebir perfectamente que una clase trabajadora bien organizada consiga imponer salarios elevados. Sin embargo, en el capítulo V.VI veremos cómo esta restricción del valor de la fuerza de trabajo se establece «por sí misma» en el transcurso del proceso de acumulación capitalista.

[4] Marx habla generalmente en *El Capital* sólo del valor «de» la fuerza de trabajo, como si cualquier fuerza de trabajo tuviera el mismo valor. Esto ocurre porque se trata del análisis de estructuras fundamentales –de cómo es posible el plusvalor a pesar del intercambio de equivalentes– y por eso las diferencias en el valor de la fuerza de trabajo no cumplen ningún papel. Marx considera que tales diferencias se deben básicamente a los distintos costes de cualificación, por lo que el gasto de trabajo de la fuerza de trabajo cualificada también genera más valor (cf. MEW 23, pp. 211-212 / 239-240). Sin embargo, a partir del «elemento histórico y moral» del valor de la fuerza de trabajo puesto de relieve por Marx, también se puede concluir que este valor está determinado de manera distinta –no sólo en los diversos países, sino también en el mismo país– para distintos sectores de la clase trabajadora (a causa de la diferente organización, fuerza de lucha, tradición, etc.) y también que las relaciones asimétricas entre los sexos y la discriminación racial llevan a diferencias en el valor de la fuerza de trabajo, puesto que no es posible alcanzar determinadas reivindicaciones.

La diferencia entre el valor (diario) de la fuerza de trabajo (de la suma de valor que la fuerza de trabajo necesita por término medio para su reproducción diaria) y el valor que el trabajador individual puede producir de nuevo en un día en circunstancias normales constituye precisamente el plusvalor, del que se habló anteriormente en la fórmula D – M – D'. El hecho de que el valor diario de la fuerza de trabajo (el valor que *necesita* para su reproducción) sea menor que el valor que puede ser *creado* diariamente por medio de su uso (es decir, por medio del gasto de fuerza de trabajo) es el fundamento de la «cualidad oculta» del valor de crear nuevo valor.

El valor (diario) de la fuerza de trabajo constituye, pues, sólo una parte del nuevo valor creado por medio del uso (diario) de la fuerza de trabajo. Si se crea un determinado valor por el gasto de fuerza de trabajo en una jornada laboral de, por ejemplo, 8 horas[5], entonces se puede distribuir formalmente este nuevo valor creado en valor de la fuerza de trabajo y plusvalor. Si el valor diario de la fuerza de trabajo asciende, por ejemplo, a 3/8 del valor que se crea en una jornada laboral de 8 horas, se puede decir formalmente que se ha producido en 3 horas el valor de la fuerza de trabajo y en 5 horas el plusvalor. De ahí que Marx también designe estas 3 horas como tiempo de trabajo «necesario» (el tiempo de trabajo que es necesario para reproducir el valor de la fuerza de trabajo) y las 5 horas restantes como «tiempo de plustrabajo» (el tiempo de trabajo que realiza el trabajador individual más allá de sus propias necesidades de reproducción). Ya que los trabajadores y trabajadoras de nuestro ejemplo reciben como remuneración el valor creado en 3 horas, Marx llama también al tiempo de trabajo necesario «trabajo pagado», y al tiempo de plustrabajo cuyo producto de valor recibe el capitalista como plusvalor «trabajo no pagado».

El hecho de que el trabajador individual reciba del capitalista por su fuerza de trabajo menos valor del que ha producido por medio de su trabajo lo denomina Marx «*explotación*», un concepto que es equívoco en diversos sentidos.

Con «explotación» no se hace referencia a un salario especialmente bajo o a una situación laboral especialmente mala. «Explotación» designa únicamente el estado de cosas en el cual los productores reciben sólo una parte del nuevo valor producido por ellos, independientemente de que el salario sea alto o bajo y las condiciones laborales buenas o malas.

[5] Como se discutió en el capítulo anterior, sólo en el intercambio se pone de manifiesto cuál es la suma de valor creada en una jornada laboral. Pero si la mercancía es vendible en general, entonces se ha creado una determinada suma de valor, mayor o menor. A esta suma de valor se refieren las consideraciones que siguen. Si ahora y en las secciones siguientes se dice que un trabajador trabaja determinadas horas y con ello crea determinado valor, no se trata de una recaída en una teoría del valor sustancialista, premonetaria, sino sencillamente de un modo de hablar simplificado.

Pero «explotación» tampoco se emplea –contrariamente a una idea muy difundida, y a pesar de las declaraciones correspondientes de muchos «marxistas»– como una categoría *moral*. No se trata de que a los trabajadores se les quite algo que «realmente» les pertenece, de modo que esta usurpación sería algo moralmente censurable. Tampoco las expresiones de trabajo «pagado» y trabajo «no pagado» se refieren a que en realidad «todo» el trabajo debería pagarse[6]. Todo lo contrario: Marx insiste en que –conforme a la ley del intercambio mercantil– el vendedor de la mercancía fuerza de trabajo recibe exactamente el valor de su mercancía. El hecho de que el comprador saque un especial provecho del valor de uso de esta mercancía es algo que ya no le concierne a su vendedor. Marx establece la comparación con un comerciante de petróleo: éste obtiene el pago del valor del petróleo, pero no algo adicional por el valor de uso del petróleo (MEW 23, p. 208 / 235). La «explotación» y la existencia de «trabajo no pagado» no surgen de una violación de las leyes del intercambio mercantil, sino de su *cumplimiento*. Si lo que se quiere es abolir la explotación, entonces no puede hacerse por medio de una reforma de las relaciones de cambio dentro del capitalismo, sino solamente a través de la abolición del capitalismo.

V Valor del trabajo: una «expresión imaginaria»

La valorización del valor se basa en la apropiación de «tiempo de trabajo no pagado»: el capitalista no paga el producto de valor creado por los trabajadores, sino que paga el valor de la fuerza de trabajo. Sin embargo, la conciencia espontánea considera el salario como el pago del trabajo realizado; desde aquí, la explotación como estado normal de la producción capitalista no resulta perceptible. La explotación parece tener lugar solamente si el salario es «demasiado bajo». Parece como si el salario no expresase el *valor de la fuerza de trabajo*, sino el *valor del trabajo*.

El término «valor del trabajo» es designado por Marx como una expresión «imaginaria» e «irracional» (MEW 23, pp. 559, 561 / 653, 656). El trabajo (para ser exactos: el trabajo abstracto) es la sustancia y la medida inmanente del valor. El trabajo *crea* valor, pero él mismo no lo *tiene*. Si se habla del «valor del trabajo» y se pregunta cuál es el valor de una jornada laboral de ocho horas, habría que contestar: la jornada laboral de ocho horas tiene un valor de ocho horas de trabajo, una frase que Marx designa, con razón, como «trivial».

Sin embargo, la expresión «valor del trabajo» no es simplemente una expresión absurda. Con respecto a «expresiones imaginarias» como «valor del trabajo» o «valor del suelo», Marx constata que

[6] Una pretensión análoga de «pleno ingreso laboral» fue formulada, por ejemplo, por Ferdinand Lassalle (1825-1864) y sus seguidores, lo que fue duramente criticado por Marx.

«surgen de las relaciones de producción mismas. Son categorías para las formas de manifestación de relaciones esenciales» (MEW 23, p. 559 / 654).

La relación *esencial* es el valor de la mercancía fuerza de trabajo, pero *aparece* en el salario como valor del trabajo. Tales formas de manifestación

«se reproducen espontáneamente de manera inmediata, como formas corrientes de pensamiento», en cambio, la relación esencial «tiene que ser descubierta por la ciencia» (MEW 23, p. 564 / 660).

«Valor del trabajo» es una representación invertida que no viene provocada por una manipulación consciente, sino que surge de las relaciones mismas. Se trata de una de las «formas de pensamiento objetivas» (cf. capítulo III.VIII, apartado f) que estructura el pensamiento de las personas encerradas en estas relaciones. Desde el punto de vista del trabajador se trata de una jornada laboral de ocho horas que tiene que cumplir para percibir un determinado salario. El salario aparece como el pago de este trabajo, una apariencia que se intensifica aún más a través de formas usuales del salario como el «salario por tiempo» (pago por horas de trabajo) y el «salario a destajo» (pago por unidad producida). En el primer caso parece que se paga el trabajo ejecutado en una hora, y en el segundo el trabajo ejecutado para la producción de una unidad.

También el capitalista está sujeto a esta apariencia. Se trata de una inversión que surge «espontáneamente» y a la que sucumben todos los partícipes (así como la mayoría de los economistas). En tanto que se concibe el salario como pago del «valor del trabajo», todo el trabajo aparece como trabajo pagado. El plustrabajo, el trabajo no pagado, parece entonces no existir. Esta inversión tiene consecuencias de gran alcance:

«En esta forma de manifestación, que hace invisible la relación efectiva y muestra precisamente su contrario, se basan todas las representaciones jurídicas tanto del trabajador como del capitalista, todas las mistificaciones del modo de producción capitalista, todas sus ilusiones de libertad, todas las patrañas apologéticas de la economía vulgar» (MEW 23, p. 562 / 657-658).

La forma de salario constituye el fundamento de todas las demás «mistificaciones» de la relación capitalista, que desembocan finalmente en la «fórmula trinitaria» (cf. capítulo X). Pero ya aquí hay que constatar que al igual que la conciencia espontánea de *todos* los miembros de la sociedad burguesa sucumbe al fetichismo de la mercancía y del dinero (cf. capítulo VIII), los trabajadores *del mismo modo* que los capitalistas están sometidos a la mistificación de la forma de salario[7]. Las inver-

[7] Marx habla de *fetichismo* sólo en relación a la mercancía, al dinero y al capital (cf. para el fetichismo del capital el capítulo V.III): una determinada relación social aparece como

siones provocadas por el modo de producción capitalista ni se detienen ante la clase dominante (su comprensión de las relaciones es, pues, una comprensión limitada), ni la clase dominada y explotada tiene una posición privilegiada para entender estas relaciones, por lo que el «punto de vista de la clase obrera», tan frecuentemente ensalzado por el marxismo tradicional, no resulta aquí de ninguna ayuda.

una propiedad material. Habla de *mistificación* cuando un determinado estado de cosas aparece necesariamente invertido: en el salario aparece el pago del valor de la fuerza de trabajo como pago del valor del trabajo.

Capítulo V

El proceso de producción capitalista

I Capital constante y variable, tasa de plusvalor y jornada laboral

En el tercer capítulo se expuso el carácter doble del trabajo que produce mercancías: por una parte, trabajo concreto, que produce valores de uso; por otra parte, trabajo abstracto, que genera valor. Un carácter doble semejante tiene también el *proceso de producción capitalista*: es una unidad de *proceso de trabajo* (que produce un determinado valor de uso) y *proceso de valorización* (de producción de plusvalor).

Independientemente de toda determinación social formal, se pueden distinguir como momentos simples del proceso de trabajo: la actividad adecuada a un fin (el trabajo), el objeto de trabajo (el cual es transformado por el trabajo) y los medios de trabajo (con los que se hace posible esta transformación). El proceso de trabajo es un proceso entre el hombre y la naturaleza. En él actúa el hombre sobre la naturaleza y, al mismo tiempo, se transforma a sí mismo, desarrolla sus propias capacidades. El proceso de trabajo no existe nunca puramente como tal, sino que siempre tiene lugar como un proceso socialmente determinado en cuanto a su forma: como proceso de producción basado en el trabajo esclavo, como proceso de producción de campesinos siervos, como proceso de producción de artesanos independientes o como proceso de producción de trabajadores asalariados[1].

El proceso de trabajo muestra dos peculiaridades dentro del proceso de producción capitalista: en primer lugar, transcurre siempre bajo el control del capitalista y, en segundo lugar, el producto es propiedad del

[1] En la *Introducción* de 1857 señala Marx que el concepto aparentemente simple de «trabajo», que parece expresar un estado de cosas que se presenta en toda sociedad, sólo en la economía capitalista resulta posible y «verdadero en la práctica»: sólo aquí las distintas actividades se han separado de las personas, de su contexto social, etc.; sólo ahora deja de dominar una actividad particular, y toda actividad se convierte en un medio de valorización para el capital y en un medio de subsistencia para el trabajador asalariado; sólo ahora se puede hablar de manera completamente general de «trabajo» (cf. MEW 42, p. 38 y ss.).

capitalista y no del productor inmediato. El capitalista ha comprado la fuerza de trabajo y los medios de producción (objetos de trabajo y medios de trabajo). El proceso de trabajo se convierte con ello en un proceso entre cosas que pertenecen al capitalista. Por consiguiente, también le pertenece el producto del proceso. Este producto es un valor de uso. Pero en el proceso de producción capitalista este valor de uso sólo se produce en tanto que representa valor y plusvalor.

Ahora tenemos que investigar más detalladamente este proceso de producción determinado de forma capitalista. Pero primero tienen que ser introducidos algunos conceptos fundamentales que son de importancia central no sólo en este capítulo, sino también en capítulos posteriores.

La expresión D – M – D' se ha designado anteriormente como «fórmula general del capital»; ahora hay que considerarla con más detenimiento. La valorización sólo es posible porque se compra y se vende una determinada mercancía, a saber, la fuerza de trabajo. Sin embargo, para «consumir» esta mercancía, por tanto, para utilizar el trabajo en un proceso de producción, son necesarios medios de producción (materias primas, máquinas, etc.). Como resultado del proceso de producción se obtiene una nueva cantidad de mercancías cuyo valor se encuentra por encima del valor del capital adelantado y que se vende por D'.

Con respecto al valor de las nuevas mercancías producidas, los medios de producción y la fuerza de trabajo desempeñan papeles totalmente diferentes. El valor de los medios de producción consumidos en la producción de una mercancía ingresa en el valor de las nuevas mercancías producidas. Si los medios de producción se consumen íntegramente en el proceso de producción (como es el caso de las materias primas, la energía, etc.), el valor de estos medios de producción consumidos se transfiere íntegramente a las nuevas mercancías producidas. En cambio, si los medios de producción no se consumen íntegramente (como es el caso de las herramientas o las máquinas), sólo se transfiere una parte de su valor. Por ejemplo, si una determinada máquina tiene un tiempo de vida de diez años, se transfiere una décima parte de su valor a la cantidad de mercancías producida en un año[2]. La parte del capital constituida por los medios de producción no transformará su valor durante el proceso de producción en circunstancias normales, sino que lo transferirá al valor de las mercancías producidas. Esta parte integrante del capital es denominada por Marx *capital constante*, abreviado: c.

Otra cosa distinta ocurre con la fuerza de trabajo. El valor de la fuerza de trabajo no ingresa en absoluto en las mercancías producidas. Lo

[2] Hay que tener en cuenta que el «tiempo de vida» de una máquina sólo depende en parte de su desgaste físico. Si aparecen en un plazo breve máquinas nuevas y mejores en el mercado, su tiempo de vida económico es considerablemente menor que su tiempo de vida físico. Así ocurre con los ordenadores, que por lo general no se desechan porque ya no sigan funcionando, sino porque aparecen aparatos mucho mejores.

que ingresa en el valor de las mercancías es aquel valor que *surge de nuevo* a través del «consumo» de la fuerza de trabajo, es decir, a través del gasto de trabajo.

El distinto papel que desempeñan los medios de producción y la fuerza de trabajo en la formación del valor se puede ver en lo siguiente: si se modifica el valor de los medios de producción consumidos, se modifica de manera correspondiente el valor del producto. Pero el hecho de que se modifique el valor de la fuerza de trabajo es algo que no tiene ninguna influencia en el valor del producto. La cantidad de valor que agregue un trabajador al producto no depende del valor de la fuerza de trabajo, sino de la medida en que el *trabajo gastado* actúe como trabajo abstracto generador de valor.

La diferencia entre el nuevo valor que se ha agregado y el valor de la fuerza de trabajo es justamente el *plusvalor*, p. Expresado de otra manera: el nuevo valor que se ha agregado es igual a la suma del valor de la fuerza de trabajo y del plusvalor. Aquella parte del capital que se emplea para el pago de salarios la denomina Marx *capital variable,* abreviado: v. Esta parte del capital modifica su valor durante el proceso de producción, los trabajadores y trabajadoras son pagados con v, pero producen un nuevo valor en la cuantía de v + m [3]. Por consiguiente, el valor de la cantidad de mercancías producida en un determinado período (un día o un año) se puede escribir como:

$$c + v + p$$

donde c designa el valor del capital constante *consumido* (el valor de las materias primas consumidas y el valor proporcional de las herramientas y las máquinas, en la medida en que han sido consumidas).

La valorización del capital resulta sólo de su componente variable, por lo que se puede medir el grado de valorización refiriendo el plusvalor al capital variable: la magnitud p/v es designada por Marx como *tasa de plusvalor*. La tasa de plusvalor se expresa normalmente en porcentaje: si, por ejemplo, p = 40 y v = 40, no se habla de una tasa de plusvalor de 1, sino de una tasa de plusvalor del 100%, si p = 20 y v = 40, la tasa de plusvalor es del 50%, etc.

La tasa de plusvalor es una categoría analítica que resulta de la comprensión científica del proceso de valorización (presupone que sabemos cómo se genera el plusvalor). Pero para la conciencia práctica de los capitalistas es irrelevante: éstos calculan que es necesario un adelanto de capital en una cuantía de c + v para obtener un *beneficio* en una cuantía p, independientemente de cómo se genere este beneficio (esto es, el

3 Más arriba se subrayó que el valor de la fuerza de trabajo no se transfiere al producto, sino que se crea nuevo valor a través del gasto de trabajo. Este nuevo valor se expresa con ayuda de v y m.

beneficio se considera como «fruto del capital»). Su medida de valorización es la *tasa de beneficio* p / (c + v). Pero el beneficio y la tasa de beneficio, que tienen un papel decisivo en la vida cotidiana del capitalista, los analiza Marx en el libro tercero de *El Capital* (cf. capítulo VII); por este motivo, entre otros, es absolutamente necesario conocer los tres libros de *El Capital*.

La duración de la *jornada laboral* resulta de la suma del tiempo de trabajo necesario y del tiempo de plustrabajo. Si está dado el valor de la fuerza de trabajo para una determinada sociedad y para un determinado momento del tiempo, entonces también está dada la extensión del tiempo de trabajo necesario, pero aún no la extensión del tiempo de plustrabajo.

En toda sociedad basada en el dominio de clase se pueden distinguir el «tiempo de trabajo necesario» (en el que se producen aquellos productos que necesita la clase explotada para su reproducción) y el «tiempo de plustrabajo» (en que se produce el plusvalor, es decir, la parte del producto global de que se apropia la clase dominante). Sin embargo, Marx establece una diferencia decisiva entre las sociedades precapitalistas y las sociedades capitalistas:

> «Está claro que si en una formación social económica no predomina el valor de cambio, sino el valor de uso de los productos, el plustrabajo está limitado por un círculo mayor o menor de necesidades [de la clase dominante, M. H.], y del carácter de la producción misma no surge una necesidad ilimitada de plustrabajo » (MEW 23, p. 250 / 282).

Sin embargo, cuando Marx habla de la «necesidad ilimitada de plustrabajo» característica del modo de producción capitalista, no está haciendo en modo alguno un reproche moral al capitalista individual. Pues esta necesidad de plustrabajo implica –precisamente porque no conoce límites– que el capital actúa «sin miramientos hacia la salud y la duración de la vida del trabajador» (MEW 23, p. 285 / 325), y en consecuencia supone también la destrucción de la fuerza de trabajo, pero esto no es una deficiencia moral individual, sino la consecuencia de la lógica de la producción mercantil capitalista.

Si el capitalista ha comprado la fuerza de trabajo a su valor diario, tiene el derecho de utilizar la fuerza de trabajo durante un día. Pero la duración de una jornada de trabajo no está determinada: una jornada laboral tiene que durar ciertamente menos de 24 horas, de modo que al trabajador le quede tiempo para su regeneración física y psíquica, pero no está claro cuánto menos tiene que durar. Ahora bien, si el capitalista intenta prolongar la jornada laboral, simplemente está intentando, como cualquier comprador, sacar el máximo provecho del valor de uso

de la mercancía comprada (de la misma manera que cuando uno aprieta hasta el final el tubo de la pasta de dientes para intentar sacar el último resto que queda). La competencia de los demás capitalistas se encarga de que el capitalista individual haga un uso sustancioso de su derecho como comprador al máximo aprovechamiento del valor de uso de la mercancía comprada.

Los trabajadores actúan igualmente dentro de la lógica de la compra y la venta cuando intentan reducir la jornada laboral. Deben tener a su disposición su fuerza de trabajo en condiciones normales al día siguiente para poder venderla otra vez. Pero éste no es el caso si la jornada de trabajo es demasiado larga.

Así pues, tanto el capitalista en su intento de prolongar la jornada laboral, como el trabajador en su intento de reducirla, pueden remitirse de la misma manera a las leyes del intercambio mercantil. A partir de estas leyes no puede deducirse un límite de la jornada de trabajo. Y esto significa que:

> «Aquí tiene lugar una antinomia, derecho contra derecho, sellados ambos por la ley del intercambio mercantil. Entre derechos iguales decide la fuerza. Y de esta forma, en la historia de la producción capitalista se presenta la reglamentación de la jornada laboral como una lucha por sus límites; una lucha entre el capitalista colectivo, es decir, la clase de los capitalistas, y el trabajador colectivo, esto es, la clase trabajadora» (MEW 23, p. 249 / 282).

Allí donde los trabajadores no están en condiciones de oponer suficiente resistencia al capital y hay bastantes reservas para reponer las fuerzas de trabajo destruidas, el capital prolonga la jornada laboral por encima de todo límite físico. La lucha por la reglamentación de la jornada laboral (que Marx describe detalladamente en *El Capital*) condujo en el siglo XIX a una limitación legal del tiempo de trabajo diario, primero en Inglaterra y después también en otros países. En el capítulo XI hablaremos sobre el particular papel del Estado en este proceso.

II Plusvalor absoluto y relativo, leyes coercitivas de la competencia

El capital, el valor que se valoriza, no conoce ningún límite interno a la valorización, por lo que para el capital no es suficiente en última instancia ningún grado de valorización alcanzado. Si se parte de la tasa de plusvalor p/v como medida de la valorización, existen básicamente dos posibilidades para aumentar la valorización del capital, que Marx designa como producción de plusvalor absoluto y producción de plusvalor relativo (en el capítulo VII, en el que se examina la tasa de beneficio como medida de la valorización, veremos aún otras posibilidades).

Para un valor dado de la fuerza de trabajo, aumenta p/v si se acrecienta p. La masa de plusvalor producida por una fuerza de trabajo individual puede incrementarse por medio de la prolongación del tiempo de plustrabajo, y el tiempo de plustrabajo se puede prolongar en la medida en que se prolonga la jornada laboral. El acrecentamiento del plusvalor y de la tasa de plusvalor por medio de la prolongación de la jornada laboral lo designa Marx como producción de *plusvalor absoluto*.

Con la fijación de una jornada laboral regulada (legalmente), la producción de plusvalor absoluto no alcanza todavía su límite. La prolongación de la jornada laboral no sólo tiene lugar cuando aumenta el número de horas diarias de trabajo, también puede prolongarse cuando se aprovechan mejor estas horas: por una disminución de los tiempos de pausa, no computando determinados preparativos laborales como tiempo de trabajo, etc. Aparte de esto, una elevación de la *intensidad* del trabajo (es decir, una aceleración del ritmo de trabajo) tiene el mismo efecto que una prolongación de la jornada laboral. Una jornada de trabajo más intensiva suministra un producto de valor mayor que una jornada laboral normal, exactamente igual que si se hubiera prolongado la jornada de trabajo. Los análisis sobre el aprovechamiento del tiempo de trabajo y la intensificación del trabajo también forman parte hoy en día de la vida cotidiana del mundo empresarial.

Pero el tiempo de plustrabajo también se puede incrementar sin modificar la duración de la jornada laboral o el aprovechamiento del tiempo de trabajo: a saber, reduciendo el tiempo de trabajo necesario, es decir, disminuyendo el valor de la fuerza de trabajo. Si hasta el momento se requerían cuatro horas de una jornada laboral de ocho horas para producir el valor diario de la fuerza de trabajo, quedaban entonces cuatro horas de plustrabajo. Si ahora son suficientes tres horas para la producción del valor de la fuerza de trabajo, quedan cinco horas de plustrabajo. El acrecentamiento del plusvalor y de la tasa de plusvalor por medio de una disminución del tiempo de trabajo necesario lo designa Marx como producción de *plusvalor relativo*.

El tiempo de trabajo necesario tiene que alcanzar para producir el valor de los medios de vida que necesita la fuerza de trabajo para su reproducción. Si hay que pagar íntegramente el valor de la fuerza de trabajo (y esto tiene que presuponerse si se consideran condiciones capitalistas «normales»), entonces sólo es posible una reducción del tiempo de trabajo necesario si se disminuye el volumen de los medios de vida que se considera como necesarios (esto es, si se reduce el nivel de vida «normal» de la clase trabajadora; pero esto es difícil de conseguir y no se puede efectuar de manera continuada, sino en todo caso puntualmente), o bien si –y éste es el caso típico del que se trata aquí– se disminuye el valor de estos medios de vida.

Este último caso se da cuando aumenta la fuerza productiva del trabajo en aquellos sectores que producen medios de vida (entendidos siempre en el sentido más amplio, por tanto, no sólo los productos alimenticios), o bien cuando aumenta la fuerza productiva en aquellos sectores que suministran materias primas o maquinaria a los sectores que producen medios de vida: si los medios de producción son más baratos, disminuye el valor de los medios de vida producidos con estos medios. La producción de plusvalor relativo termina por reducir el valor de los medios de vida a través de un aumento de la fuerza productiva del trabajo, y de este modo reduce el valor de la fuerza de trabajo.

La prolongación de la jornada laboral y el aumento de la fuerza productiva son, pues, las dos posibilidades fundamentales para elevar el grado de valorización del capital. Pero estas dos posibilidades sólo pueden realizarse por medio de las *acciones* de los capitalistas individuales.

Es muy plausible que los capitalistas tengan interés en la prolongación de la jornada laboral: para un valor dado de la fuerza de trabajo, cada hora que se prolongue la jornada laboral eleva directamente el plusvalor que obtiene el capitalista individual.

Sin embargo, otra cosa distinta ocurre con el aumento de la fuerza productiva del trabajo. Si, por ejemplo, un productor de mesas aumenta la fuerza productiva, se abaratan las mesas. Pero sólo se abaratará también la fuerza de trabajo en la medida en que las mesas entren en el valor de la fuerza de trabajo. El efecto es mínimo, y además la mayoría de las veces queda temporalmente diferido. Esta pequeña e incierta ventaja no es suficiente como *motivo individual* para el aumento de la fuerza productiva.

Por consiguiente, lo que motiva a los capitalistas individuales a aumentar la fuerza productiva es algo completamente distinto. El tiempo de trabajo gastado individualmente contará en mayor o menor medida como generador de valor dependiendo (entre otras cosas) de si para la producción de un bien se ha empleado o no el «tiempo de trabajo socialmente necesario» (el tiempo de trabajo que es necesario en unas determinadas condiciones de productividad e intensidad del trabajo socialmente normales, cf. capítulo III.I). Si el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un determinado tipo de mesas asciende, por ejemplo, a 10 horas y un productor consigue producir esa mesa en 8 horas, ha creado en 8 horas el mismo producto de valor que los otros productores en 10 horas, es decir, puede vender el producto de 8 horas de trabajo como un producto de 10 horas de trabajo.

Ésta es precisamente la situación cuando un capitalista es el primero que eleva la fuerza productiva del trabajo en un determinado proceso de producción. Supongamos que en la producción de un determinado bien, por ejemplo, un ordenador, se consume capital constante c por un

valor de 200. Además, se necesita una jornada laboral de 8 horas de trabajo directo para producir el ordenador. El valor diario de la fuerza de trabajo es de 80 y el plusvalor asciende al 100%, de modo que el plusvalor diario producido por una fuerza de trabajo asciende asimismo a 80. El valor del producto es entonces:

$$c + v + p = 200 + 80 + 80 = 360$$

Supongamos ahora que este capitalista consigue reducir (y de momento es el único que lo consigue) de 8 a 4 horas el tiempo de trabajo directo que es necesario para el montaje del ordenador. El valor del ordenador se ajusta a las condiciones sociales medias y permanece por el momento todavía en 360. Pero nuestro astuto capitalista no tiene que seguir gastando 80 en capital variable, sino solamente 40. Por lo tanto, sus costes son sólo de:

200 (capital constante) + 40 (capital variable) = 240

Si vende el producto por 360, le queda un plusvalor de 120. Además del plusvalor socialmente normal de 80, nuestro capitalista obtiene por cada ordenador un *plusvalor extra* de 40 y una tasa de plusvalor del 300% en lugar del 100%. Este plusvalor extra o *beneficio extra* (cf. el comentario sobre el beneficio en el capítulo V.I) –y no el futuro abaratamiento de la fuerza de trabajo– es lo que motiva al capitalista a aumentar la fuerza productiva del trabajo.

El capitalista sigue obteniendo el plusvalor extra durante todo el tiempo en que no se haya generalizado aún el nuevo método productivo. Pero una vez que se ha generalizado, disminuye el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un ordenador. Si entretanto todo lo demás ha permanecido igual (el valor de la fuerza de trabajo, el valor de los elementos del capital constante, etc.), entonces el nuevo valor sería:

$$c + v + p = 200 + 40 + 40 = 280$$

y el plusvalor extra habría desaparecido para nuestro capitalista; su tasa de plusvalor sería nuevamente del 100%.

Pero permanezcamos de momento con el capitalista que ha sido el primero en implementar el aumento de la fuerza productiva. Ya no sigue necesitando la misma cantidad de tiempo de trabajo directo para producir la misma masa de productos. Ahora puede producir la misma cantidad de productos que antes con menos fuerzas de trabajo, o bien producir una cantidad mayor con la misma cantidad de tiempo de trabajo y de fuerzas de trabajo. La primera posibilidad no es realista en la mayor parte de los casos, pues normalmente el aumento de la fuerza productiva del trabajo sólo es posible si se incrementa al mismo tiempo el volu-

men de producción (volveremos sobre esta conexión en la sección siguiente). Podemos partir de que el aumento de la fuerza productiva va acompañado por lo general de un incremento del número de productos. El medio más simple para dar salida a la mayor cantidad de productos consiste en reducir el precio: el producto individual se vende por debajo su valor anterior. Aunque nuestro ingenioso capitalista vende por debajo del valor anterior, no necesita renunciar por completo al plusvalor extra. Si en el ejemplo anterior vende el ordenador (con un coste para él de 240) a 350 en vez de a 360, obtiene un plusvalor total de 110, que comparado con el plusvalor normal de 80 significa todavía un plusvalor extra de 30. Pero que nuestro capitalista venda más significa –si en la economía no se modifica ninguna otra cosa que provoque una mayor demanda global– que los otros capitalistas que ofertan el mismo producto van a vender menos, y en último extremo irán a la quiebra. Si quieren defender su cuota de mercado, tendrán que vender asimismo a un precio más bajo. Si no se transforma el modo de producción, esto conducirá a una disminución de su plusvalor. Por lo tanto, a los otros capitalistas no les queda otra opción para poder tomar parte en la competencia de precios que aumentar igualmente la fuerza productiva del trabajo y reducir los costes.

Así pues, la competencia obliga a los capitalistas a participar en el aumento de la fuerza productiva al que uno de ellos da comienzo, aun en el caso de que individualmente no tengan ningún interés en elevar cada vez más la valorización del capital. Las *leyes inmanentes del capital*, como la tendencia a prolongar la jornada laboral y el desarrollo de la fuerza productiva, son independientes de la voluntad de los capitalistas individuales. Se imponen frente a ellos como *leyes coercitivas de la competencia*. Ya que todo capitalista conoce esta coerción, normalmente no espera hasta que le sea impuesta por la competencia, sino que intenta ser el primero en aumentar la fuerza productiva, de modo que al menos pueda tener algo de plusvalor extra, en lugar de tener que estar limitando siempre sus pérdidas. El resultado es que cada capitalista presiona a todos los demás, de la misma manera que él está presionado por ellos. Y haciendo esto, todos los capitalistas obedecen a una ciega «coerción objetiva». Por muy frugal que sea un capitalista como persona, en tanto que quiera seguir siendo capitalista no puede evitar ir a la caza de una ganancia cada vez mayor.

III Los métodos para la producción de plusvalor relativo: cooperación, división del trabajo, maquinaria

El proceso de producción capitalista comienza donde un cierto número de trabajadores actúan conjuntamente bajo el mando de un capitalista para la producción de la misma clase de mercancías. Un poseedor de dinero al que le es posible emplear a uno o dos trabajadores, pero que tiene que trabajar también él mismo para asegurarse su propio sustento, no es todavía un capitalista en sentido estricto, sino un «pequeño patrón». Sólo es capitalista el que puede actuar como capital personificado, es decir, el que puede dedicar todo su tiempo a la organización y al control del proceso de producción capitalista y a la venta de los productos.

La *cooperación* de muchos trabajadores provoca un abaratamiento de los productos –incluso sin modificaciones en el proceso técnico de producción– por dos razones: por un lado, se utilizan conjuntamente muchos medios de producción, de modo que ceden una parte de valor menor al producto (100 trabajadores pueden producir 10 veces más que 10 trabajadores, pero no necesitan 10 veces más edificaciones, etc.); por otro lado, puede surgir una nueva fuerza de la actuación conjunta de muchas fuerzas de trabajo: por ejemplo, un tronco de gran tamaño no puede ser movido por un solo trabajador, da igual de cuánto tiempo disponga, en cambio, cuatro trabajadores lo pueden mover en el acto; diez personas pueden transportar cargas en cadena de manera considerablemente más rápida que si cada una de ellas tuviera que recorrer todo el camino, etc.

Se puede conseguir un aumento adicional de la fuerza productiva del trabajo a través de la *división del trabajo*. Un proceso de trabajo complejo se descompone en una multitud de funciones parciales simples. Por lo general, éstas se pueden ejecutar por separado más rápidamente que en el marco del proceso total. Por medio del correspondiente ejercicio y de la experiencia, y con la ayuda de instrumentos adecuados a esta función parcial, el trabajador especializado en una función parcial puede ser aún más rápido. El aspecto negativo es que el trabajador se convierte en un trabajador parcial carente de iniciativa, y que la actividad unilateral le puede ocasionar trastornos físicos y nerviosos. Una actividad cuyo proceso de producción se basa en su mayor parte en la división del trabajo, y que no utiliza máquinas o utiliza muy pocas, se denomina *manufactura*.

A comienzos del siglo XX, la división del trabajo llevada al extremo dio lugar al *taylorismo* (así llamado por el ingeniero T. W. Taylor): Taylor descompuso los momentos del proceso de trabajo en sus elementos míni-

mos, para asignar a la fuerza de trabajo individual tan pocos movimientos como fuera posible. De esta manera se minimizaban las pérdidas de tiempo y las pausas encubiertas. Tales conceptos se aplicaron sobre todo en la producción en cadena. Sin embargo, esta extrema división del trabajo no sólo trajo consigo ventajas para el capital. En el caso de productos complejos en los que es importante una alta calidad, se puso de manifiesto que una excesiva división del trabajo actuaba negativamente, ya que producía demasiados desechos. De ahí que, en el desarrollo del proceso de producción capitalista a lo largo del siglo XX, se tendió de manera alternativa a la expansión y a la reducción del taylorismo.

El aumento decisivo de la fuerza productiva del trabajo se alcanzó con la utilización de las *máquinas*. Una máquina no es simplemente una gran herramienta. Lo esencial es que la peculiar herramienta que es la máquina ya no es una herramienta en las manos de un único hombre, sino que es herramienta de un mecanismo. El número de herramientas que una máquina puede poner en funcionamiento simultáneamente está exento de barreras humanas. Se consigue un aumento adicional de la fuerza productiva cuando las distintas máquinas se combinan en un *sistema de máquinas*, el cual tiene que ser recorrido por el objeto de trabajo. Una actividad que se basa en la producción mecánica se llama *fábrica*.

Lo que en la fábrica les queda a las personas, aparte de las actividades particulares que todavía no están mecanizadas, es básicamente la tarea de supervisar las máquinas, repararlas, esperar y subsanar los defectos que éstas han producido. Con la implantación de los ordenadores esto no se modifica esencialmente. Pues si bien se realizan mecánicamente una multitud de tareas de supervisión y control, los ordenadores tienen que ser supervisados a su vez y hay que ajustar su programación a exigencias cambiantes.

La división del trabajo en una *manufactura* parte de la habilidad manual de las fuerzas de trabajo. El capital sigue dependiendo de esta habilidad subjetiva, aunque quede reducida a una «habilidad del detalle». En la *fábrica* basada en la producción mecánica esto cambia por completo:

> «Este principio subjetivo de la división del trabajo queda suprimido en la producción mecánica. El proceso global, considerado en sí y para sí, se vuelve aquí objetivo, queda descompuesto en sus fases constitutivas, y el problema de ejecutar cada proceso parcial y de combinar los distintos procesos parciales queda resuelto por la aplicación técnica de la mecánica, la química, etc.» (MEW 23, p. 401).

De este modo, en la producción mecánica el capital se puede desprender casi por completo de las fuerzas productivas individuales. Ahora ya no se trata simplemente de que éstas queden reducidas a la función de un trabajador parcial, sino que –en el caso de un sistema mecánico

desarrollado y con buen funcionamiento– quedan reducidas a meros apéndices de este sistema.

El dominio del capital sobre los trabajadores y trabajadoras queda ahora materializado, por así decir, en el sistema mecánico:

> «Es un aspecto común a toda producción capitalista, en cuanto que no es sólo proceso de trabajo, sino al mismo tiempo proceso de valorización del capital, que el trabajador no utilice las condiciones de trabajo, sino que por el contrario las condiciones de trabajo utilicen al trabajador; pero sólo con la maquinaria esta inversión adquiere una realidad técnicamente tangible. A través de la transformación del trabajador en un autómata, se le enfrentan los medios de trabajo, durante el proceso de trabajo mismo, como capital, como trabajo muerto, que domina la fuerza de trabajo viva y le chupa la sangre» (MEW 23, p. 446 / 516).

La cooperación, la división del trabajo y la introducción de maquinaria provocan una elevación de la fuerza productiva del trabajo: con la misma cantidad de trabajo se puede producir un mayor número de productos, por lo que disminuye el valor del producto individual. Pero la mayor *fuerza productiva del trabajo* aparece bajo condiciones capitalistas como *fuerza productiva del capital*. Éste es ya el caso en la cooperación simple: dado que las fuerzas de trabajo aisladas no disponen de la fuerza productiva adicional que surge de su actuación conjunta, sino que sólo cooperan bajo el mando del capitalista, esta fuerza productiva adicional parece ser una fuerza productiva que le pertenece al capital. Esta impresión se intensifica aún más en la manufactura y en la fábrica. La fuerza de trabajo individual se reduce a una función parcial, que fuera de la manufactura y de la fábrica es por lo general completamente inútil. El que los trabajadores y trabajadoras puedan hacer algo con sus capacidades parece ser un resultado engendrado por el capital. Podemos designar como *fetichismo del capital* la apariencia de que el capital es un poder dotado de fuerza productiva propia. Al igual que el fetichismo de la mercancía, el fetichismo del capital tampoco es simplemente una falsa conciencia o un error. Tiene más bien un fundamento material en la organización capitalista del proceso de producción:

> «Las potencias espirituales de la producción amplían su escala por un lado, porque por otros muchos lados desaparecen. Lo que pierden los trabajadores parciales, se concentra frente a ellos en el capital. Es un producto de la división manufacturera del trabajo el que se les contrapongan las potencias espirituales del proceso de producción material como una propiedad ajena y un poder que los domina. Este proceso de separación comienza en la cooperación simple, donde el capitalista representa, frente a los trabajadores individuales, la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. Se desarrolla en la manufactura, que mutila al trabajador convirtiéndolo en un trabajador parcial. Se consuma en la gran industria, que separa la ciencia res-

pecto del trabajo como potencia de producción autónoma y la exprime al servicio del capital» (MEW 23, p. 382 / 440)[4].

El aumento de la fuerza productiva mediante la introducción de maquinaria se distingue de manera fundamental del aumento de la fuerza productiva mediante la cooperación o la división del trabajo. La introducción de maquinaria cuesta algo al capitalista, y dado que la máquina se consume en el proceso de producción, transfiere su valor al producto. Es decir, en vez de abaratar el producto, la introducción de maquinaria lleva primero a un encarecimiento del producto. En conjunto, se llega a un abaratamiento del producto si el encarecimiento por causa de la cesión de valor de la maquinaria se compensa con el tiempo de trabajo directo ahorrado en la producción.

Supongamos que en la fabricación de un determinado producto se consumen materias primas por un valor de 50, así como 8 horas de trabajo que producen, en circunstancias normales, un valor de 80. Entonces el valor del producto será:

50 (materias primas) + 80 (tiempo de trabajo) = 130

Supongamos que el producto se fabrica con ayuda de una máquina. La máquina tiene un valor de 20.000 y sirve para la producción de 1000 unidades antes de su desgaste completo. Transfiere, por tanto, un valor de 20 a cada unidad. El producto individual producido mecánicamente se encarece primero en estos 20. Si ahora se ahorran 3 horas de trabajo, de modo que se necesiten 5 horas en lugar de 8, entonces el valor resultante del producto fabricado mecánicamente será:

50 (materias primas) + 20 (máquina) + 50 (tiempo de trabajo) =120

El producto se ha abaratado en 10 unidades de valor, de forma que las 20 unidades de la cesión de valor de la máquina se han compensado con el ahorro de 3 horas de trabajo. Si se hubiese ahorrado sólo una hora de trabajo, habría aumentado el valor del producto fabricado mecánicamente, por lo que la máquina no habría contribuido al aumento de la fuerza productiva y al abaratamiento del producto.

Sin embargo, para el empleo capitalista de maquinaria no es suficiente que la introducción de la máquina abarate el producto. Al capitalista no le interesa el *valor* de un producto, sino el *plusvalor* (o mejor dicho, el beneficio; cf. el comentario del capítulo V.I). Como se explicó en la última sección, el capitalista implementa un aumento de la fuerza productiva para que sus costes individuales sean más bajos que el pro-

[4] La importancia creciente del saber y de la ciencia para la producción capitalista no es de ningún modo un fenómeno nuevo, como sugiere el discurso de moda hoy en día sobre el tránsito de la «sociedad industrial a la sociedad del conocimiento». Y sobre todo no se cuestiona con ello –tal y como se afirma a veces– la determinación formal capitalista de la producción.

medio social, obteniendo así no sólo el plusvalor (beneficio) normal, sino un plusvalor extra (beneficio extra). Supongamos que en el ejemplo mencionado anteriormente la tasa de plusvalor asciende al 100%. El trabajador que trabaja 8 horas y crea con ello un valor de 80 recibe 40 como salario. Los 40 restantes son el plusvalor del capitalista. Por lo tanto, antes de la introducción de la máquina los costes de nuestro capitalista son:

50 (materias primas) + 40 (salarios por 8 horas) = 90

Los costes después de la introducción de la máquina serían:

50 (materias primas) + 20 (máquina) + 25 (salarios por 5 horas) = 95

Aunque esta máquina disminuye el *gasto total* en trabajo para el producto en cuestión, no sería instalada, ya que no reduce los *costes* del capitalista. Estos costes sólo se reducen si se ahorra más en salarios (por producto) de lo que la máquina cede en valor al producto individual. Si en nuestro ejemplo la cesión de valor de la máquina asciende a 20, se tienen que ahorrar más de 4 horas de trabajo para que la introducción de maquinaria le salga rentable al capitalista. O expresado de otra manera: el *capital constante adicional* que se emplea en la producción mecánica para cada uno de los productos tiene que ser menor que el *capital variable ahorrado* por la reducción del tiempo de trabajo. Por consiguiente, el capitalista no empleará tanto capital constante adicional por unidad como desee, sino a lo sumo tanto como ahorre en capital variable por unidad producida.

Así pues, el hecho de que se instale o no una determinada máquina (que cede un determinado valor al producto individual) depende de cuánto capital variable se pueda ahorrar con ella. Pero el capital variable ahorrado no depende sólo de las horas de trabajo ahorradas, sino también del importe de los salarios. En nuestro ejemplo anterior, los trabajadores y trabajadoras recibían por una jornada laboral de 8 horas un salario de 40, lo que supone un salario de 5 por cada hora de trabajo. Tres horas de trabajo ahorradas dan como resultado un ahorro en capital variable de 15, por lo que la introducción de la máquina no resulta provechosa para el capitalista. Pero si los salarios hubieran sido más altos, por ejemplo, de 8 por cada hora de trabajo, entonces las tres horas de trabajo ahorradas habrían sido remuneradas con 24. Con este nivel salarial, el capital variable ahorrado habría compensado el capital constante adicional (20 en nuestro ejemplo), y los costes de nuestro capitalista habrían disminuido. La misma máquina que con salarios más bajos no supone un ahorro de costes para el capitalista y, por tanto, no se instala, puede producir este ahorro de costes con un nivel salarial más alto, y entonces se la instalará.

IV El potencial destructivo del desarrollo capitalista de la fuerza productiva

El proceso laboral cooperativo requiere de coordinación. En el proceso de producción capitalista, esta función es asumida por el capitalista. Pero la dirección por parte de éste no tiene solamente una función técnico-organizativa, sino que es al mismo tiempo organización de la explotación y, en consecuencia, está condicionada por la oposición entre el explotador y los explotados, de lo que Marx concluye que la dirección capitalista es «despótica en cuanto a su forma» (MEW 23, p. 351 / 403). En el caso de disponer de un gran número de trabajadores y trabajadoras se requiere –igual que en el ejército– de oficiales y suboficiales industriales que mandan en nombre del capital.

La forma de la relación de dominio empresarial ha experimentado transformaciones decisivas en el siglo XX. El despotismo capitalista experimentó ciertas restricciones a través de las regulaciones legales y a través de los procesos de negociación sindical. En una serie de sectores, el capital ha presentado incluso una tendencia, sobre todo en la última década, a reforzar la autonomía de los empleados sobre el proceso de trabajo. Pero con todos estos cambios no se ha puesto en cuestión el fin de la producción capitalista: la valorización del capital, la producción de plusvalor. Se trata sólo y exclusivamente de formas diferentes de realizar este fin. Y además se ha comprobado que precisamente en actividades cualificadas, a menudo es más favorable motivar a los empleados por medio de un mayor grado de autonomía para que aporten voluntariamente su experiencia y su potencial de rendimiento, que forzarlos a ello a través de una presión y un control permanentes. Pero las consecuencias de esta autonomía son generalmente tan destructivas para los empleados como las antiguas formas despóticas, sólo que ahora la destrucción está organizada por los empleados mismos (cf. sobre las nuevas tendencias empresariales Wolf 1999, Glißmann/Peters 2001).

Las tendencias destructivas que supone el aumento de la fuerza productiva para la fuerza de trabajo se ponen inmediatamente de manifiesto en la tendencia a la prolongación –y desde hace algún tiempo a la «flexibilización»– del tiempo de trabajo. El aumento de la fuerza productiva significa que se puede fabricar la misma cantidad de productos en menos tiempo. Pero en condiciones capitalistas, el aumento de la fuerza productiva no conduce a una reducción del tiempo de trabajo. Especialmente si el aumento de la fuerza productiva se consigue por medio de la introducción de maquinaria, el resultado es más bien una prolongación del tiempo de trabajo, así como trabajo por turnos y trabajo nocturno, para lograr el mayor tiempo posible de funcionamiento de la máquina. Hay diversas razones para ello:

Mientras que la nueva máquina no se haya difundido aún en la sociedad, el capitalista que produce con ella obtiene un plusvalor extra. Cuantos más productos fabrique y venda en esta situación excepcional, tanto mayor será su plusvalor extra. Si la implantación de la máquina forma parte más adelante de las condiciones medias de producción, sigue siendo ventajoso alargar el tiempo de funcionamiento de la máquina. El tiempo durante el que una máquina puede ser utilizada lucrativamente no depende sólo de su desgaste físico, sino también de si hay una nueva máquina en el mercado que sea mejor. Cuanto más rápido transfiera una máquina su valor a los productos fabricados con ella, tanto menor será el riesgo de que tenga que ser sustituida por una máquina mejor sin que haya transferido ya en ese momento todo su valor. Si la prolongación del tiempo de trabajo choca con determinados límites (a causa de restricciones legales del tiempo de trabajo), el capitalista intentará imponer por lo general una intensificación del trabajo, por ejemplo, a través de una mayor velocidad de funcionamiento de las máquinas.

Puesto que el proceso de producción se ha desprendido de las barreras de la fuerza de trabajo individual y se ha convertido, como proceso objetivo, en objeto de la investigación científica, la moderna industria capitalista no considera «nunca como definitiva la forma existente de un proceso de producción. Por eso su base técnica es revolucionaria, mientras que la de todos los modos de producción anteriores era esencialmente conservadora» (MEW 23, p. 511 / 592). Las bases técnicas de la producción se revolucionan constantemente, la fuerza productiva del trabajo se incrementa sin cesar. El único motivo para ello es aumentar la ganancia. En el curso de este proceso tienen lugar inversiones ingentes para construir instalaciones productivas o para adquirir nuevas máquinas. En tanto que estas inversiones sirven para el abaratamiento del producto, se consideran como necesarias. En cambio, las inversiones para hacer que las condiciones de trabajo sean más cómodas para los empleados, o simplemente para disminuir los riesgos de accidente o los perjuicios para la salud, representan una deducción de la ganancia y, por tanto, se tratan de evitar. También hoy en día se puede constatar en muchos ámbitos que:

> «La economización de medios sociales de producción, madurada primero en el sistema fabril como en un invernadero, se convierte, en manos del capital, en el robo sistemático de las condiciones de vida del trabajador durante el trabajo, en el robo de espacio, de aire, de luz y de los medios personales de protección contra las condiciones nocivas e insalubres del proceso de producción» (MEW 23, pp. 449-450 / 520).

Se necesita continuamente de la coacción legal o de la resistencia decidida de los empleados para establecer siquiera las más simples mejoras de las condiciones de trabajo, de manera que la siguiente observación de Marx es tan actual ahora como antes:

> «¿Qué podría caracterizar mejor al modo de producción capitalista que la necesidad de someterlo, por medio de leyes coactivas del Estado, a los más elementales mecanismos de higiene y de salubridad?» (MEW 23, p. 505 / 586).

El único fin de la producción capitalista es la producción continua de plusvalor. La competencia obliga a los capitalistas, bajo pena de sucumbir como tales, a hacer de la caza de un plusvalor cada vez mayor el fin de su acción. Y la *naturaleza* es también, al igual que la fuerza de trabajo, un simple medio para alcanzar esta meta. Por su lógica interna, el capital es indiferente a la destrucción de los fundamentos naturales de la vida (por medio de los gases de combustión y las aguas residuales, por medio de la destrucción y la contaminación de regiones enteras), del mismo modo que es indiferente a la destrucción de las fuerzas de trabajo. De tal forma que actualmente se mantiene y se expande a escala mundial un modo de producción industrial que se basa en la combustión de fuentes de energía fósiles, a pesar de que son previsibles devastaciones ecológicas tanto a nivel local como global a causa del cambio climático (cf. Altvater 1992).

Este potencial destructivo del desarrollo capitalista de la fuerza productiva sólo puede ser limitado «desde fuera», a través de la resistencia de los trabajadores y trabajadoras o por medio del poder del Estado. Si faltan tales barreras o se debilitan, vuelve a aumentar inmediatamente este potencial destructivo, puesto que es inmanente al modo de producción capitalista. Sigue siendo vigente que:

> «La producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las fuentes originarias toda riqueza: la tierra y el trabajador» (MEW 23, p. 530 / 613).

A la vista de la destrucción del medio ambiente y de los peligros para la salud que se derivan del modo de producción industrial, se discutió vehementemente en el último tercio del siglo XX acerca de si esta destrucción estaba inserta en las condiciones materiales de la producción *industrial* o si son sólo las condiciones *capitalistas* las que provocan esta destrucción.

No se encuentra en Marx una discusión explícita de esta problemática. Sin embargo, ha insistido en que hay que distinguir «entre la mayor productividad que se debe al desarrollo del proceso social de producción y la mayor productividad que se debe a la explotación capitalista» (MEW 23, p. 445 / 515). Por ello se le ha atribuido a menudo que considera el proceso de producción industrial positivo «en sí», y que sólo critica su envoltura capitalista. Ésta era también la posición del marxismo-leninismo: en consecuencia, los métodos de producción capitalistas fueron copiados en parte por la Unión Soviética de una manera completamente

acrítica (para una discusión sobre tal interpretación de Marx, cf. Jacobs 1997).

En todo caso, hoy en día está más claro que en la época de Marx que no todo proceso de producción industrial se puede desacoplar simplemente de su aplicación capitalista, para así desplegar súbitamente sólo sus efectos beneficiosos. Algunas líneas de desarrollo de la industrialización no sólo son destructivas a causa de su aplicación capitalista: si se utilizara energía atómica en una sociedad socialista, los riesgos serían enormes allí también, y la extensa utilización de combustibles fósiles conduciría igualmente al cambio climático. El potencial destructivo del capital no sólo se presenta en el *modo de aplicación* de una tecnología, sino ya en la misma *elección* de determinadas *vías de desarrollo* técnico-industrial.

V Subsunción formal y real, fordismo, trabajo productivo e improductivo

Marx habla de *subsunción formal del trabajo bajo el capital* cuando un proceso de trabajo, tal y como existe, se subordina al capital: la única diferencia con la situación precapitalista consiste en que el trabajador o la trabajadora, en lugar de trabajar para sí mismo, lo hace para el capitalista. Las condiciones de coerción capitalistas se expresan únicamente en el hecho de que el trabajador trabaja más tiempo del que es necesario para su conservación y el capitalista se apropia del plusproducto que surge de ello. Sobre la base de la subsunción formal sólo es posible la producción de plusvalor absoluto.

Marx habla de *subsunción real del trabajo bajo el capital* cuando el proceso de trabajo se modifica para aumentar la fuerza productiva. El proceso de trabajo bajo el mando del capital se distingue ahora no sólo formal, sino realmente, es decir, en toda su organización y estructura, del proceso de trabajo precapitalista: el modo de producción capitalista crea la forma material de la producción que le corresponde. La subsunción real sólo es posible sobre la base de la subsunción formal. Con la subsunción real del trabajo bajo el capital se hace posible la producción de plusvalor relativo.

Hasta ahora hemos supuesto en la consideración del plusvalor relativo que la extensión cuantitativa de los medios de vida necesarios para la reproducción de la fuerza de trabajo (esto es, los medios de vida necesarios para el trabajador y para su familia) permanece inalterada, que el nivel de vida de la clase trabajadora, por tanto, no se modifica. Pero esto no es necesariamente así.

Partamos de una jornada laboral de ocho horas y de una tasa de plusvalor del 100%. En este caso, la jornada laboral se descompone en cua-

tro horas de tiempo de trabajo necesario, en el que se reproduce el valor de la fuerza de trabajo, y cuatro horas de tiempo de plustrabajo, en el que se produce el plusvalor. Supongamos además que la expresión en dinero del valor creado en ocho horas es, en condiciones normales, de 160 euros. Entonces el valor diario de la fuerza de trabajo es de 80 euros, y el plusvalor producido diariamente es asimismo de 80 euros.

Supongamos ahora que la fuerza productiva del trabajo se duplica en todos los sectores[5]. En tal caso se pueden producir todos los bienes en la mitad del tiempo de trabajo que se necesitaba hasta ahora, por lo que su valor se reduce a la mitad. El valor diario de la fuerza de trabajo se produce entonces en dos horas en lugar de en cuatro, por lo que desciende de 80 a 40. Quedan, pues, otras dos horas para el plustrabajo, de modo que aumenta de cuatro a seis horas, y el plusvalor aumenta de 80 a 120 euros. Si bien se ha reducido el valor de la fuerza de trabajo de 80 a 40, ahora se pueden comprar con 40 euros los mismos medios de vida que antes con 80, por lo que el nivel de vida de los trabajadores ha permanecido igual.

Sigamos suponiendo ahora que los trabajadores logran (como consecuencia de las luchas laborales o como resultado de la escasez de fuerzas de trabajo) recibir como salario no sólo el valor creado en dos horas, sino el creado en tres horas, por tanto, 60 en vez de 40. También en este caso habría caído el valor de la fuerza de trabajo (de 80 euros a 60), el plustrabajo habría aumentado en una hora (de cuatro horas a cinco, por lo que el plusvalor sería ahora de 100 euros) y, sin embargo, ahora habría aumentado también el nivel de vida de los trabajadores. Pues el valor de los medios de vida se habría reducido a la mitad a causa de la duplicación de la fuerza productiva, pero el presupuesto del trabajador es ahora no sólo la mitad, sino tres cuartos del salario anterior. Si nuestro trabajador puede comprar hoy con 40 euros los mismos medios de vida que antes con 80, pero tiene hoy a su disposición 60 euros, entonces puede aumentar en un 50% la cantidad de medios de vida. Expresado en los términos usuales hoy en día: los *salarios nominales* (esto es, los salarios expresados en dinero) han caído en un 25% (de 80 euros a 60), los *salarios reales* (esto es, los salarios expresados en poder adquisitivo) han aumentado en un 50% (se pueden comprar un 50% más de bienes).

El aumento de la fuerza productiva ha permitido que una *elevación del nivel de vida de la clase trabajadora* vaya acompañada de *un incremento del plusvalor del que se apropian los capitalistas*. La disminución del valor de fuerza de trabajo y el incremento del plusvalor produ-

5 Se supone este enorme incremento sólo para simplificar los cálculos siguientes. No obstante, si se comparan épocas que estén separadas por algunas décadas, es perfectamente posible que se haya duplicado la fuerza productiva.

cido por la fuerza de trabajo individual significa que se ha incrementado la tasa de plusvalor p/v, y con ello también la explotación de la fuerza de trabajo. Así pues, una *mayor explotación* (esto es, una parte mayor de la jornada laboral que se dedica al plustrabajo) y una *elevación del nivel de vida de la clase trabajadora* no son en absoluto excluyentes.

Por último, en nuestro ejemplo puede tener lugar aún una reducción de la jornada laboral. Supongamos que el tiempo de trabajo diario disminuye de 8 horas a 7,5. Si la fuerza de trabajo recibe tanto antes como después 60 euros (que es el valor creado en tres horas), quedan todavía 4,5 horas de tiempo de plustrabajo (media hora más que antes del aumento de la fuerza productiva), por lo que el plusvalor sería de 90 euros (10 euros más que antes del aumento de la fuerza productiva)[6].

Este último caso corresponde (por lo que respecta a su tendencia, no en sus relaciones cuantitativas exactas) al desarrollo de los países capitalistas avanzados. El hecho de que la clase trabajadora de estos países tenga actualmente un mayor nivel de vida y jornadas laborales más cortas que hace 50 o 100 años, no significa en absoluto –como se afirma constantemente– que la explotación haya disminuido o que haya desaparecido por completo. Ya se señaló en el último capítulo que con «explotación» no se hace referencia a unas condiciones especialmente malas y miserables, sino al estado de cosas en el cual los trabajadores y trabajadoras crean un valor mayor del que reciben en forma de salario. El grado de explotación no se mide por el nivel de vida, sino por la tasa de plusvalor. Por consiguiente, es perfectamente posible que la elevación del nivel de vida y la reducción del tiempo de trabajo vayan acompañadas de un aumento del plusvalor y de la tasa de plusvalor.

La dinámica que se acaba de esbozar, basada en la producción de plusvalor relativo (desarrollo técnico acelerado, elevación del nivel de vida de la clase trabajadora, y al mismo tiempo ganancias crecientes) tiene, sin embargo, un supuesto que no se ha explicitado hasta el momento: la gran mayoría de los medios de vida que entran en el consumo del trabajador han de ser producidos de manera capitalista. Mientras las familias de trabajadores produzcan ellas mismas una gran parte de sus medios de vida o se los compren a pequeños campesinos y a pequeños artesanos, el aumento de la fuerza productiva en las empresas capitalistas da lugar a un plusvalor a corto plazo, pero sólo provoca una pequeña disminución del valor de la fuerza de trabajo. A lo largo del siglo XX se alcanzó el punto en el que la mayoría de los bienes consumidos por una familia de trabajadores se producían efectivamente de manera capitalista. El denominado *fordismo* desempeñó aquí un papel

[6] Cuando disminuye el tiempo de trabajo, tiene lugar generalmente una intensificación del trabajo (se produce un mayor producto de valor en el mismo tiempo), lo que favorecería un aumento del plusvalor. Pero esto no se tiene en cuenta en el cálculo de nuestro ejemplo.

decisivo: en sus fábricas de automóviles, Henry Ford había logrado desde 1914/15, basándose en la descomposición taylorista del proceso de trabajo, producir en cadena el modelo T como producto de masas estandarizado, abaratándolo de manera muy considerable, de modo que este automóvil pudo convertirse en un bien de consumo para amplios estratos sociales. Al mismo tiempo, Ford aumentó los salarios muy por encima del promedio de entonces, para reducir así la fluctuación de las fuerzas de trabajo. Tras la Segunda Guerra Mundial, el fordismo se extendió ampliamente por Estados Unidos y Europa occidental: por un lado, a través del taylorismo y de la producción en cadena, se abarataron cada vez más los bienes de consumo de masas, como automóviles, frigoríficos, lavadoras, televisores, etc.; por otro lado, se elevaron los salarios reales. Ya que, a pesar del aumento de los salarios reales, disminuyó el valor de la fuerza de trabajo, las ganancias pudieron crecer. La producción estandarizada a gran escala, el aumento del consumo de masas y las ganancias crecientes fueron de la mano durante casi dos décadas, y constituyeron una de las bases (no la única) del «milagro económico» de la época de posguerra.

El fin del proceso de trabajo, considerado con independencia de su determinación económica formal, consiste en la producción de un determinado valor de uso. Desde el punto de vista del proceso de trabajo, el trabajo que crea valor de uso (o participa en ello) es trabajo productivo. El fin del proceso de producción capitalista consiste en la producción de plusvalor. Desde el punto de vista del proceso de producción capitalista, solamente el trabajo que produce plusvalor es *trabajo productivo*. Cuando en lo que sigue se habla de trabajo productivo, se hace referencia, siempre que no se diga lo contario, al trabajo productivo en sentido capitalista.

Si en un determinado tipo de gasto de trabajo se trata o no de trabajo productivo (en sentido capitalista), *no* depende del carácter concreto de este trabajo, sino de las condiciones económicas en las que se realiza. Si hago una pizza y me la como yo mismo o se la sirvo a mis amigos, he creado ciertamente un valor de uso, pero no una mercancía (la pizza no se vende), por lo que tampoco he creado valor o plusvalor, de modo que mi trabajo ha sido improductivo en sentido capitalista. Si vendo la pizza en una fiesta en la calle, he producido mercancía y valor, pero no plusvalor, de forma que el trabajo sigue siendo improductivo. Si se me contrata en un restaurante gestionado de manera capitalista y hago allí una pizza por la que pagan los clientes, no sólo he creado valor, sino también plusvalor, por lo que mi trabajo ha sido «productivo».

El que mi trabajo sea productivo no depende del carácter del valor de uso producido, sino de que produzca mercancías que al mismo tiempo contengan plusvalor.

Ya se indicó en el capítulo III.I que no sólo los productos materiales son mercancías, sino también los servicios en tanto que son vendidos. Así pues, en un teatro gestionado de manera capitalista, los actores son «trabajadores productivos» de la misma manera que lo son los trabajadores del acero que trabajan en una fábrica capitalista. Para el carácter de mercancía de una cosa tampoco desempeña ningún papel el hecho de que sea «realmente» útil y necesaria para la reproducción de la sociedad: un yate de lujo, una película o un tanque, si encuentran compradores, son mercancías. Y si se producen en condiciones capitalistas, el trabajo gastado en su producción es «trabajo productivo».

Para realizar trabajo productivo en sentido capitalista tengo que ser trabajador asalariado. Sin embargo, lo contrario no es cierto. No todo trabajador asalariado es automáticamente «trabajador productivo». Continuemos con el ejemplo de la pizza utilizado más arriba. Si soy cocinero en un restaurante gestionado de manera capitalista, mi trabajo es productivo. Supongamos ahora que el dueño del restaurante quiere tener un cocinero privado y yo paso del restaurante a la casa del dueño del restaurante. Sigo siendo trabajador asalariado y, sin embargo, ya no produzco mercancías, sino sólo valores de uso: la pizza que preparo en la cocina de la casa del dueño del restaurante no se vende, sino que se la comen él y sus amigos. No he producido valor ni plusvalor, de modo que soy un trabajador asalariado improductivo.

Aquí se pone claramente de manifiesto el sentido de la distinción entre trabajo productivo e improductivo: si estoy contratado como cocinero en un restaurante, el dueño del restaurante tiene que emplear tanto dinero para mi salario como si trabajase para él de cocinero privado. Pero el dinero que emplea para el funcionamiento del restaurante sólo ha sido *adelantado*, y regresa a su dueño, si el restaurante marcha bien, acrecentado con el plusvalor. El dinero que paga por mí como cocinero privado ha sido *gastado*, el dueño del restaurante recibe por ello ciertamente un valor de uso, pero no dinero. Para poder gastar dinero en un cocinero privado, el dueño del restaurante necesita del plusvalor que produce el cocinero en el restaurante. La cantidad de trabajo improductivo que se puede permitir el dueño del restaurante está limitada por la cantidad de plusvalor que producen los trabajadores productivos en el restaurante.

VI Acumulación, ejército industrial de reserva, depauperación

Si al final del proceso de producción capitalista se ha vendido con éxito el producto, el capitalista no sólo recupera el capital adelantado al principio, sino además un plusvalor adicional. Este plusvalor es el fin de

la producción capitalista. Pero este pluvalor no se va a destinar al consumo del capitalista –en ese caso el fin de la producción sería sólo la masa de valores de uso que se pueden comprar con el plusvalor–, sino a la valorización ulterior del capital: el movimiento del capital *tiene en sí mismo su propio fin* (cf. capítulo IV.II). Al final del proceso de valorización D – M – D' se vuelve a adelantar dinero como capital, y no sólo la suma de valor inicial D, sino una suma de valor *incrementada* con el plusvalor (descontando los gastos de consumo del capitalista) que, en condiciones que por lo demás permanezcan iguales, suministrará un plusvalor incrementado. La transformación del plusvalor en capital se denomina *acumulación*.

La competencia obliga al capitalista individual a acumular. Éste tiene que tomar parte en la carrera por el aumento de la fuerza productiva para poder participar en la competencia de precios. El aumento de la fuerza productiva a través de la instalación de nuevas máquinas suele ser caro. A menudo no basta sólo con invertir la misma suma de dinero en otras máquinas, sino que es necesaria una suma de valor mayor, de manera que el capitalista individual se ve forzado a la acumulación.

La magnitud de la acumulación puede resultar muy distinta para cada uno de los capitalistas. Para llevar a cabo grandes inversiones, como cuando hay que renovar toda la planta productiva, puede no ser suficiente el plusvalor producido con anterioridad. En este caso, el volumen de la acumulación puede ser aumentado por medio de un crédito. Por otro lado, pueden darse casos en los que no se necesite todo el plusvalor para la acumulación, y entonces el plusvalor restante puede ser invertido en el mercado financiero o en bancos como capital que devenga interés.

En ambos casos, el tipo de interés se convierte en una magnitud decisiva. La investigación del capital que devenga interés, del crédito, etc., presupone, sin embargo, algunos pasos intermedios, y es abordada por Marx en el libro tercero de *El Capital* (cf. capítulo VIII). Por lo tanto, su exposición del proceso de acumulación en el libro primero (al que está referida esta sección) no está todavía completa, lo que remite de nuevo a la necesidad de no limitarse al libro primero en la lectura de *El Capital*.

Al comienzo de este capítulo se estableció la distinción entre el *capital constante* c (aquella parte del capital que se adelanta para máquinas, materias primas, etc.) y el *capital variable* v (adelantos para salarios). La relación entre capital constante y variable c/v es designada por Marx como *composición de valor* del capital. La relación entre la masa de medios de producción y la masa de trabajo la denomina *composición técnica* del capital. En la medida en que la composición de valor del capi-

tal está determinada por la composición técnica, la designa Marx como *composición orgánica* del capital (cf. MEW 23, p. 640 / 760). La composición orgánica sólo toma en consideración, pues, aquellas modificaciones de la composición de valor que resultan de la transformación de las condiciones técnicas (por ejemplo, porque se instala una nueva máquina más cara), pero no aquellas modificaciones que resultan de la variación del valor de los medios de producción empleados. Si, por ejemplo, se encarece el carbón, en una fábrica de acero aumenta el capital constante c y con ello crece también c/v, sin que se haya modificado nada en las condiciones de producción. En este caso, habría aumentado la composición de valor, pero no la composición orgánica. Cuando a continuación se hable de la composición del capital, se hace referencia a la composición de valor y no a la composición orgánica[7].

Si se acumula capital en condiciones que permanecen invariables –en particular con una composición de valor constante, un valor constante de la fuerza de trabajo y una duración constante de la jornada laboral–, entonces la demanda de fuerza de trabajo crece tan fuertemente como el capital. Por ejemplo, si se transforma tanto plusvalor en capital que la suma de valor adelantada como capital aumenta en un 20%, se necesita también un 20% más de fuerza de trabajo. En un primer momento, la mayor demanda de fuerza de trabajo mejora las condiciones en las que se vende la fuerza de trabajo, de tal forma que el precio actual de la fuerza de trabajo puede aumentar por encima de su valor. Pero con ello disminuye el plusvalor, lo que ralentiza la acumulación ulterior, frena el aumento de la demanda de fuerza de trabajo y, en consecuencia, frena también posteriores subidas salariales.

La elevación del salario también tiene efectos sobre la introducción de maquinaria para ahorrar trabajo. Como ya se explicó en el capítulo V.III, un capitalista sólo instala una máquina si el encarecimiento de los costes de producción (a causa de la cesión de valor de la máquina al producto) es menor que el ahorro en capital variable. Pero la cantidad de capital variable que ahorra un capitalista al reducir el tiempo de trabajo en una cantidad determinada depende del importe de los salarios. De ahí que con salarios elevados se introduzcan máquinas que, en el caso de salarios bajos, no le habrían reportado al capitalista ninguna ventaja en los costes. Por lo tanto, salarios crecientes llevan a una instalación acelerada de máquinas para ahorrar trabajo. El proceso de acumulación típico no tiene lugar en condiciones invariables, sino con una composición

[7] Con la composición técnica uno encuentra problemas sobre todo cuando se habla de la composición media del *capital global* de una sociedad, pues las transformaciones técnicas en un sector modifican el valor de sus productos y llevan con ello a modificaciones de la composición de valor en todos los sectores que emplean este producto. Es decir, las modificaciones de la composición orgánica ya no se pueden delimitar con precisión respecto de las modificaciones de la composición de valor (cf. Heinrich 1999, p. 315 y ss.).

de valor del capital creciente: por eso también en un proceso de acumulación continua puede reducirse la demanda de fuerza de trabajo y con ello disminuir el salario. Vemos aquí lo que ya se mencionó en el capítulo IV.IV: que el mismo proceso de acumulación capitalista se encarga de que el salario permanezca limitado en promedio al valor de la fuerza de trabajo, y que este valor, aunque varía históricamente, nunca puede ser tan alto que perjudique seriamente la valorización del capital.

La cantidad de trabajadores y trabajadoras que están dispuestos (o mejor dicho, forzados) a vender su fuerza de trabajo, pero que no encuentran comprador, es designada por Marx como *ejército industrial de reserva*. La magnitud de este ejército industrial de reserva depende de dos efectos contrapuestos. Por un lado, tiene lugar la acumulación de capital y con ello una ampliación de la producción, lo que –con una composición de valor constante– requiere más fuerza de trabajo (efecto positivo de la acumulación sobre el empleo). Por otro lado, el aumento de la fuerza productiva del trabajo, que se expresa en una composición de valor creciente, comporta que, para una cantidad de producción constante, se necesite menos fuerza de trabajo (efecto negativo sobre el empleo del aumento de la fuerza productiva). Dependiendo de cuál de estos dos efectos prevalezca, se producirá un aumento o una disminución de la demanda de fuerza de trabajo.

Suponiendo que se duplique la fuerza productiva del trabajo, sólo se necesitan la mitad de fuerzas de trabajo para la producción de una determinada cantidad de productos. Si ahora se transforma en capital tanto plusvalor que la producción pueda asimismo duplicarse, permanece igual el número de fuerzas de trabajo empleadas. Si se acumula menos capital, seguirá subiendo la cantidad producida, pero la mayor cantidad se produce con un menor número de fuerzas de trabajo.

Marx partía de que el capital produce tendencialmente un «ejército industrial de reserva» cada vez mayor. Con un número de fuerzas de trabajo que permanece aproximadamente igual, esto sólo es posible si el efecto negativo del aumento de la fuerza productiva prevalece sobre el efecto positivo de la acumulación.

Si se considera un determinado capital individual, no se puede predecir en general qué efecto es más fuerte. Sin embargo, Marx argumenta que para los capitales individuales hay dos posibilidades de crecimiento: una a causa de la transformación de plusvalor en capital, a la que Marx denomina *concentración del capital*; otra a causa de la unión de diversos capitales (sea como proceso de fusión «pacífico» o como toma de posesión «hostil»), lo que Marx denomina *centralización del capital*[8]. Con la centralización aumenta considerablemente el capital

[8] La terminología de Marx se aparta aquí del uso actual. Con el término «concentración» se designa actualmente el proceso que Marx denomina como «centralización»: la disminución del número de capitales individuales.

individual, lo que se expresa también por lo general en una transformación técnica acelerada (el capital acrecentado dispone de más posibilidades de inversión, puede adquirir máquinas para las que no hubieran alcanzado los medios de un capital más pequeño, etc.), pero sin que el capital global haya aumentado. En este sentido, se siguen produciendo aumentos de la fuerza productiva a causa de la centralización, con efectos negativos importantes sobre el empleo, sin que se contrapongan efectos positivos a causa de la acumulación. Esta reflexión es ciertamente plausible; pero el hecho de que en el *conjunto* de la economía tenga lugar un efecto positivo o un efecto negativo sobre el empleo, depende de la frecuencia de tales procesos de centralización y de la relación en la que se encuentren los efectos negativos que resultan de ellos con los efectos positivos de los demás capitales.

El *aumento tendencial* del ejército industrial de reserva supuesto por Marx no se puede fundamentar de manera rigurosa. Sin embargo, lo que por lo menos sí está claro es que el ejército industrial de reserva no puede desaparecer a la larga en el capitalismo. Un capitalismo con pleno empleo es siempre una excepción: el pleno empleo posibilita a los trabajadores y trabajadoras imponer salarios más altos, lo que lleva a la ralentización del proceso de acumulación y/o a la introducción de maquinaria para ahorrar trabajo, de modo que se constituye nuevamente un ejército industrial de reserva.

La existencia de este ejército industrial de reserva tiene una doble ventaja para los capitalistas. Por una parte, las fuerzas de trabajo desempleadas presionan sobre el salario de los empleados. Por otra parte, representan efectivamente una «reserva» para ampliaciones súbitas de la acumulación: un aumento repentino de la producción (por ejemplo, a causa de nuevas posibilidades de venta en el extranjero) no es posible con pleno empleo. De ahí que sean desacertados los llamamientos a los empresarios para que contribuyan a disminuir el desempleo. Pero también es errónea una crítica al capitalismo que le haga el reproche de que produce desempleo[9]: el único fin del capital es la valorización, en modo alguno la consecución del pleno empleo o de una vida buena para la mayoría de la población.

En conexión con la investigación del ejército industrial de reserva, en el capítulo 23 del libro primero de *El Capital* se encuentran diversas observaciones que se han interpretado como una «teoría de la depauperación». Esta teoría de la depauperación se entendió también, sobre todo en la década de 1920, como una teoría revolucionaria: en el capita-

9 Tal reproche lo formula también Robert Kurz, que a la vista del paro masivo y del pauperismo llega a la conclusión de «que el sistema global capitalista (...) ha fracasado completamente» (Kurz 1999, p. 699). Pero sólo se puede fracasar en la consecución de las metas que uno efectivamente se propone.

lismo, las masas sufren una miseria creciente, por lo que comprenderán ineludiblemente que no les queda otra opción que la abolición revolucionaria del capitalismo. Sin embargo, el fascismo alemán demostró que las partes más «depauperadas» de la población no se dirigen automáticamente hacia la izquierda; pueden dirigirse igualmente hacia movimientos de derechas, nacionalistas y fascistas.

En el período del «milagro económico» de los años 60 y principios de los 70, los defensores del capitalismo solían indicar que la «teoría de la depauperación» de Marx quedaba refutada de manera patente por el pleno empleo y por el nivel de vida continuamente creciente de los trabajadores y trabajadoras, de lo cual se extrajo también un argumento de principio contra la crítica marxiana de la economía: el pronóstico erróneo sobre el desarrollo del capitalismo pone de manifiesto que el análisis de Marx está completamente equivocado.

Los marxistas no aceptaron este juicio y establecieron una distinción (que no se encuentra en Marx) entre «depauperación absoluta» (el nivel de vida de la clase trabajadora desciende en términos absolutos) y «depauperación relativa»: el nivel de vida puede ascender, pero la participación de la clase trabajadora en la riqueza de la sociedad disminuye en términos relativos con respecto a la de los capitalistas.

Si nos atenemos a los textos, vemos que Marx había defendido una teoría de la depauperación absoluta en el *Manifiesto comunista*, escrito en el año 1848 (cf. MEW 4, p. 473). Pero en el libro primero de *El Capital*, publicado diecinueve años después, ya no se habla más de ello. Marx sostiene aquí que precisamente la producción de plusvalor relativo (que, si se quiere, puede interpretarse como «depauperación relativa») permite que aumente el nivel de vida de la clase trabajadora y que al mismo tiempo se incremente el plusvalor (cf. capítulo V.V).

No obstante, en el pasaje del capítulo 23 que tanto se ha discutido a este respecto, Marx no se refiere a una determinada distribución de los ingresos. Haciendo alusión a su análisis precedente sobre la producción de plusvalor relativo, Marx escribe aquí que:

> «dentro del sistema capitalista, todos los métodos para aumentar la fuerza productiva social del trabajo se aplican a costa del trabajador individual; todos los medios para desarrollar la producción se convierten en medios de dominación y explotación del productor, mutilan al trabajador convirtiéndolo en un hombre parcial, lo degradan a apéndice de la máquina, mediante la tortura de su trabajo destruyen el contenido de éste, le enajenan las potencias espirituales del proceso de trabajo en la misma medida en que la ciencia como potencia autónoma se incorpora a este proceso; desfiguran las condiciones en las que trabaja, lo someten durante el proceso de trabajo al despotismo más mezquino y odioso, convierten su tiempo de vida en tiempo de trabajo, arrojan a su mujer y a sus hijos bajo la rueda de Juggernaut del capital [se refiere a un culto hindú, en el que los creyentes, en las festividades religiosas importantes, se arrojaban bajo los carros que llevaban la

imagen del dios, M. H.]. Pero todos los métodos para la producción de plusvalor son al mismo tiempo métodos de acumulación, y toda expansión de la acumulación es, a su vez, un medio para el desarrollo de dichos métodos. De aquí se desprende que, en la medida en que se acumula capital, la situación del trabajador, sea cual sea su remuneración, alta o baja, tiene necesariamente que empeorar» (MEW 23, pp. 674-675 / 804-805).

La última frase de la cita pone de manifiesto que para Marx no se trata de la evolución de los salarios o del nivel de vida. El «empeoramiento» de la situación de los trabajadores se refiere a la totalidad de sus condiciones laborales y vitales, lo que también hace patente la siguiente afirmación:

«La acumulación de riqueza en un polo es al mismo tiempo acumulación de miseria, padecimiento, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto» (MEW 23, p. 675 / 805).

La crítica de Marx al capitalismo *no* se reduce a la pregunta por la distribución de los ingresos o del patrimonio. Esta distribución se puede modificar hasta un cierto punto dentro del capitalismo, y el capital está absolutamente interesado en que los trabajadores y trabajadoras no se hundan en la más completa pobreza, pues con ello se resentiría también la calidad de la fuerza de trabajo. Tampoco los desempleados, los miembros del «ejército industrial de reserva», pueden simplemente vegetar, pues entonces su fuerza de trabajo, de la que requiere el capital en cada nuevo empuje de la acumulación, ya no sería utilizable (cf. capítulo XI).

Lo que critica Marx no es una determinada distribución de los bienes o de los ingresos, sino las «miserables» condiciones laborales y vitales en sentido amplio, que caracteriza con términos como «padecimiento», «ignorancia», «embrutecimiento», etc. Lo que Marx intenta demostrar con su análisis del proceso de producción y de acumulación capitalista es que estas condiciones vitales no son en modo alguno «enfermedades infantiles» del capitalismo, sino que, con todo cambio de su forma concreta, la «miseria» se sigue manteniendo. Ya que este proceso no conoce otro fin que la valorización y el constante perfeccionamiento de la valorización, ya que el hombre y la naturaleza son simplemente medios para la valorización, este proceso tiene un potencial destructivo inmanente frente al hombre y la naturaleza, y sigue reproduciendo siempre en formas nuevas las condiciones de vida miserables, incluso con un nivel de vida creciente.

Marx no hace ningún reproche moral a los capitalistas individuales a partir de este resultado de su análisis, sino que saca la conclusión elemental de que si se está efectivamente interesado en cambiar estas condiciones de vida miserables, no queda otra opción que la *abolición del capitalismo*. La *crítica* de Marx no consiste en una recriminación moral, sino en la demostración de cómo funciona de hecho el capitalismo.

Capítulo VI

La circulación del capital

En el proceso de valorización, el capital adopta alternativamente las formas de mercancía y de dinero. Como se desprende de la «fórmula general del capital» D – M – D', el proceso de valorización comprende actos de producción *y* de circulación. En el capítulo anterior se trató solamente del proceso de producción del capital, expuesto por Marx en el libro primero de *El Capital*. La investigación del proceso de circulación del capital la lleva a cabo en el libro segundo. En este capítulo vamos a examinar solamente algunos conceptos de esta investigación que son necesarios para la compresión del contenido del libro tercero.

I El ciclo del capital. Costes de circulación, capital industrial y capital comercial

La fórmula D – M – D' describe el *ciclo* del capital. Éste se descompone en tres estadios:

Primer estadio: el capitalista aparece en el mercado de mercancías como comprador, transformando su *capital dinerario* D en mercancía M. El dinero es la forma autónoma del valor, y el capital dinerario es la forma dineraria del capital. Lo que hace de este acto de compra una etapa del ciclo del capital es la conexión en la que se encuentra: se vende para producir una nueva mercancía, que se va a vender a continuación con ganancia. Esto es posible a causa del contenido material específico de las mercancías compradas: el capitalista compra medios de producción (MP) y fuerza de trabajo (FT), es decir, transforma el capital dinerario D en *capital productivo* P.

Segundo estadio: el proceso de circulación se interrumpe, el capital productivo P se consume en un proceso de producción. El capital productivo consta de medios de producción y fuerza de trabajo, lo que no significa que éstos sean siempre capital productivo. Los medios de producción y la fuerza de trabajo son siempre factores del proceso de pro-

ducción, independientemente de cuál sea la forma social de dicho proceso; pero sólo son capital productivo dentro de un proceso de producción *capitalista*. El resultado del proceso de producción capitalista es una nueva cantidad de mercancías; como forma de existencia del capital valorizado, esta cantidad de mercancías es *capital mercantil* M'. Éste no sólo consta de mercancías cualitativamente distintas de la cantidad inicial de mercancías M (medios de producción y fuerza de trabajo), sino que en la venta tiene también un valor mayor que M.

Tercer estadio: el proceso de circulación prosigue, el capitalista se presenta en el mercado de mercancías como vendedor. Vende la nueva cantidad de mercancías M' por D', esto es, transforma el capital mercantil en capital dinerario, que ahora es un capital dinerario valorizado (acrecentado con el plusvalor).

Por lo tanto, se obtiene la siguiente figura de la circulación:

$$D - M < \begin{matrix} MP \\ \\ FT \end{matrix} \;\ldots\ldots\; P \;\ldots\ldots\; M' - D'$$

En este ciclo, el capital adopta sucesivamente las formas de capital dinerario, capital productivo y capital mercantil. En estas formas no se trata de clases independientes de capital, sino de etapas particulares del ciclo del capital.

El tiempo que pasa el capital en el proceso de producción es su *tiempo de producción*; el tiempo que pasa en el proceso de circulación, sea en la forma de capital dinerario que busca vendedores de mercancías, sea en la forma de capital mercantil que busca compradores, es su *tiempo de circulación*. El tiempo de producción es mayor que el tiempo de trabajo propiamente dicho: si las máquinas están paradas de noche, o si se mantienen las existencias, el capital también se encuentra en el proceso de producción fuera del tiempo de trabajo. Sin embargo, sólo se produce valor y plusvalor dentro del tiempo de trabajo, de modo que los capitalistas se esfuerzan por reducir al mínimo posible el tiempo de producción y de circulación que exceda del tiempo de trabajo propiamente dicho.

En la circulación surgen los *costes de circulación*. Aquí hay que distinguir entre los costes de los actos productivos, que incrementan el valor de uso y el valor de los productos, por tanto, los costes de una continuación del proceso de producción durante la circulación, y los *puros costes de circulación*, que no agregan nada al valor de uso y, por consiguiente, tampoco al valor de los productos, ya que resultan únicamente del *cambio de forma* del dinero en mercancía o de la mercancía en dinero.

La primera clase de costes está constituida básicamente por los costes de transporte. Una cosa tiene valor de uso para mí si la tengo a mi disposición en el lugar en el que la quiero consumir. Por ejemplo, el transporte de una bicicleta desde la fábrica hasta el consumidor es tan necesario para el valor de uso de esta bicicleta como el montaje de los neumáticos, por lo que contribuye al valor de uso de la bicicleta tanto como este montaje.

Por el contrario, el simple cambio de forma de mercancía y dinero no tiene nada que ver con el valor de uso de la mercancía y, por tanto, tampoco tiene nada que ver con su valor. Los meros agentes de la circulación (por ejemplo, un cajero) pueden ser ciertamente trabajadores asalariados, que producen plustrabajo como todos los demás trabajadores asalariados, ya que si trabajan, por ejemplo, ocho horas, su salario expresa una suma de valor que en circunstancias normales se produce, pongamos por caso, en cuatro horas. Sin embargo, estos agentes de la circulación mismos no producen ningún valor y, en consecuencia, tampoco producen ningún plusvalor. En el caso de su trabajo, se trata de un trabajo que es necesario en condiciones capitalistas, pero que es «improductivo», no crea plusvalor. El salario para este trabajo (y el valor de los medios de producción consumidos por él) es una *deducción* del plusvalor que han producido los trabajadores productivos. El que los trabajadores improductivos rindan plustrabajo y sean explotados no contribuye al aumento del plusvalor, pero si se reducen estos gastos disminuye la deducción del plusvalor.

Lo que se acaba de decir de los agentes de la circulación vale en general para los costes de circulación propiamente dichos: constituyen una deducción del plusvalor; si se reducen, aumenta el plusvalor que queda. Con ello surge la apariencia de que la valorización del capital no resulta solamente de la explotación de la fuerza de trabajo en el proceso productivo, sino independientemente de ello, también del proceso de circulación del capital. El *fetichismo del capital*, del que ya se habló en el análisis del proceso de producción (cf. capítulo V.III), sigue reforzándose en el proceso de circulación.

El capital que recorre las tres formas de capital dinerario, capital productivo y capital mercantil es designado por Marx como *capital industrial*. Con esto no se destaca una particularidad *material* (como, por ejemplo, el uso de grandes instalaciones industriales), sino una característica por el *lado del valor*:

> «El capital industrial es el único modo de existencia del capital en el que no sólo es función del capital la apropiación de plusvalor o de plusproducto, sino al mismo tiempo su creación» (MEW 24, p. 61 / 62).

También el capital que está invertido en empresas de servicios forma parte del capital industrial en este sentido: la única diferencia consiste en que el producto acabado (sea una función de teatro o un transporte) no es una cosa material que pueda presentarse como capital mercantil independiente; sólo puede consumirse simultáneamente con su proceso de producción, de manera que la figura de la circulación tiene la siguiente forma:

$$D - M < \begin{matrix} MP \\ FT \end{matrix} \ldots\ldots P - D'$$

Pero el valor de tal servicio está determinado, como el valor de cualquier otra mercancía producida de forma capitalista, por la suma del valor de los medios de producción consumidos para su producción (c) y el nuevo valor creado por medio del gasto de fuerza de trabajo (v + p).

En cambio, el capital comercial y el capital que devenga interés no pertenecen al capital industrial. Es cierto que ambos se apropian una parte del plusvalor, pero no pertenece a su función de capital producir este plusvalor.

El *capital comercial* tiene que ver *sólo* con la compra y la venta de mercancías, los trabajadores y trabajadoras empleados por él realizan un trabajo improductivo que no suministra ningún plusvalor[1]: el capitalista industrial se ahorra los gastos que supone este trabajo improductivo (por tanto, también los propios costes de circulación) y acorta además el tiempo de circulación de su capital, en la medida en que no vende a los consumidores, sino al comerciante. Por eso le vende al comerciante las mercancías producidas con su capital *por debajo* de su valor, el cual las vende posteriormente a su valor. De este modo, el capitalista industrial reparte con el capitalista comercial el plusvalor producido con su capital.

II La rotación del capital. Capital fijo y circulante

Si se considera el ciclo del capital no como un fenómeno aislado, sino como un proceso periódico, se habla entonces de *rotación* del capital. El *tiempo de rotación* es la suma del tiempo de producción y del tiempo de circulación; es el tiempo durante el cual un capitalista tiene que adelantar capital hasta que lo recupera valorizado.

[1] Entre las funciones del capital comercial no se cuenta el transporte; éste representa una esfera del capital industrial. Aquí se trata de distinciones conceptuales, en la realidad puede ocurrir perfectamente que un determinado capital combine la función de transporte y de venta, es decir, que una parte del capital adelantado sea capital industrial y, por tanto, generador de valor y de plusvalor, y otra parte sea capital comercial, que no genera valor ni plusvalor.

Una parte de los medios de producción como, por ejemplo, edificios y máquinas, sólo se desgastan después de varios períodos de producción. Conforme a su desgaste medio, transfieren sólo una parte de su valor al valor del producto: por ejemplo, si una máquina puede ser utilizada durante veinte períodos de producción, transfiere al producto de cada uno de estos veinte períodos una vigésima parte de su valor. Mientras que el valor de esta máquina ingresa parcialmente en la circulación, la máquina en su forma natural queda fijada a la esfera de la producción. Los componentes del capital constante que tienen esta propiedad son designados como *capital fijo*. A él se contrapone el capital *líquido* o *circulante*: son los componentes del capital que se consumen materialmente durante un proceso de producción, por lo que su forma natural desaparece. El capital circulante está constituido por las partes no-fijas del capital constante, esto es, por las materias primas y las materias auxiliares, la energía, etc., así como por el capital variable.

La diferencia entre capital fijo y circulante no es una diferencia material (como, por ejemplo, una diferencia entre cosas móviles e inmóviles), sino una diferencia en la *circulación* del valor. Esta diferencia es de enorme importancia práctica para los capitalistas.

El valor del capital circulante se reintegra, en condiciones normales, tras una rotación, y entonces tiene que ser inmediatamente adelantado para el siguiente período de producción. El valor del capital fijo sólo se transfiere al producto en el curso de varios períodos de producción, por lo que sólo refluye parcialmente tras una rotación. Estos reflujos no son necesarios de inmediato, sino sólo cuando los elementos materiales del capital fijo tienen que ser efectivamente sustituidos, por ejemplo, cuando se adquiere una nueva máquina. Entonces tiene que ser adelantado de una vez el importe total del capital fijo. Hasta ese momento, los reflujos del capital fijo constituyen un *fondo de amortización*.

Tanto la distinción entre capital fijo y capital circulante, como la distinción entre capital constante y capital variable son distinciones del capital productivo, del valor del capital que se transforma en medios de producción y en fuerza de trabajo. La diferencia entre capital constante y variable se refiere a la *formación del valor*: el capital constante c simplemente transfiere su valor al producto; por el contrario, el capital variable crea un nuevo valor en la cuantía de v + p. La distinción entre capital fijo y circulante se refiere, en cambio, a la *circulación del valor*, al momento en el que el correspondiente valor del capital regresa de nuevo al capitalista.

La distinción entre capital constante y variable presupone toda una serie de conocimientos *teóricos* sobre el proceso de formación del valor (sobre la conexión entre valor y trabajo, sobre la diferencia entre trabajo y fuerza de trabajo, la comprensión de que el «salario» como pago del

trabajo es una «expresión imaginaria», etc.). Estos conocimientos no son de esperar en la conciencia espontánea, así como tampoco en la del capitalista (cf. sobre la conciencia espontánea el capítulo X). En cambio, la distinción entre capital fijo y circulante, a causa de su importancia *práctica*, es inmediatamente comprensible para el capitalista, y constituye la base de sus cálculos. En tanto que esta distinción agrupa como capital circulante al capital variable y a una parte del capital constante, oculta más aún la diferencia entre capital constante y capital variable.

III La reproducción del capital social global

Los ciclos de los capitales individuales están entrelazados los unos con los otros y se presuponen mutuamente: el ciclo de un capital presupone que encuentra en el mercado los productos de otros capitales (medios de producción, así como medios de vida que puedan consumir las fuerzas de trabajo empleadas por él). Si el capital individual ha producido él mismo mercancías, necesita que estas mercancías ingresen en el ciclo de otros capitalistas como medios de producción o medios de vida. Por lo tanto, la reproducción de un capital individual no puede considerarse aisladamente, sólo es posible como parte de la reproducción del *capital social global*, el cual está constituido por la totalidad de los capitales individuales.

Para que se pueda reproducir el capital social global, el producto total tiene que presentar una determinada proporcionalidad *material*: por una parte, tienen que producirse tantos medios de producción como necesiten en total los capitales individuales; por otra parte, tienen que producirse tantos medios de vida como consuman las familias de trabajadores y los capitalistas. Pero dado que los medios de producción y los medios de vida no se distribuyen, sino que se intercambian, las partes del producto social global materialmente determinadas tienen que presentar también una determinada proporcionalidad *en la magnitud del valor*, de manera que los medios de producción y los medios de vida también puedan ser pagados.

Se puede ver con claridad esta proporcionalidad en un ejemplo extremadamente simplificado. Suponemos una economía en la que sólo hay trabajadores y capitalistas, y en la que toda la producción está organizada de forma capitalista. Prescindimos del capital fijo, es decir, suponemos que dentro del período considerado, digamos un año, se consume todo el capital constante y su valor se transfiere al producto.

En esta economía hay cientos de ramos distintos (industria del acero, industria química, productores de alimentos, industria textil, etc.) y la mayoría de estos ramos se pueden dividir a su vez en una multitud

de ramos parciales. Para nuestros fines, distinguimos solamente dos grandes sectores de producción: el sector I, que produce medios de producción, y el sector II, que produce medios de consumo (en el más amplio sentido). La diferencia entre ambos sectores se encuentra en el uso de sus productos: los productos del sector I entran en procesos de producción ulteriores, los productos del sector II entran en el consumo de los trabajadores y de los capitalistas. Una serie de productos, por ejemplo, los automóviles, son apropiados para ambos tipos de uso. En nuestro planteamiento simplificado, suponemos que los automóviles que se utilizan como medios de producción son producidos en el sector I y los automóviles que entran en el consumo privado son producidos en el sector II.

Para que se pueda reproducir el capital global, los productos de ambos sectores no pueden estar en una relación de cantidad y de valor cualquiera. Vamos a investigar su necesaria proporcionalidad, en primer lugar, bajo el supuesto de *reproducción simple*, es decir, prescindimos de la acumulación; por tanto, suponemos que todo el plusvalor ingresa en el consumo de los capitalistas.

Sean c_I y v_I el capital constante y el capital variable del sector I y p_I el plusvalor producido en este sector (análogamente c_{II}, v_{II} y p_{II} para el sector II); entonces el valor total del producto será:

en el sector I $\quad c_I + v_I + p_I$
en el sector II $\quad c_{II} + v_{II} + p_{II}$

El producto del sector I está constituido materialmente por los medios de producción. Si tiene que ser posible la reproducción simple, este producto tiene que reembolsar los medios de producción consumidos en ambos sectores. Por consiguiente, tiene que cumplirse la siguiente relación de valor:

$$(1) \quad c_I + v_I + p_I = c_I + c_{II}$$

El producto del sector II está constituido por los medios de consumo. Tiene que cubrir el consumo de los trabajadores y de los capitalistas de ambos sectores. Por eso se tiene que cumplir:

$$(2) \quad c_{II} + v_{II} + p_{II} = v_I + v_{II} + p_I + p_{II}$$

De ambas ecuaciones se sigue en cada caso (eliminando miembros idénticos a ambos lados de la ecuación):

$$(3) \quad c_{II} = v_I + p_I$$

Es decir, el valor del capital constante consumido en el sector II tiene que ser igual al valor del capital variable y del plusvalor del sector I.

Pero los capitales individuales planean su producción independientemente los unos de los otros, por lo que las condiciones que se acaban de formular sólo pueden cumplirse de manera casual. Lo normal es que se presente un cierta desproporción entre cada uno de los sectores.

Consideremos ahora la *reproducción ampliada*; por tanto, supongamos que hay acumulación, es decir, transformación de una parte del plusvalor en nuevo capital. En principio, podemos hacer las mismas consideraciones, pero ahora el producto del sector I no sólo tiene que ser suficiente para reembolsar los medios de producción consumidos en el sector I y en el sector II, sino que tienen que producirse aún más medios de producción para hacer posible la acumulación en ambos sectores. Lo mismo vale para el sector II: ahora no sólo tienen que producirse tantos medios de vida como consuman los trabajadores y los capitalistas, sino que tienen que producirse medios de vida adicionales para cubrir el consumo adicional de las fuerzas de trabajo empleadas.

Para hacer posible la acumulación, ambos sectores tienen que producir más de lo que se ha consumido hasta ese momento; la acumulación de unos capitales individuales presupone la acumulación de otros capitales individuales, y esto en un doble sentido: por un lado, el capital individual que quiere acumular tiene que encontrar más productos que antes en el mercado; por otro lado, en la acumulación misma se produce una mayor cantidad de mercancías, a las cuales sólo se les puede dar salida si otros capitales individuales acumulan a su vez. También en este caso sólo casualmente se cumplen las condiciones correctas, y las desproporciones entre los sectores constituyen la regla.

En la historia de los debates marxistas, los *esquemas de reproducción* que se acaban de explicar desempeñaron un importante papel a comienzos del siglo XX: en base a ellos se discutió si era posible, al menos en principio, un capitalismo sin crisis, y qué perspectivas de desarrollo tenía el capitalismo en países con escaso desarrollo capitalista, como Rusia (cf. sobre este debate Rosdolsky 1968b, Milios/Economakis 2003). Pero en estas discusiones se otorgó demasiada potencia explicativa a estos esquemas. Si bien es cierto que exponen una visión global de la producción y la circulación capitalista, no son ni mucho menos una representación de la reproducción capitalista tal y como ésta se presenta empíricamente. La unidad del proceso de producción y de circulación expresada en los esquemas de reproducción sólo constituye la base sobre la que pueden ser tratadas de la manera apropiada categorías como el beneficio, el interés, la ganancia empresarial, el capital accionarial, etc., en las cuales se expresan relaciones más concretas.

Capítulo VII

Beneficio, beneficio medio y la «ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio»

Del capítulo VII al X se tratarán temas del libro tercero de *El Capital*. En este libro encontramos por primera vez aquellas categorías que expresan la «empiria» de las relaciones capitalistas, es decir, la forma en que el modo de producción capitalista se presenta inmediatamente a la percepción. La conexión de los tres libros de *El Capital* la caracteriza Marx del siguiente modo al comienzo del libro tercero:

> «En el libro primero se investigaron los fenómenos que presenta el *proceso de producción* capitalista considerado para sí, como proceso directo de producción. (...) Pero este proceso directo de producción no agota el curso vital del capital. En el mundo real se completa con el *proceso de circulación*, y éste constituyó el objeto de las investigaciones del libro segundo. Aquí se mostró (...) que el proceso de producción capitalista, considerado en su totalidad, es la unidad del proceso de producción y del proceso de circulación. En este libro tercero no se trata de formular reflexiones generales sobre esta unidad. Se trata más bien de descubrir y de exponer las formas concretas que surgen del *proceso de movimiento del capital considerado como un todo*. (...) Las configuraciones del capital, tal y como se desarrollan en este libro, se aproximan paulatinamente, por tanto, a la forma en que aparecen en la superficie de la sociedad, en la acción recíproca de los distintos capitales, en la competencia, y en la conciencia habitual de los agentes de la producción» (MEW 25, p. 33 / 29-30).

I Precio de coste, beneficio y tasa de beneficio. Categorías y mistificaciones espontáneas

El valor de toda mercancía producida de forma capitalista se puede expresar como $c + v + p$, en donde c expresa el valor de los medios de producción consumidos y $v + p$ expresa el nuevo valor producido por medio del gasto de trabajo vivo. Para el capitalista es esencial $c + v$: indica lo que le cuesta la mercancía al capitalista. Marx designa esta magnitud como el *precio de coste* de la mercancía.

En la generación de valor, c y v desempeñan papeles completamente diferentes: el valor de los medios de producción consumidos se transfiere al producto; en cambio, el valor de la fuerza de trabajo no tiene absolutamente nada que ver con el valor del producto, lo que se transfiere al producto es un nuevo valor, que resulta del gasto de fuerza de trabajo. Este nuevo valor es igual a v + p (cf. capítulo V.I).

Pero los distintos papeles que tienen c y v en la generación de valor no son inmediatamente perceptibles: en la forma de salario parece que todo el trabajo es trabajo pagado. Con v parece pagarse la contribución de valor del trabajo al producto acabado, de la misma manera que con c parece pagarse la contribución de valor de los medios de producción consumidos; no se percibe una diferencia fundamental entre ambos componentes del capital. La única diferencia que ve el capitalista es la diferencia entre capital fijo y circulante. Pero esta diferencia no tiene nada que ver con la generación de valor, sino con el momento en que refluye el valor (cf. capítulo VI.II).

En primer lugar, el plusvalor p es sólo un excedente del valor de la mercancía sobre su precio de coste, es decir, sobre el valor del capital gastado en su producción. Para el capitalista está claro que este excedente de valor tiene su causa en los procesos productivos que ocurren con el capital. Pero ya que el capitalista no ve ninguna diferencia entre la participación de cada una de las partes del capital con respecto a la generación de valor, este excedente parece surgir en la misma medida de todas las partes del capital (del capital constante y del variable, de la misma manera que del capital fijo y del circulante)[1].

El plusvalor como resultado del capital total adelantado es el *beneficio*. En el beneficio se refiere la misma magnitud al valor del capital total adelantado, en vez de referirla al valor de la fuerza de trabajo. Pero el beneficio no es sólo otra expresión para el plusvalor, lo relevante es que al beneficio va unida una representación totalmente diferente, que «mistifica» las relaciones reales. El plusvalor es el excedente del nuevo valor creado por el trabajo vivo sobre el valor de la fuerza de trabajo; el gasto de trabajo vivo es la causa del plusvalor (en condiciones capitalistas). Por el contrario, el beneficio es el excedente del valor de la mercancía sobre la parte del capital adelantado consumido en su producción; el capital aparece aquí como la causa del beneficio. Marx resume la diferencia entre el plusvalor y el beneficio de la siguiente manera:

> «En el plusvalor ha salido a la luz la relación entre capital y trabajo; en la relación entre capital y beneficio (...) aparece el capital como relación consigo mismo, una relación en la que se distingue como suma originaria de valor respecto de un nuevo valor puesto por él mismo. Lo que está en la

[1] Tanto en la economía política clásica como en la teoría económica actual se dan interpretaciones completamente diferentes sobre la causa que origina este excedente de capital.

conciencia es que el capital engendra este nuevo valor durante su movimiento a través del proceso de producción y del proceso de circulación. Pero el modo como ocurre esto es algo que se presenta mistificado, y parece proceder de cualidades ocultas que le son inherentes al capital mismo» (MEW 25, p. 58 / 55-56).

La mistificación de las relaciones reales que se da en el beneficio tiene como presupuesto otra mistificación, a saber, el salario como pago del trabajo: sólo porque el salario aparece no como pago del valor de la fuerza de trabajo, sino como pago del valor del trabajo, puede aparecer el plusvalor como beneficio, esto es, como fruto del capital.

Pero el plusvalor en la forma del beneficio no es sólo una representación mistificada de las relaciones reales; esta representación tiene relevancia práctica, pues el capitalista sólo está interesado en el beneficio como excedente del valor de la mercancía sobre el capital necesario para su producción. Por lo tanto, para él la medida de la valorización no es la tasa de plusvalor p/v, sino la *tasa de beneficio* p / (c + v). En cada adelanto de capital, el capitalista está interesado en una tasa de beneficio lo más alta posible, ésta es la magnitud decisiva para la actuación práctica de los capitalistas.

La tasa de beneficio –en condiciones por lo demás invariables– puede aumentar por una elevación de la tasa de plusvalor (cf. capítulo V: la producción de plusvalor absoluto y relativo). Pero la tasa de beneficio también puede incrementarse con una tasa de plusvalor constante (e incluso decreciente). Para ello hay básicamente tres posibilidades:

(1) *Economía en el empleo del capital constante.* Se manejan de manera más económica los elementos del capital constante. Tal ahorro puede surgir de un *aumento del volumen de producción*: una producción dos veces mayor no necesita forzosamente el doble de energía, edificios, etc. Esto ocurre especialmente cuando la ampliación de la producción se obtiene por medio de una prolongación del tiempo de trabajo: en una empresa que tenga dos turnos se puede producir, con las mismas máquinas y edificios, el doble que en una empresa que tenga un solo turno; solamente tienen que duplicarse las materias primas. Con una tasa de plusvalor constante se duplican el plusvalor y el capital variable, pero el capital constante aumenta mucho menos del doble, de modo que la tasa de beneficio experimenta un enorme crecimiento. Por eso el capitalista también se puede permitir el pago de horas extra y el pago de suplementos por trabajo nocturno. Esto hace que disminuya algo la tasa de plusvalor, pero a pesar de ello aumenta la tasa de beneficio debido al enorme ahorro de capital constante.

Con un *volumen de producción que permanezca invariable* se puede conseguir un ahorro de capital constante por medio de una utili-

zación más racional de las materias primas y de la energía, pero también a costa de los trabajadores y trabajadoras, ahorrando en las medidas preventivas para la seguridad laboral, asumiendo procesos de trabajo nocivos para la salud, etc.

En el capítulo V.III ya se habló del ahorro en el empleo de capital constante, pero sólo como un factor que abarata el producto. Ahora se pone de manifiesto que dicho ahorro eleva al mismo tiempo la tasa de beneficio.

(2) *Economía en la producción de capital constante.* Si disminuye el valor de los elementos del capital constante, se reduce el valor del capital constante sin que tenga que producirse ningún cambio en el modo de producción concreto. El aumento de la tasa de beneficio en una esfera se debe entonces al aumento de la fuerza productiva en otra esfera.

(3) *Aceleración de la rotación del capital.* Si un capital rota dos veces en un año, se produce el doble de plusvalor que en el caso de un capital que, bajo condiciones por lo demás idénticas, sólo rota una vez en un año. Por consiguiente, la tasa de beneficio del primer capital sería el doble que la del segundo. Cada aceleración de la rotación del capital eleva la tasa de beneficio.

II Beneficio medio y precio de producción

A partir de los métodos señalados para elevar la tasa de beneficio con una tasa de plusvalor constante, se pone de manifiesto que dos capitales que producen con la misma tasa de plusvalor tienen una tasa de beneficio distinta: si en el mismo tiempo de rotación presentan una *composición de valor distinta*; o si con la misma composición de valor tienen un *tiempo de rotación distinto*.

Vamos a ilustrarlo con un ejemplo numérico. Supongamos que la tasa de plusvalor se mantiene uniforme en el 100% y prescindimos del capital fijo. Los dos capitales A y B tienen el mismo tiempo de rotación, digamos un año. Para el capital A sea $c = 90$ y $v = 10$, para el capital B sea $c = 60$ y $v = 40$. El capital A produce un plusvalor $p = 10$, por lo que su tasa de beneficio asciende a $10 / (90 + 10) = 10\%$. El capital B produce un plusvalor $p = 40$, por lo que su tasa de beneficio asciende a $40 / (60 + 40) = 40\%$. Distintas composiciones de valor dan lugar a tasas de beneficio distintas: cuanto más alta sea la composición de valor, más baja será la tasa de beneficio.

Consideremos ahora un capital C que tenga la misma composición de valor que el capital A, pero que rote dos veces al año. Por lo tanto, su plusvalor es $2 \times 10 = 20$ y su tasa de beneficio $20 / (90 + 10) = 20\%$, mientras que el capital A sólo alcanzaba una tasa de beneficio del 10%.

Cuanto menor sea el tiempo de rotación, más alta será la tasa de beneficio (anual).

Sin embargo, los capitalistas no pueden escoger libremente la composición de valor y el tiempo de rotación del capital, sino que están sujetos a las condiciones concretas de cada sector: en una fábrica de acero, por ejemplo, se cuenta con mucho más capital constante en relación al variable que en la industria textil. Si las mercancías fueran «vendidas a sus valores», es decir, si los precios normales de las mercancías fueran la expresión adecuada del valor de las mercancías, tendría que haber tasas de beneficio completamente distintas en cada uno de los sectores, incluso si la tasa de plusvalor (esto es, la explotación de la fuerza de trabajo) fuera igual en todas partes.

El único fin del capital es la valorización. El único interés de los poseedores de capital, en tanto que se comportan como capitalistas, es decir, como capital personificado (cf. capítulo V.I), consiste en conseguir la mayor valorización posible de su capital adelantado. Si distintos sectores presentan tasas de beneficio diferentes, los poseedores de capital intentarán retirar su capital de los sectores con bajas tasas de beneficio e invertirlo en sectores con tasas de beneficio más altas. Si es posible el movimiento de capital entre los sectores (y no lo impiden, por ejemplo, restricciones legales), afluirá cada vez más capital a los sectores con altas tasas de beneficio y abandonará los sectores con bajas tasas de beneficio. Esto conduce a un aumento de la oferta de mercancías en los sectores con elevada tasa de beneficio y a una disminución en aquellos sectores que tengan una baja tasa de beneficio. A causa de la competencia entre capitalistas, la oferta creciente en los sectores con una elevada tasa de beneficio inicial da lugar a una disminución de los precios de venta, y finalmente a una disminución de la tasa de beneficio, mientras que la oferta decreciente en los sectores con una baja tasa de beneficio inicial conlleva un aumento de los precios, y finalmente un aumento de la tasa de beneficio. Las distintas tasas de beneficio se nivelan en una *tasa de beneficio media* o *general*.

La competencia entre los capitalistas, su persecución de una tasa de beneficio lo más alta posible, lleva a dos resultados: por un lado, los precios *no son una expresión adecuada del valor*, y esto no sólo accidental y transitoriamente, sino de manera permanente; por otro lado, sobre la base de estos precios se constituye una tasa media de beneficio tendencialmente igual para todos los capitales. Los precios con los que se obtiene esta tasa media de beneficio son denominados por Marx *precios de producción*.

El beneficio medio que obtiene un capital es igual al precio de coste de la mercancía (los costes de los medios de producción y los salarios por unidad de mercancía) multiplicado por la tasa media de beneficio. Los

precios de producción resultan de la suma del precio de coste y del beneficio medio[2]. Si los gastos en medios de producción ascienden a 100 euros, los gastos en salarios a 20 euros y la tasa media de beneficio es del 10%, entonces el precio de coste de la mercancía es de 120 euros, el beneficio medio de 12 euros y el precio de producción de 132 euros.

Este beneficio medio se le presenta al capitalista como un recargo sobre el precio de coste. Para el capitalista, el importe de su beneficio individual parece depender de dos magnitudes: por una parte, del precio de venta que «marca el mercado», por tanto, del precio al que puede vender la mercancía; por otra parte, de la cuantía del precio de coste. Si puede reducir el precio de coste, por ejemplo, utilizando más maquinaria y menos fuerza de trabajo (cf. capítulo V.II sobre la producción de plusvalor relativo), puede alcanzar un beneficio mayor que el beneficio medio –obtiene, pues, un beneficio extra– y, a pesar de ello, vender al precio de mercado.

El beneficio efectivo de un capital, que puede diferir del beneficio medio, parece depender, por un lado, de condiciones objetivas (de los precios en el mercado) y, por otro, de la habilidad subjetiva del capitalista (para producir con un precio de coste más bajo). El hecho de que el beneficio resulta de la apropiación de plustrabajo no es perceptible. Al contrario: si el capitalista logra producir empleando menos trabajo, por lo general aumenta su beneficio.

Ahora bien, en realidad, el beneficio medio depende también del plusvalor: no del plusvalor del capitalista *individual*, sino del plusvalor que se produce en el conjunto de la economía, esto es, del plusvalor del *capital social global*. La nivelación de las tasas de beneficio en una tasa general de beneficio no significa otra cosa que una redistribución del plusvalor social global. Si las mercancías se intercambiaran a sus valores, cada capitalista obtendría el plusvalor que ha producido por medio de su capital individual y las tasas de beneficio de los capitales individuales serían muy distintas. Si las mercancías se intercambian a sus precios de producción, cada capitalista obtiene en promedio un beneficio proporcional a la magnitud de su capital adelantado, lo que significa que cada capital obtiene en promedio la misma tasa de beneficio. Los capitalistas se comportan con respecto al beneficio medio como los accionistas de una sociedad anónima: la ganancia porcentual es la misma para todos, y cada uno obtiene una participación en la ganancia de la empresa que es proporcional a la cantidad que ha invertido.

Marx ha planteado en el libro tercero de *El Capital* un método de conversión *cuantitativo* para pasar de un sistema de valores (esto es, c, v y p están dados para los diversos sectores, y dentro de un sector son igua-

[2] Para simplificar el cálculo, prescindimos aquí nuevamente del capital fijo y suponemos un tiempo de rotación de un año.

les para todos los capitales) a un sistema de precios de producción. Sin embargo, se ha comprobado que este método de cálculo es erróneo. Marx también percibió que este método contiene algunos fallos (MEW 25, p. 174), pero subestimó la repercusión de los mismos. El «problema de la transformación», esto es, la cuestión de cómo (y de si es posible en general) se pueden transformar magnitudes de valor en precios de producción, ha sido objeto de intensas discusiones en los últimos cien años (analizo este debate de una manera detallada en Heinrich 1999, p. 267 y ss.).

Pero en el marco de una teoría *monetaria* del valor no es posible que haya ningún tipo de procedimiento de conversión de valores en precios de producción[3]. La «transformación de valores en precios de producción» representa más bien un *desarrollo conceptual ulterior* de la determinación formal de la mercancía.

Se puede hablar de un *intercambio a valores* mientras el momento de determinación del intercambio es la relación del tiempo de trabajo gastado individualmente con el trabajo social global. Para que el trabajo gastado individualmente se ratifique como generador de valor, tienen que consumarse en el cambio las tres reducciones mencionadas en el capítulo III.III. En la mercancía allí analizada (es decir, la mercancía tal y como se ha expuesto en el capítulo III), se trata fácticamente de la mercancía producida de forma capitalista, pero en su análisis se hizo abstracción del capital.

Los conceptos así obtenidos, como valor, magnitud del valor, dinero, etc., constituyen, por tanto, el supuesto categorial para poder exponer el proceso de producción y el proceso de circulación del capital (véanse los capítulos V y VI). Pero el capital del que se trata en este análisis no es ni mucho menos el capital individual que se presenta empíricamente. Sólo después de que se haya expuesto el capital como unidad del proceso de producción y del proceso de circulación, se ha llegado al punto en que se pueden tratar las propiedades fundamentales del capital individual que se presenta empíricamente.

La *transición del valor y del plusvalor al precio de producción y al beneficio medio* no tiene que ver con una sucesión histórica (o temporal en general), sino con una transición entre distintos *niveles de la exposición*: al nivel del valor y del plusvalor, la forma capitalista del proceso social de intercambio se expresa todavía de forma abstracta, el intercambio sólo está determinado por la relación entre el trabajo gastado indivi-

3 El gran interés de Marx por un procedimiento de conversión cuantitativo es expresión de sus ambivalencias, ya mencionadas anteriormente (capítulo III.III, nota 10): en ciertos lugares permanece atrapado en la teoría no-monetaria del valor de los clásicos, que él precisamente acababa de superar. Si el valor queda fijado a la mercancía individual independientemente del intercambio (que era la concepción predominante también en el marxismo tradicional), entonces se presenta efectivamente un «problema de transformación cuantitativo».

dualmente y el trabajo global; al nivel del precio de producción y del beneficio medio, el intercambio está determinado asimismo por la relación entre el capital individual y el capital social global, por lo que aquí se pone de manifiesto que en el intercambio no sólo se trata del proceso social de productores de mercancías, sino del proceso social de productores *capitalistas* de mercancías[4].

III La «ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio»: una crítica

A finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX era un hecho empírico indiscutido que la tasa media de beneficio cae tendencialmente en los países capitalistas desarrollados. Lo que se discutía eran las causas de esta caída de la tasa de beneficio. Para ello puede haber causas muy distintas, por ejemplo, el aumento de los salarios o el encarecimiento de las materias primas. Pero las causas mencionadas son de naturaleza accidental y transitoria: los salarios también pueden disminuir, y las materias primas abaratarse, de forma que la tasa de beneficio suba de nuevo.

Lo que Marx quería mostrar con el título «ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio» era que, independientemente de tales causas transitorias, hay una tendencia a la caída de la tasa de beneficio que surge de «la esencia del modo de producción capitalista» (MEW 25, p. 223 / 271). Es decir, prescindiendo de todas las circunstancias particulares, las propiedades generales del desarrollo capitalista dan lugar a una caída tendencial de la tasa de beneficio. La cuestión de si Marx ha conseguido probar esto ha sido y sigue siendo sumamente controvertida.

Al comienzo de este capítulo se mostró que la tasa de beneficio puede aumentar por un ahorro de capital constante o por una aceleración de la rotación del capital. Pero la verdadera fuente de la valorización es la explotación de la fuerza de trabajo. En el capítulo V se puso de manifiesto que hay dos posibilidades fundamentales para incrementar la explotación de la fuerza de trabajo: la prolongación del tiempo de trabajo («producción de plusvalor absoluto») y la reducción del valor de la fuer-

[4] En este sentido, el proceso de la competencia esbozado más arriba no supone una transición temporal de un *sistema de valores* a un *sistema de precios de producción* (ya que no hay capitalismo con intercambio a valores), sino una transición de un sistema de precios con tasas de beneficio distintas a un sistema de precios con tasas de beneficio (tendencialmente) iguales. Por medio de los aumentos de la fuerza productiva, de las modificaciones de la demanda, etc., se producen siempre nuevos desplazamientos de los precios y tasas de beneficio, distintas en cada una de las esferas, por lo que el proceso de nivelación mediado por la competencia tiene lugar permanentemente.

za de trabajo por medio del aumento de la fuerza productiva del trabajo («producción de plusvalor relativo»). Pero la prolongación del tiempo de trabajo sólo es posible de forma limitada. El método capitalista típico para aumentar la explotación es la producción de «plusvalor relativo», esto es, a través del empleo de máquinas mejores. La revolución permanente de la producción, así como la creciente sustitución de trabajo humano vivo por máquinas nuevas y más eficientes, es la imagen que ofrece el modo de producción capitalista desde finales del siglo XVIII. Ningún otro modo de producción anterior al capitalismo ha conocido un desarrollo tan acelerado de la fuerza productiva.

En el capítulo V.II se expuso que los capitalistas individuales introducen aumentos de la fuerza productiva para obtener un plusvalor adicional (o mejor dicho, como lo podemos expresar ahora: *un beneficio extra que se sitúe por encima del beneficio medio*). Este beneficio extra desaparece cuando se generaliza el aumento de la fuerza productiva. Entonces disminuye el valor (o el precio de producción) de las mercancías producidas. En tanto que se trate de mercancías que entran en el consumo del trabajador, disminuye también el valor de la mercancía fuerza de trabajo, por lo que el resultado es el aumento de la tasa de plusvalor.

Pues bien, Marx quiere demostrar que la tasa media de beneficio cae debido a este modo de aumentar la fuerza productiva típico del capitalismo: como resultado de la caza constante de beneficio extra se va a presentar, tras la generalización de las nuevas condiciones de producción, no sólo un valor más bajo, sino también (a espaldas de los capitalistas individuales y contra su voluntad) una tasa media de beneficio más baja. Para Marx, la caída tendencial de la tasa de beneficio y el desarrollo capitalista de la fuerza productiva son dos caras de la misma moneda. Si hubiera podido demostrar esta conexión de forma concluyente, habría mostrado, en efecto, que la caída de la tasa de beneficio pertenece a la «esencia» del capitalismo. Vamos a examinar ahora de manera más precisa su argumentación.

Si baja la tasa media de beneficio, no tienen que bajar las tasas de beneficio de todos los capitales, pero sí las de la mayoría, o al menos las de los mayores capitales. Si la caída de la tasa de beneficio es efectivamente una tendencia típica, tiene que poder mostrarse también en un capital individual típico. Los argumentos de Marx se refieren a tal capital individual típico. A continuación, argumentaremos como él, pero al nivel del valor (los precios de producción traen consigo complicaciones adicionales), prescindimos del capital fijo y suponemos un tiempo de rotación de un año. El valor del producto es entonces $c + v + p$ y la tasa de beneficio $p / (c + v)$.

Como se discutió en el capítulo V, el aumento de la fuerza productiva por medio de la instalación de maquinaria da lugar al incremento de

la tasa de plusvalor p/v y de la composición de valor del capital c/v. El desarrollo cuantitativo de ambas magnitudes es decisivo para el movimiento de la tasa de beneficio. Si en la fórmula anterior se dividen el numerador y el denominador por v (lo cual no modifica el valor numérico de la fracción), obtenemos la siguiente expresión para la tasa de beneficio:

$$\frac{p}{c + v} = \frac{p/v}{c/v + v/v} = \frac{p/v}{c/v + 1}$$

Aquí se puede ver que la tasa de beneficio está determinada por la tasa de plusvalor y por la composición de valor.

Marx apoya su fundamentación de la caída tendencial de la tasa de beneficio en el aumento de c/v. Si p/v no se modificase, el aumento de c/v conduciría automáticamente a una bajada de la tasa de beneficio (el numerador de nuestra fracción permanece constante y el denominador aumenta, por lo que disminuye el valor de la fracción). Sin embargo, Marx afirma que la tasa de beneficio caería también en el caso de una tasa de plusvalor creciente.

Si aumenta tanto la tasa de plusvalor p/v como la composición del capital c/v, entonces la tasa de beneficio cae sólo si c/v + 1 (el denominador de la fracción) aumenta *más rápidamente* que p/v (el numerador). Para demostrar que la tasa de beneficio cae inevitablemente, no basta con demostrar que c/v aumenta, hay que demostrar que c/v *aumenta en una determinada proporción*, tiene que demostrarse que c/v aumenta en tal medida que se cumple la condición que se acaba de mencionar. Y aquí se encuentra la dificultad principal para cualquier demostración de la «ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio»: no es posible una afirmación general sobre *la proporción del aumento* de c/v. En un caso puede obtenerse un determinado aumento de la productividad por medio de una pequeña cantidad adicional de capital constante; c/v aumenta muy poco, lo que puede tener como consecuencia que la tasa de beneficio aumente debido al aumento de la tasa de plusvalor. En otro caso, es necesaria una mayor cantidad de capital constante adicional para el mismo aumento porcentual de la fuerza productiva; se produce entonces un gran aumento de c/v, y puede ocurrir que baje la tasa de beneficio.

Ahora bien, Marx no intenta realizar una demostración directa de que c/v crece siempre en una proporción tal que la tasa de beneficio cae. En lugar de eso, parte de la *masa de plusvalor*. Todo el plusvalor de un capital resulta del plusvalor medio per cápita multiplicado por el número N de fuerzas de trabajo, siendo el plusvalor medio per cápita igual a

la tasa de plusvalor $p/\hat{v}$ multiplicada por el salario medio per cápita v_c. Por lo tanto, el plusvalor total p será:

$$p = p/v \cdot v_c \cdot N$$

Si se reduce el número de fuerzas de trabajo, disminuye el plusvalor producido. Pero si aumenta simultáneamente la tasa de plusvalor, se puede compensar la reducción del número de fuerzas de trabajo y seguir produciendo la misma masa de plusvalor; sin embargo, sólo dentro de determinados límites, pues el plusvalor per cápita no puede ser tan grande como se quiera. Esto se puede demostrar con un sencillo ejemplo (cf. MEW 25, p. 257 / 318). Supongamos que 24 fuerzas de trabajo suministran cada día dos horas de plustrabajo, lo que da como resultado un total de 48 horas de plustrabajo. Si ahora se reduce a dos el número de fuerzas de trabajo, estas 2 fuerzas de trabajo no pueden suministrar 48 horas de plustrabajo al día, independientemente de cuál sea la magnitud de la tasa de plusvalor. Este resultado se puede generalizar: si el número de fuerzas de trabajo empleadas disminuye considerablemente, en algún momento disminuye también la masa de plusvalor producida, independientemente de lo elevado que sea el aumento de la tasa de plusvalor.

Marx creyó que de este modo había demostrado suficientemente la ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio. Pero no es así. Una masa de plusvalor m decreciente sólo indica *con seguridad* una caída de la tasa de beneficio si el capital global c + v que es necesario para la producción de esta masa de plusvalor no cae a su vez, sino que al menos permanece constante. Y esto es lo que Marx presupone tácitamente en su ejemplo. Ahora bien, esta suposición resulta problemática. Siguiendo con el mismo ejemplo, si en vez de 24 trabajadores sólo están empleados 2, los salarios que hay que pagar serán menores. En el caso de permanecer constante el valor de la fuerza de trabajo, el capital variable se reduciría a 1/12 de su anterior valor. Ya que la tasa de plusvalor aumenta enormemente, habría que utilizar mucho menos de 1/12 del capital variable anterior para las 2 fuerzas de trabajo que quedan. Para que se mantenga igual el volumen del capital global no basta con que el capital constante c aumente, tiene que aumentar en una determinada cuantía, a saber, tanto como haya disminuido el capital variable. Pero no es posible responder a nivel general si éste es efectivamente el caso: no sabemos si el aumento de la fuerza productiva se consiguió con una cantidad mayor o menor de capital constante adicional.

Si el capital constante no aumenta tanto como para igualar la reducción del capital variable, entonces disminuye el capital global adelantado. En este caso tenemos una masa de plusvalor decreciente con capital decreciente. El que caiga la tasa de beneficio depende de qué caiga más

rápido, la masa de plusvalor o el capital adelantado. Si cae más rápido la masa de plusvalor, baja la tasa de beneficio; si cae más rápido el capital adelantado, sube la tasa de beneficio, a pesar de la disminución de la masa de plusvalor.

Por lo tanto, al contrario de lo que Marx pensaba, no podemos partir de una «ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio». Eso no significa que la tasa de beneficio no pueda caer, es perfectamente posible que caiga, pero también puede aumentar. Al nivel general al que argumenta Marx en *El Capital*, no es posible fundamentar una *tendencia* permanente a la caída de la tasa de beneficio[5].

Ahora bien, la pregunta es si la crítica económica de Marx pierde realmente tanto prescindiendo de la «ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio». Muchos marxistas vieron en esta «ley» el fundamento de la teoría de las crisis, razón por la cual se discutió de manera tan vehemente sobre ella. Sin embargo, en el capítulo IX veremos que la teoría de las crisis no depende en absoluto de esta «ley».

Para Marx, no obstante, esta ley expresaba algo más general, a saber,

> «que el modo de producción capitalista encuentra una barrera en el desarrollo de las fuerzas productivas que no tiene nada que ver con la producción de riqueza en cuanto tal; y esta peculiar barrera atestigua la limitación y el carácter puramente histórico, transitorio, del modo de producción capitalista» (MEW 25, p. 252 / 310).

Pero la limitación del modo de producción capitalista se manifiesta ya en el hecho de que el desarrollo de las fuerzas productivas y la producción de riqueza están subordinados a la valorización del valor, y este obtuso fin desata una multitud de fuerzas destructivas contra el ser humano y la naturaleza. El hecho de que aumente o disminuya la expresión de la valorización en la contabilidad capitalista no cambia en nada el carácter fundamentalmente obtuso del modo de producción capitalista.

---

[5] Una confrontación con las posiciones que defienden la «ley» de Marx, así como un examen de otros aspectos de esta «ley», puede verse en Heinrich (1999, p. 327 y ss.).

Capítulo VIII

Interés, crédito y «capital ficticio»

I Capital que devenga interés, interés y ganancia empresarial. Consumación del fetichismo del capital

Es probable que desde que existe el dinero se haya prestado también a cambio de un interés. El capital que devenga interés existía ya mucho antes de que el conjunto de la economía se organizase de forma capitalista; lo encontramos en las formaciones sociales más diversas, tanto en la antigua sociedad esclavista como en la sociedad feudal medieval. En las sociedades preburguesas se endeudaban, por un lado, los príncipes y los reyes, para financiar su consumo suntuario o para financiar las guerras; las deudas y los intereses eran reembolsados por medio de los impuestos y las conquistas. Por otro lado, se endeudaban los campesinos y los artesanos que se encontraban en situaciones de necesidad; tenían que reembolsar las deudas por medio de los rendimientos de su trabajo, algo que con frecuencia –dada su miseria y los tipos de interés del veinte o del treinta por ciento, y en ocasiones aún más altos– no les era posible de ningún modo, por lo que a menudo perdían todas sus propiedades, incluida su casa. La expropiación por parte de los «usureros» era un fenómeno común. El prestamista aparecía como una «sanguijuela», y de esta situación sólo podía resultar el odio al usurero.

En condiciones capitalistas, es decir, cuando también la producción está organizada de forma capitalista, el préstamo de dinero tiene lugar en una situación completamente distinta. Sobre la base de la producción capitalista, una suma de dinero se puede transformar en capital y se puede esperar que este capital rinda el beneficio medio. El dinero no es sólo, como en la circulación simple, expresión autónoma del valor y por ello intercambiable por cualquier mercancía. El dinero es ahora *capital potencial*:

> «Este carácter de capital potencial, de medio para la producción de beneficio, lo convierte en mercancía, pero una mercancía *sui generis*. O lo que es lo mismo, el capital como capital se convierte en mercancía» (MEW 25, p. 351 / 434).

La venta de esta peculiar mercancía tiene también una forma peculiar: se presta. Lo que se «vende» con ello es la capacidad del dinero (capacidad que tiene en condiciones capitalistas) de producir un beneficio en un determinado espacio de tiempo. El «precio» que hay que pagar por esta mercancía peculiar es el *interés*. El interés se paga con el beneficio que se ha obtenido por medio del dinero.

Ciertamente, también toman dinero a préstamo los no-capitalistas, por ejemplo, los asalariados –sea en una situación de precariedad o para financiar una compra– y tienen que reembolsar el crédito por medio de sus salarios. Tales «créditos a los consumidores» son muy significativos y desempeñan también un importante papel para el desarrollo del proceso de acumulación, ya que contribuyen a la estabilización de la demanda. Pero lo que es nuevo en el capitalismo es que una gran parte de los créditos sirve para el *enriquecimiento de los deudores*: toman dinero a préstamo *para utilizarlo como capital*. Esta forma de crédito, que en las sociedades precapitalistas sólo aparecía en casos excepcionales, es la forma de crédito típica para las empresas capitalistas, la forma que domina a todas las demás. Por consiguiente, la forma de circulación particular del capital que devenga interés en condiciones capitalistas es:

D – D – M – D' – D''

El capital que devenga interés *se adelanta dos veces*: una vez por su poseedor al capitalista industrial y otra por el capitalista industrial para financiar el proceso de producción del que se espera obtener un beneficio. A continuación se produce también un *doble reflujo*: primero al capitalista industrial y de éste otra vez al poseedor de dinero. El reflujo al capitalista industrial contiene (en el caso de que la valorización tenga lugar con éxito) un beneficio, y el reflujo al poseedor de dinero contiene un interés, que se paga por medio del beneficio.

El hecho de que el interés se pague por medio del beneficio no nos dice todavía nada sobre el importe del tipo de interés. En condiciones capitalistas «normales», el tipo de interés se situará por encima de cero (de lo contrario los poseedores de dinero no prestarían su dinero), pero por debajo del beneficio medio (de lo contrario los capitalistas industriales no demandarían capital adicional)[1]. El importe correspondiente del tipo de interés depende de la situación de la oferta y la demanda que haya en ese momento; no existe una tasa «natural» de interés, ni una relación «natural» entre el tipo de interés y la tasa media de beneficio[2].

---

[1] En situaciones anormales, por ejemplo en una época de crisis aguda, los capitalistas demandan crédito no para conseguir un beneficio adicional, sino para cumplir con sus obligaciones de pago existentes y evitar una quiebra. En tales situaciones, el tipo de interés puede situarse por encima de la tasa media de beneficio.

[2] De hecho, encontramos en cada momento no sólo *un* tipo de interés, sino distintos tipos de interés, dependiendo de la duración del crédito. Estos tipos de interés se mueven den-

Al capitalista que posee capital que devenga interés lo designa Marx como *capitalista dinerario*, y al que toma prestado este capital como *capitalista activo*; en sus manos el capital que devenga interés se convierte en *capital activo* en el proceso de reproducción. El capital activo correspondiente arroja un determinado beneficio, el beneficio bruto, que puede situarse por encima o por debajo del beneficio medio. El interés se paga de este beneficio bruto, y lo que sobra es la *ganancia empresarial* que obtiene el capitalista activo.

La división del beneficio bruto en interés y ganancia empresarial es, en primer lugar, una división *cuantitativa*. Sin embargo, esta división cuantitativa se consolida en una división cualitativa, que también incluyen en sus consideraciones aquellos capitalistas que no toman prestado capital.

El capitalista dinerario es propietario de capital que devenga interés. Al ceder a otro la disposición sobre su propiedad, recibe un interés. Así pues, el *interés* parece ser fruto de la *propiedad* de capital, del capital que existe fuera del proceso de producción. Por oposición a ello, la *ganancia empresarial* parece ser resultado de la *actividad* del capital en el proceso de producción. El interés y la ganancia empresarial aparecen, pues, como magnitudes *cualitativamente* distintas, como magnitudes que proceden de fuentes diferentes. Esta apariencia se intensifica aún más por el hecho de que el tipo de interés se configura en el mercado como una magnitud homogénea que no depende de los capitalistas individuales, mientras que la tasa de beneficio del capitalista individual (y con ello también la correspondiente ganancia empresarial como excedente sobre el interés) puede verse influida por las medidas que tome el capitalista activo (ahorro de medios de producción, reducción del tiempo de rotación, etc.; véase capítulo VII.II).

De este modo, la distinción entre interés y ganancia empresarial se vuelve también relevante para el capitalista que no utiliza capital prestado: pues tiene que decidir si presta su capital, obteniendo como propietario del mismo solamente el interés, o si hace actuar él mismo su capital. Pero lo que se le presenta como el verdadero resultado de la actividad no es el beneficio total, sino solamente la ganancia empresarial, ya que el interés lo recibiría en cualquier caso. Si bien es cierto que la clase capitalista en su conjunto no puede elegir de qué modo va a emplear su capital –pues sin capital activo no se podría pagar ningún interés–, el capitalista individual sí tiene la posibilidad de elegir.

El interés es la expresión de la valorización del capital, de la explotación de la fuerza de trabajo. Pero el capital se halla frente al trabajo asalariado sólo dentro del proceso de explotación. En el capital que deven-

tro de un determinado margen, por ejemplo, entre el 4% y el 6%. Si se habla de que sube o baja el interés, lo que se quiere decir con ello es que todo este margen se desplaza o también que se estrecha o se ensancha.

ga interés ya no puede verse esta oposición, pues el capital devenga interés como propiedad de un capitalista que está fuera del proceso de producción. El capitalista que presta dinero no se encuentra frente a los trabajadores asalariados, sino frente al capitalista activo que toma prestado su capital. Así pues, el interés expresa la facultad del capital de apropiarse del producto del trabajo ajeno, pero la expresa como una facultad del capital, que en apariencia le corresponde fuera del proceso de producción, independientemente de su determinación capitalista.

Pero tampoco el capitalista activo parece estar situado frente a los trabajadores asalariados. La ganancia empresarial que obtiene el capitalista activo parece ser independiente de la propiedad de capital (ésta se paga con el interés), parece ser resultado de la actividad dentro del proceso de producción, un proceso de producción que aparentemente no presenta ninguna determinación capitalista, sino que aparece como simple proceso de trabajo. El capitalista no obtiene la ganancia empresarial como propietario, sino como un *trabajador* particular: un trabajador que es responsable de la vigilancia y de la dirección del proceso de trabajo. El trabajo de explotación y el trabajo explotado se consideran en la misma medida como trabajo. El resultado de todo esto es que:

> «Sobre el interés recae la forma social del capital, pero expresada en una forma neutral e indiferente; sobre la ganancia empresarial recae la función económica del capital, pero haciendo abstracción del carácter determinado, capitalista, de esta función» (MEW 25, p. 396 / 489).

Lo peculiar del capital que devenga interés no es el interés, éste sólo es una expresión particular de la valorización del capital, sino la forma aparentemente directa de esta valorización, tal y como se expresa en la fórmula D – D': el dinero parece incrementarse solamente a partir de sí mismo. De ahí que Marx la designe como la «forma más fetichista» (MEW 25, p. 404 / 499) de la relación de capital (sobre el fetichismo del capital que surge del proceso de producción capitalista, cf. capítulo V.III), pues:

> «La relación social se consuma como relación de una cosa, del dinero, consigo misma. (...) Crear valor, arrojar interés es un atributo del dinero, del mismo modo que el de un peral es dar peras» (MEW 25, p. 405 / 500-501).

A esta forma, la «forma más fetichista» de la relación de capital, se le han dirigido históricamente toda una serie de críticas, en las cuales no se ha criticado la relación capitalista misma, sino tan sólo la existencia del interés, de modo que en dichas críticas no se ha visto la conexión entre el interés y la relación de capital. Por un lado, se contrapuso el interés a la relación capitalista «productiva» y se lo criticó moralmente como un ingreso que no se basa en su propio rendimiento. Por otro lado,

se declaró la existencia del interés como la causa de todos los males sociales: en última instancia, toda la sociedad quedaba subyugada, directa o indirectamente, para poder pagar el interés a los poseedores de dinero.

II Dinero crediticio, bancos y «capital ficticio»

En la sección precedente se han considerado las *determinaciones formales* que presenta el capital que devenga interés a diferencia del capital industrial, así como las representaciones invertidas que surgían de ello. Ahora tenemos que ocuparnos de las *instituciones* (históricamente variables) que median el movimiento del capital que devenga interés: los bancos y los mercados de capitales[3].

Los *bancos* son los mediadores del negocio del crédito. Reciben, por un lado, los depósitos de los poseedores de dinero y, por otro, prestan dinero. El tipo de interés que pagan los bancos por los depósitos es más bajo que el tipo de interés crediticio que cobran por sus créditos. De esta diferencia saca el banco sus ingresos. Lo que queda de estos ingresos después de la deducción de los costes es la ganancia del banco[4].

Sin embargo, los bancos no representan solamente una instancia de mediación pasiva, que mueve dinero de una mano a otra, sino que también «crean» dinero: el *dinero crediticio*.

El dinero crediticio es una *promesa de pago* que realiza las funciones del dinero. Surge en el momento en que A toma prestados 100 euros de B y firma un certificado de deuda que se queda B (si el certificado de deuda tiene un plazo de pago fijo y relativamente breve se habla de *letra de cambio*). Este certificado de deuda es una promesa de pago por parte de A. Si ahora B compra una mercancía a C y éste acepta el certificado de deuda como pago, entonces la promesa de pago de A ha actuado como dinero. Junto a los 100 euros iniciales de *dinero en metálico* (el «dinero real» con el que A puede comprar) circulan ahora también 100 euros de *dinero crediticio* (con el que compra B). Este dinero crediticio ha surgido «de la nada» con la concesión del crédito, y con el cumplimiento de la promesa de pago vuelve a desaparecer «en la nada» (el certificado de deuda es destruido).

Por lo general, las promesas de pago no circulan entre las personas privadas, sino entre los bancos o las instituciones bancarias, como las organizaciones de crédito. Si pago con un cheque o una tarjeta de crédi-

3 Incluso por lo que respecta a los conceptos fundamentales, aquí sólo podemos considerar lo más básico. Una introducción pormenorizada se encuentra en Krätke (1995), así como en Itoh/Lapavitsas (1999).

4 Otras fuentes de ingresos de los bancos son las tasas (por ejemplo, por la administración de la cuenta) y las comisiones (por la gestión en la compra y la venta de acciones y títulos).

to, el vendedor no recibe de mí dinero real, sino sólo una promesa de pago (lo que significa que con la presentación del cheque o del resguardo de la tarjeta de crédito recibe el dinero del banco o de la organización de crédito). Pero no soy yo quien garantiza esta promesa, sino el banco[5].

El dinero crediticio (o *dinero contable*, según la denominación usual hoy en día para el dinero crediticio creado por los bancos) surge con cada depósito de dinero en un banco: si ingreso 100 euros de dinero en metálico en mi cuenta, entonces se encuentran 100 euros de dinero en metálico en la caja del banco (que pueden ser utilizados por el banco, por ejemplo, para un crédito) y, por otra parte, aumenta el saldo de mi cuenta (del que puedo disponer a través de un cheque o una transferencia) en 100 euros, por lo que adicionalmente a los 100 euros de dinero en metálico (que han ido a parar de mi bolsillo al banco) han surgido de repente 100 euros de dinero crediticio –o dinero contable– en mi cuenta.

Si ahora el vendedor al que yo le he pagado con mi cheque abona este cheque en su cuenta, el dinero crediticio simplemente se ha transferido de mi cuenta a la suya, y puede actuar en adelante como dinero. Solamente si el vendedor canjea el cheque por dinero en metálico (por tanto, solicita dinero en metálico de la caja del banco), se destruye el dinero crediticio. De hecho, el banco sólo tiene que mantener como reserva en metálico una parte de los 100 euros que yo he ingresado, pudiendo disponer del resto. Ya que la mayoría de los pagos se realizan «por transferencia» de cuenta a cuenta (y normalmente tampoco los créditos tienen que pagarse en efectivo, sino como dinero crediticio), la suma de dinero en metálico que tiene que mantener un banco es sólo una pequeña fracción del dinero crediticio creado por ellos.

En la concesión de un crédito, los bancos no dependen sólo de los depósitos de los poseedores de dinero, también se pueden endeudar con el banco central del Estado. El banco central es la única instancia que puede emitir billetes (dinero en metálico). En una economía cuyo dinero ya no está ligado a una mercancía dineraria, el banco central «crea» el dinero real («real» a diferencia del dinero crediticio, que es sólo una promesa de pagar dinero). El banco central no está sujeto a ningún límite formal en esta creación de dinero.

Mientras el sistema monetario todavía estaba ligado a una mercancía dineraria (por ejemplo, el oro), los billetes de banco no eran dinero real, sino solamente su representante, de modo que la emisión de billetes que podía realizar el banco central estaba limitada por las correspondientes prescripciones de cobertura. La emisión de billetes tenía que estar cubierta en una determinada proporción por las reservas de oro del

5 Normalmente el banco o la organización de crédito sólo garantiza esta promesa de pago hasta una determinada cuantía; pero el vendedor puede confirmar por medio de una simple consulta si el cheque o la tarjeta de crédito son válidos.

banco central. Si se solicitaba canjear los billetes por oro, se reducía su reserva de oro y sólo podía emitir un número menor de billetes. Cuando se presentaban situaciones de crisis, por un lado, salía oro de las reservas del banco central y, por otro lado, aumentaba la necesidad de crédito y los bancos necesitaban más billetes. Pero a causa de la salida de oro, el banco central no podía aumentar la emisión de billetes sin suspender las prescripciones de cobertura, de modo que la mercancía dineraria se mostró como un obstáculo –evitable– para la reproducción capitalista. Actualmente, al no estar ya ligado el sistema monetario a una mercancía dineraria (cf. el final del capítulo III.VII), este obstáculo ha quedado suprimido. Sin mercancía dineraria, el sistema bancario puede reaccionar a las crisis con mayor flexibilidad que antes, pero esto no significa que las crisis mismas se puedan evitar (cf. capítulo IX).

A diferencia de lo que pensaba Marx, que creía imprescindible la existencia de una mercancía dineraria en el capitalismo, se ha hecho patente que un sistema monetario que está ligado a una mercancía dineraria no forma parte del modo de producción capitalista «en su media ideal» (cf. para un análisis más detallado Heinrich 1999, p. 302 y ss.).

En el *mercado de capitales*, los prestatarios y los poseedores de dinero establecen una relación crediticia directa. Los prestatarios, sobre todo las grandes empresas y los Estados, toman dinero prestado directamente de los poseedores de dinero, y prometen por ello un pago fijo de intereses anuales, así como el reembolso del dinero prestado en un plazo fijo: los poseedores de dinero reciben *títulos* a cambio de su dinero, en los que están registradas las condiciones correspondientes (a causa del interés fijo, se habla de *títulos de renta fija*). Dado que el crédito se lleva a efecto sin la participación de los bancos[6], los prestatarios y los prestamistas pueden repartirse la diferencia entre el tipo de interés del depósito y el tipo de interés crediticio de los bancos: por lo general, el tipo de interés del título es menor que el interés crediticio del banco y mayor que el interés del depósito. No obstante, el prestamista asume todo el riesgo de la suspensión del crédito: si quiebra la empresa a la que ha prestado dinero, pierde su dinero; de ahí que generalmente sólo puedan emitir tales empréstitos grandes empresas, de las que se asume que son solventes. En cambio, si uno de los prestatarios del banco quiebra, se reduce la ganancia del banco, pero no afecta a los depósitos mientras el banco mismo no quiebre.

Las empresas no sólo pueden conseguir dinero en el mercado de capitales a través de empréstitos, sino también a través de la emisión de *acciones*. Con una acción se adquiere una participación en la empresa

[6] Los bancos actúan simplemente como mediadores de estas compras y reciben por ello una comisión.

correspondiente, de modo que el accionista se convierte en copropietario. De forma similar a los títulos de renta fija, la acción representa un *derecho*: se tiene derecho a voto en la junta de accionistas, así como a una parte de la ganancia que se reparta (los *dividendos*), en ambos casos en proporción a la participación en la totalidad de las acciones. Sin embargo, no se tiene derecho al reembolso del precio de las acciones por parte de la empresa, y la cuantía de la ganancia a repartir tampoco está fijada, sino que depende de la evolución del negocio.

Los títulos de renta fija y las acciones se pueden vender en el mercado de capitales[7]. Tienen un *precio*, que es su correspondiente *cotización bursátil* o *valor de cotización* (la cotización bursátil del día anterior se puede consultar en la sección económica de los grandes periódicos). Pero estos documentos no tienen ningún *valor*; solamente son *derechos* a un valor (interés y dividendo), lo que se vende son derechos: después de la venta, la empresa ya no paga el interés o dividendo a la persona A, sino a la persona B. Pero en la vida diaria, así como en la teoría económica imperante, no se distingue entre precio y valor: la cotización bursátil se considera como el «valor» de la acción o del título de renta fija.

La cantidad que el poseedor de un *título de renta fija* obtiene (de la cotización bursátil) en la venta depende básicamente del importe del actual interés de mercado. Supongamos que A ha comprado en el último año un título de la empresa Y, ha pagado 1000 euros y ha adquirido por ello el derecho a que la empresa Y le pague durante diez años 50 euros de intereses y después de 10 años los 1000 euros iniciales. A ha adquirido, pues, un título con un valor nominal de 1000 euros y un pago de intereses (referido al valor nominal) del 5%. Sigamos suponiendo que en el siguiente año suben los intereses al 7%, lo que significa que por los nuevos títulos que cuestan 1000 euros se reciben 70 euros como pago anual de intereses. Si ahora A quiere vender su título, no encontrará a nadie que le quiera pagar 1000 euros por él, ya que el pago de intereses está fijado para dicho título en 50 euros. A sólo podrá vender su título si se contenta con menos de 1000 euros: el valor de cotización del título (lo que se obtiene por él en el mercado) cae por debajo del valor nominal al subir los intereses. Si bajan los intereses, el valor de cotización se elevará por encima del valor nominal[8].

---

[7] Utilizo aquí la denominación mercado de capitales como término genérico para el mercado de títulos y el mercado de acciones. A menudo se utiliza también como término genérico «mercado financiero», y en el siglo XIX y a principios del XX era usual la denominación «bolsa». A veces se distingue también entre el mercado de capitales como mercado de empréstitos a largo plazo y el mercado dinerario como mercado de empréstitos a corto plazo.

[8] La cuantía en que aumente o disminuya el valor de cotización depende del plazo de vencimiento del documento (el lapso de tiempo hasta su desembolso), así como de la evaluación de riesgo del deudor (la estimación de su solvencia futura).

Lo mismo parece ocurrir en el caso de la venta de *acciones*, también aquí cambian constantemente las cotizaciones bursátiles. Sin embargo, para su movimiento no es decisivo solamente el dividendo actual, sino sobre todo la *ganancia futura* de la empresa. El dividendo desempeña sólo un papel subordinado, ya que normalmente sólo se reparte una pequeña parte de la ganancia como dividendo a los accionistas; la mayor parte de la ganancia se invierte. Pero la ganancia futura nunca es segura, es una *expectativa*. Si aumentan las expectativas de ganancia, sube también la cotización de las acciones, si disminuyen las expectativas de ganancia o existe una gran incertidumbre al respecto, baja la cotización. En este sentido, lo que se expresa en la evolución de la cotización de las acciones no es la evolución presente, sino las *expectativas de la evolución futura*.

La circulación de títulos y acciones representa una duplicación similar a la que vimos en el caso del dinero crediticio: allí circulaba la promesa de pago junto al dinero real; aquí tenemos, por un lado, el *capital real*, que fluye del poseedor de dinero al empresario y es utilizado por éste, y por otro lado, el *derecho* al pago de intereses o dividendos, que se negocia y circula en función de la cotización cambiante de los valores.

Estos derechos circulantes, tanto los títulos como las acciones, son designados por Marx como *capital ficticio*, a causa de su específica «determinación del valor» (es decir, la determinación de la cotización bursátil que se acaba de esbozar). Pero esto no significa que tales derechos no se puedan hacer efectivos. Se trata más bien de que el capital real, que los poseedores de dinero tenían inicialmente en sus manos en forma de dinero, sólo es adelantado una vez por ellos, en la compra de acciones y empréstitos. A continuación se encuentra en manos de los empresarios y es adelantado por ellos. Los documentos, sean acciones o empréstitos, representan meros derechos a un pago determinado, su «valor» (la cotización bursátil) no tiene nada que ver con la suma de valor que se pagó inicialmente por estos derechos (esta suma de valor existe ahora, por ejemplo, como capital productivo en una empresa o, si se trata de un empréstito estatal, como un gasto por parte del Estado). El «valor» de los documentos es un valor de cálculo, que en el caso de los títulos de renta fija se basa en la comparación del interés del documento y el interés de mercado, y en el caso de las acciones se basa en las expectativas de ganancia[9]. En qué medida este «valor» es estable y con-

[9] En los mercados de capitales no sólo se negocian títulos de renta fija y acciones, sino también toda una serie de documentos que representan solamente derechos a acciones o a títulos, lo que en rigor significa que representan derechos a derechos. Las «innovaciones» que han tenido lugar en las últimas décadas en los mercados financieros internacionales (sobre todo los denominados «derivados») consisten básicamente en el invento de nuevas formas de derechos negociables, por tanto, nuevas formas de capital ficticio.

lleva a largo plazo los pagos correspondientes, es algo que depende de las ganancias efectivas de la empresa en cuestión.

Puesto que las expectativas de ganancia pueden cambiar rápidamente, también pueden cambiar con gran rapidez las cotizaciones de las acciones. De ahí que, en el caso de una fuerte caída de las cotizaciones en bolsa, puedan destruirse en un día millones de euros de valor de cotización (millones de euros de capital ficticio) y en el caso de una fuerte subida de las cotizaciones puedan surgir de repente millones de euros de valor de cotización. Sin embargo, no se trata aquí de la destrucción o surgimiento de sumas atesoradas, con respecto a las cuales sería posible imaginarse un uso mejor, sino del valor *de cálculo* de determinados documentos. Lo que no significa que estos cambios en la cotización sean procesos que carecen de importancia. Si las acciones y los títulos se utilizan como garantías para créditos, estas garantías se devalúan al caer las cotizaciones. El prestatario tiene entonces que aportar garantías adicionales o reembolsar el crédito; en el caso de que no pueda hacerlo, irá a la quiebra. Si el banco tiene demasiadas suspensiones de este tipo, le amenaza igualmente la quiebra.

Las expectativas tienen la tendencia a amplificarse durante un período de tiempo: si sube la cotización de las acciones, muchos quieren subirse al tren, con lo cual aumenta la demanda, sube la cotización y quieren subirse al tren todavía más poseedores de dinero; en cambio, si cae la cotización, muchos quieren deshacerse de sus acciones, aumenta la oferta, la cotización sigue cayendo, etc. Esto tiene como consecuencia fuertes oscilaciones en la evolución de los valores.

III El sistema crediticio como instancia directiva de la economía capitalista

Podemos designar sumariamente a los bancos y a los mercados de capitales como *sistema crediticio*. El movimiento del capital que devenga interés, que se encuentra mediado por este sistema crediticio, no es un mero agregado o una «superestructura» situada por encima del capital industrial. Como se pondrá de manifiesto en seguida, el capital que devenga interés surge de la circulación del capital industrial y, por otra parte, el movimiento del capital industrial no resulta en absoluto posible sin el crédito.

En el capítulo III, habíamos señalado que la teoría del valor de Marx es una teoría monetaria del valor: la mercancía y el dinero no pueden existir, ni tampoco se pueden aprehender conceptualmente, sin referencia al dinero. Se puede decir algo parecido de la relación entre el capital y el crédito. En el marxismo tradicional dominaba tanto una teoría no-

monetaria del valor, como una teoría del capital que reducía el crédito a algo meramente suplementario, algo que en principio no resulta necesario para la existencia y la comprensión del capital.

Con la circulación del capital industrial surgen una serie de fondos que están constituidos por capital temporalmente «desempleado»: como consecuencia de la venta de mercancías refluye capital adelantado, el cual no puede volver a emplearse de inmediato. De estos fondos, los más importantes son el *fondo de acumulación* (constituido por plusvalor que hay que invertir, pero que sólo se puede hacer en un momento posterior, porque, por ejemplo, se requiere una suma mínima para la inversión) y el *fondo de amortización* (constituido por los componentes de valor que refluyen del capital fijo, cf. capítulo VI.II). Hasta que llegue el momento de su inversión, tales fondos se pueden emplear como capital que devenga interés.

En vez de esperar hasta que estos fondos se completen, una parte de la acumulación y la renovación del capital fijo pueden financiarse con un crédito, de modo que los sucesivos reflujos no van a parar al fondo de acumulación o al de amortización, sino que son utilizados para el pago de los intereses y el reembolso del crédito.

Por último, la circulación del plusvalor (esto es, la parte del producto social global cuyo valor corresponde al plusvalor social global) no es posible sin que exista atesoramiento o se concedan créditos: dejando de lado el capital fijo, los capitalistas de un país, en el transcurso de un año, adelantan capital por valor de c + v, pero en este año producen por valor c + v + p. Hay que preguntase, por tanto, de dónde procede el dinero para comprar los productos por valor de p. Una posibilidad es que una parte de los capitalistas, además del capital que han adelantado, dispongan adicionalmente de un cierto atesoramiento, por lo que pueden comprar una parte de p; y los capitalistas que han vendido pueden comprar de nuevo con este dinero al primer grupo de capitalistas, de modo que al final se han vendido todos los productos y las cantidades atesoradas refluyen otra vez a su poseedor inicial. Pero atesorar solamente para facilitar la situación significa renunciar a la valorización de esta suma de valor. Si los capitalistas persiguen la máxima valorización posible del capital, no realizarán tal atesoramiento, sino que financiarán las compras correspondientes por medio de créditos a corto plazo.

Por lo tanto, es la circulación de capital la que da lugar, por una parte, a capital temporalmente desempleado y, por otra parte, a la demanda de crédito; de ahí que con el aumento del capital social global se incremente también el volumen de crédito. Así pues, la mera expansión de los negocios de crédito no es todavía un signo de crisis o de desarrollo inestable (como sugiere, por ejemplo, Robert Kurz 1995).

Un sistema crediticio desarrollado le posibilita al *capital individual* renunciar al atesoramiento y tomar prestado capital que no se utiliza; además, si el capital individual pide un crédito, puede acumular por encima del mero beneficio del período anterior. Para una empresa capitalista, por tanto, un cierto endeudamiento no es en modo alguno «insano» o un signo de debilidad. En las sociedades precapitalistas, los productores se endeudaban generalmente en situaciones de necesidad, y no pocas veces tenían problemas para pagar tan sólo los intereses. En condiciones capitalistas, los créditos sirven fundamentalmente para financiar una acumulación adicional: los créditos permiten aumentar la tasa de beneficio en relación al capital individual. Supongamos que la tasa media de beneficio es del 8% y el tipo de interés de mercado del 5%. Si un capitalista invierte un millón de euros, puede esperar un beneficio de 80.000 euros. Si además pide prestado un millón de euros, y este segundo millón arroja también el beneficio medio, nuestro capitalista obtiene un beneficio adicional de 80.000 euros, de los que tiene que pagar 50.000 euros como interés al poseedor de dinero. Su beneficio total asciende a 80.000 más 30.000, lo que supone 110.000 euros: su capital individual (el millón de su propiedad) le ha rentado, gracias al crédito, no el 8% de beneficio medio, sino el 11%. Este aumento de la tasa de beneficio es el motivo fundamental para pedir un crédito. Si no se cumplen las expectativas, ya sea porque fracasa el negocio, ya sea porque empeora la situación económica en su conjunto, entonces puede ocurrir que la tasa de beneficio obtenida se sitúe por debajo de la tasa de interés. En este caso, el capital prestado no habría producido un beneficio adicional, sino una pérdida (la diferencia entre el interés y el beneficio).

La existencia del crédito también tiene consecuencias sobre el *capital social global*. Los movimientos de capital entre sectores, a través de los cuales tiene lugar la nivelación de las tasas de beneficio (cf. capítulo VII.II), consisten básicamente en una variación de los flujos de crédito, de manera que en un sector se acumula mucho y en otro se acumula poco; el desplazamiento del capital ya invertido sería considerablemente más difícil y, sobre todo, requeriría mucho más tiempo. Un sistema crediticio desarrollado hace posible concentrar y desviar en poco tiempo enormes masas de capital. A menudo es esto precisamente lo que se necesita para el desarrollo acelerado de nuevas fuerzas productivas, pues la introducción de nuevas tecnologías requiere generalmente de inversiones iniciales considerables.

La existencia del crédito no sólo posibilita al capital individual acumular por encima del beneficio del período anterior, sino que también se lo posibilita al capital social global, siempre y cuando estén presentes los supuestos materiales de la acumulación. Por consiguiente, una expansión en la concesión de crédito puede constituir un importante empuje

para la acumulación (del mismo modo que una restricción en la concesión de crédito puede estrangular el proceso de acumulación). En este sentido, el sistema crediticio representa una *instancia directiva estructural* de la economía capitalista. Los capitalistas se esfuerzan por invertir su capital en las esferas en las que se esperan los mayores beneficios. Pero puesto que estas inversiones se financian generalmente por medio de créditos o de acciones, al menos en parte, depende esencialmente del sistema crediticio, de los bancos y de los mercados de capitales el que estos movimientos de capital sucedan con más o menos dificultades y que la acumulación tenga lugar con mayor o menor rapidez.

De una parte, el sistema crediticio le confiere a la acumulación su flexibilidad, por tanto, «acelera el desarrollo material de las fuerzas productivas y la formación del mercado mundial», y de otra parte el sistema crediticio es también «la principal palanca de la sobreproducción y del exceso de especulación en el comercio» (MEW 25, p. 457 / 568): el control de la acumulación por el sistema crediticio es un proceso con un enorme potencial para generar crisis. La concesión de crédito, sobre todo el comercio con títulos y acciones, «vive» de expectativas e incertidumbre. Aquí es necesario «especular», y esta especulación también puede fracasar y conducir a la destrucción del capital invertido. En la bolsa se pueden producir «burbujas» especulativas (alzas excesivas en la cotización de las acciones) y el subsiguiente «estallido» de estas burbujas (la caída repentina de la cotización). Pero nunca se sabe con plena certeza antes de su estallido si se trata realmente de una burbuja o de un aumento de la rentabilidad de los capitales que se está anticipando en la elevada cotización.

Sin embargo, sería erróneo oponer a los mercados financieros «especulativos» una «sólida» producción capitalista. Toda producción capitalista contiene un elemento especulativo, ningún capitalista puede estar completamente seguro de que va a vender sus mercancías o del precio que obtendrá por ellas. La especulación en los mercados financieros es más evidente y repentina, pero no es algo cualitativamente distinto de la producción capitalista. En ambos casos se parte de expectativas necesariamente inciertas y se intenta lo mismo a través del comercio con sus respectivos productos: maximizar el beneficio.

No obstante, la relación entre los mercados financieros y la producción industrial no es siempre la misma, ni cuantitativa ni cualitativamente. Esta relación puede ser distinta en los diversos países y puede también modificarse con el curso del desarrollo del capitalismo, de ahí que las discusiones sobre los cambios de los mercados financieros (fundamentalmente sobre su desregulación y su internacionalización) constituyan uno de los temas centrales en los debates sobre la globalización en los últimos años (cf. Altvater/Mahnkopf 1999; Huffschmid 2002).

Capítulo IX

Las crisis

I Ciclo y crisis

Se denomina *crisis económica* a las perturbaciones severas de la reproducción económica de una sociedad. En una economía capitalista, esto significa que una gran parte de las mercancías producidas ya no se puede vender: no porque no haya demanda de los productos correspondientes, sino porque no existe una demanda *solvente*. El capital mercantil ya no se puede transformar íntegramente en capital dinerario, de modo que el capital adelantado se valoriza cada vez peor y la acumulación disminuye. Con ello se reduce la demanda de elementos de capital productivo, de medios de producción y de fuerzas de trabajo por parte de las empresas capitalistas. La consecuencia de ello es el desempleo masivo y la disminución del consumo de la clase trabajadora, lo que hace que disminuya aún más la demanda y se agudice la crisis.

El capitalismo no es el único modo de producción en el que existe una enorme pobreza junto a una riqueza inmensa. Pero es el único modo de producción donde la abundancia de bienes representa un problema y donde los bienes invendibles conducen a la ruina a sus poseedores, mientras que al mismo tiempo hay personas que carecen de lo más necesario y que además no pueden vender lo único de lo que disponen: su fuerza de trabajo. El capital ya no requiere de ella, puesto que no puede emplearla de manera lucrativa.

Desde que se impuso el capitalismo industrial a principios del siglo XIX, primero en Inglaterra, después también en Francia, Alemania y Estados Unidos, se presentaron crisis en los países capitalistas desarrollados con intervalos de 10 años aproximadamente. A la acumulación acelerada, con altas tasas de beneficio y salarios crecientes, le seguían el estancamiento y la crisis, que finalmente desembocaban en un nuevo aumento de la acumulación, lenta primero y luego otra vez acelerada.

Este desarrollo cíclico continuó en el siglo XX, pero los ciclos eran generalmente menos pronunciados que antes. En cambio, aumentó la importancia de los desarrollos supracíclicos: con la crisis económica mundial de 1929 se inició una larga fase de depresión económica que sólo se superó a comienzos de los años 50, y que en Europa occidental y en Norteamérica se transformó en el largo periodo de auge de los años 50 y 60, sostenido sobre todo por el «fordismo» (cf. capítulo V.V). Este capitalismo del «milagro económico» no sólo trajo consigo altas tasas de beneficio, sino también pleno empleo, salarios reales crecientes y una ampliación del Estado social. Es cierto que también hubo ciclos en esta fase, pero no se presentaron crisis agudas. El capitalismo que Marx había contemplado, que estaba marcado por las crisis, el desempleo y los procesos de depauperación, parecía estar superado, al menos en las metrópolis capitalistas. Sin embargo, con la crisis económica mundial de 1974/75, la situación cambió de manera radical: el modelo fordista de acumulación, con sus métodos «baratos» para aumentar la fuerza productiva (taylorismo y producción en masa), había llegado a su límite, las tasas de beneficio disminuyeron, los movimientos cíclicos aumentaron en intensidad, e incluso en las fases de auge las tasas de crecimiento de la economía se mantuvieron bajas y el desempleo siguió siendo elevado. No obstante, las tasas de beneficio experimentaron una recuperación en los años 80 y 90, sobre todo debido al estancamiento o disminución de los salarios reales, así como a la considerable reducción de impuestos a las empresas y a las personas con altos ingresos, que se financiaron fundamentalmente a través de la reducción de las prestaciones sociales.

No es posible dudar de que el desarrollo del capitalismo en los últimos 180 años ha transcurrido de facto atravesado por las crisis. Sin embargo, las causas de estos procesos de crisis son controvertidas. La mayoría de los representantes de la economía política clásica, así como actualmente los de la economía neoclásica, han negado que las crisis sean resultado del modo de funcionamiento del capitalismo. Para los clásicos y los neoclásicos, las crisis son provocadas por influencias «externas» (por ejemplo, por la política económica del Estado): la economía de mercado capitalista está «en sí» exenta de crisis. Solamente John Maynard Keynes (1883-1946) atribuyó al menos el recurrente desempleo masivo a causas inmanentes al capitalismo (Keynes 1936) y puso con ello los cimientos del «keynesianismo».

En cambio, Marx intentó demostrar que las crisis surgen del modo de producción capitalista mismo, que un capitalismo exento de crisis es imposible. Pero en su obra no se encuentra ninguna teoría coherente sobre las crisis, sino simplemente observaciones sueltas, de mayor o menor amplitud, que fueron transformadas por la tradición marxista en

teorías completamente diversas (una visión de conjunto puede encontrarse en Sablowski 2003).

Ya en el análisis del dinero como medio de circulación, Marx había constatado la *posibilidad* general de las crisis en la mediación del intercambio a través del dinero: se puede vender la mercancía propia sin comprar nuevas mercancías con el dinero obtenido, y al retener el dinero se interrumpe el proceso de reproducción (MEW 23, pp. 127-128 / 137-138; cf. capítulo III.VII). La denominada *ley de Say*, que dice que tiene que haber un necesario equilibrio entre compras y ventas, o lo que es lo mismo, que toda oferta genera una demanda de igual magnitud, sólo tiene validez si la circulación de mercancías (mediada por el dinero) se equipara con el intercambio directo de productos: sólo en este caso coincide cada «venta» con una «compra» simultánea. Por consiguiente, si los clásicos y los neoclásicos fundamentan en la ley de Say su afirmación de que una economía de mercado, por principio, está exenta de crisis, están presuponiendo en el fondo un capitalismo sin dinero.

Sin embargo, hay que explicar por qué a partir de la mera posibilidad de la crisis surge una crisis real, por qué se interrumpe de hecho el proceso de reproducción. De los diversos planteamientos de Marx para contestar a esta pregunta (para una exposición más amplia cf. Heinrich 1999, pp. 341-370), en el marxismo tradicional desempeñó un importante papel una reflexión apoyada en la «ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio» (cf. capítulo VIII.III): a causa de la caída de la tasa de beneficio, caerá también en algún momento la masa de beneficio, de forma que la acumulación se ralentizará cada vez más y conducirá finalmente a la crisis. La mayor parte de las veces esta estrecha conexión entre la teoría de las crisis y la «ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio» era lo que estaba detrás de la vehemente defensa de esta ley. Sin embargo, los argumentos decisivos de Marx sobre la teoría de las crisis son totalmente independientes de ella.

Marx ya había mostrado en el libro primero de *El Capital* que la producción de plusvalía relativa es una tendencia fundamental del desarrollo capitalista: la disminución del valor de la fuerza de trabajo por medio del desarrollo de la fuerza productiva del trabajo. Y el método más importante para el desarrollo de la fuerza productiva es la introducción de maquinaria cada vez mejor (cf. capítulo V.II-V.III). Pero la instalación de maquinaria para ahorrar costes está vinculada generalmente a un incremento del volumen de producción. Por lo tanto, el aumento de la fuerza productiva va acompañado de una mayor cantidad de bienes producidos que, por la presión de la competencia (si es posible, ser el primero que inunda el mercado con los productos; adelantarse a la desvalorización de los medios de producción haciendo de ellos el uso productivo más rápido posible, etc.), se intensifica más aún. Pero a esta

ampliación tendencialmente ilimitada de la *producción* se opone, como Marx pone de manifiesto en el libro tercero de *El Capital*, una *capacidad de consumo* por parte de la sociedad limitada en muchos sentidos (MEW 25, pp. 253-254 / 313-314).

El *consumo social* no se reduce al consumo individual del consumidor final. Se compone del consumo de la clase trabajadora, del consumo suntuario de los capitalistas y de las inversiones (inversiones de reposición para sustituir la maquinaria gastada, e inversiones de ampliación, en las que se adquieren medios de producción adicionales y, por tanto, se acumula capital).

El consumo de la clase trabajadora está limitado por la lógica de valorización del capital: los capitalistas intentan mantener los salarios al nivel más bajo posible, e igualmente el número de fuerzas de trabajo empleadas, ya que para el capitalista individual el salario es solamente un factor de coste. La fundamentación de la teoría de las crisis en el «subconsumo» se refiere básicamente a esta capacidad de consumo limitada de la clase trabajadora. Pero el argumento de los salarios bajos y del «vacío de demanda» que resulta de ello es insuficiente como explicación de la existencia de las crisis: los salarios siempre son menores que el valor total del producto (este valor total es $c + v + p$, los salarios son solamente v), por lo que nunca son suficientes –independientemente de que sean altos o bajos– como demanda para el producto total.

A la demanda de la clase trabajadora hay que añadir la demanda suntuaria de los capitalistas (que en relación al conjunto de la economía es relativamente escasa, de modo que podemos prescindir aquí de ella) y la demanda de inversión. Esta última es la variable decisiva: de ella depende directamente la demanda capitalista de medios de producción adicionales, e indirectamente el desarrollo ulterior del consumo de la clase trabajadora, a saber, en la medida en que se emplean o no fuerzas de trabajo adicionales. Pero el hecho de que las inversiones en capital productivo (medios de producción y fuerzas de trabajo) sean mayores o menores depende, por un lado, de las *expectativas* de beneficio –si se esperan beneficios reducidos, las inversiones se retraen–, por otro lado, de la comparación entre la tasa de beneficio (esperada) y el tipo de interés: el capitalista individual siempre puede elegir –no así la clase capitalista en su conjunto– si invierte su capital en capital productivo o si lo emplea como capital que devenga interés. Cuanto más alto sea el tipo de interés o cuanto mayores sean las expectativas de cotizaciones bursátiles al alza más se invertirá en capital ficticio, en lugar de hacerlo en capital productivo.

Por consiguiente, la producción capitalista y el consumo capitalista no sólo están determinados de manera completamente distinta, sino que sus momentos de determinación se comportan de manera opuesta: a

una producción tendencialmente ilimitada (no por las necesidades, sino por la lógica de la valorización) se le opone un consumo limitado. La consecuencia es la tendencia a la *sobreproducción* de mercancías (sobreproducción en relación a la demanda solvente) y a la *sobreacumulación* (capital acumulado que se valoriza mal o que no se valoriza en absoluto), lo que finalmente conduce a la crisis: la reproducción se paraliza, el capital invertido se desvaloriza o incluso se destruye por completo, las empresas menos rentables cierran, los capitales individuales menos rentables van a la quiebra, las fuerzas de trabajo son despedidas, y con el desempleo creciente disminuyen también los salarios. Por lo tanto, las crisis son procesos enormemente destructivos: se destruye la riqueza social y las condiciones de vida de un gran número de personas empeoran considerablemente.

Sin embargo, son precisamente estos momentos destructivos los que, por medio de un proceso violento, eliminan el desequilibrio entre la producción y el consumo social. Las crisis no sólo tienen un lado destructivo, sino que para el sistema capitalista en su conjunto son verdaderamente «productivas»: la destrucción de capitales no rentables reduce la producción, mientras que la desvalorización del capital que sigue actuando y los salarios bajos aumentan la tasa de beneficio de los capitales que subsisten. Finalmente, se reducen los intereses, ya que disminuye la demanda de capital prestado. Todo esto despeja el camino para un nuevo crecimiento, que a menudo se apoya en la introducción de innovaciones técnicas: se intensifica la demanda de máquinas nuevas, lo que reactiva las inversiones del sector I (el sector que produce medios de producción), y como consecuencia del aumento del empleo se acelera también la acumulación en el sector II (el sector que produce medios de consumo). Comienza un nuevo período de crecimiento, que finalmente vuelve a desembocar en la siguiente crisis.

Así pues, las crisis no sólo son destructivas, sino que en ellas vuelve a restablecerse de manera violenta la unidad de momentos que se corresponden entre sí (como la producción y el consumo), pero que se comportan independientemente el uno del otro (la producción y el consumo obedecen a determinaciones distintas). Marx señala reiteradamente que las crisis producen estos efectos positivos para el sistema capitalista precisamente a través de la destrucción que provocan (por ejemplo, MEW 42, p. 360, MEW 26.2, p. 501, MEW 25, pp. 259, 316).

Por otra parte, aunque se comprenda el mecanismo general de las crisis, éstas no pueden sencillamente evitarse. En primer lugar, la presión de la competencia *obliga* a los capitalistas individuales a comportarse de una determinada manera, aunque sepan que el efecto global de este comportamiento es destructivo; ninguno puede echarse atrás individualmente, la única esperanza consiste en salir uno mismo más o

menos airoso[1]. En segundo lugar, no se puede determinar con seguridad en qué punto de su ciclo se encuentra la crisis en un momento determinado. ¿Está creciendo todavía la economía y va a seguir así un cierto tiempo, de modo que todavía es rentable un aumento de la producción, o se ha alcanzado ya el punto de la sobreproducción y va a hacerse notar dentro de poco la caída de las ventas? Precisamente el desarrollo constante de las fuerzas productivas, la introducción de nuevos métodos de producción, a lo que está obligada toda empresa si quiere mantenerse en el mercado, conduce al desplazamiento del flujo de la demanda. Surgen nuevos ramos de producción, otros desaparecen o pierden importancia, las máquinas y las materias primas que hasta hace poco eran importantes dejan de serlo, se hunden empresas y surgen otras nuevas, pero sin que esté claro si rendirán beneficios en la medida esperada. En estas tempestades económicas, lo único cierto es la incertidumbre. Y la única posibilidad de sobrevivir como capitalista en estas circunstancias es utilizar todas las posibilidades para aumentar el beneficio, sin importar las consecuencias que esto tenga. Dentro del capitalismo no se pueden evitar las crisis, aun cuando se hayan comprendido más o menos bien los mecanismos por los que se desarrollan.

Al nivel general de la exposición en el que se mueve Marx en *El Capital*, no se puede decir nada más sobre los procesos concretos de las crisis. Estos procesos dependen de las circunstancias concretas del momento, como la evolución técnica y organizativa, la estructura del sistema crediticio, la situación de un país en el mercado mundial (hacia donde se dirige el capital especialmente en tiempos de crisis), la organización y las luchas de la clase trabajadora, el modo en que intervenga el Estado en la evolución coyuntural, etc. Y esto es así no sólo para el curso del ciclo económico usual, que tiene una duración aproximada de 10 años, sino también para los desarrollos supracíclicos a largo plazo. Aquí alcanzamos los límites de la exposición que pretende Marx del modo de producción capitalista «en su media ideal».

II ¿Hay una teoría del colapso en Marx?

En la historia del movimiento obrero, las crisis económicas se han considerado siempre, debido a su lado destructivo, como una amenaza para la existencia del capitalismo. Se piensa que las crisis económicas intensas pueden conducir a crisis del sistema político: ante las dificultades de la reproducción económica, las relaciones de poder en el ámbito

[1] Hace años, la fábrica de automóviles BMW aumentó sus planes de producción en medio de una crisis. El entonces presidente de la junta de accionistas declaró, cuando los periodistas le preguntaron por ello, que sabía muy bien que había demasiados coches en el mercado, pero que había muy pocos BMW.

político pierden su legitimación, y las personas comienzan a rebelarse. A comienzos de la década de 1850, Marx vio en los movimientos revolucionarios que sacudieron Europa en 1848/49 una consecuencia de la fuerte crisis económica de 1847/48. Marx generalizó precipitadamente este resultado y esperó que con la próxima crisis económica se produjera también la próxima revolución (cf. MEW 7, p. 441). Sin embargo, las siguientes crisis económicas pusieron de manifiesto que no existe necesariamente una conexión directa entre las crisis y los movimientos revolucionarios. Y nosotros sabemos, al menos desde el siglo XX, que el caos provocado por las crisis económicas profundas puede constituir también el caldo de cultivo para movimientos fascistas y nacionalistas.

En la historia del movimiento obrero se difundió ampliamente la idea de que las crisis económicas conducirían finalmente al colapso del capitalismo, que el capitalismo se dirigía hacia su «crisis final». Se sacó de *El Capital* una «teoría marxiana del colapso». En la década de 1990, esta vieja idea fue reactivada de nuevo sobre todo por Robert Kurz y el grupo «Krisis».

Es verdad que Marx habla en el libro tercero de *El Capital* sobre los «límites» del modo producción capitalista, pero no en el sentido de un final en el tiempo. La limitación se entiende aquí como estrechez de miras: el capital desarrolla las fuerzas productivas en mayor medida que cualquier otro modo de producción anterior, pero este desarrollo está al servicio únicamente de la valorización del capital.

> «El *verdadero límite* del modo de producción capitalista es *el propio capital*, es el hecho de que el capital y su autovalorización aparecen como el punto inicial y el punto final de la producción, como su motivo y su fin; que la producción es sólo producción para el *capital* y no, a la inversa, que los medios de producción sean meros medios para un desarrollo cada vez mayor del proceso de vida en favor de la *sociedad* de los productores» (MEW 25, p. 260 / 321).

Marx habla a continuación de un «conflicto permanente» entre el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas y el fin limitado de la producción capitalista, pero no se menciona ningún tipo de «colapso».

Sólo en un pasaje –no de *El Capital*, sino de los *Grundrisse*, escritos con anterioridad– se encuentra una observación que se puede entender como una teoría del colapso. En este pasaje, en conexión con la importancia creciente de la aplicación de la ciencia, se dice que lo más importante para la producción de riqueza ya no es el trabajo realizado en el proceso de producción, sino la aplicación de la ciencia como «fuerza productiva universal». A partir de las transformaciones del proceso de producción capitalista, Marx deduce directamente el «colapso» de todo el modo de producción:

> «Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha dejado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja de ser y tiene que dejar de ser su medida y, por tanto, el valor de cambio deja de ser [la medida] del valor de uso. El *plustrabajo de la masa* ha dejado de ser la condición para el desarrollo de la riqueza general, del mismo modo que el *no-trabajo de unos pocos* ha dejado de ser la condición para el desarrollo de los poderes generales de la mente humana. Con ello colapsa la producción fundada en el valor de cambio» (MEW 42, p. 601).

Sin embargo, Marx ya no vuelve nunca en sus obras posteriores a esta idea de los *Grundrisse*. Si bien es cierto que también en distintos pasajes del libro primero de *El Capital* se tematiza la importancia de la ciencia para el modo de producción capitalista, en ellos no se considera la «separación entre las potencias espirituales del proceso de producción y el trabajo manual» (MEW 23, p. 446 / 516) como un debilitamiento del modo de producción capitalista, sino como un momento del aumento de poder del capital sobre el trabajo (*ibid.*; cf. capítulo V.III).

El hecho de que en este proceso que se acaba de señalar se gaste cada vez menos trabajo en el proceso de producción de la mercancía individual no es analizado en *El Capital* como tendencia al colapso, sino como el fundamento de la producción de plusvalor relativo. La aparente contradicción que tanto sorprendía a Marx en los *Grundrisse*, que el capital «tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que, por otra parte, el tiempo de trabajo constituye la única medida y fuente de la riqueza» (MEW 42, p. 601), se convierte para Kurz, Trenkle y otros representantes de «Krisis» en una «autocontradicción lógica del capital», por la cual el capitalismo tiene que perecer ineludiblemente. En cambio, Marx descifra esta contradicción en el libro primero como un viejo enigma de la economía política, con el que ya el economista francés Quesnay había atormentado a sus adversarios en el siglo XVIII. Este enigma, según Marx, resulta fácil de comprender si se tiene en cuenta que para los capitalistas no se trata del valor absoluto de la mercancía, sino del plusvalor (o más precisamente, del beneficio) que esta mercancía genera. El tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía individual puede reducirse y el valor de la mercancía disminuir, con tal de que el plusvalor o beneficio producido por su capital aumente. A este respecto, es irrelevante que el plusvalor/beneficio se distribuya entre un pequeño número de productos con un elevado valor o entre un gran número de productos con un valor reducido (MEW 23, pp. 338-339 / 387-388).

Prescindiendo de todas las objeciones puntuales que se puedan hacer a las teorías del colapso, lo cierto es que se encuentran frente al problema fundamental de tener que indicar una tendencia inevitable de desarrollo, a la cual el capitalismo no puede sustraerse y que hace imposible su existencia ulterior, independientemente de lo que pueda pasar

en el proceso histórico. En la historia del marxismo, estas tendencias al colapso se fundamentaron a través de distintos factores. En el caso de Kurz, este papel lo asume la «revolución microelectrónica», es decir, una determinada fase del desarrollo tecnológico que haría superfluo el trabajo en su mayor parte y conduciría a la «disolución de la sustancia del valor»[2].

La teoría del colapso ha tenido históricamente una función exculpatoria para la izquierda: no importaba lo terribles que fueran las derrotas actuales, el fin del enemigo era seguro antes o después. La crítica a la teoría del colapso no es en absoluto una «capitulación frente al capitalismo» (así dice el título de un ensayo de Norbert Trenkle dirigido contra esta crítica), pues la ausencia de estas certidumbres proféticas no hace mejor al capitalismo en ningún sentido.

---

2 Para una crítica pormenorizada a la teoría del colapso de Kurz, véase Heinrich (1999b). Sea mencionada de paso una ironía: el determinismo tecnológico con el que se fundamenta aquí el colapso del capitalismo encaja a la perfección con el «marxismo del movimiento obrero» que Kurz critica tan duramente, en el cual se explica el curso de la historia universal con una esquemática «dialéctica de las fuerzas productivas y las relaciones de producción».

Capítulo X

El fetichismo de las relaciones burguesas

I La «fórmula trinitaria»

Con el surgimiento del modo de producción capitalista se disuelven las relaciones feudales y estamentales junto con sus ropajes políticos y religiosos. Los estamentos, los privilegios y los derechos de nacimiento desaparecen con el establecimiento de la igualdad de los poseedores de mercancías, que sólo conocen la desigualdad de la posesión. El desarrollo sistemático de la ciencia y de la técnica, que el capitalismo necesita e impulsa, socava los prejuicios tradicionales y las concepciones religiosas del mundo. Sobre esta base surgió la autocomprensión de la sociedad burguesa-capitalista como baluarte de la Ilustración, la civilización y la cultura, en la que la civilización occidental ha alcanzado finalmente su cenit. Desde este punto de vista, todas las otras formaciones sociales se presentaban como fases previas aún poco desarrolladas en el camino hacia la sociedad burguesa, o bien se consideraban simplemente como «primitivas», lo que se ponía de manifiesto, entre otras cosas, en su «fetichismo»: a un determinado pedazo de madera o de tela se le atribuían poderes mágicos. Este sentimiento de superioridad le confirió al colonialismo de los siglos XIX y XX su marchamo ideológico: había que llevar la cultura y la civilización a las poblaciones colonizadas.

La autocomprensión racionalista de la época burguesa-capitalista se ha plasmado también en la reflexión sociológica. Así, Max Weber (1864-1920), uno de los padres fundadores de la sociología moderna, ha señalado el «desencantamiento del mundo» y una «racionalización» que atraviesa todas las relaciones vitales como las características fundamentales de las sociedades configuradas por el capitalismo.

También Marx y Engels tenían presente tal «desencantamiento del mundo» cuando en 1848, en el *Manifiesto Comunista*, caracterizaron las consecuencias del ascenso de la burguesía del siguiente modo:

> «La burguesía, allí donde ha llegado al poder, ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. (...) En una palabra, ha sustituido la

> explotación cubierta con ilusiones religiosas y políticas por la explotación abierta, desvergonzada, directa, seca. (...) Todo lo fijo y sólido se ha evaporado, todo lo sagrado ha sido profanado, y las personas están obligadas, finalmente, a contemplar su vida y sus relaciones mutuas con mirada sobria» (MEW 4, p. 464 y ss.).

Marx y Engels mantienen aquí todavía la concepción de que con el establecimiento del capitalismo las relaciones sociales se habrían vuelto transparentes: el dominio y la explotación ya no estarían disfrazados y embellecidos, sino que serían abiertamente visibles. A esto se unía la esperanza de que los oprimidos y explotados, ahora que tenían que contemplar su situación «con mirada sobria», se defenderían progresivamente contra las relaciones de explotación.

En el marxismo tradicional también era una concepción muy extendida que la explotación de la clase obrera se muestra a la luz del día en el capitalismo, y que son sólo las manipulaciones de los que tienen el poder las que encubren esta situación a través de la prensa, la Iglesia, la escuela, etc. Por eso la crítica de la ideología se entendió generalmente como desenmascaramiento: hay que desvelar los «intereses reales» que están detrás de las ideas[1].

Pero Marx no permaneció en la posición del *Manifiesto Comunista*. En *El Capital* ya no habla de que las relaciones en el capitalismo son visibles así sin más. Por el contrario, aquí se tematiza en lugares centrales la «mistificación» de estas relaciones sociales. Lo que Marx designa en *El Capital* como fetichismo y mistificación son inversiones que no surgen a causa de una manipulación de los que tienen el poder, sino que proceden de la estructura de la sociedad burguesa y de las acciones que reproducen permanentemente esta estructura. El hecho de que Marx hable aquí de fetichismo es un claro ataque tanto a la autocerteza racionalista-ilustrada de la sociedad burguesa, como a la autocomprensión empirista de la economía política, que se deja engañar precisamente por este fetichismo (cf. capítulo III.VIII).

Las distintas formas fetichistas y mistificaciones que se mencionaron en capítulos anteriores no coexisten unas junto a otras sin conexión entre sí. Constituyen una totalidad que Marx expone al final del libro tercero de *El Capital* bajo el título «La fórmula trinitaria» (MEW 25, p. 822 y ss. / 1037 y ss.).

El proceso de producción capitalista es una forma histórica determinada del proceso social de producción; a su base está la separación entre los productores directos y los medios de producción: los trabajadores y

[1] A este respecto, era frecuente apoyarse en la concepción del mundo, muy simplificada en este punto, de la *Ideología alemana* –redactada en 1845/46–, en la que Marx y Engels escribieron: «Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época, esto es, la clase que tiene el poder *material* dominante en la sociedad tiene, al mismo tiempo, el poder *espiritual* dominante» (MEW 3, p. 46).

trabajadoras son formalmente libres, pero están materialmente forzados a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas, que disponen de los medios de producción. Los capitalistas pagan con el salario el valor de la fuerza de trabajo (sus costes de reproducción), pero hacen trabajar a la fuerza de trabajo más tiempo del que es necesario para la reproducción de su valor: los capitalistas extraen plustrabajo de sus empleados y este plustrabajo se representa como plusvalor en la venta del producto. Pero el capitalista no se queda con todo el plusvalor: en primer lugar, tiene que pagar la *renta de la tierra* al propietario del suelo (o comprar suelo y así convertirse él mismo en propietario). Los capitalistas tienen que pagar renta de la tierra, ya que el suelo es limitado y es propiedad privada de su propietario. El pago de la renta sólo lo pueden sacar del plusvalor, aunque consideren la renta como un factor de coste habitual. La clase de los capitalistas, que se apropia del plusvalor, tiene que repartirlo con los propietarios del suelo[2].

No obstante, los productos no se venden a sus valores, por lo que el capitalista individual tampoco se apropia exactamente del plusvalor que han creado las fuerzas de trabajo empleadas por él. Prescindiendo de oscilaciones ocasionales, el capitalista individual obtiene el beneficio medio, esto es, un beneficio proporcional a la magnitud del capital que ha adelantado. Y este beneficio medio se divide en interés y ganancia empresarial[3].

Por consiguiente, el producto anual global de la economía se divide materialmente y conforme al valor en una parte que reembolsa los medios de producción consumidos, una parte que obtienen los trabajadores y trabajadoras como salario y que es necesaria para su reproducción, y un plusproducto que excede la reproducción de los medios de producción y que se distribuye en renta de la tierra, interés y ganancia empresarial.

El capital, la propiedad del suelo y la fuerza de trabajo, por muy distintos que sean, tienen la característica común de que son *fuentes de ingreso* para sus poseedores: el capital rinde beneficio o interés, la propiedad del suelo renta y la fuerza de trabajo salario (o el trabajo rinde salario: así se les presenta tanto a los trabajadores y trabajadoras como

[2] Aquí no podemos tratar de qué depende en concreto la cuantía de la renta de la tierra. Sea dicho simplemente con respecto al «valor del suelo»: en tanto que se trate de suelo no trabajado, «valor del suelo» es una expresión imaginaria del mismo modo que lo es «valor del trabajo» (cf. capítulo IV.V). Este «valor» depende de la cuantía esperada de la renta de la tierra. El precio del suelo corresponde aproximadamente al de una suma de capital que al tipo de interés corriente rinda un interés de la cuantía de esta renta. El «valor del suelo» se computa, pues, de una manera similar al «valor» del capital ficticio.

[3] La suma de los pagos de renta de la tierra constituye una deducción del plusvalor social global. Debido a esta deducción, la masa de beneficio social global es menor de lo que sería sin esta deducción. El beneficio medio se refiere siempre a esta menor masa de beneficio social global; por tanto, se divide sólo en interés y ganancia empresarial.

a los capitalistas, cf. capítulo IV.V). Estos ingresos pueden consumirse íntegramente sin que se agote su fuente correspondiente.

El capital es una fuente de ingresos, ya que le permite al capitalista extraer plustrabajo de las fuerzas de trabajo empleadas; la propiedad del suelo es una fuente de ingresos, ya que posibilita a su propietario apropiarse de una parte del plusvalor extraído por el capitalista; y el trabajo es una fuente de ingresos porque los trabajadores y trabajadoras reciben a través del trabajo una parte del valor creado por ellos mismos. Por lo tanto, el capital, la propiedad del suelo y el trabajo son *fuentes de ingresos* porque son *medios de apropiación*: en condiciones capitalistas, es posible *apropiarse en forma de ingresos de una parte del producto anual* por medio del capital, la propiedad del suelo y el trabajo.

Sin embargo, para los agentes de la producción (capitalistas, propietarios del suelo y fuerzas de trabajo), al igual que para la mayoría de las teorías económicas, la situación se presenta de forma invertida. El capital, la propiedad del suelo y el trabajo se les aparecen como tres *fuentes del valor producido anualmente*, distintas las unas de las otras e independientes entre sí; y sólo porque son *fuentes de valor* pueden llegar a ser –ésta es la conclusión a la que llega tanto el entendimiento común como el economista– *medios de apropiación* de partes de este valor. A los agentes de producción les parece que el capital, la propiedad del suelo y el trabajo reciben (en condiciones normales) como ingresos justamente la parte del valor que su «factor de producción» agrega en valor al producto.

¿Cómo surge esta apariencia? Ya en la sección sobre el fetichismo de la mercancía (capítulo III.VIII) se puso de manifiesto que el carácter de valor de las mercancías aparece en la sociedad burguesa como un «hecho social natural»: es obvio que el valor no representa una propiedad natural como el peso o el color, pero parece como si los productos tuvieran automáticamente valor en cualquier contexto social y no sólo en un contexto social determinado. Considerado desde un punto de vista puramente material, el producto individual es resultado de un proceso de producción en el que se gasta trabajo, se utilizan medios de producción (producidos a su vez) y se explota el suelo (en la agricultura o para la obtención de materias primas). De manera análoga se concibe entonces el proceso de generación de valor: como adición de cuotas de valor por parte de los factores de producción.

El fundamento de esta inversión consiste en que no parece existir ninguna diferencia esencial entre el trabajo y el trabajo asalariado. La separación entre el trabajo y las condiciones materiales de trabajo se acepta como algo natural[4]. Pero si no hay ninguna diferencia esencial

[4] En el caso del artesano independiente no se da esta separación, pero aparece como la coincidencia casual de algo propiamente separado.

entre el trabajo y el trabajo asalariado, tampoco hay diferencia entre el capital y los medios de producción que están frente al trabajador, así como tampoco entre la tierra y la propiedad del suelo. Marx lo resume del siguiente modo:

> «Si el trabajo coincide con el trabajo asalariado, también la forma social determinada en la que las condiciones de trabajo se enfrentan al trabajador coincidirá con su existencia material. Los medios de trabajo como tales son capital, y la tierra como tal es propiedad del suelo. La independización formal de estas condiciones de trabajo frente al trabajo, la forma particular de esta independización que tales condiciones tienen frente al trabajo asalariado es, pues, una propiedad inseparable de ellas como cosas, como condiciones materiales de producción, un carácter inmanente a ellas, que les corresponde necesariamente como elementos de producción. Su carácter social en el proceso de producción capitalista, determinado por una época histórica concreta, es un carácter cósico innato, que les corresponde por naturaleza y, por así decir, desde la eternidad, como elementos del proceso de producción» (MEW 25, p. 833 / 1050).

Las *determinaciones formales de carácter social* (trabajo asalariado, capital y propiedad del suelo) coinciden aparentemente con las *condiciones materiales de producción* (trabajo, medios de producción y tierra), de manera que *todo* proceso de trabajo es ya un proceso de producción capitalista. De ahí que Marx hable de «cosificación de las relaciones de producción» (MEW 25, p. 838 / 1056): en las relaciones de producción ya no se percibe que se trata de determinadas relaciones históricas entre personas, sino que parecen tener un fundamento puramente material en el hecho de hay que producir en general.

Parece, pues, que el salario, el beneficio y la renta no son otra cosa que las partes del valor del producto que surgen del trabajo asalariado, del capital y de la propiedad del suelo. Aquí resulta fundamental la transformación del valor de la fuerza de trabajo en «valor del trabajo» (cf. capítulo IV.V): precisamente porque con el salario parece pagarse el «valor del trabajo», las restantes partes del valor (beneficio y renta) tienen que proceder de los otros dos «factores de producción» (capital y propiedad del suelo). Y puesto que las mercancías no se intercambian a sus valores, sino a sus precios de producción, no es posible eliminar esta apariencia con respecto a la mercancía individual. Entre el trabajo gastado, por un lado, y la tasa media de beneficio y la renta, por otro, no parece existir ninguna conexión: el beneficio depende (en condiciones normales) de la magnitud del capital, independientemente de que se empleen muchas o pocas fuerzas de trabajo, y la renta depende de qué tipo de suelo se utilice y en qué cantidad.

Capital-beneficio o interés, propiedad del suelo-renta, trabajo-salario: esta «trinidad», como expresión de la conexión aparente entre el

valor y sus fuentes, es designada por Marx como *fórmula trinitaria*. En ella, nos dice, está

> «consumada la mistificación del modo de producción capitalista, la cosificación de las relaciones sociales, el entrelazamiento directo de las relaciones materiales de producción con su determinación histórico-social: el mundo encantado, invertido y puesto de cabeza, donde *Monsieur le Capital* y *Madame la Terre* hacen su aparición fantasmal como caracteres sociales y, al mismo tiempo, directamente como meras cosas» (MEW 25, p. 838 / 1056).

En la sociedad capitalista, al «capital» y al «suelo» se les atribuyen poderes mágicos similares a los de los fetiches de madera o de tela en las sociedades supuestamente primitivas. También en la sociedad burguesa viven las personas en un mundo «encantado», en el que tiene lugar la «personización de las cosas»: los sujetos del proceso social no son las personas, sino la mercancía, el dinero y el capital. Y aquí no se trata sólo de una «falsa conciencia». Es la praxis social de la sociedad capitalista la que produce sistemáticamente la cosificación de los «factores de producción» y convierte el contexto social en un ámbito de coacción material, del que los individuos sólo pueden sustraerse bajo pena de sucumbir económicamente. En este sentido, las cosas personizadas poseen un pleno poder material.

Todos los miembros de la sociedad burguesa están sujetos al fetichismo de las relaciones sociales. Este fetichismo se plasma en «formas de pensamiento objetivas», que estructuran la percepción de todos los miembros de la sociedad (cf. capítulo III.VIII). Ni los capitalistas ni los trabajadores tienen una posición privilegiada para escapar del fetichismo.

Sin embargo, el fetichismo tampoco constituye un estado de cosas completamente cerrado en sí mismo y del que no hay evasión posible. Se trata más bien un trasfondo estructural que siempre está presente, pero que actúa sobre los individuos con distinta intensidad, y que se puede abatir por medio de la experiencia y la reflexión.

II Excurso sobre el antisemitismo

Marx escribe en el Prólogo a *El Capital* que no pinta «de rosa las figuras del capitalista y del terrateniente», pero que se trata de personas sólo en tanto que «son la personificación de categorías económicas» y que, por tanto, no se puede «hacer responsable al individuo de relaciones de las que socialmente es criatura, por más que subjetivamente pueda elevarse por encima de ellas» (MEW 23, p. 16 / 8). Como se ha señalado más arriba (cf. capítulo IV.II o V.II), los actores económicos siguen una racionalidad que les viene impuesta por las relaciones económicas mismas. Así pues, el permanente afán de los capitalistas por

aumentar la valorización del capital no es resultado (normalmente) del «ansia desmesurada de ganancia» de los capitalistas individuales; es más bien la competencia la que, bajo pena de la ruina económica, impone a los capitalistas tal comportamiento. Todos, también aquéllos que se benefician del funcionamiento del capitalismo, son parte de un gran engranaje. El capitalismo se muestra en última instancia como una gran máquina anónima, que no tiene ningún conductor que la dirija por medio de su voluntad y al que se pudiera hacer responsable de la destrucción que causa. Si se quiere acabar con la destrucción, no basta con criticar a los capitalistas, sino que hay que abolir las estructuras capitalistas en su totalidad.

Con la «personización de las cosas y la cosificación de las relaciones de producción» (MEW 25, p. 838 / 1056), el capitalismo en su conjunto parece haberse hecho inmune a la crítica. Puesto que la máquina capitalista no parece ser otra cosa que la forma más desarrollada del proceso social de vida (lo que la *fórmula trinitaria* puso de manifiesto fue precisamente que las determinaciones formales de carácter social no pueden separarse del contenido material), no hay modo alguno de que la sociedad se sustraiga a esta máquina; según parece, no es posible escapar del sometimiento a la supuestamente ineludible «coacción material», y no queda más remedio que resignarse a ello.

Ante lo inadmisible del capitalismo –de su desarrollo plagado de crisis, a menudo catastrófico para las perspectivas vitales de los seres humanos, de su permanente amenaza a las condiciones de vida– aparecen constantemente nuevas formas de negación del fetichismo que resultan muy cortas de miras: detrás de la anónima maquinaria capitalista se buscan «culpables» a los que poder responsabilizar de la miseria. Hay que quitarles su influencia, en último extremo tienen que expiar sus crímenes. Así, se puede constatar una y otra vez en las distintas sociedades capitalistas una *personalización de las relaciones fetichistas*. De ello forma parte también el *antisemitismo*, que no se reduce, sin embargo, a tal personalización[5].

Marx no se ha ocupado en *El Capital* ni de tal personalización ni del antisemitismo. En esta sección vamos a abordar este fenómeno dentro

5 Hay que distinguir rigurosamente los conceptos de personificación, personización* y personalización: *personificación* significa que una persona obedece únicamente a la lógica de una cosa (el capitalista como personificación del capital), *personización* de una cosa significa que se le otorgan a la cosa propiedades de una persona (el capital aparece como sujeto activo) y *personalización* significa que las estructuras sociales son reducidas a la acción consciente de las personas.

* Los términos alemanes son *Personifikation* y *Personifizierung* respectivamente. Puesto que en español sólo tenemos la palabra «personificación» para traducir ambos términos, ha habido que recurrir para poder establecer la distinción a la formación de la palabra «personización», que ciertamente no existe en español, pero que se deja construir sin violentar demasiado el idioma (*N. del T.*).

del marco del análisis marxiano del fetichismo. Pero con ello alcanzamos los límites de una exposición del modo de producción capitalista «en su media ideal»: la personalización y el antisemitismo no se dejan «derivar» en modo alguno de las categorías de la crítica de la economía política. La personalización de las relaciones fetichistas puede adoptar formas completamente distintas según el contexto histórico y las correspondientes estructuras sociales, dentro de las cuales pueden existir también varias de estas formas simultáneamente.

Raramente se responsabiliza a «los capitalistas» en conjunto de la miseria existente. Es evidente que también los capitalistas se ven impelidos frecuentemente a obedecer las «exigencias del mercado» si no quieren perecer. Esto parece ser así sobre todo para los pequeños y medianos capitalistas, mientras que a las grandes corporaciones y a los «monopolios» se les atribuye el poder de sustraerse a estas exigencias o se piensa incluso que son ellos mismos los que las generan. El resultado es, pues, que se distingue entre el buen capitalismo de los pequeños y el capitalismo malo, explotador y sin escrúpulos de los grandes, considerando a estos últimos como los verdaderos conspiradores que permanecen en la sombra.

Otra variante de la personalización es culpar a «los bancos» (eventualmente también a «los especuladores»), que controlan un gran número de empresas por medio de los créditos y la propiedad de acciones, con lo que serían ellos los controladores ocultos de la economía. Aquí se contrapone el buen capital industrial-productivo al mezquino y codicioso capital financiero.

Estas personalizaciones encuentran su fundamento en distinciones completamente reales: la situación de competencia y el campo de acción de una pequeña empresa parecen por lo general totalmente distintos a los de una gran empresa; entre los bancos y las empresas industriales hay una considerable diferencia de intereses en muchas cuestiones. También se pueden encontrar bastantes ejemplos de cómo los jefes de las grandes empresas y de los bancos intentan aprovecharse de sus posiciones de poder. No obstante, ni las grandes empresas ni los grandes bancos pueden sustraerse de manera permanente al contexto económico mediado por el valor. Lo que se les reprocha normalmente a las grandes corporaciones es que piensan sólo y exclusivamente en su beneficio. Pero precisamente de eso se trata en el capitalismo, y efectivamente, bajo la coerción de la competencia, esto es así para cualquier capitalista, sea grande o pequeño.

Una forma particular de la personalización tiene lugar en el *antisemitismo:* se les atribuye a «los judíos», por un lado, una orientación económica al dinero y a la ganancia que está enraizada en su carácter o –desde el surgimiento de las «teorías racistas» en el siglo XIX– en su

«raza», y por otro lado, una ambición insaciable de poder (a menudo la ambición de dominar el mundo) que supuestamente se habría consumado ya en gran parte.

El odio y la persecución hacia los judíos han existido también en las sociedades preburguesas, sobre todo en la Edad Media europea. Sin embargo, hay claras diferencias entre el odio a los judíos en la Edad Media y el antisemitismo de los siglos XIX y XX. Desde las cruzadas (la primera tuvo lugar en el año 1096), el odio a los judíos tuvo un componente fuertemente religioso. Es cierto que ya antes los judíos habían sido injuriados como «asesinos de Dios» por la crucifixión de Jesús, pero con las cruzadas este reproche adquirió una nueva dimensión: se extendió la idea de que había que dar muerte a estos «asesinos de Dios», al igual que a los «musulmanes» que mantenían ocupada «Tierra Santa». En la misma época, se hizo más severa para los cristianos la prohibición de cobrar intereses (III Concilio Laterano, 1179) y a los judíos se les prohibió ejercer toda una serie de oficios (IV Concilio Laterano, 1215). Si no querían bautizarse, las únicas fuentes de ingresos que les quedaban eran básicamente el comercio y el préstamo de dinero.

También en las sociedades preburguesas había intercambio y dinero, pero sólo desempeñaban un papel subordinado. La explotación y el dominio se establecían por medio de relaciones personales directas de dependencia y poder (sujeción de los esclavos a su dueño, de los siervos de la gleba o de los campesinos obligados a prestaciones personales a su señor feudal, etc.). La expansión del intercambio y del dinero minó las relaciones preburguesas, agravando con ello la miseria de los estratos sociales inferiores, y la depauperación aumentó a menudo por causa del endeudamiento con un pequeño prestamista.

Por su parte, la nobleza y los príncipes hicieron uso de los servicios de los grandes banqueros judíos. Éstos recibieron por ello una posición privilegiada en la corte, pero también fueron rápidamente objeto de la envidia general y se les hizo responsables de las dificultades políticas y financieras.

Los judíos no fueron los únicos que se dedicaron al comercio y al préstamo de dinero en la Edad Media y a principios de la Edad Moderna, pero durante siglos fueron claramente visibles como un grupo «extraño» debido a su obligada indumentaria, a que vivían en guetos y a que no participaban en las festividades cristianas. Por ello resultó fácil identificarlos con el poder destructivo del dinero y del interés, independientemente de que le afectase a uno mismo este poder destructivo o de que tuviese algún contacto con los judíos. Los judíos fueron objeto de un odio muy extendido, que fue instigado además por los rumores más descabellados, como, por ejemplo, el supuesto asesinato ritual de niños cristianos. Desde la Alta Edad Media, el odio a los judíos se ha descargado

repetidamente en expulsiones y pogromos, frecuentemente con la aprobación de la Iglesia, los Príncipes o las clases altas de la sociedad. Lo que tuvo como resultado que tanto las capas sociales altas como las bajas se sirvieran de las fortunas de los judíos.

Para el antisemitismo moderno, el momento religioso no desempeña ningún papel importante. La «falsa» religión ya no puede ser un criterio decisivo en un mundo crecientemente secularizado. Sin embargo, ahora adquiere una dimensión completamente nueva aquello que se les atribuye a «los judíos» como comportamiento económico, a saber: interesarse sólo por el dinero y la ganancia, no tener que trabajar gracias al poder del dinero y vivir del trabajo de otros, esquilmar a la sociedad y tener efectos destructivos, etc. Pero el dinero, la valorización del capital, la maximización del beneficio y el interés no desempeñan un papel meramente marginal en la sociedad moderna, sino que son constitutivos del modo de producción capitalista. Por eso el antisemitismo de la sociedad burguesa-capitalista se distingue de manera fundamental de todas las demás discriminaciones, prejuicios e imputaciones. Tanto en las sociedades preburguesas como en la sociedad burguesa fueron y son discriminados también otros grupos, y se les atribuyen modos de comportamiento o habilidades particulares (una especial astucia, agresividad sexual, etc.). Pero sólo en el antisemitismo moderno *se proyectan «hacia afuera», sobre un grupo «extraño», principios constitutivos fundamentales de la propia sociedad*[6]. Además, la proyección no se limita al ámbito económico, también ciertos rasgos culturales de la moderna sociedad burguesa (intelectualidad, movilidad, etc.) se les atribuyen de manera exagerada a «los judíos» y al mismo tiempo se desprecia tal exceso.

Finalmente, la condición de extranjeros que se les atribuye en el pensamiento antisemita es considerada como una condición de principio, que se opone a *toda* comunidad. Es cierto que también un turco, por ejemplo, es considerado como un extranjero en Alemania, pero sólo porque (supuestamente) pertenece a *otra* comunidad. Sin embargo, en el antisemitismo se considera a los judíos no sólo como miembros de otra comunidad, sino como elementos disolventes y destructores de toda comunidad.

Si nos limitamos a la economía, se pueden fijar a distintos niveles los estereotipos antisemitas desde el punto de vista de la teoría del valor. Las ideas transmitidas desde las condiciones precapitalistas sobre el

[6] La fundamentación «teórica» del antisemitismo a través de las «teorías racistas» que surgieron a finales del siglo XIX tiene, a mi parecer, una importancia menor como característica del antisemitismo, y se debe atribuir más bien a la fe del siglo XIX en la ciencia: el antisemitismo tenía que recibir un revestimiento científico. En cualquier caso, el antisemitismo moderno estuvo vigente tanto antes de la propagación de las «teorías racistas» como después de que cayeran en descrédito.

«alma mercenaria del judío», que en el comercio va a la caza del más insignificante provecho y que como «usurero» arrastra despiadadamente a la desgracia a los deudores, permanecen en lo esencial (aunque se trate del interés) al nivel de la circulación simple de mercancías y de dinero. El poder del valor *autonomizado* en el dinero, que se contrapone al trabajo concreto y al valor de uso, se proyecta sobre «los judíos» como un poder que surge de ellos. Es el *fetichismo del dinero* (cf. capítulo III.VIII) lo que aquí se personaliza.

Con la contraposición, predicada sobre todo por el nacionalsocialismo, entre capital «creado» (no-judío) y capital «arrebatado» (judío) –habiéndose apoderado el segundo del primero a través de los bancos y la bolsa–, se desplaza al nivel del proceso global de la reproducción capitalista la oposición entre el valor autonomizado en el dinero y el trabajo concreto. Lo que aquí se personaliza es el *fetichismo del capital* en su forma más desarrollada, como capital que devenga interés. En el capítulo VIII.I se puso de manifiesto que el interés, como rendimiento que proviene aparentemente del capital, convierte la ganancia empresarial en resultado del trabajo del empresario, y de este modo reduce a los capitalistas activos a una categoría particular de trabajadores. Sobre esta apariencia se constituye la personalización de la que aquí se trata. No se cuestiona la separación entre el interés y la ganancia empresarial, sino la fuerza misteriosa del capital para producir interés: al final son «los judíos» los que mantienen en la «servidumbre del interés» a los que trabajan realmente, sean empresarios o trabajadores, y ellos mismos, como no-trabajadores, no son otra cosa que «parásitos»[7].

En tanto que en el pensamiento antisemita «los judíos» son señalados como los verdaderos capitalistas, se les puede responsabilizar de todos los males y de todas las perturbaciones que provoca el capitalismo. Pero de esta forma «los judíos» aparecen al mismo tiempo como todopoderosos: por medio de los bancos y la bolsa controlan las grandes empresas, con su dinero pueden comprar a la prensa (lo que supuestamente se demuestra con todo artículo de periódico que se dirija contra el pensamiento antisemita) y, finalmente, influyen también en los partidos y en los gobiernos. «Los judíos» son presentados como apátridas, sin arraigo en ningún lugar, y al mismo tiempo con conexiones a nivel mundial con sus semejantes. Estos dos estereotipos, la supremacía de los judíos y su falta de raíces, conducen a un tercer estereotipo en el pensamiento antisemita: «la conspiración mundial de los judíos» (en la que a menudo también se incluyó al «comunismo judío»). Se supone que los

[7] Este aspecto del antisemitismo se basa en una crítica simplificada y sesgada del capitalismo. Lo que no quiere decir que toda crítica simplificada del capitalismo, como, por ejemplo, la que ve en el papel de los mercados financieros la causa de todos los males capitalistas, sea ya antisemita. Pero tales críticas equívocas ofrecen fáciles puntos de conexión para los estereotipos antisemitas.

judíos aspiran al dominio del mundo, y también que ya están muy cerca de esta meta. Todas las amenazas que surgen de poderes anónimos e inaprensibles, del dinero, del capital, del mercado mundial, adquieren ahora un rostro: es la amenaza del «judaísmo mundial».

Pero con esta caracterización general del antisemitismo no se ha dicho todavía nada acerca de en qué medida está efectivamente difundido. El hecho de que la personalización de las estructuras capitalistas proporcione una descarga a los individuos que padecen estas relaciones no significa que hagan uso necesariamente de esta vía de descarga, y si lo hacen, con esto no está dicho que las personalizaciones empleadas tengan siempre un carácter antisemita[8]. Al nivel general de argumentación de *El Capital* de Marx, en el que se han movido también las consideraciones precedentes, no es posible ninguna afirmación acerca del modo en que el antisemitismo repercute en la sociedad y cuál es la magnitud de los daños que acarrea[9].

III Clases, lucha de clases y determinismo histórico

Muchas corrientes del marxismo tradicional entendieron el análisis del capital que realiza Marx como si fuera básicamente un análisis de las clases, como la investigación de la lucha entre burguesía y proletariado. Hoy en día, la mayor parte de los conservadores y de los liberales consideran los conceptos de «clase» y especialmente de «lucha de clases» como «ideológicos», lo que pretende significar tanto como «no científicos». Por lo general, es la izquierda la que utiliza estos conceptos. Sin embargo, el discurso sobre las clases no es en modo alguno específico de Marx. Ya antes de él, los historiadores burgueses hablaban de clases y lucha de clases, y David Ricardo, el mayor representante de la economía política clásica, puso de relieve los intereses fundamentalmente opuestos de las tres grandes clases de la sociedad capitalista (capitalistas, terratenientes y trabajadores).

Las clases y la lucha de clases fueron para Marx, sobre todo en el *Manifiesto Comunista* (1848), el punto de referencia central de su argumentación. Allí se encuentra, justamente al comienzo, la famosa frase: «La historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora es la historia de la lucha de clases» (MEW 4, p. 462). Marx resumió en una

---

[8] Es perfectamente plausible que el estudio de las estructuras psíquicas generadas por la sociedad burguesa constituya un medio para llegar a saber algo concreto sobre la propagación del antisemitismo. Pero aquí no es posible entrar en este debate iniciado por Horkheimer/Adorno, así como por Wilhelm Reich, ya en la década de 1930.

[9] Moishe Postone se deja llevar a este respecto por un paralelismo precipitado: en su ensayo *Nationalsozialismus und Antisemitismus* sugiere un camino directo e inevitable del fetichismo de la mercancía hasta Auschwitz.

carta a su amigo Weydemeyer, fechada en el año 1852, lo que consideraba su propia aportación a la teoría de las clases. Subrayó que él de ninguna manera había descubierto la existencia de las clases o de la lucha de clases. Pero había mostrado que: «1) la *existencia de las clases* está ligada a *determinadas fases de desarrollo histórico de la producción*; 2) que la lucha de clases conduce necesariamente a la *dictadura del proletariado*; 3) que esta dictadura sólo constituye la transición a la *supresión de todas las clases* y a una *sociedad sin clases*» (MEW 28, p. 508; la palabra «dictadura» no significa aquí una forma autoritaria de poder, sino solamente el poder de una clase, independientemente de su forma política). Los puntos 2 y 3 tienen un tono muy *determinista*, la historia parece dirigirse –impulsada por la lucha de clases– a una determinada meta, una concepción que también se encuentra en el *Manifiesto Comunista*.

En *El Capital*, Marx habla constantemente de clases, pero no se encuentra aquí ninguna tentativa de tratamiento sistemático del tema, ni tampoco ninguna definición al respecto. Sólo al final del libro tercero aparece el comienzo de una sección sobre las clases, pero precisamente aquí se interrumpe el manuscrito tras unas pocas frases. De esta ordenación se puede deducir que el tratamiento sistemático de las clases no constituye el supuesto de su exposición, sino que debía aparecer como resultado al final de la misma.

En lo que sigue no se pretende reconstruir lo que Marx quizás hubiese podido decir en la sección sobre las clases que no llegó a escribir. Más bien se pretende recoger lo que se desprende de los capítulos anteriores acerca de las clases y la lucha de clases. Esta sección depende en gran medida, pues, de la concepción aquí esbozada de la crítica de la economía política (cf., para una introducción a la teoría de las clases de Marx, Kößler/Wienold 2001, p. 199 y ss.; sobre las distintas versiones de una teoría de las clases, cf. las contribuciones en Fantômas n. 4, 2003, así como mi controversia con Karl Reitter 2004, Heinrich 2004a).

Se puede hablar de clases sociales en dos sentidos distintos. En sentido *estructural*, las clases se definen por su posición en el proceso social de producción. En este sentido, alguien puede pertenecer a una clase aunque no tenga conciencia de ello. Otra cosa son las clases en sentido *histórico*. Aquí se trata de grupos sociales que en una determinada situación histórica se consideran a sí mismos como clase a diferencia de otras clases. Los miembros de la clase se distinguen por una «conciencia de clase» común. Marx emplea en *El Capital* el concepto de clase principalmente en sentido estructural. Así lo hace cuando constata que a la base de la relación de capital se encuentra una determinada relación de clase: por un lado, el poseedor de dinero y de medios de producción, por otro lado, el trabajor «libre» en doble sentido (cf. capítulo IV.III). Marx

designa como clase media, o también como pequeñoburgueses, a los grupos que no son ni burgueses ni proletarios, sobre todo a los pequeños trabajadores autónomos, como los artesanos, a los pequeños comerciantes o a los pequeños campesinos.

Las clases en sentido estructural no deben identificarse con sus correspondientes expresiones históricas: el chófer y el puro no forman parte necesariamente del capitalista, del mismo modo que el proletariado no se reduce a los trabajadores industriales que viven en barrios obreros. La disolución de tales estereotipos no es ninguna prueba del fin de las clases, sino simplemente de un cambio de su forma histórica.

Pertenecer a una clase en sentido estructural no significa tampoco estar determinado por ciertas propiedades formales –como, por ejemplo, la existencia de una relación de trabajo asalariado–, sino que significa solamente estar determinado por la propia posición dentro del proceso de producción. Dicho más rigurosamente: sólo se puede determinar la pertenencia a una clase al nivel del «proceso global del capital» en el que se sitúa Marx en el libro tercero, donde ya se presupone la unidad del proceso de producción y del proceso de circulación (cf. el comienzo del capítulo VII). A este nivel está claro que no es simplemente la posesión o no-posesión de medios de producción lo que decide acerca de la pertenencia a una clase. El presidente de la junta de accionistas de una sociedad anónima puede ser formalmente un trabajador asalariado, pero de hecho es «capitalista activo», dispone del capital (aunque no sea su propiedad), organiza la explotación y su «remuneración» no depende del valor de su fuerza de trabajo, sino del beneficio producido. Por el contrario, muchos trabajadores formalmente autónomos (que pueden poseer incluso algunos pequeños medios de producción) son, tanto ahora como antes, proletarios que viven de facto de la venta de su fuerza de trabajo, lo que además, en muchas ocasiones, tiene lugar en peores condiciones que en el caso de una relación formal de trabajo asalariado.

Es cierto que también hoy en día se distinguen en gran medida las condiciones de vida (ingresos, educación e incluso esperanza de vida) de la «burguesía» y el «proletariado» –consideradas como clases estructuralmente determinadas–, pero también dentro del «proletariado» hay una gran distancia entre realidades vitales completamente diferentes (en el trabajo, los ingresos, la educación, así como en las formas de consumo y de ocio). El hecho de que una situación común de clase se transforme en una conciencia y en una acción común, que la clase estructuralmente determinada se convierta en una clase histórico-social, es cualquier cosa menos seguro: puede pasar o también no pasar.

Pero aunque el proletariado (determinado estructuralmente) o una parte de él se convierta en una clase histórica y desarrolle una conciencia de clase, no significa que automáticamente de esta conciencia de

clase forme parte también la idea de una superación emancipatoria de la relación capitalista. Tampoco el proletariado con conciencia de clase es automáticamente «revolucionario».

En el proceso de producción capitalista se oponen directamente la burguesía y el proletariado, la explotación del proletariado es lo que posibilita la existencia del capital como valor que se valoriza. Las condiciones concretas en las que se realiza la valorización del capital son siempre conflictivas: el valor de la fuerza de trabajo tiene que alcanzar para la reproducción normal, pero lo que sea considerado como normal depende también de las reivindicaciones que la clase trabajadora sea capaz imponer (cf. capítulo IV.IV). Igualmente conflictiva es la duración de la jornada laboral (cf. capítulo V.I) y las condiciones correspondientes en las que tiene lugar el proceso de producción (cf. capítulo V.IV). En este sentido, junto con la relación capitalista existe siempre la *lucha de clases*, se la denomine de este modo o no. Y especialmente en la lucha de clases puede formarse una conciencia de clase entre los oponentes, pero ésta puede presentar aspectos completamente distintos según las situaciones históricas.

La lucha de clases no sólo adopta la forma de una confrontación directa entre la burguesía y el proletariado, también puede dirigirse al Estado, en tanto que a través de las leyes estatales se pueden establecer o suprimir determinadas condiciones laborales (limitaciones de la jornada laboral, protección contra el despido, coberturas sociales, etc.). Pero los conflictos de clases no son las únicas formas de conflicto relevantes en las sociedades capitalistas. También los conflictos sobre posiciones de género, discriminación racial o tratamiento de los movimientos migratorios tienen una importancia considerable para el desarrollo capitalista.

El marxismo tradicional consideraba generalmente los conflictos de clases como las únicas confrontaciones sociales realmente importantes. El «operaismo» italiano, una de las corrientes de izquierda radical que surgieron en los años 60, vio en la lucha de clases el factor decisivo de las crisis capitalistas. Ciertamente, no se puede negar que el hecho de que la clase trabajadora logre imponer sus reivindicaciones puede provocar o agravar las crisis. Precisamente los economistas burgueses, como los modernos neoclásicos, ponen de relieve esta conexión cuando aducen como causas de las crisis y del desempleo los salarios demasiados elevados, la fuerza excesiva de los sindicatos y las regulaciones (favorables a los empleados) del mercado de trabajo. Sin duda, la dimensión y las formas de la lucha de clases son elementos importantes para el análisis del desarrollo del capitalismo en un determinado país durante un determinado período histórico. Pero si, al nivel de la exposición del modo de producción capitalista «en su media ideal» (esto es, al nivel de exposición de *El Capital* de Marx, cf. capítulo II.I), las crisis quedan

reducidas a la lucha de clases, se pierde el punto decisivo de la teoría marxiana de las crisis. Pues lo que quería demostrar es justamente que al capital le es inmanente la tendencia a las crisis, que con independencia del estado de la lucha de clases hay una tendencia que conduce a las crisis. Lo que significa que aunque la lucha de clases se encontrara prácticamente inmovilizada, se seguirían produciendo crisis.

La lucha de clases es, en primer lugar, una lucha *dentro* del capitalismo: el proletariado lucha por sus condiciones de existencia *como proletariado*, se trata de una lucha por salarios más altos, por mejores condiciones de trabajo, por el establecimiento de garantías jurídicas, etc. En este sentido, la lucha de clases no es un síntoma de debilidad del capital y menos aún de una inminente revolución, sino que es la forma normal en que se desarrolla la confrontación entre la burguesía y el proletariado. También las motivaciones de las reivindicaciones que se plantean permanecen la mayoría de las veces dentro del marco definido por la fórmula trinitaria: si se exige un salario «justo», lo que está a la base de tal reivindicación es precisamente la irracionalidad de la forma de salario (a saber, el salario como remuneración del valor del trabajo y no como remuneración del valor de la fuerza de trabajo, cf. capítulo IV.V), de la que Marx había constatado que constituye la base de todas las representaciones jurídicas tanto de los trabajadores como de los capitalistas (MEW 23, p. 562 / 657). Lo que significa que cuando en la sociedad burguesa las personas, sean los trabajadores y trabajadoras o los capitalistas, intentan hacerse cargo de sus intereses, lo hacen en las formas fetichistas de percepción y de pensamiento que dominan la conciencia espontánea.

Pero la lucha de clases también posee una dinámica propia. Puede llevar a procesos de aprendizaje y racionalización en los que se ponga en cuestión el sistema capitalista en su conjunto. El fetichismo no es inescrutable. Sobre todo en la fase de establecimiento del moderno capitalismo industrial, se reaccionó frecuentemente a las luchas sostenidas por el proletariado con una feroz represión estatal (prohibición de los sindicatos y de las huelgas, persecución de activistas, etc.), con lo que a menudo los procesos se radicalizaron aún más. En comparación con el siglo XIX y principios del XX, la represión directa ha disminuido en muchos países (aunque en muchos otros todavía sigue desempeñando un papel significativo). Actualmente, en los países capitalistas más desarrollados hay una regulación legal más o menos fuerte de las formas en las que se presenta la confrontación directa entre la burguesía y el proletariado: la lucha de clases puede tener lugar sin que ello ponga en peligro al sistema (por ejemplo, en Alemania está garantizado legalmente el derecho de coalición y de huelga, pero también el derecho del empresario al *lock-out*; asimismo está garantizado el convenio colectivo, pero está prohibida la huelga política). Es decir, determinadas formas de lucha están

prácticamente exentas de represión estatal directa, pero por eso mismo otras son perseguidas más intensamente.

En la historia del marxismo se llegó con frecuencia a dos conclusiones erróneas con respecto a las clases y a la lucha de clases. Por un lado, de la situación de clase se infirió la existencia de una conciencia de clase que necesariamente se desarrollaría antes o después. Por otro lado, se supuso que esta conciencia de clase debía tener un contenido más o menos «revolucionario». De ahí que toda lucha de clases que se presentaba fuese interpretada a menudo como indicio de una inminente lucha revolucionaria definitiva. Se suponía que el proletariado desarrollaría inexorablemente una conciencia de clase y se convertiría en una clase revolucionaria en el curso del desarrollo del capitalismo. Es verdad que en la historia se habían presentado algunas situaciones en las que una parte del proletariado actuó de manera revolucionaria, pero tales situaciones no fueron resultado de una tendencia general de la evolución del proletariado hacia su transformación en una clase revolucionaria, sino expresión de circunstancias históricas concretas (por ejemplo, en la Alemania de 1918, fueron resultado de la derrota en la guerra y de la pérdida de legitimación de los círculos militares y aristocráticos determinantes hasta ese momento). El hecho de que una parte del proletariado se haya orientado en una dirección revolucionaria siempre ha sido, pues, un fenómeno transitorio.

Muchos «análisis de clase» marxistas que giran en torno a la pregunta sobre «quién forma parte del proletariado» no van más allá de la idea de un desarrollo necesario del proletariado hacia su conversión en una clase revolucionaria. Se pensaba que con la determinación analítica del proletariado se había encontrado el «sujeto revolucionario». En tanto que los proletarios reales no tenían conciencia de su papel, había que ayudarles a dar el salto, la mayor parte de las veces a través del «partido de la clase obrera», un título que solía ser objeto de un encarnizado combate entre diversos candidatos.

También en Marx se pueden encontrar las dos conclusiones erróneas que se acaban de mencionar, así como una concepción determinista de la historia fundada sobre ellas, ante todo en el *Manifiesto Comunista*; por tanto, precisamente en el texto que desempeñó en todo momento un papel fundamental en el marxismo tradicional y en los distintos partidos obreros.

Marx es mucho más circunspecto en *El Capital*. No obstante, también aquí hay un eco del determinismo histórico anterior. Al final del libro primero, esboza de manera sucinta, en apenas tres páginas, la «tendencia histórica de la acumulación capitalista» (éste es el título de la sección). Primero resume el surgimiento del modo de producción capitalista a través de la expropiación de los pequeños productores (los

pequeños campesinos o artesanos). En el curso de la denominada «acumulación originaria», éstos pierden su propiedad sobre los medios de producción, de modo que están forzados a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas. Sobre la base capitalista comienza entonces una transformación fundamental del proceso de producción: de las pequeñas explotaciones surge la explotación a gran escala, tiene lugar un proceso de concentración y centralización del capital, se produce una aplicación sistemática de la ciencia y la técnica, se economizan los medios de producción y las economías se integran en el mercado mundial. Y Marx continúa diciendo:

> «Con el número cada vez menor de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación aumentan cada vez más la miseria, la opresión, la servidumbre, la degeneración y la explotación, pero aumenta también la indignación de la clase obrera, una clase cada vez más numerosa y crecientemente disciplinada, unida y organizada a través del propio mecanismo del proceso de producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en una traba del modo de producción que ha crecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en el que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Ésta salta por los aires. Ha sonado la hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados» (MEW 23, pp. 790-791 / 953).

En estos pasajes se presenta la transformación del proletariado en clase revolucionaria y el derrocamiento del dominio del capital como un proceso ineludible. Y aquí cita Marx en una nota a pie de página el *Manifiesto Comunista*, donde se dice sobre la burguesía: «Su ruina y la victoria del proletariado son igualmente inevitables» (MEW 23, p. 791 / 954, n. 252).

En el antiguo movimiento obrero se acogieron de buena gana tales declaraciones, pero se comprobó una y otra vez que esa sociedad burguesa de la que se proclamaba su fin inexorable seguía imponiéndose a los trabajadores, excluyéndolos y humillándolos. En la prensa socialdemócrata anterior a la Primera Guerra Mundial, y posteriormente en la prensa comunista, esta sección de tres páginas del libro primero se publicó y se citó repetidamente, de forma que se generó la idea de que era de esto de lo que trataba esencialmente el análisis de Marx.

Sin embargo, estos pronósticos no coinciden con su investigación. No está claro en qué medida el monopolio del capital se ha convertido «en una traba para el modo de producción que ha crecido con él y bajo él». El hecho de que los beneficios y los costes sociales del desarrollo capitalista estén repartidos de manera tan sumamente desigual no es ningún obstáculo para el desarrollo capitalista, sino –como pone de manifiesto justamente el análisis de Marx– su forma de movimiento más propia. Y aunque es cierto que el proletariado aumenta en términos

numéricos con la imposición del modo de producción capitalista y que a través de la gran industria llega a estar en cierto modo «unido» y «disciplinado» (por ejemplo, en tanto que el proletariado tiene que organizarse sindical y políticamente de alguna manera para poder existir en general como proletariado), no se sigue en modo alguno del análisis de Marx que ello dé lugar ineludiblemente a la constitución de una clase «revolucionaria». Por el contrario, *El Capital* suministra los elementos para comprender por qué se producen tan raramente los procesos revolucionarios, por qué la «indignación» de la que se habla en la cita no conduce directamente a la lucha contra el capitalismo: con el análisis del fetichismo, de la irracionalidad de la forma de salario y de la fórmula trinitaria, Marx ha mostrado cómo el modo de producción capitalista produce una imagen de sí mismo en la que las relaciones sociales están cosificadas, donde las relaciones capitalistas de producción parecen surgir de las condiciones de la producción como tal, de manera que sólo pueden tener lugar transformaciones dentro de las relaciones capitalistas. Se puede producir un proceso revolucionario; ciertamente no es imposible, pero es cualquier cosa menos un resultado inevitable.

En la sección mencionada, Marx saca conclusiones que desembocan en un determinismo histórico, que no está fundamentado en su exposición categorial. La exposición del modo de producción capitalista, sin embargo, no depende en ningún lugar de estas dudosas conclusiones. *El Capital* es, ahora tanto como antes, la mejor contribución para comprender el modo de producción capitalista. Si este modo de producción está llegando a su fin, y cómo va a ser este fin cuando llegue, es algo que no se puede determinar *de antemano*. Aquí no hay certezas, sino sólo una lucha con un desenlace abierto.

Capítulo XI

Estado y capital

Cuando Marx emprendió a finales de la década de 1850 una crítica general de la economía política, quería escribir un libro sobre el Estado. En total planeó seis libros: sobre el capital, la propiedad del suelo, el trabajo asalariado, el Estado, el comercio exterior y el mercado mundial (cf. MEW 13, p. 7). Los tres libros de *El Capital* abarcan, por lo que al contenido se refiere, los tres primeros libros de los seis planeados. El libro sobre el Estado no llegó a escribirse nunca; en *El Capital* sólo hay observaciones ocasionales al respecto. Algunos elementos generales de una teoría del Estado se encuentran en los escritos tardíos de Engels: en el *Anti-Dühring* (1878) y sobre todo en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884). En el siglo XX se produjo un amplio debate sobre la teoría del Estado entre los marxistas, pero no llevó a una comprensión común[1]. En lo que sigue no se pretende acometer la tentativa de exponer resumidamente una «teoría marxista del Estado». Más bien se pretende poner de manifiesto en algunos puntos fundamentales que el trasfondo de la crítica de la economía política no sólo apunta a una teoría del Estado alternativa a la burguesa, sino sobre todo a una *crítica de la política*. Esto no significa una crítica de determinadas políticas, sino una crítica del Estado y de la política como formas sociales, es decir, como los modos determinados de mediar las relaciones sociales.

I El Estado: ¿un instrumento de la clase dominante?

Fueron sobre todo dos planteamientos de Marx y Engels los que determinaron en gran medida las discusiones posteriores sobre el

[1] De la multitud de contribuciones sobre el tema, señalaremos aquí sólo unas pocas: Lenin (1917a), Paschukanis (1924), Gramsci (1929-35), Althusser (1970), Agnoli (1975), Poulantzas (1977), Gerstenberger (1990); para una primera y breve introducción en el debate, véase Stützle (2003).

Estado. Uno fue la distinción entre «base» y «superestructura», y el otro la concepción del Estado como instrumento de la clase dominante.

En el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), Marx resumió de forma muy breve (aproximadamente en una hoja y media) su visión general de la sociedad. Designó aquí la estructura económica de ésta como «la base real sobre la que se levanta una superestructura jurídica y política», y destacó que

> «las relaciones jurídicas y las formas de Estado no se pueden comprender a partir de sí mismas, ni a partir del denominado desarrollo general del espíritu humano, sino que más bien hunden sus raíces en las condiciones materiales de vida» (MEW 13, p. 8).

Con esto se introdujeron en el debate los términos «base» y «superestructura», de los que tanto uso hicieron los marxistas posteriormente (y que por lo demás rara vez aparecen en Marx). En el marxismo tradicional y en el marxismo-leninismo, las escasas afirmaciones de este Prólogo fueron consideradas como uno de los documentos fundamentales del «materialismo histórico». A menudo se sacó la conclusión de que la «base» económica determina esencialmente la «superestructura» política (Estado, derecho, ideología) y que para todo fenómeno de la «superestructura» tiene que haber una causa en la «base» económica. Esta reducción simplista a causas e intereses económicos se designa como *economicismo*.

Muchas de las discusiones entre marxistas giraban en torno a la pregunta por el grado de determinación efectivo de la «superestructura» por la «base». En el intento de descubrir resultados científicos definitivos en este Prólogo, frecuentemente se pasó por alto que para Marx sólo se trataba aquí de una delimitación respecto a la teoría del Estado imperante en su época, que consideraba al Estado con independencia de todas las relaciones económicas. Frente a ello, Marx insistió en que no se puede comprender el Estado y el derecho simplemente a partir de sí mismos, sino que hay que verlos siempre desde el trasfondo de las relaciones económicas. Pero con tal delimitación no está ni siquiera mínimamente indicada la configuración del análisis del Estado.

La interpretación economicista apoyada en la distinción entre base y superestructura encajaba muy bien con la caracterización del Estado que sostenía Engels. Al final de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), Engels realizó algunas consideraciones muy generales sobre el Estado. Señaló que no tiene por qué haber un Estado en todas las sociedades humanas. Sólo cuando en una sociedad se forman clases con intereses contrapuestos y estas oposiciones de clase amenazan con desgarrar la sociedad, se hace necesario un «poder que aparentemente se sitúa por encima de la sociedad». Este poder, que surge a

partir de la sociedad misma, pero que se va haciendo cada vez más autónomo, es el Estado (MEW 21, p. 165). Sin embargo, el Estado sólo se sitúa aparentemente por encima de las clases, en realidad es «el Estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que a través suyo se convierte también en la clase políticamente dominante» (MEW 21, p. 166 y ss.).

Engels considera al Estado como un poder que está situado *frente* a la sociedad. Esto se corresponde con el concepto general, coloquial, del Estado como una institución que en una determinada sociedad dispone del monopolio para el ejercicio legítimo de la fuerza (en suma, del *monopolio de la fuerza*); prescindiendo de la legítima defensa, nadie puede ejercer la fuerza a excepción de los órganos estatalmente determinados, como la policía o el ejército. Pero Engels destaca además que esta institución es un instrumento de la clase dominante. Y éste es también el caso en una república democrática con sufragio universal, algo que se debe, según Engels, a distintos mecanismos indirectos: por un lado, a la «corrupción de los funcionarios», por otro, a una «alianza del gobierno y la bolsa» (debido a las deudas estatales, el Estado depende cada vez más de las bolsas). Tampoco el derecho general de voto impide la instrumentalización del Estado mientras «el proletariado no esté maduro para su autoliberación» y siga reconociendo el orden social existente como el único posible (MEW 21, p. 167 y ss.).

Pero cuando el proletariado se libere finalmente y erija una sociedad socialista/comunista, entonces, sigue diciendo Engels, desaparecerán también las clases, no de golpe, sino paulatinamente. Y ya que el Estado, como un poder que está situado frente a la sociedad, sólo surgió a causa de la división en clases, desaparecerá también con la desaparición de las clases: el Estado «se extingue», dice la célebre formulación del *Anti-Dühring* (MEW 20, p. 262).

La concepción de que el Estado es ante todo un *instrumento* en manos de la clase económicamente dominante no sólo estuvo presente en muchos debates marxistas, también los críticos burgueses radicaldemócratas sostuvieron que al menos el Estado existente es un instrumento del dominio directo de clase. Pero los Estados modernos, por su propia exigencia, son *neutrales* frente a las clases: lo que rige es la igualdad de los ciudadanos ante la ley y el deber del Estado de ocuparse del bien común. Quien concibe el Estado básicamente como un instrumento del dominio de clase intenta demostrar, por tanto, que la acción efectiva del gobierno y el modo de funcionamiento de los órganos estatales son contrarios a esta exigencia de neutralidad.

Tal concepción es empíricamente plausible: siempre se pueden encontrar ejemplos de leyes que favorecen sobre todo a las clases adineradas, o de formas legales (y también ilegales) de influencia de los lobbies capita-

listas sobre la legislación y la actuación política del gobierno. Es indiscutible que distintas facciones del capital intentan utilizar al Estado como instrumento, y que a veces además lo consiguen. Ahora bien, la pregunta es si con este estado de cosas ya se ha comprendido el carácter esencial del moderno Estado burgués.

Entre las medidas estatales normalmente también hay algunas que benefician a los estratos sociales más pobres. Los defensores de la concepción instrumental del Estado interpretan tales medidas como meras concesiones, como un método para mantener acallados a los oprimidos y explotados.

La *crítica del Estado* es entendida por los defensores de esta concepción como *desenmascaramiento*: hay que demostrar que la neutralidad del Estado es sólo aparente. Tal crítica se refiere sobre todo a la correspondiente *utilización* del Estado, pero no al Estado y a la política como formas sociales[2].

En la praxis política, la concepción instrumental del Estado conduce generalmente a la exigencia de *otro* uso del Estado: la obligación de ocuparse del bien común debe tomarse en serio definitivamente y los intereses de las clases bajas tienen que ser mejor atendidos. Existen distintos juicios acerca de cuándo es posible alcanzar esto. Las corrientes «revolucionarias» insisten en que sólo después de una revolución es posible una política estatal que se base en los intereses «reales» de la mayoría. Pero lo que no suele quedar claro es cómo va a ser la política revolucionaria en situaciones no revolucionarias. Las corrientes «reformistas» creen, por el contrario, que también en las condiciones capitalistas es posible otra política, un compromiso de clase. Por consiguiente, se espera que la participación de los partidos de izquierdas en el gobierno tenga como resultado una política «mejor». La decepción que sigue normalmente a estas expectativas se justifica entonces, por una parte de los reformistas, como el coste inevitable de los compromisos; y el ala algo más radical critica la política decepcionante y la atribuye a la acomodación o a la «traición» de las cabezas dirigentes de los partidos de izquierdas. A menudo se funda entonces el siguiente partido, que «realmente» lo va a hacer de otro modo. Lo que esta crítica no se plantea es que también puede haber razones estructurales para la criticada acomodación (véase a este respecto la parte final del capítulo XI.II).

---

[2] En los escritos del joven Marx de comienzos de la década de 1840, se encuentra asimismo una crítica del Estado que contrapone el modelo y la realidad. Debido a la insuficiencia de tal crítica, Marx pasó a ocuparse de la economía política (cf. Heinrich 1999, p. 88 y ss.). Pero estos trabajos tempranos se mostraron poco fecundos para una crítica del Estado que conectase con la de la economía política.

II Determinaciones formales del Estado burgués: Estado de derecho, Estado social, democracia

Hay un problema básico asociado a la concepción «instrumental» del Estado: suprime la diferencia cualitativa entre las relaciones sociales burguesas y preburguesas. Sólo pone de relieve la división de la sociedad en clases diferentes. Pero lo importante para un análisis del Estado es la *forma específica* en la que estas clases se relacionan entre sí y reproducen su relación de clase[3]. En las sociedades preburguesas todavía no estaban separadas la dominación política y la económica: la relación de dominio de un propietario de esclavos era una relación personal de dominio sobre «sus» esclavos, del mismo modo que lo era la de un señor feudal sobre «sus» siervos, lo que (desde nuestra perspectiva actual) comprendía simultáneamente tanto una relación política de poder como una relación económica de explotación.

En las sociedades burguesas-capitalistas se separan la explotación económica y el poder político. El propietario del suelo o de los medios de producción no tiene una función militar, policial o judicial vinculada a esta propiedad que le confiera poder político. La dominación económica ya no tiene, pues, carácter personal. El trabajador asalariado individual no depende personalmente de un capitalista determinado.

Los miembros de la sociedad burguesa se enfrentan en el mercado como propietarios privados «libres» y jurídicamente «iguales», aunque los unos sólo posean su fuerza de trabajo y los otros los medios de producción. Sobre esto observa Marx sarcásticamente en *El Capital*:

> «La esfera de la circulación o del intercambio de mercancías, dentro de cuyos límites se desarrolla la compra y la venta de la fuerza de trabajo, era de hecho un verdadero Edén de los derechos humanos innatos. Lo único que impera aquí es la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham[4]. ¡Libertad! Pues el comprador y el vendedor de una mercancía, por ejemplo, de la fuerza de trabajo, sólo están determinados por su libre voluntad. Firman un contrato como personas libres y jurídicamente iguales. El contrato es el resultado final en el que sus voluntades se dan una expresión jurídica común. ¡Igualdad! Pues sólo se relacionan entre sí como poseedores de mercancías e intercambian equivalente por equivalente. ¡Propiedad! Pues cada uno sólo tiene disposición sobre lo suyo. ¡Bentham! Pues cada uno de ellos sólo se ocupa de sí mismo. El único poder que los une y los relaciona es el de su egoísmo» (MEW 23, pp. 189-190 / 214).

---

[3] Este punto lo resalta Marx en *El Capital*: «La forma económica específica en la que el plustrabajo no pagado es extraído de los productores directos determina la relación de dominación y servidumbre, tal y como surge directamente de la producción misma, y a su vez repercute de manera determinante sobre ella. Pero sobre esto se funda toda la configuración de la comunidad económica surgida de las propias relaciones de producción, y con ello al mismo tiempo su forma política específica» (MEW 25, p. 799 / 1007).

[4] Jeremy Bentham (1748-1832) era un filósofo inglés que defendía una ética basada en el principio de la utilidad.

La relación económica de explotación y dominio se constituye por el acuerdo entre partes contratantes libres e iguales, y puede cancelarse de nuevo en cualquier momento. El hecho de que aquellos que son explotados acepten su explotación se debe a que en una sociedad de propietarios privados no tienen ninguna otra posibilidad para asegurarse su subsistencia. Es verdad que el trabajador asalariado no depende de un capitalista determinado, pero tiene que vender su fuerza de trabajo a algún capitalista para sobrevivir.

Así pues, la relación de poder entre clases que surge de la producción es completamente distinta en la sociedad burguesa y en las sociedades preburguesas, por lo que también la forma política de la sociedad burguesa, el *Estado burgués*, presenta unos caracteres totalmente propios.

En las sociedades preburguesas, los hombres se relacionan desde el principio como personas jurídicamente desiguales. En estas sociedades, los derechos y las obligaciones estaban definidos por la correspondiente posición o categoría social de las personas; las relaciones de dominio económicas y políticas se entrelazaban directamente las unas con las otras. En las condiciones capitalistas no es necesario el poder político *directo* para sostener la explotación económica: basta con que el Estado, como un poder político que está situado más allá de la sociedad, garantice que sus miembros se comportan como *propietarios privados*. Tiene que ser un poder autónomo, *independiente*, pues debe obligar a *todos* a que reconozcan a los otros como propietarios privados.

Como *Estado de derecho*, el Estado burgués trata a sus ciudadanos como propietarios privados libres e iguales: todos los ciudadanos del Estado están sometidos a las mismas leyes y tienen los mismos derechos y obligaciones[5]. El Estado protege la propiedad privada de cualquier ciudadano, con independencia de la consideración de la persona. Esta protección consiste sobre todo en que los ciudadanos están obligados a reconocerse mutuamente como propietarios privados: la apropiación de la propiedad ajena sólo está permitida en el caso de acuerdo mutuo; la propiedad ajena se obtiene generalmente por medio de la donación, la herencia, el intercambio o la compra.

---

5 Conforme a la conocida formulación de Marx, se podría decir que esta afirmación y las siguientes son válidas sólo para el Estado burgués «en su media ideal». De la misma manera que la exposición del modo de producción capitalista «en su media ideal» no suministra un análisis total de la sociedad capitalista, éste es también el caso con el Estado. El establecimiento de la plena igualdad jurídica y política de los ciudadanos (y sobre todo de las ciudadanas) fue un proceso que en muchos Estados duró hasta la segunda mitad del siglo XX, y que en parte aún continúa. Además, a causa de los procesos de migración a escala mundial, actualmente viven en la mayoría de los Estados no sólo ciudadanos jurídicamente iguales, sino también un número creciente de ciudadanos de otros Estados que disfrutan de un número considerablemente menor de derechos o, en el caso de los inmigrantes ilegales, que no tienen prácticamente ningún derecho.

El Estado se comporta efectivamente frente a los ciudadanos individuales como una instancia neutral; esta neutralidad no es en absoluto una simple apariencia. Precisamente a través de ella asegura el Estado los fundamentos de las relaciones capitalistas de dominio y explotación. La protección de la propiedad implica que aquellos individuos que, aparte de su fuerza de trabajo, no tienen ninguna propiedad (relevante), están *forzados* a vender su fuerza de trabajo. Para poder adquirir sus medios de subsistencia tienen que someterse al capital. Con ello se hace posible el proceso de producción capitalista, y éste reproduce permanentemente la relación de clase que constituye su propio presupuesto. El trabajador individual sale del proceso de producción tal y como entra en él. Su salario alcanza básicamente para su reproducción (la suya propia y la de su familia). Para reproducirse de nuevo, tiene que vender nuevamente su fuerza de trabajo. También el capitalista vuelve a salir del proceso como capitalista: su capital adelantado le refluye junto con un beneficio, de modo que puede adelantar una cantidad mayor. Por consiguiente, el proceso de producción capitalista no sólo produce mercancías, sino que también reproduce la relación de capital misma (cf. MEW 23, capítulo 21).

Sin embargo, es un resultado histórico tardío que la reproducción de la relación de capital, al menos en los países capitalistas desarrollados, tenga lugar en su mayor parte sin una violencia estatal *directa* (indirectamente, como amenaza, la fuerza del Estado está siempre presente). Durante la «acumulación originaria», cuando aún tenía que ser producido por primera vez el «trabajador doblemente libre» (cf. capítulo IV.III), la situación era por completo diferente. Tal y como muestra Marx en detalle con el ejemplo de Inglaterra, el Estado tenía que intervenir de manera directa y permanente para posibilitar y para potenciar la producción capitalista: en primer lugar, ayudando a los terratenientes a expulsar a los campesinos del campo que cultivaban (la cría de ganado lanar les era más lucrativa), y después para obligar a estas personas, a las que se había arrancado de su tierra y que se habían convertido en vagabundos, a trabajar en las fábricas y someterse a su disciplina. Con esto no pretende decirse que los distintos gobiernos hayan seguido un plan general para la implantación del capitalismo; sus medidas obedecían a razones totalmente diferentes. Sin embargo, el capitalismo moderno sólo pudo establecerse como resultado de estas medidas violentas. Pasó mucho tiempo hasta que se desarrolló una clase obrera «que por educación, tradición y costumbre reconoce las exigencias de ese modo de producción como leyes naturales evidentes»[6]. Sólo entonces es suficiente la

[6] Este estado de cosas mencionado concisamente por Marx constituye uno de los temas centrales de Foucault (1976). En este contexto, Foucault critica el concepto tradicional de poder, reducido a una facultad que puede simplemente apropiarse el uno o el otro lado

«violencia muda de las relaciones económicas» para el «dominio de los capitalistas sobre los trabajadores», y el uso de la violencia por parte del Estado sólo es necesario en casos excepcionales (MEW 23, p. 765). En condiciones capitalistas desarrolladas, se asegura el mantenimiento de la relación de clase justamente porque el Estado, como Estado de derecho, trata a sus ciudadanos, independientemente de su pertenencia a una clase determinada, como propietarios libres e iguales, protegiendo su propiedad y sus transacciones como propietarios[7].

Pero el Estado burgués no es sólo Estado de derecho, que establece un marco formal y asegura la observancia del mismo por medio de su monopolio de la fuerza. También garantiza las condiciones *materiales* generales de la acumulación de capital, en tanto que estas condiciones no pueden ser creadas de modo capitalista por los capitalistas individuales, dado que no rinden beneficios suficientes. De estas condiciones –que cambian históricamente o tienen una importancia distinta en períodos diferentes– forman parte, entre otras, la creación de una infraestructura adecuada (sobre todo redes de comunicación y de transporte), de capacidades de formación e investigación, así como un dinero de valor estable a través del banco central[8]. El Estado actúa aquí, según la expresión de Engels, como «capitalista global ideal» (MEW 20, p. 260), que con su política persigue el *interés capitalista global* de lograr una acumulación lo más lucrativa posible. Este interés *global* no siempre es idéntico con el interés particular de las distintas facciones capitalistas o de los capitalistas individuales, y en este sentido las actuaciones del Estado pueden oponerse por completo a estos intereses particulares; justamente por eso se necesita una instancia propia, independiente de los capitalistas particulares. Aunque siempre se pueden encontrar ejemplos de actuaciones de los gobiernos que favorecen directamente a determinados capitalistas, lo cierto es que en ello no se pone de manifiesto ningún momento esencial del Estado burgués, ninguna determinación vinculada necesariamente a él. De ahí que este comportamiento favorecedor se denuncie como un «escándalo» precisamente en los círculos burgueses que en modo alguno se oponen críticamente al Estado y al capital.

El supuesto esencial de la acumulación capitalista es la existencia de los trabajadores asalariados. Su reproducción se hace posible por medio

(clase). A lo que contrapone una «microfísica del poder», que atraviesa a todos los individuos en sus opiniones interiores y en sus modos de comportamiento.

[7] Puesto que la valorización del capital conquista continuamente nuevos ámbitos, las relaciones de propiedad privada tienen que volver a ser establecidas una y otra vez bajo nuevas condiciones; por ejemplo, como ocurre actualmente en Internet (cf. Nuss 2002).

[8] La *existencia* del dinero no se basa en actos estatales, sino que es la mercancía la que hace necesario el dinero (cf. capítulo III). Sin embargo, en condiciones capitalistas normales, es el Estado el que garantiza el valor de la correspondiente *forma concreta del dinero* a través de sus instituciones (en el capitalismo desarrollado es el banco central el que realiza esta función, cf. capítulo VIII).

del salario que paga el capitalista. Para el capitalista individual, el salario representa (igual que las medidas de protección laboral, de prevención contra accidentes, etc.) simplemente un factor de coste, que como tal debe ser minimizado. Bajo la presión de la competencia, cada capitalista intenta conseguir una ganancia lo más elevada posible. Si el capital no encuentra ninguna resistencia en la forma de sindicatos fuertes o agrupaciones similares, se establecen jornadas laborales de duración superior a la normal, condiciones de trabajo nocivas para la salud y salarios de miseria, lo que a la larga tiene como consecuencia que las fuerzas de trabajo no puedan reproducirse: al capital, con su impulso (forzado por la competencia) a una valorización cada vez mayor, le es inmanente una tendencia a la destrucción de la fuerza de trabajo. El capitalista individual puede reconocer esto, y también lamentarlo, pero no puede hacer gran cosa al respecto si no quiere ir a la quiebra. Para que el capital no destruya el objeto de su explotación, este objeto tiene que ser protegido por medio de la legislación estatal. Una jornada laboral regulada legalmente (cf. MEW 23, capítulo 8), disposiciones para la protección de la salud y la prevención de accidentes, así como un salario mínimo garantizado (o un subsidio mínimo estatal, como la ayuda social en Alemania, que actúa como límite inferior del salario) –todo ello establecido, por lo general, sólo a través de las luchas de los trabajadores y trabajadoras– restringen las posibilidades de valorización del capital, pero la garantizan a largo plazo.

El Estado no sólo evita la destrucción de la fuerza de trabajo, sino que, como *Estado social*, también garantiza su reproducción, en tanto que ésta no es posible solamente por medio de la remuneración salarial negociada entre el trabajador y el capitalista. A través de los diversos seguros sociales, el Estado protege al trabajador frente a los riesgos fundamentales a los que se ve expuesto en una economía capitalista: la imposibilidad permanente de seguir vendiendo su fuerza de trabajo a causa de un accidente o de la edad (seguro de accidentes y pensiones); la imposibilidad transitoria de vender su fuerza de trabajo a causa de una enfermedad o de encontrarse en paro (seguro de enfermedad y subsidio de desempleo, o ayuda social).

Los medios para las prestaciones sociales del Estado provienen del proceso de acumulación, independientemente de que se financien a través de contribuciones a la Seguridad Social o a través de impuestos. Se utiliza para ello una parte del valor social producido, de modo que disminuye la masa de plusvalor. Esta deducción significa para los capitalistas individuales una restricción, lo mismo que las disposiciones de protección mencionadas anteriormente. En este sentido, el Estado, como Estado social, atenta contra el interés inmediato de cada uno de los capitalistas por conseguir la máxima valorización, y choca por ello contra la

resistencia de éstos. De ahí que normalmente las prestaciones sociales estatales sólo sean establecidas como resultado de las luchas de los movimientos de trabajadores. Por eso el Estado social es concebido a menudo como una «conquista» del movimiento obrero, como una concesión a la clase de los trabajadores (para mantenerlos tranquilos). De hecho, la vida de los trabajadores y trabajadoras es considerablemente más fácil y más segura con la protección del Estado social que sin ella. Pero no se trata de prestaciones unilaterales para los trabajadores, que representarían, como se afirma a veces, el primer paso hacia la superación del capitalismo. Se trata más bien de una protección adecuada al capitalismo para asegurar la existencia de los *trabajadores asalariados*. Por un lado, al capital le interesa que aquellos trabajadores y trabajadoras cuya fuerza de trabajo no se pueda utilizar transitoriamente, por causa de enfermedad, accidente o escasez de demanda, se conserven en «buen estado» para el capital. Por otro lado, las prestaciones sociales del Estado están vinculadas generalmente a la venta de fuerza de trabajo (o a la disposición para ello): prestaciones como los subsidios de desempleo o las pensiones de jubilación dependen del salario anterior, una conexión que tiene el efecto de disciplinar a muchos trabajadores y trabajadoras; en el caso de las personas en condiciones de trabajar, el pago del subsidio de desempleo o de la ayuda social está vinculado además a que se esfuercen activamente para vender su fuerza de trabajo. Si este no es el caso, tiene lugar la reducción o la denegación plena de los pagos por parte de las autoridades estatales como medida disciplinar. Por lo tanto, las prestaciones del Estado social no eximen en modo alguno de la coerción a vender la fuerza de trabajo.

La concepción del Estado burgués como un simple instrumento en manos de la clase de los capitalistas tiene un punto débil muy importante: se presupone tanto una clase «dominante» unitaria y capaz de actuar políticamente como un interés de clase claramente definido, al que sólo le falta el instrumento para poder realizarse. Pero ni lo uno ni lo otro es evidente. La «clase económicamente dominante» en el capitalismo consta de capitalistas que compiten entre sí con intereses distintos por completo y parcialmente opuestos. Es cierto que hay un interés común en la conservación del modo de producción capitalista. Pero salvo en el caso de que éste se encuentre amenazado por movimientos revolucionarios, dicho interés es demasiado general para poder ofrecer una pauta común respecto a la actuación «normal» del Estado. Los intereses que determinan la actuación del Estado no están simplemente ahí, esperando a su realización, como se supone en la concepción instrumental del Estado, sino que tienen que *constituirse*.

Todas las medidas estatales son discutibles, da igual que se trate de una reestructuración concreta del sistema jurídico, de la protección de las

condiciones materiales de la acumulación o de la forma y la extensión de las prestaciones sociales. Por lo general, toda medida perjudica a algunos capitalistas (a veces incluso a todos) y beneficia a otros (o los perjudica menos que al resto). Ciertas expectativas de beneficiarse a largo plazo se enfrentan con perjuicios inmediatos, etc. Aquello en lo que consiste el interés global capitalista, los desafíos a los que debe reaccionar el Estado y el modo en que debe hacerlo son cosas que hay que determinar en cada momento. La política estatal presupone una constante *averiguación de este interés global* y de las *medidas para su realización*.

A menudo hay diversas posibilidades acerca de cómo se puede perseguir el interés global capitalista. Son posibles *estrategias alternativas*, de modo que la política estatal no se puede reducir a una simple realización de las necesidades de la economía capitalista. La referencia a la finalidad económica de una medida estatal, tan popular en círculos marxistas, es una explicación insuficiente. Las relaciones de poder entre los distintos lobbies capitalistas, las alianzas que se establezcan, la influencia dentro del aparato del Estado y en los medios de comunicación, etc. tienen una importancia fundamental para establecer o impedir determinadas medidas o incluso estrategias enteras, y en ocasiones se producen resultados disfuncionales para el interés global capitalista. Estas presiones de los lobbies, las luchas por la influencia, etc. no son una infracción de las reglas, sino el modo en que tiene lugar normalmente la búsqueda de consenso.

Pero la política estatal no sólo requiere de un consenso entre las facciones capitalistas más importantes sobre el interés global capitalista, sino que además tiene que *legitimarse* frente a las clases inferiores; también se requiere de ellas en cierta medida para el *consenso*. Sólo así se puede garantizar que las clases inferiores no perturben con su acción social la reproducción de las condiciones capitalistas (si bien tales perturbaciones no comienzan sólo por una resistencia motivada políticamente), y en especial que estén de acuerdo con los sacrificios que a menudo se les exigen o al menos que los soporten pasivamente. Ahora bien, para obtener la legitimación y para mantener el comportamiento «disciplinado» de los individuos como trabajadores y como ciudadanos del Estado, no basta con «vender bien» la política. Los intereses de las clases inferiores –sus intereses *dentro* del capitalismo, es decir, sus intereses dirigidos a alcanzar una existencia mejor como trabajadores asalariados– tienen que tomarse en consideración, al menos en la medida en que no perjudiquen «demasiado» el interés global capitalista por una acumulación creciente. También aquí son importantes la fuerza y la habilidad con que se defiendan estos intereses, y la influencia que tengan sus representantes en los partidos, en el aparato del Estado y en los medios.

La discusión sobre las diversas medidas políticas y las distintas estrategias, la generación de consenso y legitimación, la integración de intereses adecuados al capitalismo, no comprende sólo a las clases «dominantes», sino también a las clases «dominadas». Tiene lugar tanto dentro como fuera de las instituciones estatales: tanto en los medios de la *opinión pública burguesa* (televisión, prensa) como en las *instituciones de formación de la voluntad democrática* (parlamentos, partidos, comités). Es cierto que la política también puede ser impuesta dictatorialmente frente a la mayoría de la población a través de los medios autoritarios del Estado. Pero una eliminación prolongada de las instituciones democráticas y la restricción de la libertad de opinión y de la libertad de prensa acarrean costes materiales considerables (cuanto menor es la legitimación, mayor tiene que ser la envergadura del aparato de represión), y además dificulta notablemente la averiguación del interés global capitalista. Por eso las dictaduras militares son más bien una excepción en los países capitalistas desarrollados.

Un procedimiento esencial para la obtención de legitimación y de un consenso adecuado al capitalismo son las *elecciones* generales, confidenciales y libres. De este modo se le posibilita a la mayoría de la población destituir por medio del voto a los partidos o a los políticos impopulares y sustituirlos por otros. El nuevo gobierno, se distinga o no su política de la del gobierno anterior, puede hacer valer frente a aquellos que lo critiquen que ha sido «elegido» por la mayoría de la población y, por tanto, «querido». Esta «legitimidad procedimental» se sitúa en primer plano en la consideración de la *democracia* por parte de la teoría política dominante, perdiéndose así de vista el contexto capitalista. La posibilidad de elecciones regulares no sólo supone una válvula de escape para el descontento de la población por la procacidad de la política, sino que también lo canaliza, en tanto que se dirige contra determinados políticos y partidos, y no contra el sistema político y económico que está detrás de su política. Así pues, en la opinión pública burguesa se considera que un sistema político es *democrático* si ofrece la posibilidad efectiva de elegir al gobierno.

La idealización de la democracia que se puede encontrar en una parte de la izquierda –que confunde las instituciones democráticas realmente existentes con el ideal de un ciudadano que pudiera decidir por medio del voto entre el mayor número posible de estados de cosas–, prescinde del contexto económico y social exactamente igual que la corriente dominante de teoría política antes mencionada. Además de las distintas variantes de sistemas democráticos (con presidente fuerte, con parlamento fuerte, etc.), no hay una democracia «verdadera» que tendría finalmente que implantarse; en las condiciones capitalistas, los sistemas democráticos existentes son ya la democracia «verdadera» (quien

considera que la democracia «verdadera» consiste en la realización del mayor número posible de plebiscitos puede observar en Suiza, por ejemplo, si esto conduce a grandes transformaciones).

El Estado y la opinión pública representan, como se señala a menudo, un campo de batalla de intereses distintos; en un sistema democrático esto se puede ver con especial claridad. Pero este campo de batalla no es un terreno neutral, sino que afecta a la estructura de las confrontaciones y a la praxis política que resulta de ellas. Ciertamente la política estatal no está determinada totalmente por la situación económica, pero en la formulación de esta política tampoco se trata de un proceso abierto en el que todo fuera posible. Por una parte, desempeñan un papel importante las confrontaciones tanto dentro de las clases como entre ellas, la fuerza relativa y la habilidad en los conflictos de determinados grupos, etc., de modo que siempre son posibles desarrollos distintos. Por otro lado, la política también ha de tener en cuenta en todo momento el interés global capitalista en una acumulación creciente de capital. Los partidos y los políticos pueden ser completamente distintos en cuanto a su procedencia y a sus posiciones; pero en su política, especialmente cuando están en el gobierno, se orientan por lo general hacia este interés global capitalista. Esto no se debe a que estén «sobornados» por el sector capitalista o dependan de él de alguna otra forma (aunque esto también pueda ocurrir), sino que se debe a los procesos de consolidación de los partidos y a las condiciones de trabajo del gobierno, procesos y condiciones a los que tampoco pueden sustraerse los partidos de izquierdas que aspiran a la participación en el gobierno.

Para ser elegido presidente o para obtener la mayoría como partido hay que agradar a distintos intereses y posiciones. Para ser tomado en serio por los medios (una condición esencial para llegar a ser conocido) hay que hacer propuestas «realistas» y «posibles». Antes de que un partido consiga acercarse siquiera a la participación en el gobierno, recorre normalmente un proceso de disciplinamiento que dura muchos años, en el cual se va adaptando cada vez más a lo que es «necesario», es decir, a la observancia del interés global capitalista, por la sencilla razón de que sólo así puede lograr un mayor éxito electoral. Si un partido llega finalmente al poder, tiene que ocuparse entonces de conservar la aprobación alcanzada. Aquí es especialmente relevante el hecho de que su «espacio de movimiento político» depende de manera decisiva de sus posibilidades financieras, las cuales están determinadas, por un lado, por la cuantía de las recaudaciones de impuestos y, por otro lado, por el importe de los gastos, entre los que las prestaciones sociales constituyen la mayor partida. En el caso de una acumulación de capital creciente, la recaudación fiscal es alta y los gastos sociales por desempleo son relativamente bajos. Por el contrario, en una fase de crisis, la recaudación fiscal dismi-

nuye y al mismo tiempo aumentan los gastos sociales. En consecuencia, la base material del Estado está directamente vinculada a la acumulación capitalista; ningún gobierno puede pasar por alto esta vinculación. Aunque un gobierno puede ampliar un poco su margen de movimiento a través del endeudamiento, con ello aumentan las cargas financieras futuras y, además, un Estado obtiene crédito sin problemas sólo mientras los ingresos fiscales futuros, en base a los cuales tiene que reembolsar el crédito, estén asegurados, lo que presupone a su vez una acumulación creciente de capital.

Pero el fomento de la acumulación no es sólo la meta evidente de los políticos, también a una parte considerable de la población le parece totalmente obvio que «nuestra» economía tiene que ir bien para que a «nosotros» también nos pueda ir bien. Los «sacrificios», que sirven básicamente para favorecer a las empresas capitalistas, se soportan más o menos de buena gana en espera de tiempos mejores para todos. Lo formuló con total claridad el ex-canciller federal (socialdemócrata) Helmut Schmidt en la década de 1970: «Los beneficios de hoy son las inversiones de mañana y los puestos de trabajo de pasado mañana». Entre la mayoría de la población, la crítica no se dirige por lo general a lo inadmisible de una política fundamentalmente dirigida a promover el beneficio, sino a que con ello no se han logrado los resultados esperados.

Aquí se hace patente la relevancia política del fetichismo que estructura la percepción espontánea de los actores de la producción capitalista. En la fórmula trinitaria, el modo de producción capitalista aparecía como la «forma natural» del proceso social de producción (cf. capítulo X). El capitalismo aparece así como un sistema sin alternativa, en el que el capital y el trabajo adoptan sus papeles «naturales». Por lo tanto, las experiencias de desigualdad, explotación y opresión no llevan necesariamente a la crítica del capitalismo, sino más bien a la crítica de situaciones *dentro* del capitalismo: se critican las exigencias «excesivas», una distribución «injusta», pero no el fundamento capitalista de esta distribución. El trabajo y el capital son considerados como las bases de la producción de la riqueza social, tan necesarios el uno como el otro, por lo que hay que tenerlos en cuenta en la misma medida. Justamente a partir de la fórmula trinitaria se puede llegar a comprender por qué la concepción del Estado como un tercero neutral, que se tiene que ocupar «de la totalidad» y al que se apela para que establezca la «justicia social», es tan plausible y está tan ampliamente difundida.

Esta «totalidad» constituida por el capital y el trabajo, y por la que tiene que velar el Estado, es designada –con un alcance distinto según el país del que se trate– como *nación*: la presunta comunidad de destino de un «pueblo» que está constituido sobre una supuesta historia y cultura «común». Esta comunidad nacional se configura fundamentalmente a

través de una delimitación frente a los enemigos «internos» y «externos». El Estado aparece como la forma política de la nación: tiene que realizar su «bien común», tanto por medio de su política interior como a través de la defensa de los «intereses nacionales» frente al exterior. Y eso es precisamente lo que hace el Estado cuando persigue el interés global capitalista, pues en condiciones capitalistas no existe otro bien común que este interés.

III Mercado mundial e imperialismo

El capital, en su impulso por alcanzar una valorización lo más alta posible, tiene la tendencia a sobrepasar todas las fronteras nacionales, tanto en la compra de elementos de capital constante (sobre todo materias primas) como en la venta de los productos fabricados. De ahí que Marx pudiera decir del mercado mundial que «constituye la base y la atmósfera vital del modo de producción capitalista» (MEW 25, p. 120 / 136). El interés global capitalista que persigue el Estado burgués se refiere por ello no sólo al plano nacional, sino también al internacional. Muchas corrientes marxistas analizan la política internacional en la tradición de las teorías del imperialismo de Lenin, por lo que tenemos que comenzar ocupándonos brevemente de ellas.

Por *imperialismo* se entiende la tendencia de los Estados a ampliar su ámbito de poder más allá de sus fronteras, ya sea directamente por medio del aumento del territorio del Estado, ya sea indirectamente a través de una dominación económica, política o militar sobre otros Estados. En el último cuarto del siglo XIX, los países capitalistas desarrollados de Europa Occidental, así como Estados Unidos y Japón, hicieron enormes esfuerzos por anexionar a su propio ámbito de poder territorios del resto del mundo (sobre todo de África, Asia y Latinoamérica) y utilizarlos en su provecho, por lo que en un lapso de tiempo relativamente breve surgieron imperios coloniales gigantescos, que continuaron existiendo parcialmente hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

A comienzos del siglo XX, distintos autores marxistas estudiaron en qué medida esta conducta imperialista tenía su causa en cambios estructurales del capitalismo en el interior de los países imperialistas (Hilferding 1910, Luxemburg 1913, Kautsky 1914, Lenin 1917). La contribución más influyente fue la de Lenin, que adoptó en gran parte los planteamientos del autor inglés Hobson (1902) –un liberal de orientación izquierdista– y los presentó con un ropaje marxista. Basándose en los análisis de Hobson, Lenin consideraba que lo esencial del cambio estructural del capitalismo contemporáneo consistía en el tránsito del

«capitalismo de la competencia» al «capitalismo del monopolio». Lenin argumentaba del siguiente modo: cada vez hay más sectores que están dominados por un número muy reducido de empresas industriales y, además, las grandes empresas industriales se fusionan con los grandes bancos, constituyendo así el «capital financiero». El resultado es que la economía acaba siendo dominada por un puñado de monopolistas y magnates financieros, los cuales ejercen asimismo una influencia determinante sobre el Estado. Puesto que los monopolios ya no pueden encontrar suficientes posibilidades de valorización en el interior de un país para partes cada vez mayores de su capital, se ven en la necesidad de exportar a otros países no sólo mercancías, sino también capital. La política imperialista posibilita y garantiza dicha exportación de capital, gracias a la cual la burguesía de los países imperialistas se apropia de una gran parte del plusvalor de otros países, por lo que el capitalismo imperialista adquiere un carácter «parasitario». Y puesto que el capitalismo monopolista pierde dinamismo (y también detiene artificialmente el progreso técnico), tiende «al estancamiento y a la putrefacción»; el capitalismo imperialista es un capitalismo «podrido» y «moribundo».

Como todos los países capitalistas desarrollados han impulsado la expansión imperialista, se llega finalmente a una lucha por la repartición del mundo. Lenin consideró la Primera Guerra Mundial como el resultado inevitable de esta lucha. El hecho de que en muchos países una gran parte de la clase obrera aceptara la política imperialista, y después también la guerra, lo explica Lenin diciendo que los estratos superiores de la clase obrera (la «aristocracia obrera») habían sido «sobornados» por medio de una participación en los frutos del imperialismo.

Desde este punto de vista, el imperialismo no es simplemente una forma política, que en última instancia también podría presentarse de otra manera, sino una necesidad económica que resulta del tránsito del capitalismo de la competencia al capitalismo del monopolio. Así pues, el imperialismo fue considerado por Lenin como un *estadio* necesario en el desarrollo del capitalismo, como el estadio final del capitalismo monopolista. Y como después del capitalismo monopolista no puede haber ya ninguna fase ulterior de desarrollo, el imperialismo es para Lenin el estadio superior y último del capitalismo, que sólo puede acabar en la guerra o en la revolución[9].

En la teoría del imperialismo de Lenin hay toda una serie de aspectos sumamente problemáticos. El primero de ellos es la afirmación del

[9] Ya que el capitalismo «moribundo» sobrevivió ostensiblemente a la Primera Guerra Mundial, en el marco del «marxismo-leninismo» se desarrolló la teoría del «capitalismo monopolista estatal» como la última de todas las fases del último estadio del imperialismo: la fusión del aparato del Estado con los monopolios mantendría con vida todavía durante un tiempo al capitalismo «moribundo».

tránsito del capitalismo de la competencia al capitalismo del monopolio. A partir de la magnitud creciente de los capitales individuales y del número cada vez menor de capitales que dominan un sector (tendencias que además no suelen prevalecer, y que a veces incluso se invierten), se deduce una transformación de la forma capitalista del proceso social: ya no es el valor lo que domina la economía, sino que ahora es la voluntad de los monopolistas. Los intentos de planificación más o menos exitosos de los capitales individuales, los acuerdos de cártel, etc., se confunden con una transformación fundamental del proceso social mediado por el valor. A continuación, el Estado es reducido a un mero instrumento de estos monopolistas, y con ello el imperialismo es concebido como la realización directa de los intereses de los capitalistas individuales. Finalmente, la caracterización del imperialismo como «parasitario» no sólo es problemática por su tono moralizante, sino también porque no se comprende por qué la explotación de una clase trabajadora extranjera ha de ser peor que la de la nacional. Lo que Lenin pretendió que fuera una continuación del análisis de Marx tiene como resultado algo que ya no tiene casi nada que ver con su crítica de la economía política.

Pero la teoría del imperialismo de Lenin no sólo no se sostiene teóricamente, sino tampoco desde un punto de vista empírico: la exportación de capital, que es lo que supuestamente hace necesaria la política imperialista, tuvo efectivamente lugar, pero una gran parte de ella no fue a las colonias y a los territorios dependientes, sino a otros países capitalistas desarrollados, que seguían asimismo una política imperialista. Esto significa que la exportación de capital no puede deberse sólo a la falta de rentabilidad en los centros capitalistas, ya que entonces no habría podido haber exportación de capital a otros centros capitalistas. Además, el dominio de territorios extranjeros fuera de estos centros, que era el objetivo que perseguía la política imperialista, tampoco garantizaba tal exportación de capital. Y finalmente, quien todavía hoy quiera aferrarse a la teoría de Lenin, se encuentra con el problema de que para los Estados Unidos, que es el país capitalista más importante, la magnitud decisiva no es la exportación de capital, sino la importación de capital (para una crítica más exhaustiva a la teoría del imperialismo de Lenin, cf. Neusüss 1972; como introducción al desarrollo de las teorías del imperialismo, cf. Heinrich 2003c).

También hay intentos de desarrollar la teoría del imperialismo más allá del marco establecido por Lenin. Si se designa como *imperialismo* la consecución del interés global capitalista a nivel internacional por medio de la presión económica, política o militar sobre otros países, entonces el imperialismo ya no es simplemente un estadio particular en la evolución del capitalismo, sino que más bien hay que considerar a todo Estado burgués como imperialista (en el marco de sus correspon-

dientes posibilidades). Pero entonces no se dice gran cosa con el concepto de imperialismo. No es posible determinar a nivel general las metas que persigue la política imperialista o los factores que la impulsan. En todo caso, lo que la mueve no es un mecanismo sencillo, como por ejemplo asegurar las exportaciones de capital.

A nivel internacional, se enfrentan una multitud de Estados –que tienen distinta potencia económica, política y militar, y que tienen asimismo diferentes intereses–, entre los cuales existe una enorme diversidad de formas de alianza y de dependencia, así como de oposición, de modo que las posibilidades de acción de cada uno de los Estados están restringidas por las acciones de todos los demás. En esta competencia entre Estados, lo importante para cada uno es mantener y mejorar sus propias opciones de actuación. Con ello se constituye un ámbito de confrontación entre Estados para aumentar su poder e influencia, que no se reduce a la realización directa de los intereses económicos de las distintas facciones del capital (aunque esto también ocurre). En este ámbito se trata básicamente de la conformación de un «orden» internacional (sobre todo en materia de política comercial, monetaria, judicial y militar).

Junto a los intereses específicos que resultan de su situación particular, los Estados tienen también un interés común en la existencia de un cierto orden internacional, pues sólo se puede lograr una acumulación creciente de capital si las relaciones políticas y económicas son hasta cierto punto estables y previsibles. La configuración concreta de este orden (hasta dónde llega la protección y hasta dónde el libre comercio, qué moneda asume el papel de dinero mundial, en qué campos tiene que haber una limitación del armamento) trae consigo distintas ventajas e inconvenientes para cada uno de los países, lo que lleva a diferentes constelaciones de alianzas, las cuales no están exentas de contradicciones y tienen una duración limitada[10].

Y por último, para los países capitalistas desarrollados, que padecen casi todos ellos de escasez de materias primas, es un punto absolutamente decisivo asegurarse el abastecimiento de las mismas, así como de energía. Pero aquí no se trata tanto de la conquista de los territorios correspondientes como del «orden» del comercio y sus condiciones: de una extracción calculada y de un transporte seguro, del establecimiento de precios y de la moneda con que se comercia.

El hecho de que haya un interés común en este orden internacional no dice todavía nada acerca de cómo se alcanza y qué dimensiones adopta. Hay una gran diferencia entre los Estados fuertes y los débiles en lo

[10] La idea formulada por Hardt/Negri (2002) de que el imperialismo de los Estados nacionales (que es concebido por ellos de una manera totalmente acrítica en el sentido de la teoría del imperialismo de Lenin) ha sido sustituido por un «imperio» sin centro de poder territorial no es más que una idealización de este orden internacional.

que se refiere a su respectiva disposición a proceder de una manera cooperativa: para los Estados fuertes, un proceder «unilateral» (es decir, una imposición de sus intereses sin consideración alguna de los intereses de los demás) puede ser una perspectiva realista, mientras que los países más débiles tienden por lo general a un proceder «multilateral» (es decir, a un comportamiento más o menos cooperativo) e incluso reclaman eventualmente un orden jurídico internacional vinculante. Normalmente tienen lugar ambos modos de proceder, y ambos son utilizados para la consecución de los propios intereses.

Las relaciones entre los Estados no son estáticas, existen sobre la base de un capitalismo que evoluciona, que reestructura constantemente las condiciones técnicas de los procesos de producción, la organización de las empresas y su mutua dependencia a nivel internacional. Por eso el mercado mundial no es sólo el presupuesto del modo de producción capitalista, sino también su resultado nuevamente generado de manera constante, de modo que las posibilidades de actuación de los Estados tienen que ser una y otra vez establecidas de nuevo. En la historia del capitalismo, se pueden distinguir diversos períodos estructurales, tanto en el caso de los distintos países como para el sistema capitalista mundial considerado en su conjunto. Marx intenta analizar las características comunes fundamentales de estos períodos, que permiten hablar de manera sistemática de «capitalismo» (cf. capítulo II.I). Por consiguiente, la periodización se establece a un nivel más concreto que el de la exposición de Marx en *El Capital*. Pero tal periodización no debería confundirse (como ha ocurrido a menudo en la historia del movimiento obrero) con un desarrollo inexorable hacia una meta, sea un estadio «superior» del capitalismo alcanzado en algún momento, o un tránsito «necesario» al socialismo o comunismo.

Por otro lado, también hay que tener cuidado cuando se afirma que «ahora» se trata de un capitalismo completamente distinto, completamente nuevo. Los fenómenos que están siendo discutidos en los últimos años bajo el rótulo de *globalización* no representan una ruptura total en el desarrollo del capitalismo, sino la fase más reciente de la configuración de las relaciones capitalistas en el mercado mundial y de las profundas transformaciones asociadas a ello en las relaciones sociales y políticas de los distintos países (como introducción al debate sobre la globalización, cf. «Initiativgruppe Regulationstheorie» 1997, Sablowski 2001; para un análisis más amplio, cf. Hirsch 1995, Altvater/Mahnkopf 1999).

Capítulo XII

Comunismo: una sociedad más allá de la mercancía, el dinero y el Estado

La meta política de Marx era la superación del capitalismo. Su lugar debería ocuparlo una sociedad socialista o comunista (Marx y Engels utilizan normalmente estos conceptos como sinónimos desde la década de 1860), en la que sea abolida la propiedad privada de los medios de producción y en la que, por tanto, la producción ya no esté dirigida a la maximización del beneficio. Sin embargo, Marx no elaboró una concepción detallada de tal sociedad, de forma que aún hoy muchos lectores de *El Capital* se sorprenden cuando constatan que no hay en toda la obra ni siquiera un pequeño capítulo sobre el comunismo. No obstante, Marx intentó en diversos lugares (tanto en *El Capital* como en escritos anteriores) sacar conclusiones acerca de las determinaciones generales del comunismo a partir de su análisis del capitalismo. Puesto que tales conclusiones dependen de la correspondiente fase del análisis, nos encontramos con afirmaciones muy distintas, que no se pueden agregar simplemente unas a otras para formar una concepción unitaria.

Hay dos grupos de ideas ampliamente extendidas de lo que significa el comunismo para Marx. Pero ninguno de los dos tiene mucho que ver con la crítica de la economía política esbozada en los capítulos anteriores.

Comunismo como ideal. Aquí se supone que el comunismo hace referencia a cómo *debe* ser una sociedad, a los fundamentos éticos de la misma: los seres humanos no deben explotar y oprimir a otros seres humanos, no deben perseguir su provecho material, sino mostrarse solidarios y dispuestos a ayudar a los demás, etc. En los escritos de juventud de Marx se encuentran algunas afirmaciones que se pueden interpretar en este sentido. A tal concepción se le objeta a menudo que «los seres humanos» no son tan buenos como requiere el comunismo, que siempre buscan su provecho y que, por tanto, el comunismo no puede funcionar. Por otro lado, las personas con motivaciones éticas o religiosas encuentran aquí un punto de contacto, por lo que la supuesta ética de Marx parece coincidir básicamente con la ética cristiana, por ejemplo. Sin embargo, en ninguna de estas dos consideraciones se atiende al hecho de

que Marx en *El Capital* no critica el capitalismo por razones morales (cf. capítulo II.II), sino que pone de manifiesto en el curso de su análisis que las representaciones morales son producidas socialmente (cf. capítulo IV.III). De lo que se puede concluir que sólo existe la moral de la sociedad correspondiente, pero no una moral universal con la cual se pudiera medir a cada una de las sociedades.

Comunismo como nacionalización de los medios de producción. Aquí se equipara la abolición de la propiedad privada de los medios de producción con la nacionalización y la planificación estatal de la economía. A lo que se suele objetar que una planificación estatal es mucho más lenta y compleja, y que además conlleva una tendencia al autoritarismo. Frecuentemente se considera el «socialismo real» de la Unión Soviética como una realización más o menos directa de esta idea del comunismo, y su colapso se toma como la prueba evidente del fracaso ineludible del comunismo. Ciertamente, la exigencia de que se nacionalicen los medios de producción se encuentra tanto en el *Manifiesto Comunista* (MEW 4, p. 481 y ss.) como en el *Anti-Dühring* (MEW 20, p. 261) de Engels, pero en ambos casos sólo como la primera medida, no como caracterización del comunismo. Los medios de producción tienen más bien que pasar a manos de la *sociedad*, y el Estado, finalmente, «se extingue» (MEW 20, p. 262).

En las pocas observaciones significativas acerca del comunismo que hace Marx sobre la base de la crítica de la economía política (cf. en *El Capital* MEW 23, pp. 92-93 / 95-96, MEW 25, p. 828 / 1044; en la *Crítica del programa de Gotha* MEW 19, p. 19 y ss.), quedan claras al menos dos cosas. *En primer lugar*, que la sociedad comunista no se basa ya en el intercambio. Tanto el gasto de fuerza de trabajo en la producción, como la distribución de los productos (primero, en cuanto a su empleo como medios de producción o medios de vida; segundo, como distribución de los bienes de consumo entre los distintos miembros de la sociedad) se realizan de un modo consciente y regulado sistemáticamente por la *sociedad* (así pues, ni por el mercado ni por el Estado). No sólo deja de existir el capital (el valor que se valoriza), sino también la mercancía y el dinero. *En segundo lugar*, para Marx no se trata sólo de una distribución cuantitativamente distinta a la de las condiciones capitalistas (no obstante, el marxismo tradicional destacó principalmente esta cuestión de la distribución), sino que se trata fundamentalmente de la *emancipación* de un contexto social que se ha hecho autónomo frente a los individuos y que se les impone como una coacción anónima. No sólo tiene que ser superada la relación capitalista como una determinada relación de explotación que genera unas condiciones de trabajo y de vida malas e inseguras para la mayoría de la población, sino también el fetichismo que se «adhiere» a los productos del trabajo en tanto que son

producidos como mercancías (MEW 23, p. 87 / 89). La emancipación social, la liberación de las coacciones que generamos nosotros mismos y que, por tanto, podemos eliminar, sólo es posible si desaparecen las relaciones sociales que producen las distintas formas de fetichismo. Sólo entonces los miembros de la sociedad podrán organizar y regular efectivamente *ellos mismos* sus asuntos sociales como una «asociación de hombres libres» (MEW 23, p. 92 / 96). De lo que se trata para Marx es de la plena emancipación y no de una mera cuestión de distribución.

Por el contrario, para el marxismo tradicional, ideológico, así como para el marxismo-leninismo, lo fundamental era que el socialismo o comunismo condujera a una distribución distinta; sobre esta base alcanzarían los individuos unas mejores posibilidades de desarrollo. Según esta concepción centrada en la distribución, también un Estado benefactor autoritario (que puede conservar incluso ciertas estructuras de la economía de mercado) se considera como socialismo o comunismo. Justamente en esta dirección se desarrolló el «socialismo real» en Rusia, en Europa del Este y en China: una élite del partido tenía las posiciones estatales de poder y conducía la economía en la dirección del mayor aumento posible del *output* material, de una distribución de los ingresos más o menos igualitaria y de una seguridad social lo más elevada posible[1]. En este Estado asistencial del socialismo real, la política del partido dirigente no sólo se imponía de modo autoritario frente a una oposición política que quisiera restablecer las condiciones capitalistas, sino también frente a la mayoría de la población, que no tenía ninguna influencia real; era un *objeto* pasivo, más o menos bien cuidado, de la política del partido. No se podían plantear discusiones abiertas o sólo se podía hacer de manera muy restringida. Los partidos «comunistas» que gobernaban en los «países socialistas» tampoco dejaban que su monopolio del poder fuera cuestionado por fuerzas comunistas afines. No era la sociedad la que regulaba aquí el proceso social, sino el partido. En una fase todavía incipiente, Rosa Luxemburg criticó con gran lucidez estas tendencias. En su escrito inacabado *Sobre la revolución rusa* dice:

> «Sin elecciones generales, sin libertad de prensa y de reunión, y sin libertad para defender la propia opinión muere la vida en toda institución pública, se convierte en una vida aparente, en la que la burocracia es el único elemento activo. La vida pública se va quedando dormida paulatinamente, algunas docenas de dirigentes del partido con una energía inagotable y un idealismo ilimitado dirigen y gobiernan, por debajo de ellos los que en realidad deciden y organizan son una docena de cabezas privilegiadas, y se utiliza de vez en cuando a una élite de la clase obrera para ir a los mítines a

[1] La corrupción y el enriquecimiento personal de los altos funcionarios no era en absoluto inusual, pero esto dice tan poco sobre el modo esencial de funcionamiento del Estado en el socialismo real, como los fenómenos correspondientes en el caso de los políticos burgueses sobre el funcionamiento del Estado burgués.

aplaudir los discursos de los dirigentes y para aprobar unánimemente las resoluciones presentadas; en el fondo, pues, un puro nepotismo» (Luxemburg 1918, p. 362).

En el socialismo real, el Estado era básicamente un instrumento para asegurar el dominio del partido sobre la sociedad. La «extinción del Estado» se aplazó a un futuro lejano. Para la idea que tenía Marx del comunismo, este punto es de una importancia decisiva: el Estado, sea el burgués o el «socialista», representa un poder que se ha hecho autónomo frente a la sociedad, que organiza (en una cierta medida) y hace prevalecer (en caso necesario por medio de la fuerza) una determinada forma de reproducción. La «asociación de hombres libres» (MEW 23, p. 92 / 96), como Marx caracteriza el comunismo, regula sus asuntos sin recurrir a tal poder autonomizado; mientras exista tal poder, no se puede hablar de una «asociación de hombres libres». El hecho de que únicamente se pueda hablar de comunismo cuando han desaparecido no sólo la mercancía, el dinero y el capital, sino también el Estado, no significa que tal sociedad no conozca ninguna regla. Los miembros de esta sociedad tienen que regular su vida social, tienen que organizar la producción en los distintos sectores y coordinarlos, tienen que conciliar sus distintos intereses como productores y como consumidores. Han de encontrar formas para tratar con las posiciones minoritarias y han de confrontarse con toda una serie de formas de discriminación sexual y racial, pues tales discriminaciones no desaparecerán automáticamente con el fin de la explotación capitalista.

En cualquier caso, los enormes trabajos de coordinación que se tienen que realizar en una sociedad comunista, y que actualmente se efectúan a través del mercado, no deberían ser subestimados, como tampoco la divergencia de intereses y los conflictos, ni el peligro de una nueva autonomización de las diversas instancias de coordinación y su transformación en una estructura estatal. Lo que Engels escribió en el *Anti-Dühring*, «en lugar del gobierno sobre las personas aparece la administración de las cosas» (MEW 20, p. 262), ciertamente es correcto, sólo habría que añadir que la administración de las cosas contiene en sí un potencial que siempre puede volver a conducir al gobierno sobre las personas.

Pero a pesar de todas estas dificultades, no se ve ningún argumento que explique por qué debería ser imposible en principio una sociedad comunista. No obstante, el comunismo –si no se trata del comunismo «crudo», que simplemente administra la escasez– está ligado a determinadas condiciones económicas y sociales. Marx señala como condición esencial para el tránsito a una sociedad comunista (cf. MEW 23, pp. 510-511, 514, 526, 528-529, 618 / 592-593, 596, 609, 612-613, 730; MEW 25, p. 827 / 1043) el enorme desarrollo de la productividad fundado en la

ciencia y en la técnica ya alcanzado en el capitalismo, así como el amplio desarrollo de las capacidades de los trabajadores y trabajadoras que ello ha hecho necesario. Ambas cosas, ciertamente, se han desarrollado en el capitalismo, pero sólo lo han hecho en condiciones mostrencas, limitadas meramente al fin de la maximización del beneficio.

A partir de estas consideraciones de Marx se ponen de manifiesto dos cosas. En primer lugar, para el tránsito a una sociedad comunista no basta con conquistar el poder del Estado en una fase de debilidad del dominio burgués y conseguir mantenerlo, como en Rusia en 1917. Sin las correspondientes condiciones sociales y económicas, una revolución socialista puede tener éxito quizás como proyecto para que un partido se haga con el poder, pero no como proyecto de emancipación social. En segundo lugar, una sociedad comunista requiere todavía de un determinado desarrollo para transformar las condiciones creadas dentro del capitalismo. Sólo en una «fase superior de la sociedad comunista», donde «con el desarrollo general de los individuos hayan crecido también sus fuerzas productivas y todas las fuentes de las que brota la riqueza colectiva fluyan en abundancia», se podrá decir: «¡De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades!» (MEW 19, p. 21).

Por muy difícil que pueda ser alcanzar una sociedad comunista así caracterizada, a la vista de los estragos sociales que causa el capitalismo global a través de las crisis y el desempleo tanto en los países desarrollados como en los países del llamado tercer mundo, mientras que al mismo tiempo existe un nivel de riqueza material que no se había alcanzado nunca en la historia, a la vista de la destrucción de los fundamentos naturales de la vida provocados por la producción capitalista, que ya no tiene lugar sólo localmente, sino que afecta al planeta en su totalidad (como el cambio climático, claramente perceptible) y a la vista de las constantes guerras que parten de los Estados burgueses «democráticos» o son alentadas por ellos, hay razones de suficiente peso para abolir el capitalismo e intentar reemplazarlo por una «asociación de hombres libres».

Bibliografía*

I Obras de Marx y Engels citadas

Marx, Karl (1844): *Ökonomisch-philosophische Manuskripte*, en MEW 40 [*Manuscritos: economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 1968].

(1845): *Thesen über Feuerbach*, en MEW 3 [*Tesis sobre Feuerbach*, en *La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1970].

(1857): *Einleitung*, en MEW 42 (también en MEW 13) [*Introducción*, en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (*Grundrisse*) (I) México, Siglo XXI, 1971].

(1857/58): *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, en MEW 42 [*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (*Grundrisse*) (I, II y III), México, Siglo XXI, 1971].

(1858): *Urtext von Zur Kritik der politischen Ökonomie*, en MEGA II. Abteilung, Bd. 2 [*Fragmento de la versión primitiva de la «Contribución a la crítica de la economía política»*, en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (*Grundrisse*) (III), México, Siglo XXI, 1971].

(1859): *Zur Kritik der politischen Ökonomie. Erstes Heft*, en MEW 13 [*Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1980].

(1861-63): *Theorien über den Mehrwert*, en MEW 26.1-26.3 [*Teorías sobre la plusvalía*, México, FCE, 1980].

(1865): *Inauguraladresse der Internationalen Arbeiter-Assoziation*, en MEW 16.

(1867): *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie.* Erster Band (1. Auflage), MEGA II. Abteilung, Bd. 5.

(1867-94): *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, 3 Bde., en MEW 23-25. [*El Capital. Crítica de la economía política* (libros I, II y III), México, Siglo XXI, 1975].

(1871/72): *Ergänzungen und Veränderungen zum ersten Band des «Kapitals»*, en MEGA II. Abteilung, Bd. 6.

(1875): *Kritik des Gothaer Programms*, en MEW 19 [*Crítica del programa de Gotha*, Madrid, Ricardo Aguilera, 1970].

* Cuando la obra está traducida, se indica la edición correspondiente entre corchetes. De algunas obras, sobre todo de Marx y Engels, existe más de una traducción; aquí se señala solamente una de ellas (*N. del T.*).

Marx, Karl; Engels, Friedrich (1845): *Die Deutsche Ideologie*, en MEW 3 [*La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1970].

(1845): *Manifest der kommunistischen Partei*, en MEW 4 [*El manifiesto comunista*, Madrid, Endymión, 1987].

Engels, Friedrich (1859): *Karl Marx, «Zur Kritik der politischen Ökonomie»*, en MEW 13 [*La «Contribución a la crítica de la economía política» de Karl Marx*, en *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1980].

(1878): *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft (Anti-Dühring)*, en MEW 20 [*Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, México, Grijalbo, 1968].

(1880): *Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft*, en MEW 19 [*Del socialismo utópico al socialismo científico*, Madrid, Ricardo Aguilera, 1977].

(1884): *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staates*, en MEW 21 [*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Fundamentos, 1986].

II Obras de otros autores[1]

Agnoli, Johannes (1975): *Der Staat des Kapitals*, Gesammelte Schriften, Bd. 2, Friburgo, 1995.

Althusser, Louis (1965): *Pour Marx*, París [*La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1968].

(1970): *Idéologie et appareils idéologiques d'État*, en *La Pensée* 151 [*Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974].

Althusser, Louis; Balibar, Étienne *et al.* (1965): *Lire le Capital*, París [*Para leer El capital*, México, Siglo XXI, 1969].

Altvater, Elmar (1992): *Der Preis des Wohlstands*, Münster.

Altvater, Elmar u.a. (1999): *Kapital.doc*, Münster.

Altvater, Elmar; Mahnkopf, Birgit (1999): *Grenzen der Globalisierung. Ökonomie, Ökologie und Politik in der Weltgesellschaft*, 4. völlig überarb. Aufl., Münster.

Backhaus, Hans-Georg (1997): *Dialektik der Wertform*, Friburgo.

(2000): *Über den Doppelsinn der Begriffe «Politische Ökonomie» und «Kritik» bei Marx und in der «Frankfurter Schule»*, en Dornuf, Stefan; Pitsch, Reinhard (Hrsg.), *Wolfgang Harich zum Gedächtnis*, Band II, Munich, 10-213.

Beck, Ulrich (1986): *Risikogesellschaft*, Frankfurt/M [*La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós, 1998].

[1] Los títulos señalados con ♦ se encuentran en la dirección de Internet http://www.oekonomiekritik.de o bien se puede hallar allí un enlace a ellos.

Behrens, Diethard (1993a): *Erkenntnis und Ökonomiekritik*, en Behrens (Hg.), *Gesellschaft und Erkenntnis*, Friburgo, 129-164.

(1993b): *Der kritische Gehalt der Marxschen Wertformanalyse*, en Behrens (Hg.), *Gesellschaft und Erkenntnis*, Friburgo, 165-189.

(2004): *Westlicher Marxismus*, Stuttgart.

Berger, Michael (2003): *Karl Marx: «Das Kapital». Eine Einführung*, Munich.

Brentel, Helmut (1989): *Soziale Form und ökonomisches Objekt*, Opladen.

Castells, Manuel (1996-1998): *The information age*, Oxford [*La era de la información* (3 vols.), Madrid, Alianza, 1997-1998].

Conert, Hans-Georg (1998): *Vom Handelskapital zur Globalisierung. Entwicklung und Kritik der politischen Ökonomie*, Münster.

Dimoulis, Dimitri; Milios, Jannis (1999): *Werttheorie, Ideologie und Fetischismus*, en *Beiträge zur Marx-Engels-Forschung. Neue Folge* 1999, Hamburgo, 12-56.

Elbe, Ingo (2003): *Zwischen Marx, Marxismus und Marxismen-Lesarten der Marxschen Theorie* [Internet/PDF], Bochum: Arbeitskreis rote ruhr uni. http://www.rote-ruhr-uni.com/texte ♦.

Fantômas: magazin für linke debatte und praxis, n. 4 (2003): *Soziale Klassen, soziale Kämpfe*.

Foucault, Michel (1976): *Surveiller et punir*, París [*Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1979].

Gerstenberger, Heide (1990): *Subjektlose Gewalt. Theorie der Entstehung bürgerlicher Staatsgewalt*, Münster.

Glißmann, Wilfried; Peters, Klaus (2001): *Mehr Druck durch mehr Freiheit. Die neue Autonomie in der Arbeit und ihre Folgen*, Hamburgo.

Gramsci, Antonio (1929-35): *Quaderni del carcere*, Turín [*Cuadernos de la cárcel* (6 vols.), México, Era, 1981-1986].

Hardt, Michael; Negri, Antonio (2002): *Empire*, Londres [*Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002].

Haug, Wolfgang Fritz (1989): *Vorlesungen zur Einführung ins «Kapital»*, 5. Aufl., Colonia [*Introducción a la lectura de «El Capital»*, Barcelona, Materiales, 1978].

(2003a): *Historisches/Logisches*, en *Das Argument* 251, 378-396.

(2003b): *Wachsende Zweifel an der monetären Werttheorie*, en *Das Argument* 251, 424-437.

Hecker, Rolf (1999): *Die Entstehungs-, Überlieferungs- und Editionsgeschichte der ökonomischen Manuskripte und des «Kapital»*, en Altvater u.a. (1999), 221-242.

Heinrich, Michael (1999): *Die Wissenschaft vom Wert. Die Marxsche Kritik der politischen Ökonomie zwischen wissenschaftlicher Revolution und klassischer Tradition*, erweiterte Neuauflage, Münster.

(1999a): *Kommentierte Literaturliste*, en Altvater u.a. (1999), 188-220 ♦.

(1999b): *Untergang des Kapitalismus? Die «Krisis» und die Krise*, en *Streifzüge* 1/1999, 1-5 ♦.

(2003): *Geld und Kredit in der Kritik der politischen Ökonomie*, en *Das Argument* 251, 397-409 ♦.

(2003a): *Imperialismustheorie*, en Schindler, Siegfried; Spindler, Manuela (Hrsg.), *Theorien der Internationalen Beziehungen*, Opladen, 279-308.

(2004): *Über «Praxeologie», «Ableitungen aus dem Begriff» und die Lektüre von Texten. Zu Wolfgang Fritz Haugs Antwort auf meinen Beitrag in Argument* 251, en *Das Argument* 254, 92-101 ♦.

(2004a): *Welche Klassen, welche Kämpfe?* en *grundrisse* 11, 35-42 ♦.

Hilferding, Rudolf (1910): *Das Finanzkapital*, Frankfurt/M, 1968 [*El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1963].

Hirsch, Joachim (1995): *Der nationale Wettbewerbsstaat. Staat, Demokratie und Politik im globalen Kapitalismus*, Berlín.

Hobson, John A. (1902): *Imperialism*, Londres [*Estudio del imperialismo*, Madrid, Alianza, 1980].

Huffschmid, Jörg (2002): *Politische Ökonomie der Finanzmärkte*, aktualisierte Neuauflage, Hamburgo.

Initiativgruppe Regulationstheorie (1997): *Globalisierung und Krise des Fordismus. Eine Einführung*, en Becker, Steffen u.a., *Jenseits der Nationalökonomie?*, Hamburgo, 7-27.

Itoh, Makoto; Lapavitsas, Costas (1999): *Political Economy of Money and Finance*, Macmillan.

Jacobs, Kurt (1997): *Landwirtschaft und Ökologie im «Kapital»*, en PROKLA 108, 433-450.

Kautsky, Karl (1887): *Karl Marx Oekonomische Lehren. Gemeinverständlich dargestellt und erläutert*, Stuttgart [*El pensamiento económico de Carlos Marx*, México, Grijalbo, 1975].

(1914): *Der Imperialismus*, en *Die Neue Zeit* 32, 908-922.

Keynes, John Maynard (1936): *The general theory of employment, interest and money*, Londres [*Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, FCE, 1965].

Kößler, Reinhart; Wienold, Hanns (2001): *Gesellschaft bei Marx*, Münster.

Krätke, Michael (1995): Stichworte: *Bank, Banknote, Börse*, en *Historisch-kritisches Wörterbuch des Marxismus*, Bd. 2, Hamburgo, Sp. 1-22, 22-27, 290-302.

Kurz, Robert (1995): *Die Himmelfahrt des Geldes*, en *Krisis* 16/17, 21-76 ♦.

(1991): *Der Kollaps der Modernisierung*, Frankfurt/M.

(1999): *Schwarzbuch Kapitalismus*, Frankfurt/M.

Lenin (1913): *Drei Quellen und drei Bestandteile des Marxismus*, en Lenin, Werke, Bd. 19, 3-9 [*Fuentes y partes integrantes del marxismo*, Barcelona, Grijalbo, 1970].

(1917): *Der Imperialismus als höchstes Stadium des Kapitalismus*, en Lenin, Werke, Bd. 22, 189-309 [*El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Madrid, Fundamentos, 1974].

(1917a): *Staat und Revolution*, en Lenin, Werke, Bd. 25, 393-507 [*El Estado y la revolución*, Madrid, Ayuso, 1975].

Luxemburg, Rosa (1913): *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus*, en Gesammelte Werke, Bd. 5, Berlín 1975 [*La acumulación del capital*, Barcelona, Grijalbo, 1978].

(1918): *Zur russischen Revolution*, en Gesammelte Werke, Bd. 4, Berlín 1974, 332-365 [*La revolución rusa*, Barcelona, Anagrama, 1975].

Mandel, Ernest (1968): *Traité d'économie marxiste*, París [*Tratado de economía marxista* (2 vols.), México, Era, 1972].

(1975): *Introduction au marxisme*, París [*Introducción al marxismo*, Madrid, Akal, 1977].

Milios, Jannis; Economakis, Georg (2003): *Zur Entwicklung der Krisentheorie aus dem Kontext der Reproduktionsschemata: von Tugan-Baranovskij zu Bucharin*, en *Beiträge zur Marx-Engels-Forschung. Neue Folge* 2002, Hamburgo, 160-184.

(2002): *Karl Marx and the Classics. An Essay on value, crises and the capitalist mode of production*, Ashgate.

Neusüss, Christel (1972): *Imperialismus und Weltmarktbewegung des Kapitals*, Erlangen.

Nuss, Sabine (2002): *Download ist Diebstahl? Eigentum in einer digitalen Welt*, en PROKLA 126, 11-35 ♦.

Paschukanis, Eugen (1924): *Allgemeine Rechtslehre und Marxismus*, Friburgo, 2003.

Postone, Moishe (1988): *Nationalsozialismus und Antisemitismus. Ein theoretischer Versuch*, en Diner, Dan (Hrsg.), *Zivilisationsbruch. Denken nach Auschwitz*, Frankfurt/M ♦.

(2003): *Zeit, Arbeit und gesellschaftliche Herrschaft. Eine neue Interpretation der kritischen Theorie von Marx*, Friburgo.

Poulantzas, Nicos (1977): *L'État, le pouvoir et le socialisme*, París [*Estado, poder y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979]

Rakowitz, Nadja (2000): *Einfache Warenproduktion. Ideal und Ideologie*, Friburgo.

Reichelt, Helmut (1970): *Zur logischen Struktur des Kapitalbegriffs bei Karl Marx*, Friburgo, 2001.

(2002): *Die Marxsche Kritik ökonomischer Kategorien. Überlegungen zum Problem der Geltung in der dialektischen Darstellungsmethode im «Kapital»*, en Fetscher, Iring; Schmidt, Alfred (Hg.), *Emanzipation als Versöhnung*, Frankfurt/M ♦.

Reitter, Karl (2002): *Der Begriff der abstrakten Arbeit*, en *grundrisse. zeitschrift für linke theorie & debatte* 1, 2002, 5-18 ♦.

(2004): *Kapitalismus ohne Klassenkampf. Zu Michael Heinrich: «Kritik der politischen Ökonomie»*, in: *grundrisse* 11, 26-34 ♦.

Ricardo, David (1817): *On the Principles of Political Economy and Taxation*, en *The Works and Correspondence of David Ricardo*, ed. by Pierro Sraffa, vol. I, Cambridge 1951 [*Principios de economía política y tributación*, México, FCE, 1973].

Rosdolsky, Roman (1968): *Zur Entstehungsgeschichte des Marxschen «Kapital». Der Rohentwurf des Kapital 1857-1858*, Frankfurt/M. [*Génesis y estructura de El capital de Marx* (*Estudios sobre los Grundrisse*), México, Siglo XXI, 1978].

(1968b): *Der Streit um die Marxschen Reproduktionsschemata*, en Rosdolsky (1968), Bd. III, 524-596.

Sablowski, Thomas (2003): *Krisentendenzen der Kapitalakkumulation*, en *Das Argument* 251, 438-452.

(2001): Stichwort: *Globalisierung*, en *Historisch-kritisches Wörterbuch des Marxismus*, Bd. 5, Hamburgo, Sp. 869-881.

(2003): *Krisentendenzen der Kapitalakumulation*, en *Das Argument* 251, 438-452.

Smith, Adam (1776): *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, 2 vols., en *The Glasgow Edition of the Works and Corres-pondence of Adam Smith II*, Oxford, 1976 [*Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (3 vols.), Barcelona, Bosch, 1983].

Stützle, Ingo (2003): *Staatstheorien oder «Beckenrandschwimmer-Innen der Welt, vereinigt Euch!»*, en *grundrisse. zeitschrift für linke theorie & debatte* 6, 2003, 27-38 ♦.

Trenkle, Norbert (1998): *Was ist der Wert? Was soll die Krise?* en *Streifzüge* 3/1998, 7-10 ♦.

(2000): *Kapitulation vorm Kapitalismus*, en *Konkret* 7/2000, 42ff ♦.

v. Werlhof, Claudia (1978): *Frauenarbeit: der blinde Fleck in der Kritik der politischen Ökonomie*, en *Beiträge zur feministischen Theorie und Praxis* 1, 18-32.

Wolf, Harald (1999): *Arbeit und Autonomie. Ein Versuch über Widersprüche und Metamorphosen kapitalistischer Produktion*, Münster.

Índice de materias

Se indican sólo los pasajes en los que se encuentra una explicación del término.

Índice